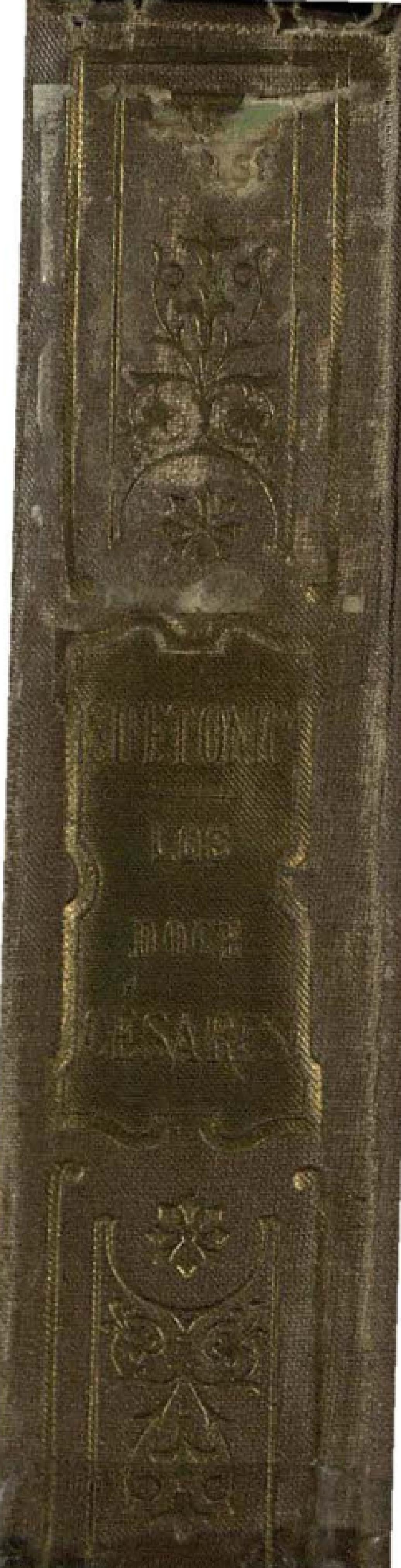


B

BIBLIOTECA

CLÁSICA.

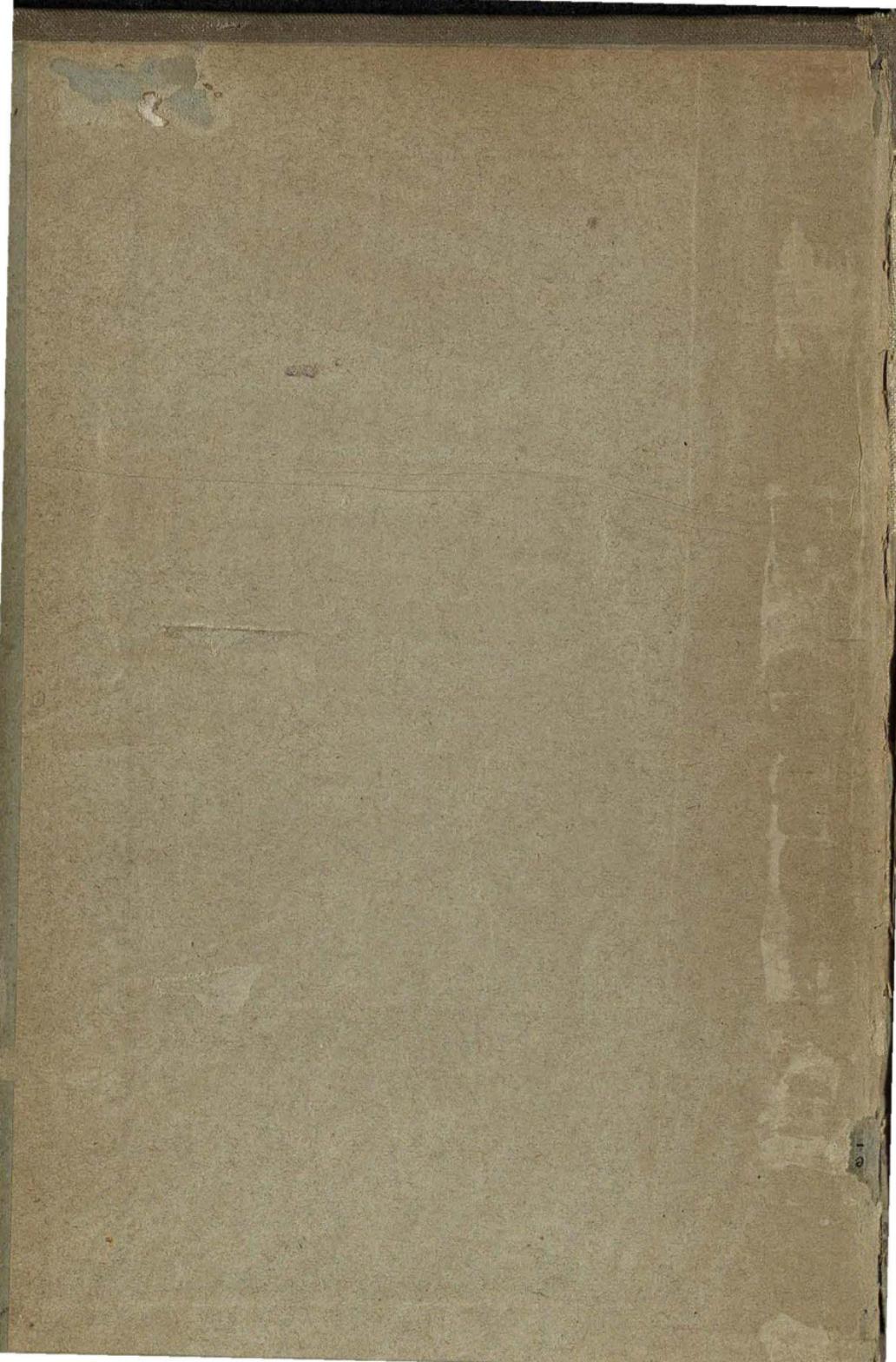
J.S. Rosas



UNIVERSIDAD DE MURCIA
Biblioteca General
Fondo Antiguo

S. XIX

764



BIBLIOTECA CLASICA.
TOMO LXIV

LOS DOCE
CÉSARES

POR

CAYO SUETONIO TRANQUILO

TRADUCCIÓN DIRECTA DEL LATÍN

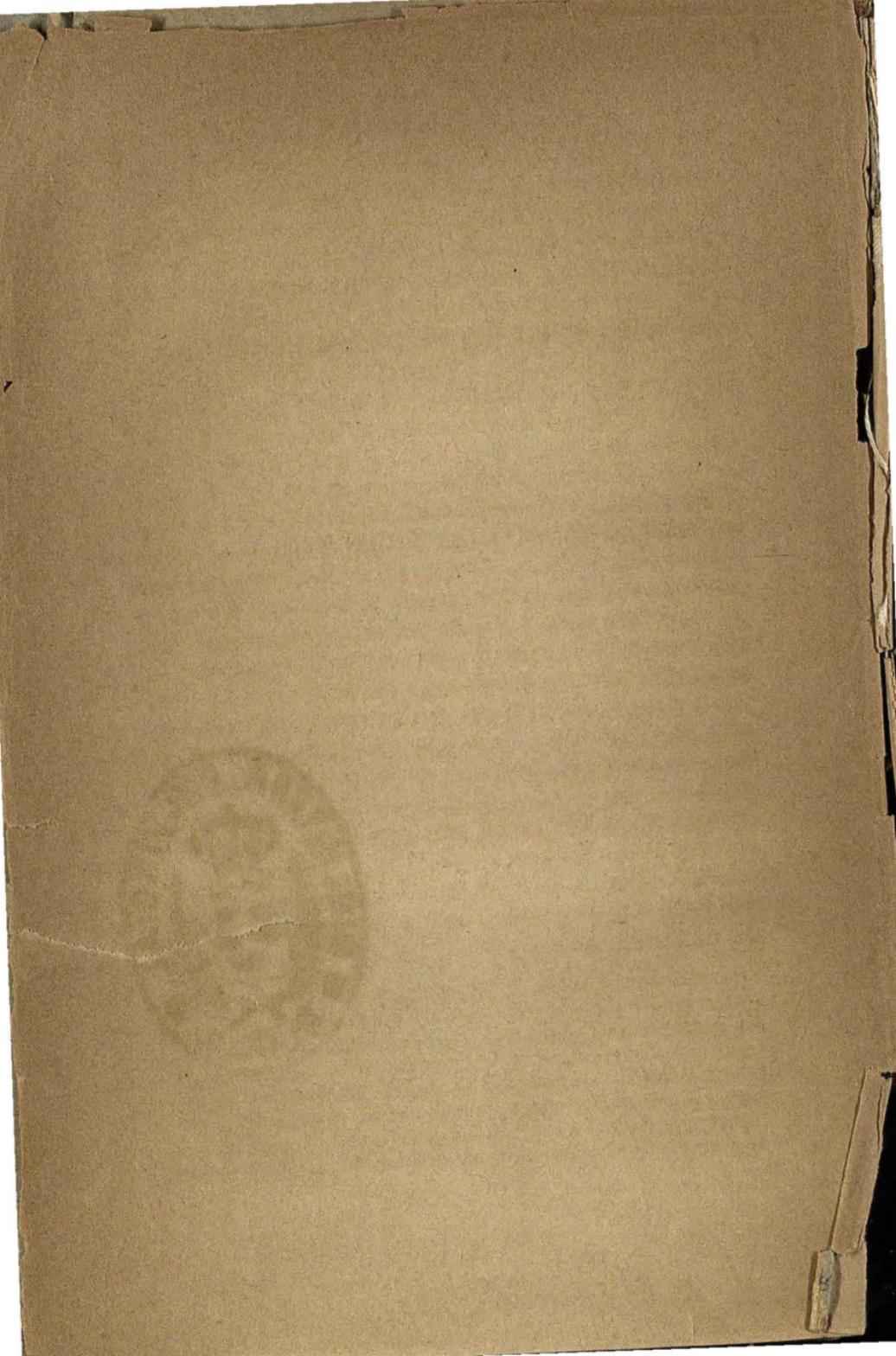
POR

F. NORBERTO CASTILLA



MADRID
LUIS NAVARRO, EDITOR
CALLE DE LA COLEGIATA, 6

—
1883



NOTICIAS BIOGRAFICAS ACERCA DE SÜETONIO.

Cayo Suetonio Tranquilo nació en el primer siglo de la era cristiana, ignorándose en qué año; mas como él mismo dice en dos puntos de la *Vida de los Doce Césares* que era joven aun veinte años después de la muerte de Nerón, en el séptimo año del reinado de Domiciano (88 de J. C.), este vago indicio, unido á otras circunstancias de su vida, permite deducir que tenía entonces de catorce á veinticinco años, y fijar la época de su nacimiento entre los años 63 y 74 de J. C., de los que unos pertenecen al reinado de Nerón y otros á los de Othón, Vitelio y Vespasiano.

Tampoco es fácil cosa averiguar quién fué su padre. Cuestión es ésta que han resuelto de diferente manera los eruditos. Suetonio dice que en la batalla de Bedriac, en la que Vitelio venció á Othon, «su padre Suetonio Lenis (1)

(1) *Lenis* es sobrenombre, que significa *suave*, y que es casi sinónimo del que llevó nuestro escritor. Plinio el Joven le llama en sus cartas con mucha frecuencia por su sobrenombre de *Tranquilo*, según la costumbre romana. En cuanto al de su padre ofrecen alguna variedad los manuscritos. El mayor número y los más antiguos, los del siglo IX y X, le llaman *lætus*, otros *lenis*, algunos *leccus*, y en uno de los más recientes (del siglo XV) se lee: *Suetonius legatus tierce deceme legionis tribunus angusticlavius*.

servía en la décimatercia legión en calidad de tribuno al *angusticlavio*» (1). Pero en vez de esta palabra *lenis*, Muret, cuyo testimonio no puede ser sospechoso, habiendo leído en un manuscrito apolillado las sílabas *linus* «precedidas por un agujerito,» conjeturó que eran las últimas de la palabra *Paulinus* ó *Paullinus*, y por consiguiente que el padre del historiador Suetonio fué Suetonio Paulino, el general tan celebrado por Tácito.

Esta opinión, emitida ya á principios del siglo xv por el sabio Polentone, secretario de la ciudad de Padua, adoptáronla después Muret y numerosos eruditos, especialmente E. V. Pighius; pero no tiene bastante fundamento, porque Suetonio Paulino, gobernador de Numidia (en el año 41 de J. C.), general en jefe de los ejércitos de Bretaña (en el 62), cónsul (en el 66), dignidad con la que, según toda apariencia, no fué investido entonces por primera vez y que le daba entrada en el Senado; gozando de un mando importante en la guerra de Vitelio, como nos lo dicen Tácito y Plutarco; y, en fin, uno de los principales capitanes de aquel tiempo, no serviría ciertamente en esta guerra en calidad de tribuno, y de tribuno al *angusticlavio*, puesto que su título de cónsul le había hecho salir de esta clase de caballeros. Dedúcese, pues, por estas graves razones, que no es de este general de quien Suetonio habla en este pasaje, en términos, por otra parte, tan modestos.

La íntima amistad que reinó entre Suetonio y Plinio el Joven ha hecho creer sin razón á varios críticos, que nuestro autor nació, como su amigo, en la Galia Cisalpina. Lo mismo podría decirse en este caso de otros amigos de Plinio, entre ellos Marcial, Silio Itálico, Quintiliano y Tá-

(1) Llamábase *angusticlavia* ó de bordado estrecho la toga de los caballeros romanos, en oposición á la *tacticlavia*, traje especial de los senadores.

cito. Muchas cartas de Plinio están dirigidas á Suetonio ó hablan de él, y éstas constituyen con algunas líneas de Sparciano, en la *Historia de Augusto*, el único manantial de datos acerca de su vida (1).

Suetonio y Plinio cambiaban consejos y confidencias literarias, y sin duda á los primeros tiempos de sus relaciones se refieren dos cartas de éste, de las cuales la primera prueba cuánto cuidado, pero también cuánta lentitud empleaba Suetonio en la composición de sus obras; y la otra, cuánta confianza tenía Plinio hasta en los menores consejos de su amigo. «Cumple, en fin, le decía, la promesa de mis versos, que han anunciado tus obras á nuestros amigos comunes. Se las desea, pídenlas todos los días con instancia. No tardes, pues, en satisfacernos, ó teme que arranque picantes epigramas lo que mis lisonjeros endecasílabos no han podido obtener. Tu obra ha llegado á tal punto de perfección, que la lima, en vez de pulir, no puede menos perjudicar. Dame el placer de que vea tu nombre al frente de un libro, de que oiga decir que copian, que leen, que compran las obras de mi querido Suetonio...» Plinio, que daba grande importancia á las lecturas públicas, en las que recibían muchos aplausos sus discursos y sus versos, escribía en otra ocasión á Suetonio: «Sácame de un apuro. Dícenme que leo mal los versos... Pienso que mi liberto lea algunos trabajos á mis amigos... Lo que me apura es lo que yo deba hacer durante la lectura. ¿Debo permanecer sentado, con los ojos bajos, mu-

(1) Las cartas de Plinio no están fechadas; mas las siguientes palabras de la primera de las dos: «Dame el placer de que vea tu nombre al frente de un libro,» palabras que solamente pueden aplicarse á las primeras obras de Suetonio, y el título de *nuevo poeta* que el mismo Plinio se da en la segunda, cuando había cultivado la poesía desde su primera juventud, habiendo compuesto á los catorce años una tragedia griega, nos hacen creer que la escribió en los primeros tiempos de su amistad.

do, ó bien acompañarla con los ojos, el gesto y la voz? Pero no sé gesticular mejor que leer. Lo repito; sácame de este apuro, etc.»

Puede creerse también, á juzgar por un pasaje de Suidas que da á Suetonio el título de gramático, y por una frase de Plinio que lo designa con análogo título (1), que enseñó la gramática (2) y la retórica en aquellas escuelas de declamación en que preparaban á los jóvenes para los graves debates del foro. Suetonio vivía entonces en compañía de Plinio (3); y fuera que heredase, ó que la enseñanza y sus libros le enriqueciesen, quiso comprar una finquita (*angellum, prædiolum*). «Haz de manera, escribía Plinio á un amigo del que quería vender el terreno, que se la ceda en lo que vale: así solamente le agradará... Esa finca... tiente á mi querido Suetonio, por más de una razón. Está cerca de Roma; los caminos son cómodos; el terreno moderadamente extenso y más á propósito para distraer que ocupar. Los sabios como él no necesitan más que el terreno indispensable para esparcir el ánimo y recrear los ojos, etc.»

Suetonio, después de defender en la escuela causas imaginarias, defendió verdaderas en el foro. Plinio lo dice en una carta, que revela al mismo tiempo el espíritu supersticioso de Suetonio, ó mejor dicho, de aquella época. La víspera de un día en que había de hablar, había rogado á Plinio, que gozaba de mucha influencia, que pidiese para

(1) Plinio le da en la carta mencionada el título de *scholasticus dominus*; y en otra nos dice que eran éstos maestros de escuela. Enseñaban á improvisar sobre un asunto cualquiera, á defender causas imaginarias; habilidad muy admirada entonces, y que exigía grandes conocimientos, á juzgar por los del profesor que elogia Plinio en esta misma carta.

(2) Los antiguos entendían esta palabra en sentido mucho más amplio que tiene hoy. Significaba la ciencia profunda y razonada de los principios comunes á las dos literaturas.

(3) *Tranquillus, contubernalis meus*, etc.

él un aplazamiento al tribunal; diciéndole que un ensueño le inquietaba acerca del éxito de su defensa. Para alejar sus escrúpulos, recordóle Plinio que él mismo había perorado en otro tiempo, no obstante igual adventencia, y que aquel día comenzó su reputación. Sin embargo, ofrecióle solicitar la dilación, si persistía en no querer hablar.

Algo más tarde se encuentra á Suetonio en otra carrera que le había abierto la amistad de Plinio. Este le había hecho otorgar el cargo de tribuno militar. Suetonio quiso cederlo á un pariente suyo, y Plinio le ayudó á conseguirlo. Hizo más aún. Siendo gobernador de Bithinia, á donde puede creerse que llevó á Suetonio, pidió para éste á Trajano un favor de que aquel Príncipe se mostraba justamente avaro: *el derecho de tres hijos* (1). Trajano se lo concedió, haciéndole ver cuánto valía. La corte de Plinio honra mucho á Suetonio.

«Suetonio, escribe Plinio al Emperador, el más íntegro, honrado, y sabio de nuestros Romanos, comparte conmigo desde hace mucho tiempo mi casa. Admiraba sus costumbres y erudición, y cuando le he visto más de cerca, más me he unido á él. En doble motivo puede apoyar su derecho al privilegio de que gozan los que tienen tres hijos. Merece en primer lugar todo el interés de sus amigos, y además su matrimonio no ha sido feliz» (esto es, ha sido estéril). «Necesario es que obtenga de vuestra bondad lo que le ha negado la injusticia de la fortuna. Bien sé, señor, cuán importante es la gracia que os pido; pero os la pido á vos, á vos que tan benévolo habéis sido siempre con mis deseos. Podéis comprender hasta qué punto me intereso

(1) Los privilegios unidos *al derecho de tres hijos*, que frecuentemente concedieron algunos emperadores á ciudadanos sin hijos, consistían para los que en Roma tenían tres, en Italia cuatro, y en las provincias cinco, en quedar libres de tutela, en ser preferidos á los demás para el nombramiento de empleos, en recibir triple cantidad de trigo, y, dicen algunos, que estaban exentos de toda carga.

en este favor. Si lo deseara tibiamente, no lo pediría desde tan lejos.»

Desde esta época hasta el reinado de Adriano, se pierde de vista á Suetonio, que llega á ser, ignorándose cómo, secretario particular de este Príncipe. Sparciano, el único autor que habla de ello, solamente nos entera de su desgracia. «Adriano, dice, dió sucesores á Septicio Claro, prefecto del pretorio, á Suetonio Tranquilo, y á otros que, sin estar autorizados por él, habían tenido demasiadas familiaridades con la emperatriz Sabina.» Algunos críticos han visto aquí relaciones culpables. Pero, como observa Bayle, las dos palabras *injussu ejus* hacen ridícula esta explicación; porque ¿cómo suponer que Adriano permitiese á unos, y prohibiese á otros relaciones de esta clase con su esposa? Necesario sería ver la orden, ó al menos el permiso dado por Adriano á algunos personajes de su corte, para que se dispensasen de ciertos respetos con Sabina, cuyo acre carácter le fatigaba, al decir del mismo Sparciano, y que, aseguraba el mismo Emperador, hubiese repudiado á ser mero particular. Sea de esto lo que quiera, Suetonio fué despedido de la corte imperial en el año 121 de J. C. ignorándose cuánto tiempo sobrevivió á su desgracia.

Solamente queda de Suetonio, además de las *Vidas de los doce Césares*, un tratado sobre *los retóricos ilustres* reducido á seis capítulos, pero en el que se encuentran hechos de historia literaria que solamente están consignados aquí; otro sobre *los gramáticos*, más extenso que el primero, y tal vez más completo; las vidas de *Lucano*, *Juvenal* y *Persio*, que algunos atribuyen á Probo, pero en las que ha reconocido Saumaise el estilo de Suetonio; las de *Terencio* y *Horacio*, cuya autenticidad nadie ha puesto en duda, y que formaban parte de una obra sobre todos los poetas latinos, que contenía una vida de *Virgilio*, de la que extractó algunas líneas el gramático Donato; y en

fin, una noticia muy corta acerca de *Plinio el Viejo*, que parece se le atribuye sin razón, porque el estilo indica edad posterior, y la misma brevedad de la noticia hace dudar que el amigo de Plinio el Joven fuese tan lacónico en la vida de Plinio el Viejo; además del grave error que hace nacer al tío en el mismo punto que el sobrino.

Suetonio escribió también gran número de obras de las que solamente se conocen hoy los títulos: un libro acerca de los juegos (ó las escuelas) de los Griegos; dos acerca de los espectáculos de los Romanos; uno sobre la vida de Cicerón ó sobre su tratado de la República; tres sobre los reyes; uno sobre la institución de los oficios; ocho al menos sobre los pretores; tablas genealógicas; una disertación sobre el año romano, sobre los nombres propios, sobre los defectos del cuerpo, sobre las palabras de mal agüero, sobre los signos que emplearon los gramáticos, sobre los vestidos; misceláneas intituladas *De rebus variis*, ó *Prata*, ó *Parerga*, y otros además de los que ignoramos hasta los títulos. Sin razón se ha aumentado esta lista, demasiado larga ya, con una *Historia ludicra*, que, sin duda alguna, no es otra cosa con otro título que el libro de los espectáculos, y con un tratado de *Puerorum lusibus*, del que un error de copistas ha hecho libro distinto del de los juegos de los Griegos. En fin, atribúyesele, á causa de la pretendida conformidad del nombre de *Tarquítius* con el de *Tranquillus*, del que se quería fuese alteración el primero, un libro *De illustribus viris*, que indudablemente es de aquel Tarquítio que citan Lactancio y Ammiano Marcelino. Igual sucede con otro libro que lleva el mismo título, que se ha atribuído á Plinio el Joven y á Cornelio Népote, y que después se ha reconocido como obra de Aurelio Víctor. En fin, hasta el libro de César sobre la guerra de las Galias se ha atribuído á Suetonio.

Tal vez admiraron demasiado á Suetonio los eruditos del siglo xvi; pero en cambio la crítica moderna le ha

apreciado quizá en menos de lo que vale. La sinceridad de sus relatos, su ingenuidad, admirada por Vospisco después de Plinio el Joven, su notable talento de escritor, y sobre todo, el interés que despierta una historia doméstica y secreta, hacen de su obra principal uno de los monumentos más preciosos de la literatura latina.

LOS DOCE CÉSARES.

C. J. CÉSAR.

I. Cayo Julio César.....
contaba diez y seis años (1) de edad cuando perdió á su padre: al año siguiente, habiéndosele nombrado *flamen dial* (sacerdote de Júpiter) (2), repudió á Consutia, hija de

(1) Dicen los eruditos que aquí existe una laguna, y suponen que Suetonio debía dar detalles acerca de la infancia de César.

(2) Asegura Waseling que César fué nombrado sacerdote de Júpiter en el año 667, es decir, á la edad de trece años; y es cosa cierta que Veleyo Paterculo dice que César, apenas acababa de salir de la infancia, *pæne puer a Mario Cinnaque flamen dialis creatus*. La frase de Suetonio puede significar que lo era ya cuando repudió á Cossutia.—Las señales distintivas del *flamen dialis* ó sacerdote de Júpiter eran un lictor, la silla curul y toga pretexta. Su cargo le daba entrada en el Senado; nadie podía trabajar en su presencia. Cuando salía, precediale un hujier (*proclamator*) para advertir á los obreros que suspendiesen sus trabajos. Elegíasele siempre entre los patricios, del mismo modo que los sacerdotes de Marte y de Rómulo. Después de la elección llamábase á estos sacerdotes *electi, designati, creati ó destinati*, y en seguida el pontífice máximo ó los augures le daban solemnemente posesión de su cargo.—El cargo de sacerdote de Júpiter era dignidad eminente, no obstante ciertas obligaciones y enojosas restricciones que llevaba

simples caballeros, aunque opulentos, y con la que estaba desposado desde la infancia, tomando por esposa á Cornelia, hija de Cinna, que había sido cónsul cuatro veces, y de la que poco después nació Julia; sin que por ningún medio pudiese conseguir el dictador Sila que la repudiase (1); por cuya razón le despojó del sacerdocio, de los bienes de su esposa (2) y de las herencias de su casa; persiguiéndole en términos, que tuvo que ocultarse, y aunque enfermo de fiebre cuartana, veíase obligado á cambiar de asilo casi todas las noches y á rescatarse á precio de oro de manos de los que le perseguían; hasta que por medio de las vírgenes Vestales (3), Mamerco Emilio y Aurelio Cotta, parientes y allegados suyos, consiguió el perdón. Cosa cierta es que Sila lo negó durante mucho tiempo á las súplicas de sus mejores amigos y de los personajes más importantes, y que vencido al fin por la perseverancia de éstos, exclamó como movido por inspiración ó secreto presentimiento: «Vencieron, y con ellos lo llevan; regocijense, mas sepan que llegará un día en que ése, que tan caro les es, destruirá

consigo; por ejemplo, en ningún caso podía servirse de caballo, ni pasar la noche fuera de la ciudad. Su esposa (*flaminica*) quedaba también sometida á especiales obligaciones; pero su esposo no podía repudiarla, y si moría, el flamin dejaba su cargo, porque no podía realizar sin ella ciertas ceremonias religiosas. Como César no había tomado posesión, pudo repudiar á su esposa, y Sila despojarle del sacerdocio. Más adelante tuvo á su vez flamines.

(1) Veleyo Patérculo pone más en relieve la firmeza de César diciendo: «Y tenía ante la vista el ejemplo del varón consular M. Pisón, que, por complacer á Sila, se separó de Annia, primera esposa de Cinna.

(2) Había dado Sila una ley (*lex Cornelia*) que confiscaba los bienes de los proscritos y despojaba á sus herederos. Ahora bien; los padres de Cornelia y muchos parientes de César habían estado proscritos en tiempos de las turbulencias de Mario y Sila.

(3) La intervención de las Vestales inspiraba mucho respeto. Sabido es que tenían derecho para indultar al criminal de la pena que se le había impuesto, si por casualidad le encontraban.

el partido de los nobles, que todos juntos hemos defendido; porque en César hay muchos Marios» (1).

II. En Asia hizo sus primeras armas, con el pretor M. Thermo, y enviado por éste á Bithinia en busca de una flota, detúvose en casa de Nicomedes, corriendo el rumor de que se prostituyó á él (2), rumor que aumentó á causa de haber regresado pocos días después á Bithinia so pretexto de hacer entregar á un liberto, cliente suyo, cierta cantidad de dinero que le debían. El resto de la campaña favoreció más á su fama; y en la toma de Mitilena recibió de Thermo una corona cívica (3).

III. Sirvió también en Cilicia (4), bajo Servilio Isaurcio, aunque por poco tiempo; porque al tener noticia de la muerte de Sila, concibiendo esperanzas de que M. Lépidó excitase nuevas turbulencias, se apresuró á regresar á

(1) Mucho antes de esta época había adivinado Sila á César que, por molicie verdadera ó fingida, apenas se ceñía la lacticlavia con el cinturón, no cesando de decir el dictador á los nobles: «Guardaos de ese joven del cinturón flojo.»

Más de veinte años después, cuando ya no eran secreto para nadie los proyectos de César, aun engañaban sus afeminados modales á Cicerón, que decía: «Claramente veo miras tiránicas en todos sus proyectos y acciones; mas cuando contemplo sus cabellos tan artísticamente peinados, cuando le veo acariciarse la cabeza con la punta del dedo (costumbre frecuentemente censurada á los elegantes de Roma), no puedo creer que medite el espantoso designio de derribar la república.» Y cuando al fin lo invadió todo, contestaba sonriendo el gran orador á los que le reconvenían por su poca penetración: «¿Qué queréis? me engañó su cinturón.»

(2) Todo el mundo, y durante toda su vida, le reprobó este vergonzoso comercio: en versos, en edictos, en el Senado, en la tribuna de las arengas y hasta en las canciones de los soldados.

(3) Esta corona era la recompensa militar más preciada, concediéndose por haber salvado á un ciudadano. El que la había obtenido la llevaba en el teatro, y se colocaba entre los senadores: á su entrada se levantaban respetuosamente los espectadores.

(4) Julio Celso dice que además del Asia y la Cilicia, Grecia fué también campo de batalla de la juventud de César. «Militavit adolescens in Asia, Gæciaque et Cilicia.»

Roma. Sin embargo, aunque Lépido le hizo ventajosos ofrecimientos, negóse á secundar sus proyectos, no inspirándole confianza su carácter, ni pareciéndole tan propia la ocasión como creyera.

IV. Calmada la sedición civil (1), acusó de concusión á Cornelio Dolabella (2), varón consular á quien se habían

(1) Después de haber insurreccionado Lépido los pueblos de Italia, marchó sobre Roma con un ejército levantado en la Galia: derrotado por su colega Q. Lutatio Catulo, y por Pompeyo, huyó á Cerdeña, donde numerosos partidarios engrosaban diariamente sus nuevas legiones. Iba á comenzar otra vez la guerra, cuando aquel desgraciado jefe de partido, dando crédito á una carta interceptada, murió del vulgar disgusto de los maridos engañados.

(2) Acostumbraban los jóvenes patricios, para conquistar reputación de elocuencia, atacar á los ciudadanos más ilustres. «Los Romanos, dice Plutarco, consideraban honrosas las acusaciones que no procedían de resentimientos particulares, y gustaban de que los jóvenes se lanzasen en persecución de los culpables como los perros valientes se encarnizan con las fieras.» Este Dolabella había sido cónsul en 675, y había triunfado de los Tracios. Defendieronle C. Aurelio Cotta y Hortensio. Refiere Valerio Máximo que dijo César después de escuchar á Cotta, «que la defensa de aquel orador le quitaba la mejor de las causas.» Cometió, pues, grave error Aurelio Víctor cuando refiere que dijo César después de oír á Cotta: «Mox Dolabellam iudicio *oppressit*.—En esta famosa acusación (*nobilissima... acusatio*), dice Velejo Patérculo, el pueblo se mostró más favorable á Dolabella de lo que ordinariamente era con los acusados. Plutarco coloca este ensayo oratorio de César después de su regreso de Rhodas, concordando en esto con V. Patérculo. El autor del Diálogo de los oradores dice terminantemente que César tenía entonces veinte años. Según el relato de Suetonio, esto debió ocurrir en 676 á 677 de Roma, teniendo entonces César veintidos ó veintitres años. Este punto es hoy tan difícil como poco importante de esclarecer; pero la oración de César ha quedado como célebre. El autor del Diálogo de los oradores la coloca entre las arengas antiguas más bellas que admiraban todavía en su siglo. J. Celso dice: «*Magnam sibi famam elocuentiae, sed et multum quæsiuit invidiæ.*» Inmediatamente después de esta oración coloca Plutarco otra, diciendo: «Para reconocer los favores de los Griegos (de los que depusieron muchos contra Dolabella), César peroró contra Antonio, á quien acusaba de malversación ante Marco Lucullo, pretor de Macedonia; y con

concedido los honores del triunfo; y absuelto el acusado, decidió César retirarse á Rhodas, tanto para precaverse de sus enemigos, como para descansar y oír al esclarecidísimo maestro Apolonio Molón. Durante la navegación, que hizo en meses de invierno, cogiéronle piratas cerca de la isla Pharmacusa, y, conservando su entereza (1),

tanta elocuencia habló, que temiendo Antonio le condenasen, apeló á los tribunos del pueblo so pretexto de que no podría obtener justicia contra los Griegos en la misma Grecia.»

(1) El relato de Plutarco hace ver cómo supo César conservar su entereza en medio de sus enemigos. «Aquellos bandidos le pidieron 20 talentos por su rescate; echóse á reír para hacerles comprender la dignidad de su prisionero, y les prometió 50. Mandó á los que le acompañaban á diferentes ciudades para reunir aquella cantidad, y solamente guardó consigo á un amigo suyo (Suetonio dice un médico) y dos criados, con los cuales permaneció entre aquellos piratas cilicianos, que eran ferozmente sanguinarios. Tratábales con tanta altivez y desprecio, que cuando quería dormir les mandaba que no hiciesen ruido. Treinta y ocho días estuvo con ellos, menos como prisionero que como soberano rodeado por sus guardias. En este tiempo componía poesías y arengas que les recitaba, y cuando no manifestaban admiración les trataba de ignorantes y bárbaros, amenazándoles algunas veces, en broma, con mandarles ahorcar. Los piratas gustaban de esta franqueza, que atribuían á ingenuidad de carácter. Cuando recibió de Mileto su rescate y lo hubo pagado, aprovechó la libertad para armar algunas naves en el puerto de aquella ciudad, y puso rumbo hacia los piratas, á quienes sorprendió al ancla en la misma rada de la isla, cogiendo considerable número de ellos y apoderándose de todo el botín. Desde allí les llevó á Pérgamo, donde les hizo cargar de cadenas, y marchó en busca de Junius, á quien, como pretor del Asia, correspondía el derecho de castigarles. Habiendo Junius contemplado con avidez las riquezas de los culpables, que eran considerables, djóle que examinaría despacio lo que debería hacer con ellos; y César, dejando al pretor, regresó á Pérgamo, donde hizo ahorcar á todos los piratas, como les había dicho frecuentemente en la isla, donde tomaban sus amenazas por burlas.»

El relato de V. Patérculo, enteramente conforme con el de Plutarco, contiene algunas particularidades más. «Cogido muy joven por piratas, se hizo temer y respetar durante el tiempo que estuvo

permaneció en poder suyo cerca de cuarenta días, sin más compañía que su médico y dos cubicularios; porque en el acto mandó á todos sus compañeros y demás esclavos á que le trajesen el dinero necesario para el rescate. Elevóse éste á ciento cincuenta talentos, y en cuanto le desembarcaron, persiguió á los piratas al frente de una flota, cogiéndoles en la retirada y sometiéndoles al suplicio con que muchas veces les había amenazado como en broma. Devastaba por entonces Mitrídates las regiones inmediatas, y no queriendo aparecer César como indiferente á las desgracias de los aliados de Rhodas, adonde marchó, pasó al Asia, encontró auxilios en ella, lanzó de la provincia al prefecto del Rey y robusteció la fidelidad de vacilantes ciudades.

V. De regreso á Roma, la primera dignidad con que le investió el voto del pueblo, fué la de tribuno militar (1),

en su poder; y como la dificultad de expresar ciertos detalles no autoriza á omitirlos, diré que nunca se desató el calzado ni el cinturón por temor de que el menor cambio, si lo observaban, le hiciese sospechoso á gentes que se limitaban á guardarle de vista.. No puedo callar un rasgo que prometía un gran hombre. En la noche misma del día en que las ciudades asiáticas pagaron su rescate (después que obligó á los piratas á darle rehenes), César, por autoridad propia, reunió apresuradamente algunas naves, dirigióse al punto que ocupaban aquellos bandidos, puso en fuga una parte de sus galeras, echó á pique otras, cogió algunas é hizo considerable número de prisioneros. Satisfecho de su expedición nocturna y de su victoria, reunió á los suyos, tomó disposiciones para asegurarse de los piratas que tenía en su poder, y corrió á Bithinia á pedir á Junius, procónsul de Asia entonces, orden para entregarles al suplicio. El procónsul, tan cobarde como envidioso, se la negó, manifestando que los vendería. César no perdió un momento, y su regreso fué tan veloz, que los piratas quedaron crucificados antes de que se recibiese carta del procónsul.»

(1) En cada legión había seis tribunos militares, que mandaban bajo las órdenes de los cónsules, y sucesivamente, de ordinario durante tres meses. En el campo de batalla el tribuno mandaba diez centurias, ó sean mil hombres.

ayudando entonces con todas sus fuerzas á los que intentaban restablecer el poder tribunicio (1), profundamente mermado por Sila. También hizo aplicar la proposición Plocia, para la repatriación de L. Cinna, hermano de su esposa, y de todos aquellos que en las turbulencias civiles se adhirieron á Lépido, acudiendo á Sertorio después de la muerte de aquél cónsul, y hasta pronunció un discurso sobre este asunto.

VI. Siendo cuestor, hizo en la tribuna de las arengas, según costumbre (2), el elogio de su tía Julia y de su esposa Cornelia, que acababan de morir. En el primero estableció de esta manera el doble origen de su tía y de su propio padre: «Por su madre, mi tía Julia descendía de reyes; por su padre, está unida á los dioses inmortales (3); porque de Anco Marcio descendían los reyes Marcios, cuyo

(1) En 679 de Roma, bajo el consulado de C. Aurelio Cotta y de L. Octavio, se abrogó la ley Cornelia, que excluía á los tribunos del pueblo de todas las demás funciones públicas. En 684, bajo el primer consulado de Pompeyo, se restableció la autoridad de los tribunos.

(2) En 360 de Roma, se estableció la costumbre de ensalzar públicamente á las mujeres que morían en avanzada edad, en recompensa de haber dado cuanto oro tenían para completar la cantidad prometida á los Galos por el rescate de Roma. (V. Plutarco.) Hasta entonces se reservó este honor á los hombres. «Pero, dice Plutarco, esta costumbre no se extendía á las mujeres jóvenes. César fué el primero que pronunció la oración fúnebre de su esposa, muerta muy joven. Esta novedad le hizo honor, le concilió el favor público y le hizo querido al pueblo, que vió en aquella sensibilidad prueba de sus dulces y honradas costumbres.»

(3) Muchos escritores, y el mismo César, han hecho remontar su nacimiento hasta los dioses. «Siguiendo una opinión, de antiguo muy acreditada, dice Patérculo, tomaba su origen de Venus y Anquises.» Celio, en una carta á Cicerón, le designa con estas palabras: *Venere prognatus*, nuestro hijo de Venus. Por capricho dictatorial, colocó César más adelante una estatua de su caballo delante del templo de Venus Madre, construído por él. Según Plutarco, después de su pretura en España, casó César con Pompeya, nieta de Sila. Al padre de Pompeya, Q. Pompeyo Rufo, hijo del que fué consul con Sila en 666, lo mató P. Sulpicio, tribuno del pueblo.

nombre llevó mi madre; de Venus descendían los Julios, cuya raza es la nuestra. Vense, pues, unidas en nuestra familia, la majestad de los reyes, que son los dueños de los hombres, y la santidad de los dioses, que son los dueños de los reyes.» Para reemplazar á Cornelia, casó con Pompeya, hija de Q. Pompeyo y sobrina de L. Sila, de la que más adelante se divorció por sospecha de adulterio con P. Clodio (1), á quien tan públicamente

(1) A las dos ó tres líneas en que Suetonio refiere este acontecimiento, que tanto ruido hizo en Roma y que, según Cicerón (cartas 18 y 21), tan gravemente conmovió la situación de la república, añadiremos la narración de Plutarco, en la que se descubren mejor los planes de César; porque Suetonio, que más adelante vuelve sobre el mismo asunto, no ve en su conducta con Clodio otra cosa que dulzura de carácter, en vez de la ambición política que descubre el historiador griego. «Existía en Roma un patricio joven llamado Publio Clodio, distinguido por su riqueza y elocuencia, pero que en insolencia y audacia no cedía á ninguno de los más famosos por su maldad. Amaba á Pompeya, esposa de César, y ella le tenía también alguna afición; mas guardábase con sumo cuidado su departamento. Aurelia, madre de Cesar, mujer muy virtuosa, vigilaba tanto á su nuera, que eran tan difíciles como peligrosas para Clodio las ocasiones de verla y hablarla. Los Romanos adoran una divinidad que llaman la Buena Diosa. Mientras duran sus misterios, no se permite á ningún hombre entrar en la casa donde se celebren. Retiradas las mujeres en paraje apartado, practican las ceremonias. Cuando llega el tiempo de esas fiestas, el cónsul ó el pretor (porque siempre se celebran en casa del uno ó del otro) sale de su casa con todos los hombres que habitan en ella. Su esposa, que queda dueña, la adorna con la conveniente decencia, practicándose las principales ceremonias durante la noche, amenizándose la velada con diversiones y conciertos. El año en que Cesar fué pretor, encargóse á Pompeya la celebración de la fiesta. Clodio, á quien no apuntaba todavía la barba, creyendo que no le conocerían, se disfrazó con traje de mujer, con el cual parecía una jovencita. Encontró abiertas las puertas, y una esclava de Pompeya, que estaba en el secreto, le introdujo sin dificultad, dejándole para avisar á su señora, y como tardaba en volver, no se atrevió Clodio á esperar en el sitio donde le había dejado. Vagaba de un lado para otro en aquella inmensa casa, evitando las luces, cuando le encontró una criada de Aurelia, que creyendo

se acusaba de haberse introducido en sus habitaciones disfrazado de mujer durante las ceremonias religiosas, que el Senado decretó la información de sacrilegio.

hablar con persona de su sexo, le detuvo, queriendo jugar con él, y extrañando la negativa, le llevó al centro de la sala, preguntándole quién era y de dónde venía. Clodio le contestó que era Abra, esclava de Pompeya; pero la voz le vendió, y aquella mujer, acercándose á las luces y á la concurrencia, gritó que acababa de sorprender á un hombre en los aposentos. Asustáronse todas las mujeres. Aurelia mandó suspender en el acto las ceremonias y velar los objetos sagrados. Ordenó también cerrar las puertas, registró por sí misma, acompañada por mujeres con antorchas, toda la casa, é hizo minuciosas pesquisas, encontrando á Clodio escondido en la habitación de la esclava que le había introducido: todas las mujeres le reconocieron y lo expulsaron ignominiosamente, y aquella misma noche salieron de la casa y fueron á referir á sus esposos lo ocurrido. A la mañana siguiente supo toda la ciudad que Clodio había cometido un sacrilegio horrible, y por todas partes se decía que era necesario castigarle con severidad, para satisfacer ejemplarmente, no sólo á lo que había ofendido personalmente, sino que también á la ciudad y á los dioses ultrajados. Un tribuno le citó ante los jueces como culpable de impiedad; los senadores principales hablaron con calor en contra de él, y le acusaron de otros muchos crímenes graves, y especialmente de comercio con su propia hermana, esposa de Lúculo. Pero habiéndose opuesto el pueblo á tan enérgicas persecuciones y habiendo tomado la defensa de Clodio, produjo con su conducta presión en los jueces, asombrados por aquella oposición y temerosos de los furios de la multitud. César repudió en seguida á Pompeya, y llamado como testigo contra Clodio, declaró que no tenía conocimiento de los hechos que se imputaban al acusado. Habiendo parecido por demás extraña esta declaración, y preguntándole el acusador por qué, pues, había repudiado á su esposa, contestó: «Porque de mi esposa ni siquiera debe sospecharse.» Unos dicen que César habló como pensaba; otros aseguran que quería adular al pueblo, empeñado en salvar á Clodio y que al fin quedó absuelto.

Sabido es á qué precio obtuvo Clodio la absolución. «Jamás, dice Cicerón, jamás sentina alguna reunió tales gentes: senadores manchados, caballeros haraposos, tribunos acribillados de deudas; y en medio de todo esto, algunos hombres honrados, con el alma contristada, sombríos los ojos y avergonzada la frente... Crasso lo consiguió todo en dos días con el auxilio de su vil esclavo. Prometió, fió, dió;

VII. Durante su cuestura, obtuvo la España ulterior (1), donde, al visitar las asambleas de esta provincia, para administrar justicia por delegación del pretor, llegando á Cádiz y viendo cerca de un templo de Hércules la estatua de Alejandro Magno (2), suspiró profundamente como deplorando su inacción; y censurando no haber realizado todavía nada grande á la edad en que Alejandro había conquistado ya el universo, dimitió inmediatamente su cargo para regresar á Roma y esperar allí ocasión de grandes cosas. Los augures dieron mayor pábulo á sus esperanzas, interpretando un sueño (3) que tuvo la noche precedente y que turbaba su espíritu (porque había soñado que violaba á su

más aún, los favores de algunas damas hermosas y de algunos nobles bonitos (cuyas noches, dice Valerio Máximo, costaron enormes cantidades) entraron en algunos contratos como saldo. Los hombres de bien se retiraron en masa, y quedaron bandas de esclavos inundando el foro. Sin embargo, veinticinco jueces resistieron, y con la muerte ante los ojos, prefirieron arrostrar el peligro á perderlo todo. Pero hubo treinta y uno que temieron más al hambre que á la infamia...»

(1) Los cuestores (cuyo número elevó Síla de 8 á 20 y César á 40) eran los receptores generales, los tesoreros de la república. Anualmente marchaban á las provincias, yendo cada uno con un cónsul, un procónsul ó un pretor, después del cual tenían la autoridad principal. Cuando dejaba éste la provincia, ordinariamente desempeñaba sus funciones el cuestor. Cobraban las contribuciones y tributos, hacían vender el botín y cuidaban de las provisiones. Precedíanles lictores con haces, al menos en su provincia, y este oficio, considerado como el primer paso en la carrera de los honores, daba entrada en el Senado.

(2) Según Plutarco, no fué la vista de una estatua de Alejandro, sino la lectura de la vida de este príncipe la que arrancó lágrimas á César. Además, Plutarco refiere este hecho al tiempo de la pretura de César en España, y no, como Suetonio, á su cuestura. Pero las palabras de César dan razón á Suetonio, porque en el tiempo de su pretura tenía treinta y siete años, y en el de la cuestura treinta y tres, edad á que murió Alejandro.

(3) Dice Plutarco que César tuvo este sueño en la noche que precedió al paso del Rubicón, es decir, diez y ocho años más tarde.

madre), prometiéndole el imperio del mundo: «porque aquella madre que había visto sometida á él, no era otra que la tierra, nuestra madre común.»

VIII. Habiendo partido antes del tiempo señalado, visitó las colonias latinas que pretendían el derecho de ciudadanía romana; y las hubiera impulsado á intentar alguna audaz empresa, si, temiéndolo así todos los cónsules, no hubiesen retenido algún tiempo las legiones destinadas á la Cilicia; mas no por esto dejó de meditar vastos proyectos que poco después habían de estallar en la misma Roma.

IX. En efecto, pocos días antes de tomar posesión de la edilidad, conspiró, según se dice, con M. Crasso, varón consular, y con P. Sila y Autronio, condenados éstos dos por cohecho, después de haber sido designados cónsules, para que al principio del año atacasen al Senado, degollasen parte de él, y diesen la dictadura á Crasso, que nombraría á César jefe de la caballería; y después de apoderarse por este medio del gobierno, devolver á Sila y á Autronio el consulado que les había quitado. Tanusio Gémino en su historia, M. Bíbulo en sus edictos y C. Curión, padre, en sus discursos, hablan de esta conjuración. Hasta el mismo Cicerón parece que alude á ella en una carta á Axius, donde dice que «César realizó durante su consulado el proyecto que concibió siendo edil.» Tanusio añade que Crasso, bien por miedo, bien por arrepentimiento, no se presentó el día designado para la matanza, y que por esta razón no dió César la señal convenida. Esta señal, dice Curio, era dejar caer del hombro la toga. El mismo Curio y M. Actorio Nasón le atribuyen otra conspiración con el joven Cn. Pisón, y pretenden que por las sospechas que despertaron los manejos de éste en Roma, le dieron, por comisión extraordinaria, el gobierno de España, concertando, sin embargo, promover movimientos simultáneos, el uno fuera y el otro en la misma

Roma por medio de los Ambronas y Transpodanos; pero que la muerte de Pisón destruyó el proyecto.

X. Siendo edil (4), no se limitó á adornar el Comitium, el Foro y las basílicas, sino que también decoró el Capitolio é hizo construir pórticos para exposiciones temporales, en los que mostró al público parte de los numerosos objetos que había reunido. Unas veces con su colega y otras se-

(4) La edilidad daba derecho de presencia en el Senado, que consistía en hablar ó emitir el voto inmediatamente después de los cónsules y pretores. Cuidar de los edificios de la ciudad, vigilar los aprovisionamientos, ordenar los juegos y fiestas que se dedicaban á los dioses, presidir estos espectáculos, tales eran las funciones de los ediles, magistrados que nombraba el pueblo, y que eran inviolables, como los tribunos. Pero la ambición había concluído por hacer muy onerosa esta dignidad. Habiendo quedado hartó insuficientes los fondos destinados desde los primeros tiempos de la república para la celebración de los juegos, comenzaron los ediles á suplir de su bolsillo particular; y en seguida cada uno de ellos, con objeto de adular al pueblo y ganar votos, se propuso eclipsar las liberalidades de sus predecesores, siendo con frecuencia fruto de esta fastuosa rivalidad la pérdida de pingües patrimonios. Así es que muchos ciudadanos ilustres tuvieron que abstenerse por economía de estas ruinosas funciones; y Cicerón dice que el rico Mamerco fué rechazado del consulado por no haberlas solicitado. Pero un gobierno de provincia rehacía en poco tiempo la fortuna de un edil. En tiempos de César citábase por sus gastos en la edilidad á Hortensio y Metello, á quienes Vesso suministró las hermosas estatuas que había robado en Sicilia; Appio, que hizo trasladar á Roma todas las maravillas de la pintura y escultura griegas; C. Antonio, que hizo decorar su teatro con hojas de plata, ejemplo que imitó Murena y sobrepujó Petreyo, que las substituyó con hojas de oro; en fin, á Scauro, que se arruinó por completo, tomó prestadas enormes cantidades para atender á sus gastos, y de quien dice Plinio que los restos y despojos de sus juegos valían cien millones de sextercios, es decir, más de treinta y seis millones de reales. Pero César llevó mas lejos aún el lujo, y un ejemplo, entre otros, puede probarlo. En los espectáculos que dió durante su edilidad por los funerales de su padre, quiso que el piso de un teatro que construyó á su costa fuese de plata maciza; «de suerte, dice Plinio, que por primera vez se vió á las fieras marchar sobre tan precioso metal.»

paradadamente, dió juegos y cacerías de fieras, consiguiendo recabar para sí toda la popularidad por gastos hechos en común; por cuya razón, su colega M. Bibulo decía, comparándose á Pólux: «que así como se acostumbraba á designar con el solo nombre de Cástor el templo erigido en el Foro á los dos hermanos, llamábanse magnificencias de César las liberalidades de César y de Bibulo.» César añadió á estas liberalidades un combate de gladiadores, en el que hubo algunas parejas menos de las que deseaba; porque tantos había hecho llegar de todas partes, que, alarmados sus enemigos, hicieron limitar, por una ley expresa, el número de gladiadores que, en lo venidero, podrían entrar en Roma.

XI. Habiéndose captado el favor popular, trató, por la influencia de algunos tribunos, de que se le diese, mediante un plebiscito, el gobierno de Egipto; siendo ocasión para esta inopinada solicitud de un mando extraordinario, que los habitantes de Alejandría habían expulsado á su rey, amigo y aliado del pueblo romano, conducta universalmente reprobada. El partido de los grandes hizo fracasar las pretensiones de César, quien, para debilitar entonces la autoridad de éstos por todos los medios posibles, reconstruyó los trofeos de C. Mario sobre Yugurta, los Cimbrios y Teutones, monumentos que en tiempos anteriores destruyó Sila; y cuando se formó proceso á los sicarios (1), hizo figurar entre los asesinos, no obstante las

(1) Después de su edilidad formó parte César del Consejo de jueces que ayudaban al pretor en los asuntos importantes. Al principal de éstos se le nombraba *judec questionis* ó *princeps judicium*, juez de informaciones ó jefe de jueces. Reemplazaba éste al pretor ausente ó le suplía cuando estaba muy ocupado; por esta razón quedó encargado César de informar contra los sicarios de Sila. Ordinariamente se reservaban estas funciones á los que habían sido ediles, y eran un paso hacia la pretura.

Plutarco dice que muchos años antes había perseguido enérgicamente Catón, durante su cuestura, á los sicarios de Sila. «Sila,

excepciones de la ley Cornelia, á todos aquellos que, durante la proscripción, recibieron dinero del erario público como precio de cabezas de ciudadanos romanos.

XII. Encontró también quien acusase de crimen capital á C. Rabirio (1), que algunos años antes ayudó más que

en su segunda proscripción, dice, había dado á los asesinos de quienes se sirvió para degollar á sus víctimas hasta doce mil dracmas por cada cabeza que le llevaron. Todo el mundo les detestaba, pero nadie osaba provocar el castigo de sus crímenes. Catón les citó sucesivamente ante los tribunales como detentores de fondos públicos, y les obligó á restituir el dinero que habían recibido. Acusados en seguida de homicidio, y condenados de antemano ya por la ignominia de este primer juicio, llevábanles ante los jueces y los entregaban al último suplicio con gran satisfacción de todos los ciudadanos.»

(1) El acusador que suscitó César contra C. Rabirio fué T. Attio Labieno, tribuno del pueblo. En las causas de esta índole nombrábanse ordinariamente dos decenviros ó dos comisarios para juzgar al acusado. César había conseguido hacerse nombrar en unión con L. César, y hasta había infringido las leyes, haciéndose elegir por el pretor y no por el pueblo, según el uso antiguo. Hortensio defendió á Rabirio, y probó que éste no había dado muerte á Saturnino, sino que el matador fué un esclavo, á quien se le recompensó dándole libertad. A pesar de las pruebas, los decenviros condenaron á Rabirio, y hasta se supone que, según la ley de Tulo Hostilio, le sentenciaron al suplicio de los esclavos, la horca y las varas. Verdad es que la ley Porcia prohibía imponer la pena de muerte, y sobre todo esta muerte infamante, al ciudadano romano; pero siempre se encontraban pretextos para eludirla, declarando, por ejemplo, que un Romano perdía sus privilegios de ciudadano por el hecho mismo de su rebelión contra el Estado. Rabirio apeló al pueblo reunido en centurias, y Cicerón, cónsul entonces, acometió la tarea de su defensa. Encontró los mismos adversarios, César y Labieno, quienes, para excitar al pueblo contra el acusado, imaginaron colocar sobre la tribuna de las arengas un cuadro que representaba á Saturnino espirando, y para desalentar al defensor, no concederle más que media hora. Todo lo aceptó Cicerón, hasta los cargos de la acusación, y alabó públicamente á Rabirio por aquel acto que se le imputaba como criminal. Dión Casio dice que toda la elocuencia de Cicerón no hubiese impedido que el pueblo confirmase la sentencia de los decenviros, si Metelo Céler, pretor y augur, que comprendió aque-

nadie al Senado á reprimir las sediciones suscitadas por el tribuno L. Saturnino: y designado por la suerte para juez, con tanta pasión condenó, que nada sirvió tanto como esta parcialidad al reo en su apelación al pueblo.

XIII. Perdida la esperanza del mando, pretendió el pontificado máximo (1), y tales larguezas prodigó, que alarmado por la enormidad de sus deudas, dijo á su madre, besándola, antes de acudir á los comicios, que no volvería á verle sino pontífice. Por estos medios venció á sus dos competidores, aunque muy temibles y superiores á él por edad y dignidad; obteniendo, además, sobre ellos la ventaja de reunir más sufragios en sus propias tribus que consiguieron ellos en todas las demás.

XIV. Era pretor (2) César cuando se descubrió la con-

llas disposiciones, no hubiese disuelto la asamblea de los comicios so pretexto de que los auspicios eran desfavorables, no pudiéndose, por tanto, recoger los votos. Labieno se mostró muy irritado por aquel resultado; pero no repitió la acusación y no se inquietó en lo sucesivo á Rabirio, gracias á la conjuración de Catalina, que muy pronto ocupó todas las imaginaciones.

(1) El pueblo elegía al pontífice máximo. Este habitaba siempre un edificio público. Su cargo era inamovible, y su autoridad, por decirlo así, ilimitada; porque, según el testimonio de Dionisio de Halicarnaso, no daba cuenta de su conducta ni al Senado ni al pueblo. Juzgaba necesariamente todas las causas relativas á las cosas sagradas. Su presencia era indispensable en las solemnidades públicas, cuando los magistrados daban juegos ó espectáculos, cuando dirigían plegarias á los dioses, cuando dedicaban sus templos, etc. En algunas ocasiones, el pontífice máximo y su colega tenían derecho de vida y muerte; pero el pueblo podía revisar la sentencia.

(2) Elegíanse los pretores en los comicios por centurias con las mismas solemnidades que los cónsules, no teniendo más superiores que estos magistrados cuyas funciones desempeñaban algunas veces. Presidían las asambleas del pueblo, y en caso de necesidad, podían convocar al Senado, en el que votaban después de los varones consulares. También daban juegos públicos. Para la administración de justicia nombraban jueces ó un jurado, y pronunciaban la sentencia. Ordinariamente tenían su tribunal en el foro, honor de que no gozaban los magistrados inferiores. Alzábanse delante de

juración de Catilina; y habiéndose acordado por unanimidad en el Senado la muerte de los culpables, él solo opinó que

ellos una lanza y una espada. En Roma les precedían dos lictores con haces, y seis fuera de la ciudad. Acompañábanles también ministros ó alguaciles (*ministri, apparitores*), escribanos (*escribæ*) que trascribían sus sentencias, hujieres (*accensi*) que hacían las citaciones. Primeramente no hubo más que dos pretores, uno (*urbanus*) para los ciudadanos, y otros (*peregrinus*) para los extranjeros. Cuando se redujo á provincias la Sicilia y la Cerdeña, se crearon otros dos para que mandasen en ellas. La conquista de las Españas (citerior y ulterior) dió ocasión al nombramiento de otros dos. Dos de estos seis magistrados permanecieron en Roma, y los otros cuatro en las provincias, que la suerte ó el Senado repartían entre ellos. César fué enviado á la España ulterior.

Salustio hace decir, además, á César «que ninguno podría jamás apelar al Senado ó al pueblo, bajo pena de quedar declarado culpable de atentado contra la república y salvación común;» y Dion Casio «que la ciudad de que se fugase alguno de los acusados sería tratada como enemiga,» opinión que se encuentra efectivamente con todos sus desarrollos en la cuarta Catilinaria. Esta era, en una palabra, la prisión perpetua como pena definitiva. Sin embargo, según Plutarco, sin pedir César la confiscación de los bienes de los conjurados, no propuso su prisión en las ciudades de Italia, cuya elección dejaba á Cicerón, hasta que fuese derrotado Catilina, para que pudiese el Senado deliberar tranquilamente acerca de su suerte. Y además, el mismo escritor, sin hablar de la confiscación, le hace sencillamente proponer «que se encerrase á los acusados en estrecha prisión hasta la instrucción del proceso.» En fin, según testimonio de Appio, que calla también acerca de la confiscación, César se limitó á pedir la prisión de los dos pretores (Cornelio Léntulo y Cethego) hasta el final de la guerra que se iba á hacer á Catilina, «para no realizar ningún acto de severidad irreparable contra ilustres ciudadanos antes de juzgarles, y conservar los medios de proceder con ellos según las reglas de la razón y de la justicia.» No es inútil recordar de paso que, sean las que quieran las intenciones que se atribuyan á César, y deseara ó no salvar á los culpables, favorecía la autoridad de las leyes. La constitución de la república no concedía al Senado el poder judicial. Además, las leyes Porcia y Sempronía prohibían se condenase á muerte ningún ciudadano, ni siquiera á destierro, sino por el pueblo reunido en centurias. La sentencia que se preparaba á dar el Senado, y que en efecto dió, era verdadero golpe de Estado, un acto arbitrario, una usurpación, cuyo

se les custodiase separadamente en las ciudades municipales y se les vendiesen los bienes. Mas aún: á los que

castigo cayó poco después sobre Cicerón. Pero antes que César, que solamente habló en su rango de pretor designado, Tiberio Claudio Nerón, abuelo del emperador Tiberio, había opinado contra la pena de muerte y pedido que se aplazase el juicio hasta después de la derrota de Catilina, y que se limitasen á reforzar las puertas. Así, pues, al decir Suetonio que Cesar fué el *único* ó el primero de esta opinión, y Plutarco «que *todos*, después de Silano, opinaron por la muerte, hasta César,» y en fin, el mismo Cicerón (en una carta á Atico) «que antes de Catón, *todos*, exceptuando César, habían votado ya por el último suplicio,» se engañaron en este punto, ú omitieron voluntariamente el nombre de T. Nerón. Esta confusión acerca de dos puntos, poco importantes por cierto, pero que alcanza también á muchos otros, no extrañará mucho si se recuerda que Bruto, que fué testigo de todos estos hechos (tenía entonces veintidos años), cometió al referirlos, en un elogio de Catón, errores que Cicerón cuidó de corregir en la carta citada anteriormente. En fin, la mayor parte de estos escritores no mencionan, ni el discurso de Catulo, ni el de Cicerón, pronunciados antes del de Catón, y «si Catón unió su nombre al decreto que condenó á muerte los conjurados, opinión que antes que él emitieron los cónsules designados Silano y Murena, y los cónsules Catulo, Servilio, Luculo (los dos), Curión, Torcuato, Lépido, Gelio, Volcacio, Fígulo, Cotta, L. César, Pisón, M. Glabrión, es únicamente, dice Cicerón (carta citada), porque al expresar la misma opinión que los otros, empleó mayor desarrollo y energía.»

En cuanto á las violencias intentadas contra César por los caballeros romanos, Salustio no las atribuye, como Suetonio, á la persistencia de César en su opinión, sino que hace remontar la causa á la sesión en que Vulturcio y los Allobroges revelaron toda la conjuración al Senado en el templo de la Concordia, y nombra como provocadores contra él á Q. Catulo y C. Pison, enemigos de César, el uno porque se le prefirió para el pontificado máximo; el otro por haberse visto obligado por él á la rendición de cuentas, y que, después de haberse esforzado para decidir á Cicerón á que complicase á César en la conspiración, exasperaron los ánimos contra él, hasta el punto de que muchos caballeros romanos, de los encargados de guardar el templo de la Concordia, le amenazaron con las espadas cuando salía del Senado. Sea de esto lo que quiera, Plutarco, que concuerda con Suetonio en cuanto al día, completa así el relato: «Cuando salió César del Senado, muchos jóvenes romanos que servían entonces de guardias á Cicerón, corrieron hacia él con las espadas desnudas;

habían propuesto castigos severísimos, de tal manera les aterró con la reiterada amenaza de los odios populares que algún día se desencadenarían contra ellos, que Décimo Silano, cónsul designado, se atrevió á dulcificar por medio de una interpretación el voto que dignamente no podía modificar, y que habían entendido, según dijo, en sentido mucho más riguroso que le había dado. César iba á triunfar: muchos senadores se habían pasado á su bando, y con ellos Cicerón, hermano del cónsul, y la victoria era segura, si la oración de Catón no hubiese infundido energía al vacilante Senado. Pero lejos de mitigar su oposi-

pero Curión lo cubrió con su toga y le proporcionó medio de escapar. El mismo Cicerón, á quien dirigían la vista aquellos jóvenes, como para que les diese orden de matarle, les detuvo, bien porque temiese al pueblo, bien porque creyese aquella muerte injusta y contraria á las leyes. Si son ciertos estos detalles, añade, no sé por qué no ha dicho nada de ellos Cicerón en la historia de su consulado; pero más adelante se le censuró no haber aprovechado ocasión tan propicia para deshacerse de César y por haber temido demasiado el singular cariño del pueblo por aquel joven romano. Salustio y Plutarco, en este punto especial, son, con Suetonio, los dos únicos escritores que hablan de estas violencias de los caballeros. Pero lejos César, como dice Suetonio, de ceder á sus amenazas, Plutarco dice, en otro pasaje, que después de la condenación «César se opuso todavía á la confiscación de bienes, alegando que no era justo rechazar lo que su opinión tenía de humanitaria para adoptar solamente la disposición más rigurosa; y como el mayor número se declaraba abiertamente contra su opinión, apeló á los tribunos, que negaron su oposición, mas Cicerón tomó por sí mismo el partido más suave y abandonó la confiscación de bienes. El mismo autor añade, además, á su relato una anécdota asaz curiosa. «Mientras César y Catón, dice, sostenían con calor la discusión, llevaron una carta á César. Catón, á quien pareció sospechoso el mensaje, arguyó de él á César; y algunos senadores, que participaban de sus sospechas, mandaron que se leyese en alta voz la carta. César la entregó á Catón, que estaba á su lado, y habiéndola leído, vió que era un billete de amor que su hermana Servilia escribía á César, porque quien experimentaba violenta pasión. Catón arrojó la carta á César diciéndole: «Toma, borracho,» y continuó su discurso.

ción, de tal manera persistió César en ella, que el grupo de caballeros romanos que guardaba armado el salón del Senado amenazó darle muerte: espadas desnudas se dirigieron contra él, de suerte que los inmediatos se apartaron, y solamente algunos, teniéndole en sus brazos y cubriéndole con la toga, consiguieron con gran trabajo salvarle. Dominado entonces por el miedo, cedió, y en todo el resto del año se abstuvo de asistir al Senado (1).

XV. El primer día de su pretura citó ante el pueblo á Q. Catulo, encargado de la reconstrucción del Capitolio (2), y propuso se confiriese el cuidado á otro. Mas viendo que los patricios, en vez de acudir á saludar al nuevo cónsul, marchaban apresuradamente á la asamblea para oponerle

(1) Plutarco cita un hecho que prueba por el contrario que, á pesar del peligro que había corrido, César volvió al Senado. «Pocos días después, dice, se vió otra prueba del cariño que le profesaba el pueblo. Habiendo entrado César en el Senado para justificarse de las sospechas que se habían concebido contra él, recibió violentas reconvenções. Como la sesión se prolongaba más de lo ordinario, el pueblo acudió en tropel, rodeó el Senado vociferando y pidió con acento imperioso, que dejasen salir á César. Temiendo Catón algún atropello por parte de los indigentes de Roma, que habían puesto en César todas sus esperanzas, aconsejó al Senado se hiciese mensualmente á esta clase del pueblo una distribución de trigo, que solamente aumentaría los gastos ordinarios del año en 5.500.000 sextercios. Esta prudente política desvaneció por el momento el temor del Senado; debilitó y hasta disipó gran parte de la influencia de César, en un tiempo en que la autoridad de la pretura iba á hacerla mucho más terrible. Sin embargo, no estallaron turbulencias, sino que al contrario, él mismo experimentó una aventura doméstica que le fué muy desagradable (el lance de Clodio).»

(2) El Capitolio, incendiado en tiempo de Sila, en 671, fué reconstruído y dedicado por Lutacio Catulo. Dion refiere que entre los honores otorgados á César, permitiósele por un decreto inscribir su nombre en aquel templo en el sitio del de Catulo. Mas parece que no llegó á verificarse esta sustitución, porque según Tácito, leíase todavía el nombre de Catulo en la época del tercer incendio, que ocurrió en tiempos de Vitelio.

tenaz resistencia, considerando desigual la lucha, desistió de la empresa.

XVI. Con grandísimo ardor y pasión sostuvo á Cecilio Metelo, autor de las leyes más turbulentas contra el derecho de oposición de sus colegas; hasta que un decreto del Senado les suspendió á los dos de sus funciones. César tuvo la audacia de permanecer en posesión de su cargo y de administrar todavía justicia. Mas cuando supo que se preparaban á emplear con él la violencia y las armas, despidió á los lictores, se despojó de la pretexto, y se retiró secretamente á su casa, decidido, en conformidad con la costumbre de la época, á permanecer tranquilo. Dos días después calmó á la multitud que espontáneamente se había aglomerado delante de su puerta ofreciéndole su apoyo para restablecerle en su dignidad. Asombrados ante aquella moderación, los senadores que la noticia del tumulto había reunido apresuradamente, enviaron para darle gracias á los más ilustres de entre ellos, siendo llamado al Senado, donde se le tributaron pomposos elogios, restableciéndole en su cargo y retirando el primer decreto.

XVII. No tardaron en sobrevenirle nuevos disgustos, denunciándole como cómplice de Catilina (1) ante el cues-

(1) Dificil por demás es resolver hoy la cuestión de si César fué ó no cómplice de Catilina, porque los escritores contemporáneos guardaron silencio acerca de este particular, bien por complacencia, como Salustio, bien por miedo, como Cicerón. Sin embargo, de algunos pasajes de escritores posteriores que consultaron documentos que no poseemos nosotros, pueden deducirse presunciones tan vehementes que equivalen á pruebas. Conviene no olvidar que César había entrado ya en dos ó tres conspiraciones que refiere Suetonio, y que también menciona Salustio, pero en las cuales no le hace entrar éste; omisión evidentemente voluntaria y que puede dar idea de su sinceridad. Tampoco le nombra entre los senadores que estaban presentes en la reunión de los conjurados de que habla en el capítulo 17 de su historia; pero añade, como para dejar adivinar la

tor Novio Niger, L. Vettio Judex, y ante el Senado Q. Curio (1), á quien se concedieron recompensas públicas por

verdad, que además asistía considerable número de patricios que formaban secretamente parte de la conjuración, impulsados por la ambición, y que casi todos los jóvenes, principalmente los nobles, favorecían la empresa. Otra prueba de la mala fe de este historiador es que, habiendo dado la sustancia de los discursos de César y de Catón, discursos recogidos, como todos los demás, por los estenógrafos que Cicerón colocó expresamente para aquel día en la sala del Senado (Plut. *Cat.* 28), suprimió en la admirable arenga de Catón toda la parte que contenía contra César los valerosos ataques que refiere Plutarco. En cuanto á Cicerón, que guardó silencio acerca de la complicidad de César, al menos en lo que nos queda de él, y que hasta en la historia de su consulado, perdida hoy, pero que consultó Plutarco, omitió, con profundo asombro de éste, un hecho tan importante de su vida, su silencio antes acusa que absuelve á César. Pero en Cicerón no es solamente sospechoso el escritor, lo es también, y con justicia, el magistrado. En la época misma de la conjuración se negó á recibir contra César, á causa de su popularidad, una denuncia hecha por personajes graves, como en el Senado había sofocado ya la voz de un testigo que acusaba á Crasso, demasiado terrible para ser castigado. Abundan testimonios relativamente á esto. «Algunos escritores, dice Plutarco, aseguran que el cónsul tocaba al momento de la convicción; pero que César tuvo habilidad para escapar. Pretenden otros que Cicerón descuidó y hasta rechazó de intento las pruebas que tenía de su complicidad, porque temía su influencia y al considerable número de sus partidarios; porque todo el mundo estaba persuadido de que los amigos de César conseguirían más fácilmente salvarle con sus cómplices, que el convencimiento de su complicidad serviría para castigar á los culpables.» En fin, dejemos hablar también á Appio. «César, dice, robusteció con su discurso la sospecha que se tenía de su complicidad, aunque Cicerón no se atrevía á implicarle abiertamente en la conjuración á causa de su grande popularidad.» Mas para nosotros, la mejor prueba de esta complicidad, á falta de las que nos ha quitado Cicerón, es la acusación de Catón en el Senado, donde el mayor número participaba de su convicción, y donde nadie le desmintió ni refutó; de Catón, que no hablaba ligeramente, que se apoyaba en pruebas fuertes, que insistió en ello con energía, y que al fin descargó sobre César el rudo apóstrofe que solamente Plutarco nos ha conservado.

(1) Este Q. Curio estaba en el número de los conjurados. Indiscreto primeramente con su amante Fulvia, que habló de la trama á

haber sido el primero en revelar los proyectos de los conjurados. Curio pretendía saber por Catilina lo que decía, y Vettio se obligaba á presentar la firma de César dada por éste á Catilina. No creyó César que debía tolerar aquellos ataques, é imploró el testimonio de Cicerón para demostrar que le había suministrado espontáneamente algunos detalles acerca de la conjuración, consiguiendo privar á Curio de las recompensas que le habían ofrecido: en cuanto á Vettio, á quien se había pedido caución de comparecencia, despojósele de sus muebles, se le maltrató personalmente, estuvo á punto de que le despedazasen en la asamblea al pie de la tribuna rostral y le hizo encarcelar; consiguiendo lo mismo relativamente al cuestor Novio por haber consentido que se acusase ante su tribunal á un magistrado superior á él.

XVIII. Al terminar en la pretura, designóle la suerte la España ulterior; pero retenido por sus acreedores (1), no se vió libre de ellos hasta que prestó fianzas; y sin esperar que, según las costumbres y las leyes, hubiese arreglado el Senado todo lo concerniente á las provincias, partió, bien para librarse de una acción judicial que querían intentarle al cesar en su cargo, bien para llevar más pronto socorros á los aliados que imploraban la protección de

varias personas, concluyó por revelarla él mismo á Cicerón, á quien enteró también de su proyecto de asesinato contra él.

(1) «César, dice también Salustio, había contraído inmensas deudas para atender á sus liberalidades particulares y públicas.» Crasso, el más rico de los Romanos, y rival entonces de Pompeyo, se presentó flador de César por la cantidad de ochocientos treinta talentos (más de diez y seis millones de reales), y no consiguió aplacar á los acreedores más intratables que se habían apoderado ya de los efectos de su deudor. En esta época decía César de sí mismo «que necesitaba veinticinco millones de sextercios (cerca de veinte millones de reales) para no deber nada.» Según dice Plutarco, antes de obtener ningún cargo público, debía ya mil trescientos talentos (cerca de treinta millones de reales.)

Roma. Cuando hubo pacificado su provincia (1), regresó con igual precipitación y sin esperar sucesor, pidiendo á la vez el triunfo y el consulado (2). Mas estando señalado ya

(1) No habiendo dicho nada Suetonio del gobierno de César en España, supliremos su silencio con el relato de Plutarco. «En cuanto llegó á España, y sin perder momento, puso en pie de guerra diez cohortes y las unió á las veinte que había encontrado. Marchando al frente de ellas contra los Galecios y Lusitanos, venció á estos dos pueblos, avanzó hasta el mar exterior y subyugó naciones que hasta entonces no habían estado sometidas á los Romanos. A la gloria de los triunfos militares añadió la de sabia administración durante la paz; restableció la concordia en las ciudades y se dedicó especialmente á terminar las diferencias que diariamente estallaban entre acreedores y deudores. Ordenó que los primeros cobrarán cada año las dos terceras partes de los réditos de los deudores, y que los segundos reñdrían la otra tercera parte hasta la extinción de la deuda. La prudencia de estas disposiciones le honró mucho, y dejó el gobierno después de haberse enriquecido y procurado pingües utilidades á sus soldadas, que antes de su marcha le saludaron con el título de *imperator*.»

Appio, que confirma este relato en lo que atañe á las hazañas militares y que habla también de considerables remesas de dinero para el tesoro público de Roma, lo contradice completamente en lo demás. «No se cuidó, dice, de llenar sus funciones civiles, de interponerse como árbitro en los negocios, ni de dedicarse á los demás detalles de la administración de justicia; despreció todo esto como inútil para el objeto que se proponía.» Sin embargo, en un discurso pronunciado en Hispalis, durante la guerra civil (diez y ocho años después) y en el que reconviene á los Españoles por su ingratitud para con él, dice «que durante su pretura obtuvo para ellos del Senado el aplazamiento de impuestos que le había encargado Metelo; que al mismo tiempo, habiéndoles tomado bajo su patronato, frecuentemente procuró la entrada de sus diputados en el Senado y arrostró muchos odios por haber defendido sus intereses públicos y privados.»

(2) El Senado había concedido á César los honores del triunfo. Cuando llegó á las inmediaciones de Roma, hizo espléndidos preparativos para aquella brillante ceremonia. Al mismo tiempo pensaba en el consulado; pero exigía una ley que los candidatos lo solicitaran personalmente, y otra determinaba que los aspirantes al triunfo permaneciesen fuera de Roma. Era en la víspera de

el día de los comicios, no podía presentarse su candidatura si no entraba en la ciudad como simple particular; y cuando pidió que se le exceptuase de la ley, encontró vigorosa oposición, por lo que tuvo que renunciar al triunfo para no quedar excluido del consulado.

XIX. De sus dos competidores al consulado, L. Luceyo (1) y Marco Bibulo, unióse al primero, que gozaba de poca influencia, pero que poseía considerable fortuna, á condición de que uniría el nombre de César al suyo en sus larguezas á las centurias (2). Enterados los nobles de este

los comicios consulares. César, «que tenía mucha prisa por llegar al consulado, y que no había terminado todavía los preparativos de su triunfo, escribió al Senado pidiendo le fuese permitido, en razón de su ausencia, que se presentase candidato por medio de sus amigos; y reconociendo desde luego que la ley se oponía á ello, hacía observar que no faltaban ejemplos de aquéllos.» Tuvo también la precaución «de atraer muchos senadores á su partido;» pero Catón combatió enérgicamente la pretensión de César, y como debía cerrarse la lista al terminar el día, empleó toda la sesión en desarrollar su teoría, impidiendo por este medio que votase el Senado. Advertido César á tiempo, abandonó los preparativos del triunfo, acudió á Roma, se hizo inscribir y esperó los comicios.

(1) Este Luceyo era escritor esclarecido que componía entonces la historia de la guerra itálica y de las civiles de Mario, y á quien cinco años después dirigió Cicerón la bella y famosa carta en que le ruega escriba la historia de su consulado.

He aquí cómo hablaba Cicerón á Atico de esta candidatura: «Luceyo quiere pedir el consulado. Solamente tendrá dos competidores: César, que espera entenderse con Luceyo por mediación de Arrio, y Bibulo, que imagina ponerse de acuerdo con César por medio de G. Pisón. ¿Ríes? Te aseguro que no hay de qué reír.»

(2) Públicamente se hacía este tráfico de votos, prohibido por las leyes pero tolerado, y los ciudadanos no vendían solamente el voto, sino que también sostenían á pedradas y cuchilladas al que les había pagado. Los candidatos hacían colocar agencias en el Foro, y en ellas compraban los votos. Vióse, dice Appio, el ejemplo de un ambicioso que consignó ochocientos talentos (cerca de diez y seis millones) como precio de la primera magistratura. La venalidad había recibido completa organización: el candidato tenía sus corredores (*intérpretes*) para negociar los votos; sus depositarios públicos (*se-*

pacto, cuyas consecuencias temían, y persuadidos de que César, investido con la magistratura más alta del Estado y un colega completamente suyo, no pondría límites á su audacia, quisieron que hiciese Bibulo iguales promesas á las centurias, y la mayor parte de ellos contribuyeron con dinero para conseguirlo; diciendo el mismo Catón que por aquella vez la corrupción sería provechosa á la república. César fué nombrado cónsul con Bibulo, y los grandes no pudieron hacer otra cosa que asignar á los futuros cónsules cargos sin importancia, como la inspección de bosques y caminos. Movido César por esta injuria, no perdonó medio para atraerse á Cn. Pompeyo, irritado entonces contra los senadores, que vacilaban en aprobar sus actos, á pesar de sus victorias sobre el rey Mitridates, reconciliándole también con M. Craso (1), que continuaba siendo su

questres), encargados de las cantidades destinadas á los pagos, y sus repartidores (*divisores*), encargados de entregar á cada votante el precio convenido al mismo tiempo que la cédula.

(1) Floro y Patérculo dicen que César era cónsul cuando formó con Craso y Pompeyo, reconciliados con él, aquella liga llamada el primer triunvirato. Pero Appio y Plutarco siempre que hablan de esta unión aseguran lo contrario, y con más verosimilitud, porque lo presentan llegando por su crédito al consulado, que no estaba seguro de conseguir. «Comprendiendo, dice Plutarco, que mientras Craso y Pompeyo estuviesen [decididos no podría solicitar el apoyo de uno sin incurrir en la enemistad del otro, realizó un hecho brillante que pasó por honroso y que engañó á todo el mundo menos á Catón: reconcilió estos dos enemigos, que eran los más influyentes de Roma, y reunió en sus solas manos todo el poder, por medio de aquel triunvirato, cuya invencible fuerza destruyó la autoridad del Senado y del pueblo. Este poder, dividido entre dos rivales, conservaba el equilibrio en Roma, como el cargamento repartido por igual lo mantiene en un barco; pero en cuanto pasó todo entero á un solo punto, concluyó, no teniendo contrapeso, por derribar la república.» No fué tanto la enemistad de César y Pompeyo, como generalmente se cree, la que, dando ocasión á las guerras civiles, concentró el poder en manos de César, sino más bien su amistad, que reuniéndoles primeramente para destruir el partido del Senado, le allanó el ca-

enemigo desde las violentas querellas de su consulado, concluyendo con ellos una alianza en virtud de la cual nada se haría en el Estado que degradase á cualquiera de los tres.

XX. Lo primero que ordenó al tomar posesión de su dignidad, fué que se llevase un diario de todos los actos del Senado y populares y que se publicase. Restableció también la antigua costumbre de hacerse preceder por un hujier y seguir por lictores, durante los meses en que tuviese los haces el otro cónsul (1). Promulgó la ley Agraria, y no pudiendo vencer la resistencia de Bibulo, lo arrojó del foro á mano armada. Al día siguiente produjo éste sus quejas ante el Senado, pero no se encontró nadie que se atreviese á informar acerca de aquella violencia ó á proponer alguna de aquellas resoluciones vigorosas que con tanta frecuencia se habían adoptado en peligros mucho menores: y desesperado Bibulo, se retiró á su casa, donde permaneció oculto todo el tiempo de su consulado, no ejerciendo oposición más que por medio de edictos. Desde aquel momento dirigió César todos los asuntos del Estado por su sola y soberana autoridad; hasta el punto de que algunos, antes de firmar sus cartas, las fechaban por burla, no en el consulado de César y Bibulo, sino de *Julio* y de *César*, haciendo así dos cónsules de uno sólo, separan-

mino del poder. Así pensaba Catón. Un día que decían delante de él que las querellas de César y Pompeyo habían causado la ruina de la república: «Desengañaos, contestó, no su enemistad, su unión ha perdido al Estado.» Desde el primer día había predicho este resultado; pero, añade Plutarco, solamente consiguió pasar por suspicaz y descontentadizo.

(1) Dentro de la ciudad precedían solamente á uno de los cónsules doce lictores con las hachas y haces, teniendo alternativamente este cortejo cada mes. Un oficial público llamado *accensus* marchaba delante del otro cónsul, siguiéndole lictores sin haces. Esta costumbre había caído en desuso cuando la restableció César.

do el nombre y el cognomen; y también se hicieron circular estos versos:

Non Bibulo quidquam nuper, sed Cæsare factum est:
Nam Bibulo fieri consule nil memini (1).

El territorio de Stella consagrado por nuestros mayores y los campos de Campania destinados á las necesidades de la república, quedaron distribuidos á veinte mil ciudadanos padres de familia con tres ó más hijos (2). Pidiendo reducción los arrendatarios del Estado, perdonóles la tercera parte de los arrendamientos, y les exhortó en público á no encarecer inconsideradamente en la próxima adjudicación de impuestos. De la misma manera obraba en todo, concediendo generosamente cuanto se le pedía, porque nadie osaba oponérsele, y si alguno se atrevía era víctima de su venganza. Un día le apostrofó Catón, y mandó á un licitor que le arrastrase fuera del Senado y le condujese á prisión. Habiéndole resistido algunos momentos L. Lúculo, tanto le asustaron sus amenazas, que le pidió perdón de rodillas. Por haber deplorado Cicerón en un juicio, el estado de los asuntos de la república, el mismo día, á las nueve, hizo pasar al orden plebeyo al patricio P. Clodio, enemigo de Cicerón, y que desde mucho antes en vano había intentado pasar. Queriendo en fin terminar con sus adversarios, sobornó á Vettio á fuerza de oro para que declarase que algunos de éstos le habían invitado á matar á Pompeyo y

(1) Nada es de Bíbulo, todo es de César, porque nadie recuerda lo que aquel cónsul ha hecho.

(2) En Roma se concedían muchos honores y prerrogativas á los padres que tenían tres hijos varones: preferíanse á sus rivales en la petición de empleos; estaban exentos de ciertos tributos; en los espectáculos se les designaban puestos preferentes, y de aquí, en fin, los privilegios llamados *Jus trium liberorum*. Más adelante concedieron los Emperadores el goce de este derecho á los célibes; entonces sucumbió esta institución, alteróse la población, y Roma casi no tenía ya ciudadanos cuando pasó á ser patrimonio de los Papas.

que, llevado al Foro, nombrase algunos de los pretendidos autores de la trama: pero acusando Vettio sin pruebas en tanto á uno en tanto á otro, pronto se sospechó el fraude, y desesperando César del éxito de aquella imprudente empresa, hizo, según se cree, envenenar al denunciador.

XXI. Por este tiempo se casó con Calpurnia, hija de L. Pisón, que iba á sucederle en el consulado, y dió en matrimonio á Cn. Pompeyo su hija Julia, repudiado su prometido esposo Servilio Cepión, que poco antes le ayudó poderosamente á deshacerse de Bibulo. Después de esta nueva alianza, comenzó en el Senado á tomar en primer lugar el parecer de Pompeyo, cuando acostumbraba á interrogar ante todos á Crasso y era costumbre que el cónsul conservase todo el año el orden establecido por él mismo en las kalendas de enero para recibir los votos.

XXII. Apoyado, pues, por el suegro y el yerno, eligió entre todas las provincias romanas la de las Galias, que, entre otras ventajas, ofrecía á su ambición vasto campo de triunfos. Recibió en primer lugar la Galia Cisalpina con la Iliria, en virtud de la ley Vatinia; y después le dió el Senado la Cabelluda, persuadido de que el pueblo había de dársela, si los senadores se la negaban. No pudiendo dominar la alegría que le embargaba, pocos días después se jactó en pleno Senado de haber llegado al colmo de sus deseos, á pesar del odio de sus consternados enemigos, y exclamó que en adelante marcharía sobre sus cabezas: y habiendo dicho uno para afrentarle, «Eso no será fácil á una mujer,» respondió como aludido: «En Siria, sin embargo, reinó Semíramis, y las Amazonas poseyeron gran parte del Asia.»

XXIII. Terminado su consulado, los pretores Memmio y Lucio Domitio pidieron que se examinasen los actos del año precedente, llevando César el asunto al Senado, que no quiso conocer de él. Después de tres días de inútiles discusiones, partió para su provincia, é inmediatamente, para

perjudicarlo, procesóse á su cuestor por varios crímenes. Poco después le citó á él mismo el tribuno del pueblo L. Antistio, pero gracias á la intervención del colegio de los tribunos consiguió no ser acusado mientras estuviese ausente en servicio de la república. Para ponerse en adelante al abrigo de aquellos ataques, tuvo gran cuidado en atraerse, por medio de favores, á los magistrados de cada año, formándose una ley de no ayudar con su influencia, ni dejar que ascendiesen á los honores más que á aquellos que se comprometiesen á defenderlo durante su ausencia; condición por la cual no vaciló en pedir á algunos juramento y hasta promesa escrita.

XXIV. Así, pues, habiéndose vanagloriado públicamente L. Domitio, que aspiraba al consulado, de realizar como cónsul lo que no había podido hacer como pretor, y de quitar además á César el ejército que mandaba, llamó á Crasso y á Pompeyo á Luca, ciudad de su provincia, exhortándoles á que pidiesen ellos también el consulado, para separar á Domitio, y hacer en seguida prorrogar su mando por cinco años, consiguiendo las dos cosas. Tranquilo por este lado, añadió otras legiones á las que había recibido de la república, y las mantuvo á su costa; formando otra en la Galia Transalpina, á la que dió el nombre galo de Alanda, adiestrándola en la disciplina romana, armándola y equipándola al uso de la república y concediendo después á toda ella el derecho de ciudadanía. En lo sucesivo no dejó escapar ninguna ocasión de hacer la guerra, por injusta y peligrosa que fuese, atacando indistintamente á los pueblos aliados y á las naciones enemigas ó salvajes; hasta que el Senado decretó enviar comisarios á las Galias para que le informasen del estado de aquella provincia, llegando á proponer algunos que se le entregase á los enemigos. Pero el próspero éxito de todas aquellas empresas le hizo tributar elogios más lisonjeros y frecuentes que los que habían conseguido otros antes que él.

XXV. Durante los nueve años que desempeñó su mando hizo lo siguiente. Toda la Galia comprendida entre los Pirineos y los Alpes, las Cevennas, el Ródano y el Rhin, la redujo á provincia romana, exceptuando las ciudades aliadas y amigas, imponiendo al territorio conquistado tributo anual de cuarenta millones de sextercios. Fué el primero que, después de echar un puente sobre el Rhin, atacó á los Germanos al otro lado de este río, y que consiguió sobre ellos señaladas victorias. Atacó también á los Bretones, desconocidos hasta entonces, les venció y exigió dinero y rehenes: y en medio de tantos triunfos solamente sufrió tres reveses; uno en Bretaña, donde una tempestad estuvo á punto de destruir su flota; otro en la Galia, delante de Gergovia, donde fué derrotada una legión; y el tercero en el territorio de los Germanos, donde perecieron en una emboscada sus legados Titurio y Aurunculeyo.

XXVI. Durante estas expediciones, perdió primeramente á su madre, después á su hija, y poco más adelante á su nieto. Entretanto, la muerte de P. Clodio había ocasionado disturbios en Roma, y el Senado, que pensaba no crear más que un cónsul, designaba nominalmente á Cn. Pompeyo. Los tribunos del pueblo le designaban por compañero á César; mas no queriendo regresar por esta candidatura, antes de terminar la guerra, se entendió con ellos para que el pueblo le concediese permiso de solicitar, ausente, su segundo consulado, cuando estuviese para espirar el tiempo de su mando. Concediósele este privilegio; y concibiendo desde entonces proyectos más vastos y más elevadas esperanzas, nada omitió para atraerse partidarios, á fuerza de favores públicos y particulares. Con el dinero extraído á los enemigos, comenzó la construcción de un Foro, cuyo terreno solamente costó más de cien mil sextercios. Prometió al pueblo en memoria de su hija espectáculos y un festín, cosa desconocida y sin ejemplo; y para satisfacer la impaciencia pública, empleó á sus esclavos

en los preparativos de aquel festín, que había encomendado á contratistas. Tenía en Roma comisionados que cogían por fuerza para guardárselos á los gladiadores más famosos, en el momento en que los espectadores iban á pronunciar su sentencia de muerte. Y en cuanto á los gladiadores jóvenes, no les hacía educar en escuelas ó por lanistas (1), sino en casas particulares y por caballeros romanos, y hasta por senadores diestros en el manejo de las armas, y que suplicaban, como muestran sus cartas, encargarse ellos mismos de la enseñanza de aquellos gladiadores y presidir como maestros sus ejercicios. César duplicó á perpetuidad el sueldo de las legiones. En los años abundantes, distribuía el trigo sin regla ni medida, y algunas veces se le vió dar á cada hombre un esclavo tomado del botín.

XXVII. Con objeto de conservar el apoyo de Pompeyo con nueva alianza, ofrecióle á Octavia, sobrina de su hermana, aunque estaba casada con C. Marcelo, y le pidió la mano de su hija destinada á Fausto Sila. A cuantos rodeaban á Pompeyo y á la mayoría de los senadores, les había hecho deudores suyos, sin exigirles interés ó siendo éste muy módico; haciendo también magníficos regalos á los ciudadanos de otras clases que acudían á él invitados ó espontáneamente. Sus liberalidades se extendían hasta los libertos y esclavos, según la influencia que tenían sobre el ánimo de su señor ó patrono. Los acusados, los ciudadanos agobiados de deudas, la juventud pródiga, encontraban en él seguro refugio, á menos que las acusaciones fuesen demasiado graves, la ruina demasiado completa, ó los desórdenes demasiado grandes para que pudiese remediarlos: á éstos les decía francamente «que necesitaban una guerra civil.»

XXVIII. No desplegó menor cuidado en atraerse el favor de los reyes y las provincias en toda la extensión de

(1) Maestros de esgrima.

la tierra, ofreciendo á unos gratuitamente millares de cautivos, mandando á otros tropas auxiliares, donde y cuando querían, sin consultar al Senado ni al pueblo. Decoró con magníficos monumentos, no solamente la Italia, las Galias, las Españas, sino también las ciudades más importantes de Grecia y Asia; y todo el mundo comenzaba á presentir con terror el fin de tantas empresas, cuando el cónsul M. Claudio Marcelo publicó un edicto, por el cual, después de anunciar que se trataba de la salvación de la república, proponía al Senado dar sucesor á César antes de que espirase el tiempo de su mando, y puesto que había concluído la guerra y estaba asegurada la paz, que licenciase al ejército victorioso; pidiendo también que en los próximos comicios no se tuviese en cuenta á César ausente, puesto que el mismo Pompeyo había anulado el plebiscito dado en favor suyo. En efecto, había ocurrido que en la ley acerca de los derechos de los magistrados, en el capítulo en que se prohibía á los ausentes la petición de honores, se olvidó exceptuar á César; error que Pompeyo no corrigió hasta que la ley estuvo ya grabada en bronce y depositada en el tesoro (1). No contento Marcelo con quitar á César sus provincias y su privilegio, opinó también, apoyando una moción de Vatínio, se retirase á la colonia que

(1) Después de la trascripción de los decretos del Senado, los depositaban en el Tesoro; de la misma manera se conservaban las leyes y demás actas de la república. Llamábase *tabularium* al sitio en que estaban depositados los archivos públicos. Los decretos en que el Senado otorgó honores extraordinarios á César los escribieron con letras de oro en columnas de plata. Muchos decretos del Senado se escribieron en planchas de bronce que se conservan aún. Los decretos del Senado, antes de quedar depositados en el Tesoro, no tenían autoridad alguna. He aquí por qué, bajo Tiberio, se mandó que los decretos del Senado, y especialmente aquellos que imponían penas capitales, no se llevasen al Tesoro hasta pasados diez días, á fin de que el Emperador, si estaba ausente, tuviese tiempo para examinarlos y moderar su rigor.

había fundado en Novumcomum el derecho de ciudadanía concedido por ambición en contra de las leyes.

XXIX. Conmovido por estos ataques, y persuadido, como muchas veces se le había oído decir, que sería más difícil, cuando ocupase el puesto supremo del Estado, hacerle descender al segundo rango que desde éste hasta el último, resistió con todo su poder á Marcelo, oponiéndole en tanto los tribunos, en tanto el otro cónsul, Servio Sulpicio. Al año siguiente, habiendo sucedido en el consulado C. Marcelo á su primo hermano Marco, siguiendo el mismo empeño, preparóse defensores por medio de considerables larguezas en Emilio Paulo y Cayo Curión, tribunos violentísimos. Pero encontrando en todas partes obstinada resistencia, y viendo que los cónsules designados le eran contrarios también, escribió al Senado rogándole no le quitase el beneficio del pueblo, ó al menos ordenase que los demás generales dejásen también sus ejércitos; confiando, según se cree, que reuniría cuando quisiese á sus veteranos más fácilmente que nuevos soldados Pompeyo. Ofreció sin embargo á sus adversarios licenciar ocho legiones, dejar la Galia Transalpina y conservar la Cisalpina con dos legiones, ó la Iliria con una sola, hasta que fuese nombrado cónsul.

XXX. Pero negándose el Senado á sus peticiones y rehusando sus enemigos poner en pacto la salud de la república, pasó á la Galia Citerior, y después de celebrar los comicios provinciales, detúvose en Ravena, dispuesto á vengar con la fuerza de las armas á los tribunos partidarios suyos, si el Senado tomaba medidas violentas con ellos. Este fué efectivamente el pretexto de la guerra civil, mas créese que tuvo otras causas. Cn. Pompeyo decía que, no pudiendo César terminar los trabajos comenzados, ni satisfacer con sus recursos personales las esperanzas que el pueblo había fundado en su regreso, quiso trastornarlo y agitarlo todo. Otros aseguran que temía le obligaran á

dar cuenta de lo que había hecho en contra de las leyes, contra los auspicios é intercesiones durante su primer consulado: porque M. Caton declaraba con juramento, que le citaría en justicia en cuanto licenciasen al ejército; y generalmente se decía que, si regresaba en condición privada, veríase obligado, como Milón, á defenderse delante de los jueces rodeados de soldados armados; dando probabilidad á esta opinión lo que Asinio Polión refiere, esto es, que en la batalla de Farsalia, contemplando á sus adversarios vencidos y derrotados, pronunció estas palabras: «Ellos lo quisieron; después de realizadas tantas empresas me hubiesen condenado, á mí, C. César, si no hubiera pedido auxilio al ejército.» Otros opinan, en fin, que le dominaba la costumbre del mando, y que habiendo comparado las fuerzas de sus enemigos y las suyas, creyó propicia la ocasión de apoderarse del poder soberano, que codiciaba desde su juventud. Así, según parece, lo creía también Cicerón que, en el libro tercero *de Offitiis* (de los Deberes), dice que César tenía siempre en los labios los versos de Eurípides que tradujo de esta manera:

Nam si violandum est just, regnandi gratia
Violandum est: aliis rebus pietatem colas (1).

XXXI. Cuando supo que, rechazada la intercesión de los tribunos, éstos habían tenido que salir de Roma, hizo avanzar algunas cohortes secretamente para no despertar sospechas; y con objeto de disimular, presidió un espectáculo público, ocupóse de un plan de construcción para un circo de gladiadores, y se entregó como de costumbre á los regocijos del festín. Pero en cuanto se ocultó el sol (2)

(1) Si hay derecho para violar, violadlo todo por reinar: pero respetad las demás cosas.

(2) César se sentó á la mesa antes de la hora acostumbrada, es decir, antes de ocultarse el sol. En cuanto anocheció se levantó, rogando á sus convidados que le dispensasen y que continuaran alegremente la comida en ausencia suya.

hizo enganchar á su carro los mulos de una tahona inmediata, y con corto acompañamiento, tomó ocultos caminos : consumidas las antorchas, extravióse y vagó por mucho tiempo al azar, hasta que al amanecer, habiendo encontrado un guía, siguió á pie estrechos senderos hasta el Rubicón, que era el límite de su provincia, donde le esperaban sus cohortes; detuvóse breves momentos, y reflexionando en las consecuencias de su empresa, dijo dirigiéndose á los más inmediatos: «Todavía podemos retroceder, pero si cruzamos ese puentecillo, todo habrán de decidirlo las armas.»

XXXII. Cuando permanecía vacilando, decidióse un prodigio. Un hombre de estatura y hermosura notables apareció de pronto sentado, á corta distancia, tocando la flauta: además de los pastores, soldados de los puestos inmediatos, y entre ellos trompetas, acudieron á escucharle, y arrebatando á uno la trompeta, encaminóse hacia el río, y arrancando enérgicos sonidos de aquel instrumento, llegó á la otra orilla. Entonces César: «Marchemos, dijo, á donde nos llaman los signos de los dioses y la iniquidad de los enemigos. *Jacta alea esto. La suerte está echada.*

XXXIII. Cuando el ejército hubo pasado el río, hizo presentarse á los tribunos del pueblo, que, arrojados de Roma, habían venido á su campamento, arengó á los soldados é invocó su fidelidad llorando, y rasgándose las ropas sobre el pecho. Creyóse también que había prometido á cada uno el censo del orden ecuestre, error á que dió lugar el que, durante la arenga, mostrase con frecuencia el dedo anular de la mano izquierda, afirmando que estaba dispuesto á darlo todo con gusto hasta su anillo, por aquellos que defendiesen su dignidad; de suerte que los que se encontraban en las últimas filas, en mejores condiciones para ver que para oír, dieron á aquel movimiento significación que no tenía; y no tardó en divulgarse el rumor de que César había prometido á sus soldados los derechos y

rentas de caballeros, es decir, cuatrocientos mil sextercios.

XXXIV. El orden y resumen de lo que hizo después es el siguiente. Ocupó en primer lugar el Piceno, la Umbria y la Etruria (1): á L. Domicio (2), nombrado sucesor suyo durante los disturbios, y que defendía con una guarnición á Corfinio, le hizo rendirse, y dejándole en libertad, costeó el mar superior (Adriático) y marchó sobre Brindis, á donde se habían refugiado los cónsules de Pompeyo, con propósito de pasar cuanto antes el mar. Después de intentarlo todo inútilmente para impedir la realización de este proyecto, dirigióse á Roma, convocó el Senado, y corrió á apoderarse de las mejores tropas de Pompeyo, que estaban en España á las órdenes de los tres legados M. Petreyo, L. Africano, y M. Varrón; habiendo dicho á los suyos antes de partir que «iba á combatir á un ejército sin general para volver á combatir á un general sin ejército.» Y aunque retrasado por el sitio de Marsella, que le había cerrado sus puertas, y por la extraordinaria escasez de víveres, consiguió sin embargo muy en breve su propósito.

(1) Plutarco traza aquí un cuadro espantoso de los primeros desórdenes de la guerra civil. Entonces invadió la guerra con impetuosas oleadas la tierra y el mar; parecía que César, al traspasar las barreras de su gobierno, había traspasado también las de las leyes. Vefanse no solamente rebaños de hombres y mujeres llenos de temor desparramarse por Italia, sino que también ciudades enteras levantarse, por decirlo así, de su asiento y trasladarse fuera del teatro de la discordia. Inundada Roma por aquella multitud de fugitivos, no podía gobernarse en medio del tumultuoso choque de las facciones que la dividían, y poco faltó para que se destruyese con las fuerzas mismas destinadas á defenderla.

(2) Este Domicio, desesperando de poder defender la plaza, á pesar de tener más de treinta cohortes, pidió veneno á un esclavo suyo que era su médico; presentáronle un brebaje, y en seguida lo tomó. Sabiendo después que César trataba con suma generosidad á sus enemigos prisioneros, se arrepintió de su precipitación y lloró su infortunio; pero el médico se acercó á él, le tranquilizó y le dijo que solamente le había dado un brebaje para adormecerle, y no veneno.

XXXV. En seguida regresó á Roma, pasó á Macedonia, acometió á Pompeyo, manteniéndole encerrado durante cuatro meses en inmenso recinto de fortificaciones, y al fin le venció en Farsalia, persiguiéndole en su fuga hasta Alejandría, donde le encontró asesinado, teniendo que hacer al rey Ptolomeo, que le tendía asechanzas, una guerra difícilísima (1), muy peligrosa para él por las desventajas del tiempo y el lugar, el riguroso invierno, la actividad de su enemigo, provisto de todo, en el recinto de su capital, y su propia desnudez en una lucha que estaba muy lejos de prever. Vencedor, dió el reino de Egipto á Cleopatra y á su hermano menor, no queriendo hacerle provincia romana, por temor de que algún día, en manos de un gobernador turbulento, pudiera dar ocasión á nuevas discordias. De Alejandría pasó á Siria, y de allí al punto donde le llamaban urgentes mensajes, porque Pharnaces, hijo del gran Mitridates, aprovechaba los disturbios para hacer la guerra, habiendo conseguido ya numerosos triunfos que le habían

(1) He aquí algunos detalles de aquella guerra de Alejandría, tomados de Hircio, Plutarco y Dion. César persiguió á Pompeyo en Egipto, y se presentó delante del puerto de Alejandría con débil flota, en la que solamente llevaba 3.200 infantes y 800 caballos. Allí fué donde Ptolomeo le envió la cabeza de Pompeyo y su anillo. Al entrar César en Alejandría hizo llevar delante de él los haces, y este rasgo de orgullo pareció á los egipcios injuria inferida á la majestad de sus reyes: este fué el origen de aquella guerra. Atacado César por las tropas de Ptolomeo, se atrincheró en un barrio de la ciudad y resistió el sitio. Echó á fondo 72 embarcaciones que estaban en el puerto, y quemó muchos edificios públicos, entre otros aquella célebre biblioteca de Ptolomeo, cuya pérdida se lamenta todavía. No pudiendo los Egipcios triunfar de los Romanos por la fuerza, recurrieron á la astucia: hicieron pasar el agua del mar á las cisternas de las casas que habitaban los soldados de César, pero éstos abrieron pozos á lo largo de la playa, y encontrando agua dulce, burlaron los esfuerzos de los sitiadores. En seguida combatieron por mar y tierra, y venciendo casi siempre César, dominó al fin á los Alejandrinos.

enorgullecido mucho; bastando á César cuatro horas de combate, al quinto día de su llegada, para destruir á aquel enemigo; por cuya razón se burlaba con frecuencia de los triunfos de Pompeyo, que había debido en mucha parte su gloria militar á la debilidad de tales enemigos. En seguida venció á Scipión y á Juba, que habían recogido en Africa los restos de su partido, y deshizo á los hijos de Pompeyo en España.

XXXVI. Durante estas guerras civiles no experimentó reveses mas que en las personas de sus legados; de los que C. Curio pereció en Africa, C. Antonio cayó en manos de sus enemigos en la Iliria (1), P. Dolabella perdió en la misma Iliria su flota, y Cn. Domitio Calvino su ejército en el Ponto. A él mismo, vencedor siempre, no le abandonó la fortuna más que dos veces: en Dirrhaquio, donde rechazándole Pompeyo y no persiguiéndole, dijo que aquel adversario no sabía vencer; y otra en el último combate librado en España, donde su causa estuvo tan desesperada que pensó en darse la muerte.

XXXVII. Terminadas las guerras, gozó cinco veces de los honores del triunfo, cuatro en el mismo mes, después de la victoria sobre Scipión, y con algunos días de intervalo, y la quinta después de la derrota de los hijos de Pompeyo. El triunfo primero y más esclarecido fué sobre la Galia; después el de Alejandría, el Ponto, Africa, y en último lugar España, y siempre con aparato y fausto diferentes. En su triunfo sobre la Galia, cuando pasaba por el Velabro, casi fué lanzado del carro por haberse roto el eje (2), y subió

(1) *Los Comentarios* de César no mencionan este revés, omisión que hace suponer falta algo en el segundo libro. Este hecho lo menciona también el autor del *Epítome* de Tito Livio, l. cx: «C. Antonius legatus Cæsaris male contra Pompeianos in Illyrico rebus gestis, captus est.»

(2) Este accidente, según el relato de Plinio, hizo á César supersticioso, y no volvió á subir á un carro sin recitar tres veces un verso misterioso como preservativo contra los accidentes de viaje.

al Capitolio á la luz de las antorchas que llevaban encerradas en linternas cuarenta elefantes alineados á derecha é izquierda. Cuando celebró su victoria sobre el Ponto, veíase entre los demás ornamentos triunfales un cartel con las palabras VENI, VIDI, VINCI, (vine, ví, vencí), que no expresaban como las demás inscripciones los acontecimientos de la guerra, sino su rapidez.

XXXVIII. Además de los dos sextercios dobles que había dado á cada infante de las legiones de veteranos á título de botín, al principio de la guerra civil, dióles veinte mil ordinarios, asignándoles también terrenos aunque no cercanos, para no despojar á los propietarios. Distribuyó al pueblo diez *modios* de trigo por cabeza y otras tantas libras de aceite, con trescientos sextercios que antes había prometido, añadiendo otros ciento en compensación de la tardanza. Perdonó los alquileres de un año en Roma hasta la cantidad de dos mil sextercios, y en el resto de Italia hasta la de quinientos. A todo esto añadió distribución de carnes, y después del triunfo sobre España dos festines públicos, y no considerando el primero bastante digno de su magnificencia, el que ofreció cinco días después fué abundantísimo.

XXXIX. Dió también espectáculos de varios géneros: combates de gladiadores; comedias en todos los barrios de la ciudad, desempeñándolas actores de todas las naciones y en todos los idiomas; además, juegos en el circo, atletas y una naumaquia. En el Foro combatieron entre los gladiadores, Furio Leptino, de familia pretoria, y Q. Calpeno que había formado parte del Senado y defendido causas delante del pueblo. Los hijos de muchos Principes de Asia y de Bithinia bailaron la pirrica. El caballero romano Decimo Liberio representó en los juegos una mímica de su composición, recibiendo quinientos sextercios y un anillo de oro, pasando desde la escena por la orquesta á sentarse entre los caballeros. En el circo se ensanchó la arena por

ambos lados; abrióse alrededor un foso (Euripo) (1), que llenaron de agua, y jóvenes nobilísimos corrieron en aquel recinto cuadrigas y bigas, ó saltaron en caballos adiestrados al efecto. Niños divididos en dos bandos, según la diferencia de edad, ejecutaron los juegos llamados troyanos. Dedicáronse cinco días á combates de fieras, y últimamente se dió una batalla entre dos ejércitos, en la que tomaron parte quinientos peones, trescientos jinetes y cuarentas elefantes. Con objeto de dejar á las tropas mayor espacio, habían quitado las barreras del circo, formando á cada extremo un campamento. Los atletas lucharon durante tres días en un estadio construído expresamente en las inmediaciones del campo de Marte. Abrióse un lago en la Codeta menor, y allí trabaron combate naval birremes, trirremes y cuatrirremes tirias y egipcias cargadas de soldados. El anuncio de estos espectáculos había atraído á Roma prodigioso número de forasteros, cuya mayor parte durmió en tiendas de campaña, en las calles y plazas, y muchas personas, entre ellas dos senadores, fueron aplastadas ó asfixiadas por la multitud (2).

(1) El Euripo era, dice Plinio, un gran foso que rodeaba el Circo para impedir que las fieras se escapasen y lanzaran sobre los espectadores, como ya había sucedido muchas veces. Diósele el nombre de Euripo, si hemos de creer á un intérprete de Suetonio, porque el movimiento de las aguas, que se lanzaban de golpe y se retiraban de la misma manera, recordaba las del estrecho de este nombre, entre la Beotia y la Eubea, donde se hacían sentir el flujo y reflujo hasta siete veces al día. César embelleció de tal manera el Circo que construyó Tarquino el viejo, que dice Plinio que aquél fué el fundador.

(2) Asombra á la imaginación el aparato de estos juegos y las cantidades necesarias para realizarlos: evidente es que se necesitaban los despojos de una parte del mundo para atender á ellos. Parecía que solamente se había disputado en las guerras civiles el derecho de dar fiestas al pueblo. Los tiranos, hasta los más crueles, que después gobernaron el Imperio, Nerón, Calígula y los demás, se lo hicieron perdonar todo prodigando espectáculos; agobiaban al Se-

XL. Dedicándose en seguida á la organización de la república, corrigió el calendario (1), tan desarreglado por culpa de los pontífices y por el abuso, antiguo ya, de las intercalaciones, que las fiestas de la recolección no caían ya en estío, ni las de las vendimias en otoño: arregló el año al curso del sol, y lo compuso de trescientos sesenta y cinco días, suprimiendo el mes intercalario, aumentando un día á cada año cuarto. Para que este nuevo orden de cosas pudiese comenzar en las kalendas de enero del año siguiente, añadió dos meses, entre noviembre y diciembre, teniendo por consiguiente este año quince meses, contando el antiguo intercalario que ocurría en él.

XLI. Completó el Senado (2), nombró patricios, aumentó el número de pretores (3), de ediles, de cuestores y de magistrados subalternos; rehabilitó á los que habían despojado de su dignidad los censores ó condenado los tribunales por cohecho. Compartió con el pueblo el derecho de elección en los comicios; de suerte que, exceptuando sus competidores al consulado, los demás candidatos los designaban por mitad el pueblo y él. Los suyos los designaba en tablillas que mandaba á todas las tribus conteniendo esta breve inscripcíon: «César dictador, á tal tribu. Os recomiendo á tal y cual para que obtengan su dignidad por vuestro sufragio.» Admitió á los honores á los hijos de los proscritos. Restringió el poder judicial á dos clases

nado y á los nobles, pero divertían al pueblo; y es cosa cierta que el pueblo los deploró más que á los buenos emperadores que gobernaban mejor y daban menos fiestas.

(1) Esta reforma la hizo en 708, durante su tercer consulado con M. Emilio Lépidio. Llamóse aquel año *annus confusionis*, y al siguiente *primus Julianus*.

(2) Hasta Sila hubo 300 senadores; César elevó el número hasta 900, y más adelante á 1.000; pero Augusto lo redujo.

(3) Nombrábanse ocho pretores; César creó diez; también hubo dos ediles plebeyos más que antes, llamados *cereales*; en fin, elevó á cuarenta el número de los cuestores.

de jueces, á los senadores y á los caballeros, y suprimió los tribunos del tesoro que formaban la tercera jurisdicción. Hizo el censo del pueblo, no de la manera acostumbrada, ni en el paraje ordinario, sino por barrios y según padrones de los propietarios de las casas: redujo el número de aquellos á quienes suministraba trigo el Estado de trescientos veinte mil á ciento cincuenta mil; y para que la formación de estas listas no pudiese ser en lo venidero causa de nuevos disturbios, decretó que el pretor pudiese reemplazar, por medio de sorteo, con los que no quedaban inscritos á los que fallecieran.

XLII. Distribuyéronse ochenta mil ciudadanos en las colonias de Ultramar, y para que no quedase exhausta la población de Roma decretó que ningún ciudadano menor de veinte años y mayor de cuarenta, que no estuviese obligado por cargo público, permaneciese más de tres años seguidos fuera de Italia; que ningún hijo de senador emprendiese viajes lejanos, si no era en compañía ó bajo el patronato de algún magistrado; y en fin, que los que criaban ganados tuviesen entre sus pastores menos de la tercera parte de hombres libres en edad de pubertad. Concedió el derecho de ciudadanos á cuantos practicaban la medicina en Roma ó cultivaban las artes liberales, debiendo este favor fijarles en la ciudad y atraer á otros. En cuanto á las deudas, en vez de conceder la abolición, con afán esperada y reclamada sin cesar, decretó que los deudores pagarían según la estimación de sus propiedades y conforme al precio de estos bienes antes de la guerra civil, y que se deduciría del capital todo lo que se hubiese pagado en dinero ó en promesas escritas á título de usura, con cuya disposición desaparecía cerca de la cuarta parte de las deudas. Disolvió todos los gremios, exceptuando aquellos que tenían origen en los primeros tiempos de Roma. Aumentó la penalidad en cuanto á los crímenes, y como los ricos los cometían frecuentemente porque pagaban con el

destierro sin perder nada de su caudal, decretó contra los parricidas, como refiere Cicerón, la confiscación completa, y contra los demás criminales la de la mitad de sus bienes.

XLIII. En la administración de justicia fué celoso y severo. Privó del orden senatorio á los convictos de concusión. Declaró nulo el matrimonio de un antiguo pretor que se había casado con una mujer al segundo día de separada de su marido, aunque no se la sospechaba de adulterio. Estableció impuestos sobre las mercancías extranjeras. Prohibió el uso de literas, de la púrpura y las perlas, exceptuando á ciertas personas, ciertas edades y en determinados días. Vigiló principalmente por la observancia de la leyes suntuarias; mandaba á los mercados guardias que secuestraban los artículos prohibidos y los llevaban á su casa, yendo algunas veces lictores y soldados á recoger en los comedores lo que había escapado á la vigilancia de los guardias.

XLIV. Para la policía y ornato de Roma y para el ensanche y seguridad del imperio, había concebido de día en día proyectos cada vez más vastos y numerosos. Ante todo quería construir un templo de Marte, mayor que cualquiera otro del mundo, rellenando hasta el nivel del suelo el lago en que dió el espectáculo del combate naval, y un teatro grandísimo al pie del monte Tarpeyo: quería reducir á justa proporción todo el derecho civil, y encerrar en poquísimos libros lo mejor y más indispensable del inmenso y difuso número de leyes existentes; quería formar bibliotecas públicas griegas y latinas, lo más numerosas posible y encargar á M. Varrón el cuidado de adquirir y clasificar los libros; proponíase secar las lagunas Pontinas, abrir salida á las aguas del lago Fucino, construir un camino desde el mar superior al Tiber á través de los Apeninos, abrir el Istmo (de Corinto), reprimir á los Dacos que se habían desparramado por el Ponto y la Tracia; en seguida llevar la guerra á los Parthos, pasando por la Arme-

nia menor, y no combatirles en batalla campal hasta haberles experimentado. En medio de estos proyectos y trabajos le sorprendió la muerte; pero antes de hablar de ella, no será inútil decir brevemente algo de su figura, aspecto, trajes y costumbres, como también de sus trabajos civiles y militares.

XLV. Dícese que su estatura era elevada, blanca la tez, bien conformados los miembros, cara redonda, ojos negros y vivos, temperamento robusto, aunque en sus últimos tiempos acometíanle repentinos desmayos y terrores nocturnos que le turbaban el sueño. Dos veces también experimentó ataques de epilepsia estando desempeñando sus cargos públicos. Daba mucha importancia al cuidado de su cuerpo, y no contento con que le cortasen el pelo y afeitasen con frecuencia, hacíase arrancar el vello, según le censuraban, y no soportaba con paciencia la calvicie que le expuso más de una vez á las burlas de sus enemigos. Por esta razón se atraía sobre la frente el escaso cabello de la parte posterior, y de cuantos honores le concedieron el pueblo y el Senado, ninguno le fué tan grato como el de llevar constantemente una corona de laurel. Cuidadoso era también de su traje. Usaba lacticlavia guarnecida de franjas que le llegaban hasta las manos, poniéndose siempre sobre esta prenda el cinturón muy flojo. Esta costumbre hacía decir frecuentemente á Sila, dirigiéndose á los nobles: «Desconfiad de ese joven tan mal ceñido.»

XLVI. Al principio habitó modesta casa en la Subura (1), pero cuando le nombraron pontífice máximo tuvo por morada un edificio del Estado en la Via Sacra. Muchos aseguran que tuvo grandísima afición al lujo y magnificencia: había hecho construir en Aricia una casa de campo cuya edificación y adornos le habían costado considerables

(1) Barrio de Roma muy populoso, entre el monte Esquilino y el Célio.

cantidades, y dícese que mandó demolerla porque no respondía á lo que esperaba, á pesar de que entonces era corta su fortuna y tenía muchas deudas. En sus expediciones llevaba pavimentos de madera y de mosaico para sus habitaciones.

XLVII. Asegúrase que le hizo ir á Bretaña la esperanza de encontrar allí perlas, y que se complacía en comparar el tamaño y pesarlas en la mano; que buscaba con increíble avidez las piedras preciosas, esculturas (1), estatuas y cuadros antiguos; que pagaba á precios exorbitantes los esclavos bellos y diestros, y que prohibía anotar estos gastos: tanto le avergonzaban á él mismo.

XLVIII. Durante su gobierno en provincias tuvo siempre dos mesas, una para su alta servidumbre y otra para los magistrados romanos y personas más importantes del país. La disciplina doméstica era severísima en su casa, tanto en las cosas pequeñas como en las grandes, haciendo encarcelar en una ocasión á su panadero, por haber servido á los convidados pan diferente del que le sirvió á él: á un liberto muy querido suyo le castigó con pena capital por haber cometido adulterio con la esposa de un caballero romano, á pesar de que nadie propuso querrela contra él.

XLIX. Su íntimo trato con Nicomedes mancha su reputación, cubriéndole de indeleble y eterno oprobio, exponiéndole á multitud de sátiras. Omito los conocidísimos versos de Calvo Lucinio:

.....Bithinia quidquid
Et prædicator Cæsaris umquam habuit.

(1) Los latinos, cuya lengua era mucho más rica que la nuestra, expresaban con la palabra *signum* todas las representaciones en bronce, mármol, piedra, etc., de toda especie de cosas, empleando solamente la palabra *statua* con significación restringida para designar la representación de los hombres ó de los dioses: *signum* era el género, y *statua* la especie.

Paso en silencio las acusaciones de Dolabella y Curión, padre, en las que Dolabella le llama «rival de la Reina y plancha interior del lecho real,» y Curión «establo de Nicomedes» y «prostituta bithiniana.» Tampoco me detendré en los edictos de Bíbulo contra su colega, en los que le trata de «reina de Bithinia» y en los que le censura á la vez su antigua afición por un rey y ahora por un reino. Refiere M. Bruto que por esta época, un tal Octavio, especie de toco que decía cuanto se le antojaba, dió á Pompeyo, delante de numerosa concurrencia, el título de rey y á César el de reina. C. Memmio le acusa de haber servido á la mesa á Nicomedes con los eunucos de este Monarca y de haberle presentado la copa y el vino delante de numerosos convidados, entre los que se encontraban muchos comerciantes romanos cuyos nombres cita. No contento Cicerón con haber escrito en algunas cartas que César fué llevado á la cámara real por soldados, que se acostó en ella cubierto de púrpura en un lecho de oro, y que aquel descendiente de Venus prostituyó en Bithinia la flor de su edad, le dijo un día en pleno Senado, estando César defendiendo la causa de Nisa, hija de Nicomedes, y cuando recordaba los favores que debía á este Rey: «Omite, te lo suplico, todo eso, porque demasiado sabido es lo que has recibido y lo que le has dado.» En fin, el día de su triunfo sobre las Galias, los soldados, entre los versos con que acostumbran á celebrar la marcha del triunfador, cantaron los conocidísimos:

Gallias Cæsar subegit, Nicomedes Cæsarem.
 Ecce Cæsar nunc triumphat, qui subegit Gallias:
 Nicomedes non triumphat, qui subegit Cæsarem (1).

L. Constante opinión es que fué muy dado á la incon-

(1) César sometió las Galias y Nicomedes á César. He aquí á César que triunfa porque sometió las Galias y Nicomedes no triunfa que sometió á César.

tinencia y espléndido para conseguir estos placeres, habiendo corrompido considerable número de mujeres de elevado rango, entre las que se cita á Postumia, esposa de Servio Sulpicio; á Lollia, de Aulo Gabinio; á Tertula, de M. Crasso, como también á Mucia, de Cn. Pompeyo; pero lo cierto es que los Curiones, padre é hijo, y muchos otros, censuran á Pompeyo «haber tomado por esposa, movido por la ambición, repudiando otra que le había dado tres hijos, la hija de aquel á quien, en sus amargos recuerdos, acostumbraba á llamar nuevo Egistho.» Pero á ninguna amó tanto como á la madre de Bruto, Servilia, á la que dió durante su primer consulado una perla que le había costado seis millones de sextercios; y en la época de las guerras civiles, además de otras ricas donaciones, le hizo adjudicar á bajo precio las propiedades más hermosas que se vendieron entonces en subasta (1); y cuando se extrañaban todos de aquella baratura, dijo sarcásticamente Ci-

(1) La lanza representaba gran papel entre los Romanos, cuyas instituciones eran todas militares. Con la punta de la lanza separaban los cabellos de las recién casadas, sin duda en recuerdo del rapto de las Sabinas; esta lanza se llamaba entonces *hasta celibaris*. *Hasta censoria* era la lanza que los censores clavaban en la plaza pública cuando querían subastar las rentas del Estado. *Hasta centumviralis* era la señal de jurisdicción de los centunviros; de aquí que se llamase juicio de la lanza, *judicium hastæ*, el de estos magistrados. *Hasta fscalis* era la que se clavaba cuando se iba á vender algo perteneciente al Fisco, con objeto de autorizar la venta á los ojos de los particulares. En fin, *hasta prætoria*, ó *venditionis* era esta á que se alude en este pasaje de Suetonio; clavábase cuando iban á venderse á la puja, en virtud de decreto del pretor, los bienes de los ciudadanos proscritos ó condenados: colocábanla ordinariamente delante de los comisarios nombrados para la ejecución del decreto. Varrón dice, *De re rustica*, l. II, que bastaba esta ceremonia para dar al comprador derecho auténtico sobre los bienes que adquiría; la palabra *ex auctionibus*, que puede traducirse por *al mejor postor*, solamente por figura retórica; ésta es el *judicium hastæ* de Tito Livio, el *mortem combibit* de Horacio. En español se conserva la palabra y su significación romana, *subasta*, *sub-hasta*.

cerón: «Para que comprendáis bien la venta, se ha deducido la Tercia;» aludiendo á que se decía que Servilia favorecía el comercio de su hija Tercia con César.

LI. No respetó más en las provincias de su mando el lecho conyugal, según los versos que cantaban en coro sus soldados el día de su triunfo sobre las Galias:

Urbani, servate uxores, mæchum calvum adducimus (1).

LII. También amó reinas, entre otras Eunoé, esposa de Bagud, rey de Mauritania, y según refiere Nasón, hizo-le, lo mismo que á su marido, numerosos y ricos regalos; pero amó mucho más á Cleopatra, con la que frecuentemente prolongó comidas hasta la nueva aurora, y en nave suntuosamente aparejada hubiese penetrado con ella desde Egipto á Etiopía, si el ejército no se hubiera negado á seguirle: hizo-le venir en fin á Roma, no dejándola marchar sino colmada de dones y consintiendo llevase su nombre el hijo que tuvo de ella. Algunos escritores griegos dijeron que este hijo se parecía á César en el rostro y apostura. M. Antonio aseguró en pleno Senado que César lo había reconocido, é invocó el testimonio de C. Macio, C. Oppio y demás amigos de César; pero C. Oppio refutó el aserto publicando un libro intitulado: *No es hijo de César el que Cleopatra dice serlo*. Helvio Cinna, tribuno del pueblo, manifestó á muchas personas que tuvo redactada y dispuesta una ley, que César le mandó proponer en su ausencia, por la que se le permitiría casarse con cuantas mujeres quisiese para tener hijos. En fin, tan desarregladas eran sus costumbres y tan notoria la infamia de sus adulterios, que Curión, padre, le llama en un discurso «marido de todas mujeres y mujer de todos los maridos.»

LIII. Ni sus mismos enemigos niegan que fué muy so-

(1) Ciudadanos, esconded vuestras esposas; aquí traemos al adúltero calvo.

brio en el uso del vino. Conocida es la frase de Catón: «De cuantos han querido derribar la república solamente César fué sobrio.» C. Oppio nos dice que era tan indiferente á la calidad de los manjares, que habiéndole servido un día en un convite aceite rancio por fresco, él fué el único que no lo rechazó, y hasta repitió de él para que no se creyese achacaba al anfitrión descuido ó grosería.

LIV. Ni en sus mandos ni en sus magistraturas mostró desinterés. En escritos de su época está probado que siendo procónsul en España recibió cantidades de sus aliados, mendigadas por él mismo, como auxilio para pagar sus deudas; y que entregó al pillaje muchas ciudades de Lusitania, aunque no le opusieron resistencia, abriéndole las puertas á su llegada. En la Galia saqueó los altares particulares y los templos de los dioses, repletos de ricas ofrendas; y destruyó algunas ciudades, antes por rapiña que en castigo de delitos: esta conducta le proporcionó mucho oro, que hizo vender en Italia y en las provincias al precio de tres mil sextercios la libra (1). Durante su primer consulado robó en el Capitolio tres mil libras de peso de oro, sustituyéndolas con igual cantidad de cobre dorado. Vendió alianzas y reinos, obteniendo así solamente de Ptolomeo, en su nombre y en el de Pompeyo, cerca de seis mil talentos. Más adelante, solamente á costa de sacrilegios y evidéntísimas rapiñas pudo subvenir á los enormes gastos de la guerra civil, de sus triunfos y de los espectáculos.

LV. En elocuencia y conocimientos militares igualó y hasta superó á los más famosos. Su acusación contra Dola-

(1) Grenovio explica de este modo este pasaje: La libra de plata, valía mil ases; la de oro, diez mil, y el sextercio dos ases y medio: existía, pues, un valor real de cuatro mil sextercios por libra de oro, y César vendía con rebaja de la cuarta parte. Sin embargo, Ernesti observa que en tiempo de César el sextercio valía cuatro ases, y que, por consiguiente, tres mil sextercios equivalían á doce mil ases.

bella le hizo considerar unánimemente entre los primeros oradores. Cicerón en su epístola á Bruto, cuando enumera los oradores, dice «que no ve á quién deba ceder César,» y añade «que tiene en su dicción elegancia y brillantez, magnificencia y grandeza;» y á Cornelio Népote, hablando de lo mismo, dice: «¿Qué orador te atreverías á anteponerle entre los que solamente han cultivado este arte? ¿Quién le es superior en la abundancia y vigor de pensamiento? ¿Quién más elegante y distinguido en la expresión?» Parece que desde muy joven adoptó César el género de elocuencia de Strabon, y en su *Divinacion* reprodujo literalmente muchos párrafos del discurso de este orador *Pro Sardis*. Dícese también que hablaba con sonora voz, siendo entusiasta su acción, bella y enérgica. Dijo algunas oraciones, pero se le atribuyen falsamente otras, y no sin razón consideraba Augusto la oración *Pro Q. Metello* más bien como copia infiel de los escribientes, que no podían seguir la rapidez de su dicción, que como obra publicada por él mismo. En muchos ejemplares veo escrito no *Pro Metello*, sino *que escribió Metello*, aunque es César quien habla para vindicarse, al mismo tiempo que Metello, de las acusaciones de sus comunes enemigos. Augusto duda también en atribuirle la arenga á los *soldados de España*, aunque existen dos con este título, una como pronunciada antes del primer combate y la otra antes del último; pero Asinio Polión dice que en la última batalla el repentino ataque de los enemigos no le dió tiempo para arengar.

LVI. Dejó también comentarios sobre sus campañas en las Galias y sobre la guerra civil contra Pompeyo. En cuanto á la historia de las guerras de Alejandría, Africa y España, ignórase quién sea el autor. Cicerón, en su epístola á Bruto, habla así de los *Comentarios*: «Sus *Comentarios* son excelente libro: el estilo es sobrio, puro, elegante, despojado de toda pompa de lenguaje, como belleza desnuda: al querer suministrar materiales dispuestos á los

futuros historiadores, tal vez ha hecho cosa agradable á los necios, que no dejaron de sobrecargar con frívolas galas estas gracias naturales; pero ha quitado á los discretos hasta el deseo de tratar este asunto.» Hirtio dice también, hablando de los mismos *Comentarios*: «Tan reconocida es su superioridad, que parece ha quitado, más bien que dado á los historiadores la facultad de escribir después que él. Tenemos más motivos que nadie para admirar este libro. Todos saben con cuánto talento y pureza está escrito; nosotros sabemos, además, con cuánta facilidad y rapidez lo hizo.» Asinio Polión pretende que estos *Comentarios* no son siempre exactos y fieles, por haber prestado César demasiada fe á los relatos de sus legados, y habiendo alterado conscientemente ó por falta de memoria la verdad de sus propios hechos; opinando que deberían examinarse y corregirse. También dejó un tratado en dos libros sobre la *Analogía*; otro, en igual número de libros, llamados *Anticatones*, y un poema intitulado *El Camino*. El primero lo compuso al pasar los Alpes para reunirse á su ejército, después de presidir los comicios de la Galia Citerior; el segundo, por el tiempo de la batalla de Munda, y el último en los veinticuatro días que empleó para trasladarse desde Roma á la España Ulterior. Existen también sus cartas al Senado, y parece fué el primero en escribir sus comunicaciones en hojas dobladas en forma de oficio, cuando hasta entonces las habían escrito los cónsules y generales en toda la extensión de la hoja. Consérvanse, en fin, sus cartas á Cicerón, y las que escribió á sus amigos acerca de sus asuntos domésticos: para los negocios secretos empleaba una manera de cifra que hacia el sentido ininteligible, estando ordenadas las letras, de manera que no podía formarse ninguna palabra; y si alguno quisiera descifrarlas, cambie el orden de las letras, tomando la cuarta por la primera, esto es, *d* por *a*, y así las demás. Cítanse también algunos escritos del tiempo de su niñez y de su juventud:

las *Alabanzas de Hércules*, una tragedia con el título de *Cedipo* y una *Colección de frases selectas*. Augusto prohibió la publicación de estos escritos en una carta, tan corta como sencilla, dirigida á Pompeyo Macer, á quien tenía encargado el cuidado de sus bibliotecas.

LVII. Era muy diestro en el manejo de las armas y caballos y soportaba la fatiga más de lo que puede creerse: en las marchas precedía al ejército, algunas veces á caballo, y con más frecuencia á pie, con la cabeza descubierta á pesar del sol y de la lluvia. Salvaba largas distancias con increíble rapidez, sin equipaje, en un carro de alquiler, recorriendo de esta manera hasta cien millas por día: si le detenían ríos, los pasaba á nado ó sobre odres henchidos, y con frecuencia se adelantaba á sus correos.

LVIII. Dudóse de si en sus expediciones fué más cauto que audaz. Jamás llevó su ejército á terreno propicio á emboscadas sin explorar previamente los caminos, ni le hizo pasar á Bretaña hasta asegurarse por sí mismo del estado de los puertos, del modo de navegación, y de los parajes que permitían el desembarco. Este hombre tan precavido, enterado un día de que habían asediado su campamento en Germania, reviste un traje galo y se reúne á su ejército, atravesando el de los sitiadores. De la misma manera pasó en invierno, desde Brindis á Dirrachio, por en medio de las flotas enemigas; y como no llegaban, á pesar de sus frecuentes mensajes, las tropas que tenían orden de seguirle, concluyó por montar una noche en una barquilla, cubierta la cabeza, y ni se dió á conocer, ni permitió al piloto ceder á la tempestad, hasta que iban á sumergirle las olas.

LIX. Respetos religiosos no le hicieron jamás abandonar ni diferir sus empresas. Aunque la víctima del sacrificio escapase al sacrificador, no por eso dejó de marchar contra Scipión y Juba. En otra ocasión, habiendo caído al saltar del barco, tornó en favor suyo el presagio, exclamando:

mando: «Ya eres mía, Africa.» Para eludir los vaticinios que unían fatalmente en aquella tierra las victorias al nombre de los Scipiones, tuvo constantemente en sus campamentos un oscuro descendiente de la familia Cornelia, hombre abyecto y á quien sus desarregladas costumbres habían hecho dar el apodo de Salucio.

LX. En cuanto á las batallas, no se guiaba solamente por planes meditados con detención, sino que también aprovechando oportunidades; ocurriendo muchas veces que atacaba inmediatamente después de una marcha, ó con tiempo tan espantoso que nadie podía suponer se hubiese puesto en movimiento; y solamente en los últimos años de su vida fué más cauto en presentar batalla, convencido de que, habiendo conseguido tantas victorias, no debía tentar á la fortuna, y de que menos ganaría siempre con una victoria que perdería con una derrota. Nunca derrotó á un enemigo sin apoderarse inmediatamente de su campamento, ni dejaba reponerse del terror á los vencidos. Cuando la victoria era dudosa, hacía alejar todos los caballos, empezando por el suyo, para imponer á los soldados la necesidad de vencer, quitándoles todos los medios de huir.

LXI. Montaba un caballo singular, cuyos cascos parecían pies humanos, estando hendidos á manera de dedos; caballo que había nacido en su casa, prometiendo los augures á su dueño el imperio del mundo; por cuya razón le crió con cuidadoso esmero, encargándose él mismo de domarlo, elevándole más adelante una estatua delante del templo de Venus Madre.

LXII. Frecuentemente se le vió restablecer él solo su línea de batalla cuando vacilaba, lanzarse delante de los fugitivos, detenerles bruscamente y obligarles, con la espada á la garganta, á volver al enemigo; á pesar de que algunas veces llegó á dominarles el terror en términos tales, que un porta-estandarte, detenido de esta manera,

le amenazó con su espada, y otro, cuya águila había cogido, se la dejó en las manos.

LXIII. En otras circunstancias dió muestras de valor más brillantes aún. Después de la batalla de Farsalia, habiendo mandado sus tropas al Asia, y pasando él en un barquichuelo el estrecho de Helesponto, encontró á C. Casio, uno de sus enemigos, con diez galeras de guerra, y lejos de huir, marchó hacia él, le intimó la rendición y le recibió suplicante en su nave.

LXIV. En Alejandría atacó un puente, pero brusca salida del enemigo le hizo saltar en una barca, y precipitándose muchos contra él, se lanzó al mar, y recorrió á nado el espacio de doscientos pasos hasta otra nave, sacando la mano derecha fuera del agua para que no se mojasen los escritos que llevaba, y cogido con los dientes su manto de general para no dejar aquel despojo al enemigo.

LXV. No apreciaba al soldado por sus costumbres ni por su fortuna, sino solamente por su valor, y le trataba unas veces con suma severidad y otras con grande indulgencia. No siempre ni en todas partes era rígido, pero siempre se mostraba severo delante del enemigo: en estos casos mantenía rigurosamente la disciplina; no anunciaba á su ejército los días de marcha, ni los de combate, deseando que, en continua espera de sus órdenes, estuviese siempre dispuesto á marchar á la primera señal á donde le llevase. Muchas veces le ponía en movimiento sin necesidad, especialmente los días festivos y lluviosos. En ocasiones daba orden de que no le perdiesen de vista, y se alejaba de pronto, de día ó de noche, y forzaba el paso para cansar á los que le seguían sin alcanzarlo.

LXVI. Cuando á los ejércitos enemigos precedía temible fama, no tranquilizaba al suyo negando ni despreciando las fuerzas contrarias, antes bien las exageraba hasta la mentira. Así, pues, cuando la aproximación de Juba había

puesto miedo en el corazón de todos los soldados, reunióles y les dijo: «Sabed que dentro de pocos días el Rey estará delante de vosotros con diez legiones, treinta mil caballos, cien mil hombres de tropas ligeras y trescientos elefantes. Absténganse todos de preguntas y conjeturas y descansen en mí, que conozco la verdad; de lo contrario embarcaré á los noticieros en un barco viejo é irán á parar á donde les lleve el viento.»

LXVII. No siempre castigaba las faltas ni proporcionaba el castigo á los delitos; pero era severísimo con los desertores y sediciosos, y suave con lo demás. Algunas veces, después de una gran batalla y una gran victoria, dispensaba á los soldados de los deberes ordinarios y les permitía entregarse á todos los excesos de desenfundada licencia, soliendo decir que «sus soldados, aun perfumados, podían combatir bien:» en las arengas no les llamaba *soldados*, sino que empleaba la palabra más lisonjera de *compañeros*; gustaba de verles bien vestidos, y les daba armas adornadas con plata y oro, tanto para gala como para enardecerles en el día del combate por el temor de perderlas. De tal manera les quería, que cuando supo la derrota de Titurio se dejó crecer la barba y el cabello y no se los cortó hasta después de vengarle. De esta manera les inspiró inquebrantable adhesión á su persona é invencible valor.

LXVIII. Al comenzar la guerra civil, los centuriones de cada legión se comprometieron á suministrarle cada uno un jinete pagado de su peculio particular, y todos los soldados á servirle gratuitamente, sin ración ni paga, debiendo atender los más ricos á las necesidades de los más pobres. Durante aquella guerra tan larga ninguno le abandonó, y hasta muchos que cayeron prisioneros rehusaron la vida que se les ofrecía á condición de volver las armas contra él. Sitiados y sitiadores, con tanta paciencia soportaban el hambre y las demás privaciones, que en el sitio

de Dirrachio, habiendo visto Pompeyo la especie de pan de hierbas con que se alimentaban, dijo «que tenía que habérselas con fieras,» y lo hizo desaparecer en seguida por temor de que aquel testimonio de la paciencia y pertinacia de sus enemigos desconcertase á su ejército. Prueba de su indomable valor es que, después del único revés que sufrieron cerca de Dirrachio, pidieron castigo ellos mismos, y el General antes tuvo que consolarles que castigarles. En las demás batallas deshicieron fácilmente, no obstante su inferioridad numérica, las innumerables tropas que se les oponían. Una sola cohorte de la legión décimasexta, encargada de la defensa de un fuertecillo, sostuvo durante algunas horas el ataque de cuatro legiones de Pompeyo y sucumbió casi entera bajo una nube de flechas, encontrándose dentro del fuerte ciento treinta mil de éstas. No asombrará tanta bravura si se consideran los hechos aislados de algunos: solamente citaré el centurión Casio Sceva y el soldado C. Acilius. Sceva, aunque le habían vaciado un ojo, y atravesado un muslo y un hombro, y roto el escudo con ciento veinte golpes, permaneció firme en la puerta de un fuerte cuya custodia se le había confiado. Acilio, en un combate naval cerca de Marsella, imitó el memorable ejemplo que dió Cinegiro entre los Griegos: con la mano derecha cogió un barco enemigo, se la cortaron, pero no por eso dejó de saltar al barco rechazando con el escudo cuanto se le oponía.

LXIX. No ocurrió sedición alguna en el ejército durante los diez años de guerra en las Galias; algunas estallaron durante las civiles, pero las aplacó en seguida, con autoridad más bien que con indulgencia. No cedió nunca ante los amotinados, sino que constantemente marchó á su encuentro. En Placencia licenció toda la novena legión, aunque Pompeyo estaba aún en armas; y no sin gran trabajo, después de numerosas y apremiantes súplicas y el castigo de los culpables, consintió rehabilitarla.

LXX. Los soldados de la décima legión pidieron un día en Roma sus recompensas y licencia, profiriendo terribles amenazas que exponían la ciudad á graves peligros, y á pesar de que entonces estaba encendida la guerra en Africa, y aunque sus amigos trataron en vano de retenerle, no vaciló en presentarse á los amotinados y licenciarlos; pero con una sola palabra, llamándoles *ciudadanos* en vez de *soldados*, cambió por completo sus disposiciones. «Somos soldados,» exclamaron en seguida; y le siguieron á Africa á pesar suyo, lo cual no impidió castigase á los instigadores con la pérdida de la tercera parte del botín y de los terrenos que les estaban destinados.

LXXI. Desde su juventud brilló por su celo y fidelidad para con sus clientes. Defendió á Masintha, joven de familia distinguida, contra el rey Hiempsal, y con tanta energía, que en el calor de la discusión cogió por la barba á Juba, hijo de este Rey; y declarado su cliente tributario del Rey, arrancóle de manos de los que lo llevaban y le ocultó durante largo tiempo en su casa; en fin, cuando partió para España, al cesar en la pretura, llevólo en su litera, bajo la protección de sus lictores y de numerosos amigos.

LXXII. Con tantas consideraciones y bondad trató siempre á sus amigos, que habiendo caído repentinamente enfermo C. Oppio, que le acompañaba por un camino agreste y difícil, le cedió la única cabaña que encontraron y se acostó él en el suelo á la intemperie. Cuando consiguió el poder soberano, elevó á los primeros honores algunos hombres de baja estofa, y cuando se lo censuraron, contestó: «Si bandidos y asesinos me hubiesen ayudado á defender mis derechos y dignidad, les mostraría igualmente mi agradecimiento.»

LXXIII. Nunca, por otra parte, concibió enemistades tan hondas que no las desechase al presentarse ocasión. C. Memmio le había atacado en sus discursos con extra-

ordinaria vehemencia, contestándole por escrito César con igual aspereza; y, sin embargo, poco después le ayudó con toda su influencia á conseguir el consulado. C. Calvo le había dirigido epigramas difamatorios, y cuando pretendía reconciliarse con él por la mediación de algunos amigos, él mismo se adelantó á escribirle. Confesaba que Valerio Catulio en sus versos sobre Mamurra, le había marcado con eterno estigma, y en el mismo día en que le dió satisfacción, le admitió á su mesa, sin haber roto nunca sus relaciones de hospitalidad con el padre del poeta.

LXXIV. Era por naturaleza dulce, hasta en las venganzas. Cuando se apoderó de los piratas, de quienes fué prisionero, y á quienes en aquella situación juró crucificar, no les hizo clavar en este instrumento de suplicio hasta después de estrangulados. Jamás quiso vengarse de Cornelio Phagita, que le había preparado todo linaje de asechanzas en la época en que para librarse de Sila se veía obligado, aunque enfermo, á cambiar todas las noches de asilo, y que no había cesado de inquietarle sino mediante generosa recompensa. A Philemón, esclavo y secretario suyo, que había prometido á sus enemigos envenenarle, no le impuso otro castigo que la muerte, cuando podía someterlo á tormentos espantosos. Llamado como testigo contra P. Clodio, acusado de sacrilegio y convicto de adulterio con su esposa Pompeya, aseguró no haber visto nada, aunque su madre Aurelia y su hermana Julia habían declarado á los jueces toda la verdad; y como se le preguntaba por qué, pues, había repudiado á Pompeya, contestó: «Es necesario que los míos estén tan exentós de sospecha como de crimen.»

LXXV. Pero deben admirarse principalmente su moderación y clemencia durante la guerra civil y después de sus victorias. Había dicho Pompeyo que consideraría enemigos á los que no defendiesen la república, y César declaró que tendría por amigos á los que permaneciesen

neutrales entre los dos partidos; y á aquellos á quienes había dado grados por recomendación de Pompeyo, les autorizó á pasar al ejército de su rival. En el sitio de Herda (Lérida) trabáronse amistosas relaciones entre los dos ejércitos, á favor de las negociaciones que entablaron los jefes para la rendición de la plaza; pero abandonando repentinamente el proyecto Afranio y Petreyo, hicieron pasar á cuchillo á los soldados de César que se encontraban en su campamento, no consiguiendo este acto de perfidia arrastrarle á las represalias. En la batalla de Farsalia mandó «que no se hiciese daño á los ciudadanos,» y no hubo soldado del partido contrario á quien no permitiera conservar lo que quisiese; ni se sabe tampoco que ningún enemigo suyo pereciera más que en el campo de batalla, exceptuando Afranio, Fausto y el joven L. César, y hasta se cree que éstos no murieron por orden suya, á pesar de que los dos primeros se habían rebelado contra él después de haber obtenido el perdón, y el tercero había hecho perecer cruelmente por el hierro y el fuego los esclavos y libertos de su bienhechor, mandando degollar hasta á las fieras que César había comprado para los espectáculos romanos. Finalmente, en los últimos tiempos permitió á todos los que no habían obtenido gracia todavía regresar á Italia y aspirar á magistraturas y mandos. Levantó de nuevo las estatuas de Sila y de Pompeyo que el pueblo había derribado. Cuando sabía que se tramaba contra él algún proyecto siniestro ó que hablaban mal, prefería contener á los culpables á castigarlos. Así es que, habiendo descubierto conspiraciones y reuniones nocturnas, limitó su venganza á declarar, por medio de un edicto, que las conocía; y á los que le ultrajaban en discursos, se contentaba con aconsejarlos públicamente que no continuasen. Llegando á sufrir, sin quejarse, que Aulo Cecino desgarrase su reputación en un libelo injurioso, y Pitholao en un poema difamatorio.

LXXVI. Impútansele, sin embargo, acciones y palabras que demuestran el abuso del poder y que parecen justificar su muerte. No contento con aceptar honores excesivos, como el consulado vitalicio, la dictadura perpetua, la censura de las costumbres, el título de *Emperador*, el dictado de *Padre de la patria*, una estatua entre las de los Reyes, una especie de trono en la orquesta, consentía, además, que le decretasen otros superiores á la medida de las grandezas humanas: tuvo silla de oro en el Senado y en su tribunal; en las pompas del circo un carro en el que se llevaba religiosamente su retrato (1); templos y altares y estatuas al lado de las de los dioses; como éstos tuvo lecho sagrado; un flamin, sacerdotes lupercos, y en fin, el privilegio de dar su nombre á un mes del año. No existen distinciones que no recibiese según su capricho y que no diese de la misma manera. Cónsul por tercera y por cuarta vez, limitóse á llevar el título, contentándose con ejercer la dictadura que le habían concedido con los consulados, y se sustituyó dos cónsules para los tres últimos meses de estos dos años, durante los cuales no reunió los comicios más que para la elección de tribunos y ediles del pueblo. Estableció prefectos en lugar de pretores, para que administrasen bajo sus órdenes los intereses de la ciudad. Habiendo muerto repentinamente un cónsul la víspera de las kalendas de enero, revistió con la dignidad vacante, por las pocas horas que quedaban, al primero que la solicitó. Con igual desprecio de las leyes y costumbres patrias estableció magistraturas para muchos años, concedió insignias consulares á dos pretores antiguos, elevó á la dignidad de ciudadanos y hasta de senadores á algunos Galos semibárbaros; dió la intendencia de

(1) En las fiestas del Circo la *tensa* servía para pasear las imágenes de los dioses, y el *ferculum* era la parte del carro en que descansaban las imágenes. El conjunto era arrastrado por caballos. Calígula se hizo llevar en esta forma por senadores.

la moneda y de las rentas públicas á esclavos de su casa, y abandonó el cuidado y mando de tres legiones que dejó en Alejandría á Rufión, hijo de un liberto suyo y compañero de orgías.

LXXVII. Públicamente solía pronunciar palabras que, como dice T. Ampio, no muestran menos orgullo que sus actos: «La república es nombre sin realidad ni valor. Silla ignoraba la ciencia del gobierno, porque depuso la dictadura. Los hombres debían hablarle en adelante con más respeto y considerar como leyes lo que dijese.» Llegando á tal punto de arrogancia, que respondió á un augur que le anunciaba tristes presagios después de un sacrificio, porque no se había encontrado corazón en la víctima, que haría los vaticinios más dichosos cuando quisiese, y que no era prodigio mostrar una bestia sin corazón (1).

LXXVIII. Pero lo que le atrajo odio violentísimo é implacable fué lo siguiente. Habiendo marchado los senadores en corporación á presentarle decretos muy lisonjeros para él, les recibió sentado delante del templo de Venus Madre. Dicen algunos escritores que Cornelio Balbo le retuvo cuando iba á levantarse; otros que ni siquiera se movió, y que habiéndole dicho C. Trebacio que se pusiese de pie, le dirigió severa mirada. Este desaire pareció tanto más intolerable, cuanto que él mismo, en uno de sus triunfos, mostró profunda indignación cuando al pasar su carro por delante de las sillas de los tribunos, uno de ellos, Poncio Aquila, permaneció sentado, llegando á exclamar: «Tribuno Aquila, pídemela república;» y durante muchos días no prometió nada á nadie sin añadir esta condición irónica: «Por supuesto, si lo permite Poncio Aquila.»

LXXIX. A este grave ultraje inferido al Senado añadió un rasgo de orgullo más ofensivo aún. Regresaba á Roma

(1)*si pecudi cor defuisset*. La palabra *cor* significa también *ingenio*, y en este sentido jugaba César con ella.

después del sacrificio acostumbrado de las ferias latinas, cuando en medio de las extraordinarias é insensatas aclamaciones del pueblo, un hombre se destacó de la multitud y colocó sobre su estatua una corona de laurel, atada con una cinta blanca. Los tribunos Epidio Marullo y Cesetio Flavó mandaron quitar la corona y redujeron á prisión al que la puso; pero viendo César que aquella tentativa de realeza había tenido tan mal éxito, ó como pretendía que le habían privado de la gloria de rehusarla, apostrofó duramente á los tribunos y les despojó de su autoridad; mas no pudo librarse de la censura deshonrosa de haber ambicionado la dignidad real, aunque respondió un día al pueblo que le saludaba con el nombre de rey: «Soy César y no rey,» y en las fiestas lupercales rechazara é hiciese llevar al Capitolio, á la estatua de Júpiter, la diadema que con insistencia quiso el cónsul Antonio colocarle en la cabeza en la tribuna de las arengas. Sobre este asunto propagóse un rumor que adquirió bastante consistencia, asegurándose que pensaba trasladar á Alejandría ó á Troya la capital y fuerzas del Imperio, después de dejar exhausta la Italia con levas extraordinarias, y encargado á sus amigos el gobierno de Roma; añadiéndose que en la primera reunión del Senado el quidecimviro L. Cotta debía proponer que se diese á César el título de rey, puesto que estaba escrito en los libros del destino que solamente un rey podía vencer á los Parthos.

LXXX. Temiendo los conjurados verse obligados á dar su asentimiento á esta proposición, creyeron necesario apresurar la ejecución de su empresa. Reuniéronse, portanto, y tomaron en común decisiones que antes acordaban aisladamente entre dos ó tres personas; el pueblo se encontraba descontento del estado de los negocios, mostrando en toda ocasión su repugnancia á la tiranía, y pedía abiertamente vengadores. Cuando se concedió á extranjeros el título de senadores, por todas partes se fijaron estos

pasquines: «Salud á todos: prohíbese mostrar á los nuevos senadores el camino del Senado;» y se cantó también por las calles:

Gallos Cæsar in triumphum ducit, idem in curiam.
Galli bracas deposuerunt, tantum latum semserunt (1).

Habiendo anunciado el censor en el teatro, según costumbre, la entrada del cónsul Q. Máximo, que César se había sustituido por tres meses, gritáronle por todos lados «que no era cónsul.» Después de la destitución de los tribunos Cesecio y Marullo, en la primera reunión de los comicios aparecieron muchos boletines que les nombraban cónsules. Al pie de la estatua de L. Bruto escribieron: «¡Ojalá vivieses!» y bajo la de César:

Brutus, quia regis ejecit, consul primus factus est:
Hic, quia consules ejecit, rex postremo factus est (2).

El número de conjurados se elevaba á más de sesenta, siendo C. Cassio y Marco y Decimo Bruto jefes de la conspiración. Estos deliberaron primeramente si, dividiendo sus fuerzas, le precipitarían unos desde el puente, durante los comicios del campo de Marte (3), en el momento en que convocase las tribus para las elecciones, esperándole los otros abajo para asesinarle, ó bien si le atacarían en la Vía Sacra ó á la entrada del teatro; pero habiéndose acor-

(1) Encadenados en su triunfo trajo á los Galos, y después los llevó al Senado; los Galos depusieron sus harapos y tomaron las lacticlavias.

(2) A Bruto porque arrojó á los Reyes se le nombró primer cónsul, y á éste porque arrojó á los cónsules se le ha hecho último Rey.

(3) Los comicios por centurias se celebraban en el campo de Marte. Los puentes (*pons* ó *ponticulus*) eran los sitios por donde se pasaba para ir á votar al recinto (*septum* ú *ovile*): llamábanse *deponentant* á los ancianos que no llevaban sus votos con los demás ciudadanos. Era necesario que el Tribunal del magistrado que presidía los comicios en la silla curul estuviese inmediato á este paso.

dado para los idus de marzo una reunión del Senado en la sala de Pompeyo, convinieron por unanimidad no buscar momento ni paraje más oportunos.

LXXXI. Prodigios evidentes anunciaron á César su próximo fin. Pocos meses antes los colonos á quienes la ley Julia había otorgado terrenos en la Campania, queriendo construir casas de campo, destruyeron antiquísimos sepulcros, y con tanto más afán, cuanto que solían encontrar en las excavaciones que hacían vasos de trabajo sumamente antiguo. En un sepulcro en que se decía descansaban los restos de Capys, fundador de Cápua, hallaron una plancha de bronce que conservaba en caracteres y palabras griegas la siguiente inscripción: «Cuando se descubran las cenizas de Capys, un descendiente de Iulo perecerá á manos de sus parientes, y muy pronto quedará vengado por las desgracias de Italia;» y para que no se crea que esto es fábula inventada á capricho, citaré en mi apoyo á Cornelio Balbo, íntimo amigo de César. Pocos días antes de su muerte supo que los caballos que había consagrado á los dioses antes de pasar el Rubicón, y que había dejado vagar sin amo, se negaban á comer y lloraban; y por su parte, el arúspice Spurrinna le advirtió durante un sacrificio que se preservase del peligro que le amenazaba para los idus de marzo. La víspera de estos mismos idus, habiendo entrado en la sala del Senado llamada de Pompeyo un réyezuelo con una ramita de laurel en el pico, aves de diferentes clases, salidas de un bosque vecino, se lanzaron sobre él y lo despedazaron. En fin, la noche que precedió al día de su muerte, parecióle en sueños que se remontaba sobre las nubes y ponía su mano en la de Júpiter; y su esposa Calpurnia soñó á su vez que se desplomaba el techo de su casa y que mataban á su esposo en sus brazos, y las puertas de su habitación se abrieron violentamente por sí mismas. Todos estos presagios y su mala salud le hicieron vacilar por

largo tiempo acerca de si permanecería en su casa aplazando para otro día lo que había propuesto al Senado; pero habiéndole exhortado Decimo Bruto á no hacer esperar en vano á los senadores que estaban reunidos desde temprano, salió hacia la hora quinta. Un desconocido le presentó en el camino un eserito en el que le revelaba la conjuración; cogióle y lo unió á los demás que llevaba en la mano izquierda como para leerles en breve. Las muchas víctimas que inmolaron en seguida dieron presagios desfavorables; pero dominando sus escrúpulos religiosos, entró en el Senado y dijo burlándose á Spurinna que eran falsas sus predicciones porque habían llegado los idus de marzo sin traer ninguna desgracia, contestando éste que sí habían llegado, pero aun no habían pasado.

LXXXII. En cuanto se sentó, le rodearon los conspiradores so pretexto de saludarle, y en el acto Cimber Telio, que se había encargado de comenzar, se le acercó como para dirigirle algún ruego; pero negándose á escucharle é indicándole con el gesto que dejase su petición para otro momento, le cogió de la toga por ambos hombros, y al exclamar César «Esto es violencia,» uno de los Casca, que estaba á su espalda, le hirió algo más abajo de la garganta. César le cogió el brazo, se lo atravesó con el punzón y quiso levantarse, pero le detuvo otra herida. Viendo entonces puñales levantados por todas partes, envolvióse la cabeza en la toga, y con la mano izquierda se bajó los paños sobre las piernas, á fin de caer con más decencia, teniendo oculta la parte inferior del cuerpo. Recibió veintitres heridas, y solamente á la primera lanzó un gemido, sin pronunciar ni una palabra. Sin embargo, algunos dicen que al ver acercarse á M. Bruto, le dijo *Kαὶ σὶ τέκνον* (¡Tú también, hijo mío!). En cuanto murió, huyeron todos, quedando por algún tiempo tendido en el suelo, hasta que al fin tres esclavos le llevaron á su casa en una litera, de la que pendía un brazo. Según testimonio del médico Antis-

cio, entre tantas heridas solamente era mortal la segunda que había recibido en el pecho. Los conjurados intentaban arrastrar su cadáver al Tiber, adjudicar sus bienes al Estado y anular sus actos; pero el temor que les infundieron el cónsul M. Antonio y Lépido, jefe de la caballería, les hizo desistir de su intento.

LXXXIII. A petición de su suegro L. Pisón, abrióse su testamento, leyéndose en casa de Antonio. César lo había hecho en los últimos idus de septiembre, en su posesión de Lavicum, encargando después su custodia á la superiora de las vestales. Dice Q. Tuberón que en todos los que hizo desde su primer consulado hasta el principio de la guerra civil, instituía heredero á Cn. Pompeyo, y que lo había dicho así en sus arengas al ejército. Pero en el último instituía tres herederos, que eran los nietos de su hermana, á saber, Q. Octavio en las tres cuartas partes, y L. Pinario con Q. Pedio en la restante, en la última cláusula adoptaba á C. Octavio y le daba su nombre; nombraba tutores de su hijo, para el caso en que naciese alguno, á la mayor parte de los que le hirieron, estando Decimo Bruto inscrito en la segunda clase de sus herederos. Legaba, en fin, al pueblo romano sus jardines cerca del Tiber y trescientos sextercios por cabeza.

LXXXIV. Fijado el día de sus funerales, formóse la pira en el campo de Marte, al lado de la tumba de Julia, y se construyó delante de la tribuna de las arengas una capilla dorada, por el modelo del templo de Venus Madre: en ella colocaron un lecho de marfil cubierto de púrpura y oro, y á la cabecera de este lecho un trofeo, con el traje que llevaba al ser asesinado. No creyéndose suficiente el día para el solemne desfile de los que querían llevar presentes fúnebres, decidióse que cada cual iría, sin observarse orden alguno y por el camino que quisiese, á depositar sus dones en el campo de Marte. En los juegos se cantaron versos encaminados á excitar compasión hacia el

muerto y odio á los asesinos, versos tomados de Pacuvio en su *Juicio de las Armas*:

Men 'servasse, ut essent, qui me perderent (1).

y pasajes de la *Electra* de Attilio, que podían ofrecer iguales alusiones. En vez de elogio fúnebre, el cónsul Antonio hizo que leyese un heraldo los *senatus-consulto* que otorgaban á César todos los honores divinos y humanos, y además el juramento que obligaba á todos por la salud de uno, añadiendo por parte suya muy pocas palabras. Magistrados activos ó que acababan de cesar en sus cargos, llevaron el lecho al foro, delante de la tribuna de las arenas. Querían unos que se quemase el cadáver en el templo de Júpiter Capitolino; otros en la sala de Pompeyo; mas de pronto, dos hombres, que llevaban espada al cinto y dos dardos en la mano, le prendieron fuego con antorchas, y en seguida todos comenzaron á arrojar leña seca, las sillas de las tribunas de los magistrados y cuanto se encontraba al alcance de la mano; en seguida los flautistas y cómicos, que para aquella solemnidad habían revestido los trajes dedicados á las pompas triunfales, se despojaron, los hicieron pedazos y arrojaron á las llamas; los legionarios veteranos arrojaron de igual manera las armas con que se habían adornado para los funerales, y la mayor parte de las mujeres lanzaron á su vez joyas y hasta las bulas y pretextas de sus hijos. Multitud de extranjeros tomó parte en aquel duelo público, acercándose sucesivamente á la hoguera y mostrando cada uno su dolor á la manera de su país, notándose principalmente á los judíos, que velaron durante muchas noches junto á las cenizas.

LXXXV. En cuanto terminaron los funerales, corrió el

(1) Los he perdonado para que me perdiesen.

pueblo con antorchas á las casas de Bruto y Cassio, siendo rechazado con gran trabajo: en su camino encontró á Helvio Cinna, y á consecuencia de un error de nombre, tomándole por Cornelio, á quien odiaba por haber pronunciado el día anterior un discurso vehemente contra César, le mató y paseó su cabeza clavada en una pica. Más adelante se alzó en el foro una columna de mármol de Numidia, de una sola pieza y de más de veinte pies de altura, con esta inscripción: AL PADRE DE LA PATRIA, y por largo tiempo fué costumbre ofrecer sacrificios al pie de ella, hacer votos y terminar ciertas diferencias jurando por el nombre de César.

LXXXVI. César hizo sospechar á algunos parientes suyos que no quería vivir más y que aquella indiferencia, que procedía de su mala salud, le había hecho despreciar las advertencias de la religión y los consejos de sus amigos. Otros opinan que tranquilizado por el último senatus consulto y por el juramento prestado á su persona, había despedido á la guardia española que le seguía, espada en mano. Otros, por el contrario, le atribuyen la idea de que prefería sucumbir en una asechanza de sus enemigos á tener que temerlas continuamente. En opinión de algunos, acostumbraba decir que su conservación interesaba más á la república que á él mismo; que había adquirido para ella desde muy antiguo gloria y poderío; pero que la república, si él pereciera, no tendría tranquilidad y caería en los espantosos males de la guerra civil.

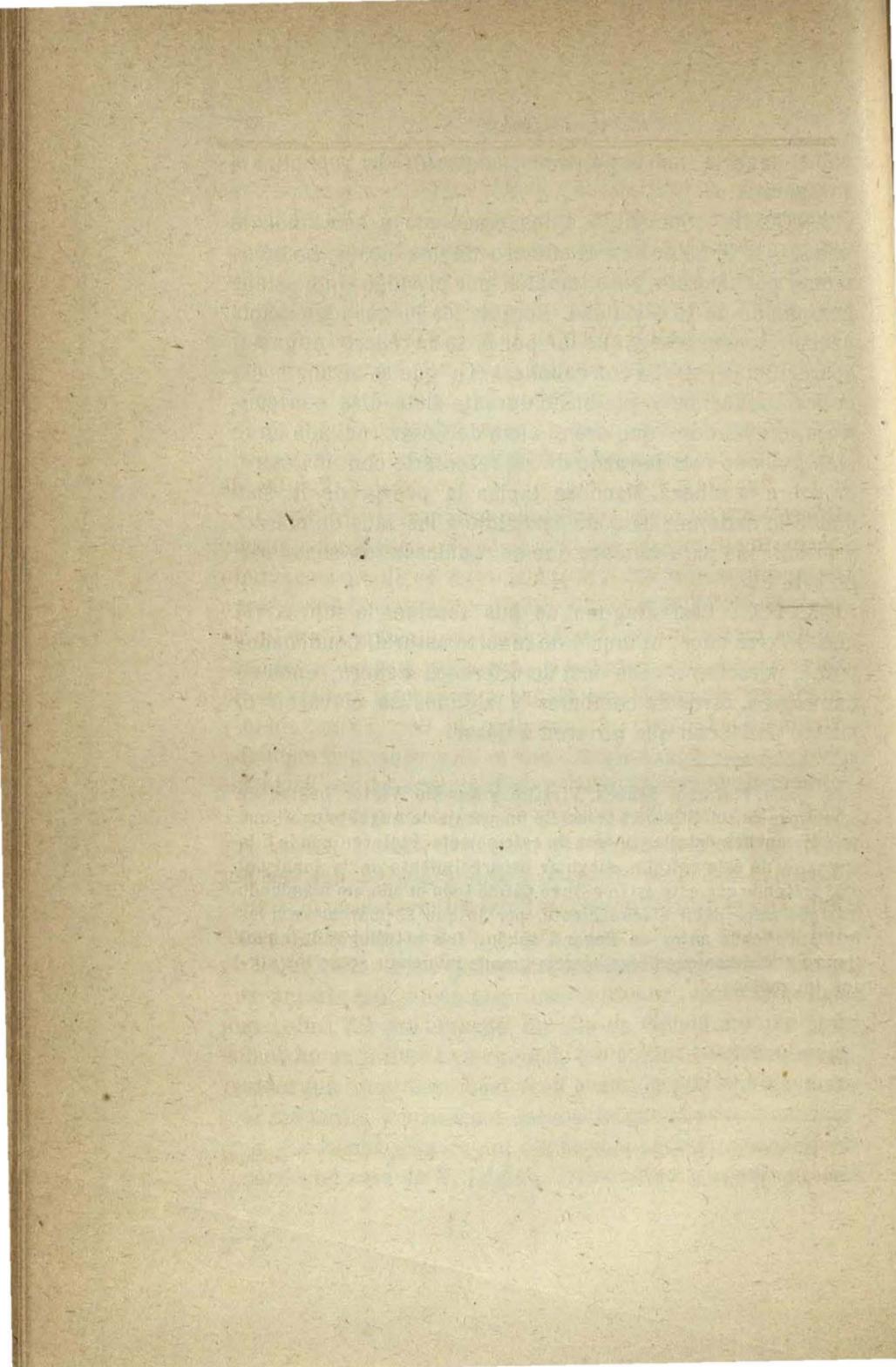
LXXXVII. Pero generalmente convienen todos en que su muerte fué, sobre poco más ó menos, como él la había deseado. Porque leyendo un día en Xenofonte que Cyro, durante su última enfermedad, dió algunas órdenes relativas á sus funerales, mostró su aversión por aquella muerte tan lenta, y manifestó deseos de que la suya fuese rápida. La misma víspera del día en que pereció, estando cenando en casa de M. Lépidio, habiéndose preguntado cuál

es la muerte más apetecible, contestó: «La repentina é inesperada.»

LXXXVIII. Sucumbió á los cincuenta y seis años de edad, y se le colocó en el número de los dioses, no solamente por decreto, sino también por el vulgo, que estaba persuadido de su divinidad. Durante los juegos que había prometido celebrar y que dió por él su heredero Augusto, apareció una estrella con cabellera (1), que se alzaba hacia la hora undécima y que brilló durante siete días consecutivos, creyéndose que era el alma de César recibida en el cielo, siendo ésta la razón de representarle con una estrella sobre la cabeza. Mandóse tapiar la puerta de la sala donde le mataron; llamóse parricidio á los idus de marzo, y prohibióse para siempre que se reuniesen los senadores en este día.

LXXXIX. Casi ninguno de sus asesinos le sobrevivió más de tres años, ni murió de muerte natural. Condenados todos, perecieron cada cual de diferente manera; unos en naufragios, otros en combates y algunos se clavaron el mismo puñal con que hirieron á César.

(1) Dion, Plutarco, Séneca, Virgilio y Aurelio Víctor hablan de un eclipse de sol. Plinio ha trascrito un pasaje de Augusto en el que se dan muchos detalles acerca de este cometa. Plutarco añade á la aparición de esta estrella, singular oscurecimiento de la luna y el sol; pretende que este astro estuvo pálido todo el año, no mandando más que calor débil é insuficiente, por lo que se marchitaron los frutos, cayendo antes de llegar á sazón. Los astrólogos de aquel tiempo dedujeron que César ejercía grande influencia sobre los signos del zodiaco.



OCTAVIO AUGUSTO.

I. Muchos monumentos atestiguan que la familia de Octavio era antiguamente de las primeras de Vélitris. Una parte importante de la ciudad se llamaba desde mucho tiempo barrio Octavio, y se mostraba un altar consagrado por un Octavio, que nombrado general en una guerra contra un pueblo vecino, y advertido un día, en medio de un sacrificio al dios Marte, de la repentina irrupción del enemigo, arrancó de las llamas las carnes casi crudas de la víctima, las repartió según costumbre, corrió al combate y volvió victorioso. Existía también un decreto que mandaba ofrecer de la misma manera en adelante al dios Marte las víctimas, y se llevasen los restos á los Octavios.

II. Admitida esta familia (en el Senado) por el rey Tarquino el Viejo entre las romanas, clasificada después por Ser. Tulio entre las patricias, pasó más adelante por voluntad propia á la condición plebeya (1), no volviendo al patriciado hasta después de largo intervalo por voluntad de Julio César. El primero de esta familia que obtuvo por sufragios del pueblo una magistratura fué C. Rufo, que siendo cuestor tuvo dos hijos, Cneo y Cayo, troncos de dos ramas de Octavios, cuyos destinos fueron muy diferentes:

(1) Bastaba para esto que el primogénito de la familia se hiciese adoptar por un plebeyo.

Cneo y todos sus descendientes desempeñaron los cargos más importantes del Estado. Pero Cayo y los suyos, bien por suerte, bien por voluntad propia, permanecieron en el orden ecuestre hasta el padre de Augusto. El bisabuelo de éste sirvió en Sicilia, durante la segunda guerra púnica, en calidad de tribuno militar, bajo el mando de Emilio Papo. Su abuelo no pasó de las magistraturas municipales (1) y envejeció en la abundancia y tranquilidad. Mas no convienen todos en esto, y el mismo Augusto escribió que procedía de una familia de simples caballeros, antigua y rica, y que su padre fué el primer senador de su nombre. M. Antonio le echa en cara que su bisabuelo fué un liberto, cordelero en el barrio de Thurium, y su abuelo, corredor. Nada más he encontrado relativamente á los antepasados paternos de Augusto.

III. Su padre C. Octavio gozó desde la juventud de considerables bienes y de la estimación pública, y admírame que algunos escritores le hayan hecho corredor y hasta agente para comprar votos en las asambleas agrarias. Educado en la opulencia, llegó con facilidad á las magistraturas más elevadas, desempeñándolas noblemente. Después de su pretura, designóle la suerte la Macedonia, y en el camino destruyó los fugitivos restos de los ejércitos de Spartaco y Catilina, que ocupaban el territorio de Thurium, encargo extraordinario que le cometi6 el Senado. En el gobierno de su provincia mostró tanta equidad como valor. Venció á los Bessos y á los Tracios en una gran batalla, y trató tan bien á los aliados, que M. Tulio Cicerón, en muchas cartas que aun existen, exhorta á su hermano Quinto, procónsul entonces en Asia, donde no gozaba de muy buena fama, á que imitase á su vecino Octavio y á merecer bien, como él, de los aliados.

(1) Las magistraturas municipales eran, por ejemplo, el decenvirato y la edilidad, que los Romanos llamaban *magisteria*, teniendo más alta significación la palabra *magistratus*.

IV. Al volver de Macedonia, y antes de proponer su candidatura al consulado, murió repentinamente, dejando de Ancharia, Octavia la mayor, y de Acia su segunda esposa, Octavia la menor y Augusto. Acia era hija de M. Acio Balbo y de Julia, hermana de C. César. Balbo, por parte de padre, era originario de Aricia, y contaba muchos senadores en su familia; por parte de madre, era pariente cercano Pompeyo el grande: honrado con la pretura, fué también uno de los veinte comisarios encargados, en virtud de la ley Julia, de repartir al pueblo las tierras de la Campania. Sin embargo, afectando Antonio igual desdén hacia los antepasados maternos de Augusto, dice que su bisabuelo era de raza africana, y tuvo una tienda en Aricia, unas veces de perfumería y otras de panadería. Casio de Parma, en una de sus epístolas, no se contenta con llamar á Augusto nieto de panadero, si que también nieto de un corredor de dinero, diciéndole: «La harina que vendía tu madre salía del peor molino de Aricia, y el cambiante de Nerulum la amasaba con sus manos ennegrecidas por el cobre.»

V. Nació Augusto bajo el consulado de M. Tulio Cicerón y de Antonio, el ix de las kalendas de octubre (23 de setiembre) poco antes de salir el sol, en el barrio Palatino cerca de las Cabezas de Buey, en el sitio donde actualmente existe un templo construído poco tiempo después de su muerte. Vese, en efecto, en las actas del Senado que un joven patricio, C. Letorio, convicto de adulterio, habiendo alegado ante los senadores, para evitar la rigurosa pena impuesta á este delito, su edad, su origen y especialmente su calidad de propietario y en cierto modo guardián del suelo que había tocado Augusto al nacer (1), y habien-

(1) Colocaban en el suelo al niño recién nacido, invocando á *Ops* para que le acogiese favorablemente; esta diosa había recibido el nombre de *Levana*, porque presidía á esta ceremonia, *levandis de terra pueris*.

do pedido gracia en consideración á este dios, que era como su divinidad particular y doméstica, consagróse por decreto la parte de casa donde había nacido Augusto.

VI. Enséñase aún, en una casa de campo perteneciente á sus antepasados, cerca de Vélitris, la habitación donde le lactaron, que es muy pequeña y parece una cocina: en las cercanías se cree que nació allí. Deber religioso es no entrar en esta cámara sino por necesidad y con sumo respeto; porque, según antigua creencia, el que tiene la audacia de penetrar en ella asáltanle de repente secreto horror y miedo; confirmando este rumor popular el que habiéndose acostado en esta habitación un nuevo propietario de la finca, bien por casualidad, bien por ver lo que ocurría, sintióse á las pocas horas arrebatado por repentina y misteriosa fuerza, encontrándosele medio muerto delante de la puerta, á donde fué lanzado desde el lecho.

VII. En su infancia se le dió el nombre de Thurino, en memoria del origen de sus mayores, ó porque poco después de su nacimiento, su padre Octavio venció en territorio de Thurino á los esclavos fugitivos. Puedo asegurar con certeza que se le llamó Thurino, porque he poseído una antigua medalla de bronce que le representa niño y cuya inscripción, en letras de hierro y casi borradas, expresa este nombre. He dado esta medalla á nuestro príncipe, quien la ha colocado con piadoso respeto entre sus dioses domésticos. Otra prueba más: M. Antonio, creyendo ultrajarle, le llamó muchas veces en sus cartas Thurino, y Augusto se contentó con responderle, «que extrañaba se quisiese injuriarle con su primer nombre.» Más adelante tomó el de CÉSAR y al fin el de AUGUSTO; uno en virtud del testamento de su tío paterno, y el otro á propuesta de Munacio Planco; aunque algunos senadores querían que se le llamase Rómulo, por haber sido, en cierto modo, el segundo fundador de Roma; mas prevaleció el nombre de Augusto, porque era nuevo, y especialmente porque era

más respetable; porque los parajes consagrados por la religión ó por el ministerio de los augures se llamaban augustos, bien que esta palabra derivase de *auclus* (acrecientamiento), bien que proceda de *gestus* ó de *gustus*, empleadas las dos en los presagios que suministraban las aves, según dice Ennio en este verso:

Augusto augurio postquam inclita condita Roma est (1).

VIII. Tenía cuatro años cuando perdió á su padre; á los doce pronunció, delante del pueblo reunido, el elogio fúnebre de su abuela Julia; á los diez y seis años tomó la toga civil, y aunque su edad le exceptuaba aún del servicio recibió recompensas militares el día del triunfo de César por la guerra de Africa. Habiendo partido su tío, pocos días después, para España, contra los hijos de Cn. Pompeyo, Augusto, apenas restablecido de una enfermedad grave, le siguió con pocos compañeros por caminos infestados de enemigos, le alcanzó á pesar de un naufragio, le prestó grandes servicios, é hizo admirar, además de su conducta durante el camino, la índole de su carácter. César, que después de la sumisión de las Españas meditaba una expedición contra los Dacios, y después de ésta, contra los Parthos, le mandó de antemano á Apolonia, donde se entregó al estudio. Allí supo que César había sido asesinado y que le había instituído heredero; y dudando estuvo durante algún tiempo si imploraría el socorro de las legiones inmediatas, pero rechazó al fin este paso como imprudente y precipitado. Regresando á Roma, entró en posesión de la herencia, á pesar de las vacilaciones de su madre y de las obstinadas observaciones de su suegro Marcio Filipo, varón consular. En seguida levantó ejércitos y gobernó la república, primero con Antonio y Lépido, y después con

(1) Cuando se alzó Roma bajo augusto presagio.

Antonio solo, durante cerca de doce años, y últimamente solo durante cuarenta y cuatro.

IX. Tal es el resumen de su vida: ahora expondré separadamente los diferentes actos, no por orden de tiempos, sino según su naturaleza, para que se conozcan más clara y distintamente. Tuvo que sostener cinco guerras civiles, las Mulciense, Filipense, Perusiana, Siciliana y la de Actium; la primera y la última contra Marco Antonio; la segunda contra Bruto y Cassio; la tercera contra Luc. Antonio, hermano del triunviro; la cuarta contra Sex. Pompeyo, hijo de Cneo.

X. La causa y principio de todas estas guerras fué la obligación que se impuso de vengar la muerte de su tío y sostener la validez de sus actos. Así, pues, desde que regresó de Apolonia decidió atacar á Bruto y Cassio repentina y abiertamente; mas viéndoles escapar de aquel peligro, que supieron prevenir, armóse contra ellos de la autoridad de las leyes, y les acusó, aunque ausentes, como asesinos. No atreviéndose los que estaban encargados de dar los juegos establecidos por las victorias de César á cumplir con este deber, él mismo los celebró. Para asegurar mejor la ejecución de sus designios, quiso reemplazar un tribuno del pueblo, que acababa de morir, y se presentó candidato, aunque era patricio y no fuese aún senador. Pero fracasando todos sus esfuerzos ante la oposición del cónsul M. Antonio, del que contaba hacer su principal apoyo, y que pretendía no dejarle gozar de nada, ni siquiera del derecho ordinario y común, sino poniendo á su connivencia exorbitante precio, se volvió al partido de los grandes, de quienes era detestado Antonio, porque tenía sitiado en Mutina á Decimo Bruto y se esforzaba en arrojarle por medio de las armas de una provincia que le había dado César y confirmado el Senado. Por consejo de algunos partidarios suyos, Octavio trató de hacerle asesinar; mas descubierta la trama, y temiendo á su vez, le-

vantó para su defensa y la de la república un ejército de veteranos, al que colmó de generosidades. Entonces recibió, con el título de propretor, el mando de este ejército y la orden de reunirse con los nuevos cónsules Hircio y Pansa, para llevar socorros á Decimo Bruto. En tres meses y dos batallas terminó esta guerra. Antonio escribe que en la primera huyó, presentándose pasados dos días sin caballo y sin el manto de general; pero es cosa cierta que en la segunda llenó á la vez los deberes de jefe y de soldado, y que en lo más recio de la pelea, viendo gravemente herido al aquilífero (abanderado) de su legión, tomó el águila sobre el hombro, llevándola largo tiempo.

XI. Habiendo perecido en esta guerra Hircio y Pansa, el primero en la batalla, y poco después el segundo de una herida que recibió en ella, corrió el rumor de que Octavio les había hecho matar á los dos, esperando que la derrota de Antonio y la muerte de los cónsules le dejarían único dueño de los ejércitos victoriosos. Tantas sospechas excitó la muerte de Pansa, que fué reducido á prisión el médico Glycon como culpable de haber envenenado la herida. Agulio Niger añade á estas acusaciones, que Octavio mismo mató al otro cónsul Hircio en el tumulto del combate.

XII. Mas cuando supo que Antonio, después de su fuga, había sido recibido en el campamento de M. Lépidó, y que los otros generales, de acuerdo con sus ejércitos, se unían á sus adversarios, abandonó sin vacilar la causa de los garndes, alegando para justificar su mudanza las quejas que tenía de los discursos y conducta de muchos de ellos, que le habían tratado, unos «de niño,» proclamando «que se le debía elogiar y ensalzar (*tollemdumque* (1)) » con objeto de dispensarse del agradecimiento que se le debía, igualmente que á sus veteranos. Para hacer resaltar más y más su pesar por haber servido á aquel

(1) Esta palabra significa á la vez *elegar* y *hacer desaparecer*.

partido, impuso enorme multa á los habitantes de Nursia, que habfan erigido á los ciudadanos muertos delante de Mutina un monumento fúnebre, escribiendo en él: «Muertos por la libertad;» y como no pudieron pagar, les arrojó de la ciudad.

XIII. Hecha alianza con Antonio y Lépido, terminó también en dos batallas, aunque débil y enfermo, la guerra Filipense: en la primera le tomaron su campamento, consiguiendo escapar con gran trabajo, ganando el ala que mandaba Antonio. No fué moderado en la victoria, y mandó á Roma la cabeza de Bruto, para que la arrojaran á los pies de la estatua de César, aumentando con sangrientos ultrajes los castigos que impuso á los prisioneros más ilustres. Refiérese que contestó á uno de éstos, que le suplicaba le concediese sepultura, «que aquel favor pertenecía á los buitres:» á otros, padre é hijo, que le pedían la vida, les mandó la jugasen á la suerte ó combatiesen (1), prometiendo otorgar gracia al vencedor; y habiéndose arrojado el padre ante la espada del hijo, éste, al verle muerto, se quitó la vida, complaciéndose Octavio en verles morir. Por esta razón, cuando llevaron á los demás cautivos, con la cadena al cuello, delante de los vencedores, todos, y especialmente M. Favonio, el émulo de Catón, convinieron, después de saludarle con el nombre de *Imperator*, en prodigarle crueles injurias. En la repartición que siguió á la victoria, quedó encargado Antonio de constituir el Oriente, y Octavio de llevar los veteranos á Italia para establecerlos en los territorios de las ciudades municipales; pero solo consiguió disgustar á la vez á los antiguos poseedores y á los veteranos, quejándose unos de que se les despojaba y los otros de que no se les recompensaba como tenían derecho á esperar por sus servicios.

(1) Di6n coloca esta atrocidad de Octavio después de la batalla de Actium. Las víctimas eran los Aquilinos Floro.

XIV. Por este tiempo, L. Antonio, confiando en el consulado de que estaba investido y en el poder de su hermano, quiso promover disturbios; obligándole Octavio á huir á Perusa, reduciéndole por hambre, pero no sin correr él mismo grandes peligros antes y durante esta guerra. Ocurrió, en efecto, que en un espectáculo, habiéndose sentado un simple soldado en uno de los bancos de los caballeros, y habiéndole hecho arrojar por medio de un *aparitor*, pocos momentos después extendieron sus enemigos el rumor de que le había hecho morir en los tormentos, faltando muy poco para que pereciese Octavio bajo los golpes de la turba militar que acudió indignada. Debíose su salvación á que presentaron sano y salvo al que se decía muerto. En otra ocasión, al sacrificar cerca de Perusa, estuvo á punto de perecer á manos de unos cuantos gladiadores, que salieron bruscamente de la ciudad.

XV. Tomada Perusa, fué cruel con sus habitantes, contestando á cuantos pedían gracia ó trataban de justificarse: «Es necesario morir.» Escriben algunos autores que eligió de los rendidos trescientos de las dos órdenes, y que los hizo inmolar en los idus de marzo, como las víctimas de los sacrificios, delante del altar elevado á Julio César. Otros pretenden que él sólo excitó esta guerra para obligar á sus enemigos secretos, y á aquellos á quienes retenía el temor más aún que la voluntad, á que se descubriesen al fin, dándoles por jefe á L. Antonio, y con objeto de que sus bienes confiscados después de su derrota sirviesen para dar á los veteranos las recompensas que les había ofrecido.

XVI. La guerra de Sicilia (1) fué una de sus primeras

(1) Ocupaba entonces la Sicilia Sexto Pompeyo, hijo de Pompeyo el Grande. Este fué el único Romano que no dobló la cerviz al yugo de los triunviros. Dueño de Sicilia, Córcega, Cerdeña y de todas las costas inmediatas, resistió diez años contra los tres tiranos que tenían en sus manos todas las fuerzas del imperio; obligóles á tratar

empresas, pero la llevó despacio y la interrumpió muchas veces, en tanto para reparar el daño causado á sus flotas hasta durante el estío, por continuas tempestades y doble naufragio; en tanto para hacer la paz á instancias del pueblo, que veía interceptados los víveres, amenazándole el hambre. Cuando hizo reparar los buques y adiestró en la maniobra veinte mil esclavos, á quienes dió la libertad, creó el puerto Julio, cerca de Baias, abriendo al mar el lago Lucrino y el Averno; después de ejercitar allí durante el invierno sus tropas, batió á Pompeyo entre Mylas y Nauloco, asaltándole poco antes del combate tan invencible necesidad de dormir, que tuvieron sus amigos que despertarle para que diese la señal. Creo que este hecho dió pie á los sarcasmos de Antonio, cuando le censura «no haber podido mirar de frente una línea de batalla (1), y haberse acostado temblando sobre la espalda, levantando al cielo estúpidos ojos, no dejando esta actitud, para mostrarse á los soldados, hasta que M. Agripa puso en fuga los barcos enemigos.» Otros le critican una frase y un acto impíos, como haber exclamado viendo su flota destruída por la tempestad, «que sabría vencer á pesar de Neptuno,» y de haber en los primeros juegos del circo suprimido la

con él de igual á igual, y fué refugio de todos los proscritos que pudieron llegar á Sicilia. Hizo anunciar en Roma que daría á aquel que consiguiese salvar á un proscrito el doble de la recompensa prometida á los matadores. Esto era desempeñar sólo el papel de Romano, cuando todo lo demás era tiranía ó esclavitud. Sexto Pompeyo, dueño de la Sicilia desde 711, no quedó enteramente vencido hasta 718.

(1) En vano disimula Suetonio la cobardía de Augusto, que es demasiado conocida. El valor, que es la cualidad más esencial de los grandes príncipes, nunca brilló en Augusto, ni siquiera en grado mediano. Todas las victorias que le elevaron al trono del mundo fueron obra de otro; la de Philippis se debió á Antonio solo; la de Actium á Agripa, lo mismo que la derrota de Sexto Pompeyo, en la que Augusto se cubrió de oprobio, permaneciendo en la cala hasta mucho después de terminado el combate.

estatua de este dios, que era uno de los ornamentos de aquella solemne pompa. En ninguna otra guerra estuvo tan expuesto, sin quererlo, á tantos y tan grandes peligros. Después de haber hecho pasar un ejército á Sicilia, hacía vela hacia el continente para buscar el resto de sus tropas, cuando le atacaron de improviso Demochares y Apollophano, legados de Pompeyo, costándole mucho trabajo escapar con una sola nave. Otro día, pasando á pie cerca de Locroś, dirigiéndose á Regio, vió las galeras del partido de Pompeyo costeando la tierra, y creyéndolas suyas, bajó á la playa y estuvo á punto de que le capturasen. Ocurrió también que, mientras huía por extraviados senderos, un esclavo de Emilio Paulo que le acompañaba, recordando que en otro tiempo había proscrito al padre de su amo, y cediendo á la tentación de la venganza, trató de matarle. Después de la huida de Pompeyo, M. Lépido, el segundo de sus colegas, á quien había llamado del África en socorro suyo, orgulloso con el apoyo de sus veinte legiones, tomando aires soberbios, reclamaba por temor y amenaza el primer rango en el Estado. Octavio le quitó el ejército, y perdonándole la vida que pedía de rodillas, le relegó por vida á la isla Circeya.

XVII. Al fin rompió su alianza con M. Antonio, alianza siempre incierta y dudosa, mal conservada con frecuentes reconciliaciones; y para demostrar cuánto se separaba su rival de las costumbres de su patria, hizo abrir y leer, delante del pueblo reunido, el testamento que había dejado en Roma (1), en el que colocaba en el número de los here-

(1) Antonio había depositado este testamento en el colegio de las Vestales. Dióñ refiere que la existencia de este testamento se la revelaron á Augusto, Ticio y Glauco, que habían figurado como testigos. Tres cosas herían á Augusto en este testamento: en primer lugar, lo que concernía al hijo de César y Cleopatra, de lo que se habla en la *Vida de César*, párr. 72; Antonio nombraba entre sus herederos á los hijos que había tenido de Cleopatra; y, en fin, mandaba

deros á los hijos de Cleopatra. Sin embargo, después de hacerle declarar enemigo de la República, le mandó todos sus parientes y amigos, entre otros á C. Sosio y Cn. Domicio, cónsules entonces, dispensando también á los habitantes de Bolonia, que desde muy antiguo se contaban en la clientela de los Antonios, que hubiesen tomado las armas contra él como toda Italia. Poco después le venció en una batalla naval cerca de Actium (1); el combate se prolongó hasta el oscurecer, y el vencedor pasó la noche en una nave. De Actium pasó á tomar cuarteles de invierno en Sámos; mas enterado de que los soldados elegidos en todos los cuerpos después de la victoria, y que por orden suya le habían precedido á Brindis, acababan de sublevarse pidiendo recompensas y la licencia, emprendió con grande inquietud el camino de Italia. Dos veces le combatió la tempestad durante la travesía; primeramente entre los promontorios del Peloponeso y de la Etolia, y después cerca de los montes Cerámicos, pereciendo en este doble desastre una parte de sus naves liburnesas, perdiendo la suya todo el aparejo y rompiéndosele el timón. Solamente permaneció en Brindis veintisiete días para satisfacer las exigencias de los soldados, pasó á Egipto por Asia y la Siria, puso sitio á Alejandría (2), donde se había refugiado Antonio con Cleopatra, y á poco se hizo dueño de la ciudad. Antonio quiso hablar de paz, pero ya no era tiempo: Octavio le obligó á morir, y fué á verle después de muerto. Uno de sus deseos más vehementes era reservar á

que su cuerpo, donde quiera que muriese, fuese llevado á Alejandría, para que se sepultase allí con el de Cleopatra.

(1) La batalla de Actium la ganó Agripa, pero no adquirió ninguna superioridad sobre Antonio. Todos los historiadores están de acuerdo para asegurar que éste no había experimentado ningún revés cuando marchó en seguimiento de Cleopatra, que huía.

(2) Primeramente le derrotó Antonio en un combate de caballería; pero, vencido después y haciéndole traición la escuadra y las tropas, se dió la muerte.

Cleopatra para su triunfo; y como se creía que había muerto de la mordedura de un áspid, hizo que algunos psylos (1) chupasen el veneno de la herida. Concedió á los dos esposos los honores de sepultura común, y mandó que se terminase la tumba que ellos mismos comenzaron á construir. El joven Antonio, el mayor de los dos hijos que el trunviro tuvo de Fulvia, fué, después de continuas é inútiles súplicas, á refugiarse á los pies de la estatua de César: Augusto le arrancó de allí y mandó matarle. Cesarión, que Cleopatra decía haber tenido de César, fué alcanzado en su fuga y entregado al suplicio. En cuanto á los otros hijos de Antonio y de la Reina, los trató como á miembros de su familia, los educó y les aseguró posición proporcionada á su nacimiento.

XVIII. Por esta época hizo abrir la tumba de Alejandro Magno; sacóse el cuerpo, y después de contemplarlo, le puso en la cabeza una corona de oro y le cubrió de flores en muestra de homenaje; y consultando si quería ver también el Ptolomeum, contestó: «que había venido á ver un rey y no muertos.» Hizo del Egipto una provincia romana, y con objeto de asegurar la fecundidad necesaria para los bastimentos de Roma, mandó á sus soldados lim-

(1) Los Psylos eran un pueblo de Africa muy célebre en la antigüedad, porque, según dicen, sus cuerpos contenían algo que mataba las serpientes, adormeciéndolas su olor sólo. Cuando los Psylos, al nacerles un hijo, querían asegurarse de que sus mujeres no habían tenido comercio con extraños, presentaban al recién nacido una serpiente, y si ésta no huía, el niño era legítimo. Plutarco pretende que Catón, en su expedición á Africa, hacía le acompañasen Psylos que debían extraer el veneno á los soldados mordidos por las serpientes, y conjurarlas. Dión añade algunos detalles sobre los Psylos, que contradicen en parte los que hemos dado. Pretende que todos eran machos que nacían unos de otros, y que hasta las cosas que tocaban tenían la virtud de adormecer las serpientes. Generalmente se cree que Cleopatra murió de la mordedura de un áspid, pero algunos autores dicen que se hirió en un brazo con un puñal envenenado.

piaran todos los canales abiertos á los desbordamientos del Nilo y que el tiempo había cubierto de abundante limo. Queriendo perpetuar en la memoria de los siglos la gloria del triunfo de Actium, fundó cerca de esta ciudad la de Nicópolis, estableciendo juegos quinquenales. También agrandó el antiguo templo de Apolo, adornó con un trofeo naval el sitio donde tuvo su campamento y lo consagró solemnemente á Neptuno y á Marte.

XIX. Sofocó en su origen considerable número de turbulencias, sediciones y conspiraciones, de que tuvo conocimiento: después de estos sucesos, pero en diferentes épocas, la conspiración del joven Lépido; después la de Varrón Murena y de Fannio Cepión, de M. Egnacio, de Plaucio Rufo, de Lucio Paulo, esposo de su nieta, de L. Audasio, acusado de falsario, y á quien la edad había debilitado el cuerpo y la razón, de Asinio Epicadio, mestizo de partho, y en fin, de Telefo, esclavo nomenclátor de una mujer; porque también le amenazaron maquinaciones de hombres de baja estofa. Audasio y Epicadio querían arrebatár su hija Julia y su nieto Agripa de las islas donde estaban confinados, para presentarlos á los ejércitos; y Telefo, que se creía destinado al imperio, había formado el proyecto de asesinar á Augusto y al Senado. También se encontró á cierto criado del ejército de Iliria escondido una noche cerca de su lecho, hasta donde había penetrado burlando la vigilancia de los guardias, y que llevaba en la cintura un cuchillo de caza. Ignórase si aquel hombre había perdido la razón ó si fingió demencia, no pudiendo arrancarle en la tortura ninguna confesión.

XX. Solamente dirigió por sí mismo dos guerras exteriores: la de Dalmacia, en su juventud, y la de los Cántabros después de la derrota de Antonio. Dos veces fué herido en Dalmacia: una en la rodilla de una pedrada, y la otra en un muslo y los dos brazos por la caída de un puente. Las otras dos guerras las dirigieron sus legados; sin

embargo, tomó parte en algunas expediciones en Panonia y Germania, ó al menos estuvo cerca del teatro de la guerra, yendo de Roma hasta Rávena, Milán y Aquilea.

XXI. Sometió personalmente ó por sus generales la Cantabria, la Aquitania, la Panonia y la Dalmacia con toda la Iliria; sujetó la Recia, la Vindelicia y los Salesos, pueblos de los Alpes; contuvo las incursiones de los Dacios, destruyó la mayor parte de sus ejércitos y les mató tres jefes. Arrojó á los Germanos al otro lado del Elba; recibió la sumisión de los Ubios y Sigambros, los trasladó á la Galia y les asignó las tierras inmediatas al Rhin. Redujo también á la obediencia otras naciones inquietas y turbulentas, pero no movió guerra á ningún pueblo sin justa causa é imperiosa necesidad: tan lejos estaba de ambicionar aumento del Imperio ó de su gloria militar, que obligó á algunos reyes bárbaros á jurarle, en el templo de Marte Vengador, permanecer fieles á la paz que le pedían. También exigió á algunos de ellos nuevo género de rehenes, esto es, mujeres, porque había observado que se estimaban en poco los hombres dados con este carácter. Sin embargo, dejaba siempre á sus aliados la facultad de retirar sus rehenes cuando quisieran; y nunca castigó sus frecuentes sublevaciones y sus perfidias más que vendiendo sus prisioneros, á condición de que no servirían en países vecinos ni serían libres antes de treinta años. La reputación de fuerza y moderación que esta conducta le formó, determinó á los Indos y Scitas, de los que solamente se conocía entonces el nombre, á solicitar por medio de embajadores su amistad y la del pueblo romano. También los Parthos le cedieron fácilmente la Armenia que reivindicaba, devolviéndole además, á petición suya, las enseñas militares arrebatadas á M. Crasso y á M. Antonio, y ofreciéndole rehenes; en fin, muchos príncipes que desde antiguo se disputaban entre sí el mando, reconocieron al que él designó.

XXII. El templo de Jano Quirino, que solamente había estado cerrado dos veces desde la fundación de Roma, lo estuvo tres entonces, en espacio de tiempo mucho más corto, estando asegurada la paz por mar y tierra. Dos veces entró en Roma con los honores de la ovación, después de la batalla Filipense, y la otra después de la guerra de Sicilia. Celebró con tres triunfos curules sus victorias de Dalmacia, Actium y Alejandría, y cada triunfo duró tres días.

XXIII. No tuvo más derrotas graves é ignominiosas que las de Lolio y Varo, ambas en Germania, siendo la primera más ignominiosa que irreparable; pero la de Varo pudo ser fatal al Imperio, habiendo sido pasadas á cuchillo tres legiones con el general, los legados y todos los auxiliares. En cuanto recibió la noticia hizo colocar en Roma guardias militares para prevenir desórdenes; confirmó en sus poderes á los Gobernadores de las provincias, para que su experiencia y habilidad contuviesen en su deber á los aliados; y ofreció grandes juegos á Júpiter PARA QUE MEJORASE LA SITUACIÓN DE LA REPÚBLICA, como se había hecho en la guerra de los Cimbrios y de los Marsos. En fin, dícese que experimentó tal desesperación, que se dejó crecer la barba y los cabellos durante muchos meses, y á veces se golpeaba la cabeza contra las paredes, exclamando: «Quintilio Varo, devuélveme mis legiones.» Los aniversarios de este desastre fueron siempre para él días tristes y lúgubres.

XXIV. Muchas cosas cambió y muchas estableció en la organización militar, poniendo en vigor otras olvidadas desde mucho tiempo. Mantuvo con severidad la disciplina, y no permitió á sus legados que fuesen á ver sus esposas sino en los meses de invierno, y esto con suma dificultad. Hizo vender en subasta á un caballero romano con todos sus bienes por haber amputado el dedo pulgar á sus dos hijos (1) para librarlos del servicio militar; pero viendo

(1) Durante la guerra itálica había castigado ya el Senado este

que se apresuraban á comprarlo los publicanos, lo hizo adjudicar á un liberto suyo, que tenía orden de llevarlo á los campos y dejarle libre. Licenció ignominiosamente toda la décima legión, que solamente obedecía murmurando: habiendo pedido otras con imperioso tono la licencia, se las dió, pero sin las recompensas prometidas á sus largos servicios. Si alguna legión retrocedía, la diezmaba y solamente la daba cebada. Castigó con la muerte como á simples soldados á centuriones que abandonaron su puesto. En cuanto á los otros delitos, los castigaba con diferentes penas infamantes, como permanecer en pie todo el día delante de la tienda del General, ó bien salir con túnica y sin cinturón, llevando en la mano una medida agraria ó un puñado de césped.

XXV. Después de las guerras civiles no continuó dando á los soldados el título de *compañeros* ni en las arengas ni en los edictos: les llamaba *soldados*; no permitiendo tampoco que sus hijos ó yernos les diesen otro nombre cuando mandaban; creía que el de *compañeros* era una adulación que no convenía á la conservación de la disciplina, ni al estado de paz, ni á la majestad de los Césares. Exceptuando para los casos de incendio y para las sediciones que podían producir la carestía de víveres, solamente dos veces alistó esclavos libertos: la primera para la defensa de las colonias vecinas á la Iliria, y la segunda para proteger las orillas del Rhin: y éstos habían de ser esclavos que los hombres y mujeres más ricos de Roma hubiesen comprado y manumitido en el acto: colocábales en primera línea, no se mezclaban con los libres ni estaban armados como ellos. Prefería dar como recompensas militares arneses, collares y preseas cuyo precio lo consti

género de cobardía: habiéndose cortado C. Vecieno los dedos de la mano izquierda, fué condenado á perpetua prisión y confiscados sus bienes. Después se señaló destierro como pena de esta infamia.

tufan el oro y la plata, á coronas valarias ó murales, que eran mucho más ambicionadas. Extraordinariamente avaro de estas últimas, jamás las concedió al favor, dándolas casi siempre á simples soldados. Regaló á Agripa, después de su victoria naval en Sicilia, un estandarte de color de mar. Nunca otorgó estas distinciones á los que habían gozado los honores del triunfo, aunque hubiesen tomado parte en sus expediciones y contribuído á sus victorias, siendo la razón que ellos mismos habían tenido derecho para distribuir como quisieran estas recompensas. En su opinión, nada convenía menos á un gran capitán que la precipitación y la temeridad: así es que frecuentemente repetía el adagio griego

Σπεῦδε βραδεως (1)

y este otro

Ἀσφαλὴς γὰρ ἐστ' ἀμείναι ἢ θρασύς στρατηλάτης' (2)

ó, en fin, este: «Se hace muy pronto lo que se hace muy bien.» Decía también que no debe emprenderse una guerra ó librar una batalla sino cuando se puede esperar más provecho de la victoria que perjuicio de una derrota; porque, añadía, «el que en la guerra aventura mucho para ganar poco, se parece al hombre que pescará con anzuelo de oro, cuya pérdida no podría compensar ninguna presa.»

XXVI. Elevósele antes de la edad á las magistraturas y honores, de los que muchos fueron de creación nueva y á perpetuidad. Á los veinte años invadió el consulado, haciendo marchar hacia Roma sus legiones amenazadoras, y mandando diputados á pedir para él esta dignidad á nombre del ejército. Como vacilaba el Senado, el centurión Cornelio, que iba al frente de la diputación, abrió su man-

(1) Apresúrate lentamente.

(2) Más vale un jefe prudente que temerario.

to, y mostrando el puño de la espada, se atrevió á exclamar: «Esto lo hará, si vosotros no lo hacéis.» Transcurrieron nueve años de su primero á su segundo consulado y uno solamente hasta el tercero. En seguida siguió hasta el undécimo sin interrupción, y, habiendo rehusado todos los que después le ofrecieron, pidió él mismo el duodécimo diez y siete años más tarde, y dos años después el décimotercio, con objeto de recibir en el Foro, como primer magistrado de la república, á sus nietos Cayo y Lucio, que iban á entrar en la vida pública. Los cinco consulados que separan el décimosexto del undécimo fueron cada uno de un año, y los demás no los conservó más allá de nueve, seis, cuatro ó tres meses, y el segundo solamente algunas horas. Porque apenas sentado en la silla curul, delante del templo de Júpiter Capitolino, en la mañana de las kalendas de enero, dimitió el cargo, nombrando en lugar suyo otro cónsul. No tomó posesión de todos sus consulados en Roma: el cuarto comenzó en Asia, el quinto en Samos, el octavo y el noveno en Tarragona.

XXVII. Durante diez años fué el jefe del triunvirato establecido para organizar la república, resistiendo por algún tiempo á sus colegas, no queriendo que hubiese proscripción; pero después desplegó más crueldad que ninguno de ellos. Estos, al menos, se dejaron ablandar algunas veces por las súplicas de la amistad; solamente él desplegó toda su autoridad para que no se perdonase á nadie; proscribiendo hasta á su tutor C. Torannio, que había sido además colega de su padre Octavio en la edilidad. Junio Saturno refiere este otro hecho: después de las proscripciones, excusando en el Senado Lépidio el pasado, hizo esperar que la clemencia iba al fin á poner término á los castigos; pero Octavio declaró, por el contrario, que solamente cesaría de proscribir á condición de hacer en todo lo que quisiese. Sin embargo, el tardío arrepentimiento de esta dureza fué el que le hizo elevar á la dignidad de ca-

ballero á T. Vinio Filopemon, que pasaba por haber ocultado en otro tiempo á su patrón proscrito. Muchos rasgos especiales le hicieron odioso durante su triunvirato. Un día que arengaba á los soldados en presencia de los habitantes de los campos vecinos, vió á un caballero romano, llamado Pinario, que tomaba algunas notas furtivamente, y sospechando fuese espía, le hizo matar en el acto. Tedio Afer, cónsul designado, ridiculizó con un chiste un acto suyo; Octavio le dirigió tan tremendas amenazas, que aquel desgraciado se dió la muerte. El pretor Q. Galio llegó á saludarle llevando bajo la toga dobles tablillas, y creyó que eran una espada; mas no atreviéndose á registrarle en el acto por temor de no encontrar armas, pocos momentos después le hizo arrancar de su tribunal por medio de centuriones y soldados, le mandó dar tormento como á un esclavo, y no obteniendo confesión alguna le hizo degollar, después de arrancarle los ojos con sus propias manos. Él mismo escribió que Galio había querido matarle en una audiencia que le pidió; que reducido á prisión por orden suya y puesto en seguida en libertad, pero con prohibición de habitar en Roma, pereció en un naufragio ó á manos de algunos bandidos. Augusto fué investido á perpetuidad con el poder tribunicio (1), y dos veces tomó colega en esta dignidad, cada una de ellas durante un lustro. También fué investido con la vigilancia perpetua de las costumbres y de las leyes (2), y en virtud de este derecho, que no era

(1) El Senado le decretó el poder tribunicio en 724, después de la derrota de Antonio; pero no tomó posesión hasta 731, conservándolo treinta y seis años y algunos meses, es decir, hasta su muerte, ocurrida en 767. Tácito explica lo que era este poder en manos de los emperadores. Augusto se hizo dar el nombre de tribuno perpetuo, para no tomar ni el de rey, ni el de dictador, y para dominar sin embargo todos los demás poderes.

(2) Primeramente se le otorgaron estas funciones por cinco años, en 735; después, en 742, por otros cinco años. Tal vez las llama perpetuas Suetonio, porque siempre se le renovaron.

sín embargo el mismo que el de la censura, hizo tres veces el censo del pueblo, la primera y tercera con su colega, la segunda solo.

XXVIII. Dos veces tuvo el proyecto de restablecer la república: primeramente después de la derrota de Antonio, que con frecuencia le había acusado de ser el único obstáculo al restablecimiento de la libertad; la segunda á consecuencia de los sinsabores de larga enfermedad, llegando á hacer ir á su casa á los magistrados y senadores, entregándoles las cuentas del Imperio. Pero reflexionando que esto era exponer su vida privada á peligros ciertos, y entregar imprudentemente la república á la tiranía de algunos ambiciosos, decidió conservar el poder, y no puede decirse por qué se le ha de alabar más, si por las consecuencias ó por los motivos de esta resolución. Complacíase en recordar algunas veces estos motivos, y hasta los dió á conocer de esta manera en uno de sus edictos: «Séame permitido afirmar la república en estado permanente de esplendor y seguridad; habré conseguido la recompensa que ambiciono, si se considera su felicidad obra mía y si puedo alabarme al morir de haberla establecido sobre bases inmutables.» Él mismo aseguró la realización de este deseo, esforzándose para que nadie tuviese que quejarse del nuevo orden de cosas.

XXIX. Roma no tenía aspecto digno de la majestad del Imperio y estaba además sujeta á inundaciones é incendios, y supo embellecerla de tal suerte, que con razón pudo alabarse de dejarla de mármol habiéndola recibido de ladrillos. Aseguróla también contra los peligros del porvenir, cuanto la prudencia humana puede prever. Entre el gran número de monumentos públicos cuya construcción se le debe, cuéntanse principalmente el Foro y el templo de Marte Vengador, el de Apolo en el Palatium y el de Júpiter Tonante en el Capitolio. Construyóse el Foro, porque el creciente número de litigantes y de los negocios, ha-

ciendo insuficiente los dos primeros, exigían otro. Así, pues, sin esperar á que el templo de Marte estuviese concluido, se apresuró á mandar que se procediese especialmente en el Foro nuevo, al juicio de las causas criminales y á la elección de jueces. En cuanto al templo de Marte, había hecho el voto durante la guerra Filipense, emprendida para vengar á su padre. Decretó, en consecuencia, que allí se reuniría el Senado para deliberar acerca de las guerras y de los triunfos; que de allí partirían los que marchasen con algún mando á las provincias; y que allí, en fin, irían á depositar las insignias del triunfo los generales victoriosos. El templo de Apolo se construyó en la parte de su casa en el Palatium derruida por el rayo, y donde habían declarado los arúspices que este dios pedía morada. Añadióle pórticos y una biblioteca latina y griega. En sus últimos años convocaba frecuentemente el Senado é iba á él para reconocer las decurias de los jueces. El templo de Júpiter Tonante fué un monumento de su gratitud por haber escapado de un peligro durante una marcha nocturna, en una de sus expediciones contra los Cántabros, en la que surcó su litera un rayo, matando al esclavo que le precedía con una antorcha en la mano. Hizo además ejecutar otros trabajos bajo otro nombre que el suyo, por ejemplo, con los de sus nietos, de su esposa y de su hermana; tales son el pórtico de Cayo y la basílica de Lucio, los pórticos de Livia y de Octavio, y el teatro de Marcelo. Frecuentemente también exhortó á los principales ciudadanos á embellecer la ciudad cada cual según sus medios, ó con monumentos nuevos, ó reparando y adornando los antiguos, y este sólo deseo hizo construir considerable número. Por esta razón elevó Marcio Filipo el templo del Hércules y Museos; L. Cornificio, el de Diana; Asinio Polión, el vestíbulo del de la Libertad; Munacio Planco, el templo de Saturno; Cornelio Balbo, un teatro; Stantilio Fauro, un anfiteatro, y, en fin, M. Agripa muchos preciosos edificios.

XXX. Dividió á Roma en secciones y barrios, encargando la vigilancia de las secciones á los magistrados anuales (ediles, tribunos, pretores), que la obtenían por suerte, y la de los barrios á inspectores elegidos entre el pueblo que habitaban en ellos. Estableció rondas nocturnas para los incendios, y para prevenir las inundaciones del Tiber hizo limpiar y ensanchar su cauce, obstruído desde mucho tiempo por las ruinas y estrechado por la caída de edificios. Con objeto de facilitar por todas partes el acceso á Roma, se encargó de reparar la vía Flaminia hasta Rímni, y quiso que, á imitación suya, todo ciudadano honrado con el triunfo emplease en pavimentar un camino el dinero que le pertenecía por su parte de botín. Reconstruyó los edificios sagrados que el tiempo ó el incendio habían destruído, y los adornó como los otros con riquísimos presentes, llevando en una sola vez al santuario de Júpiter Capitolino diez y seis mil libras de peso de oro y por cincuenta millones de sextercios en piedras preciosas y perlas.

XXXI. Cuando, muerto Lépido, consiguió el pontificado máximo, que en vida de éste no se atrevió á quitarle, hizo reunir y quemar más de dos mil volúmenes de predicciones griegas y latinas que estaban repartidos por el público y solamente tenían sospechosa autenticidad. Únicamente conservó los libros sibilinos, y en éstos hizo un espurgo, encerrándolos en dos cofrecillos dorados, bajo la estatua de Apolo Palatino. Redujo al método antiguamente seguido la marcha del año (1), arreglada ya por Julio Cé-

(1) Macrobio manifiesta el origen de esta nueva confusión: los pontífices, en vez de intercalar un día al espirar cada año cuarto, lo hacían al comenzar cada año cuarto; de aquí resultaron, al cabo de treinta y seis años, doce días complementarios en vez de nueve. Estaba, por consiguiente, atrasado el año en tres días. Para remediar esto, Augusto mandó dejar pasar doce años sin intercalación; y con objeto de que no hubiese más aberraciones de este género, hizo grabar en bronce el método que había de seguirse en lo sucesivo.

sar, y en la que la negligencia de los pontífices había introducido de nuevo desórden y confusión. En esta operación dió su nombre al mes llamado *sextilis* (1), con preferencia al de setiembre en que había nacido, porque en aquél obtuvo su primer consulado y consiguió sus principales victorias. Aumentó el número de sacerdotes, su dignidad y hasta sus privilegios, sobre todo los de las vestales. Habiendo muerto una de éstas, tratábase de reemplazarla (2), y como muchos ciudadanos solicitaban el favor de no someter sus hijas á los riesgos del sorteo, aseguró que si alguna hija suya hubiese llegado á la edad exigida la hubiese ofrecido espontáneamente. Restableció también muchas ceremonias antiguas caídas en desuso, como el augurio de Salud, los honores debidos al flamín Dial, las Lupercales, los juegos seculares y compitalicios. Prohibió que nadie corriese en las fiestas Lupercales antes de la edad de la pubertad; prohibió también á los jóvenes de uno y otro sexo que asistiesen durante los juegos seculares á los espectáculos nocturnos si no les acompañaba algún pariente de más edad que ellos. Estableció dos juegos anuales en honor de los dioses Compitales, á los que debían adornar con flores de primavera y estío. Honró casi tanto

(1) En 746, el mes *sextilis* (ó sexto, el antiguo año romano comenzaba en marzo) tomó el nombre de Augusto, por medio de un senatusconsulto y un plebiscito. De este nombre de Augusto se deriva por corrupción nuestro agosto.

(2) Las palabras *aliam capi* eran de fórmula en esta ocasión. Ejercíase una especie de quinta entre las niñas de seis á diez años. La que había ingresado en este sacerdocio, libraban de él á sus hermanas; también existía dispensa para las hijas de los quinceviro, de los flamines, de los salianos. Aulo Gelio refiere otras muchas dispensas y exclusiones. La joven, en cuanto era vestal, salía de la patria potestad, y podía testar. Según la ley Papia, el pontífice máximo designaba veinte vírgenes, y la suerte decidía entre ellas en asamblea pública. Servíanse de la palabra *capió*, porque el pontífice máximo cogía de la mano á la joven para separarla de su padre.

como á los dioses inmortales la memoria de los grandes hombres que dieron al poder romano, después de tan débiles principios, tan considerable desarrollo. Por esta razón hizo restaurar, dejándoles sus gloriosas inscripciones, los monumentos que aquéllos levantaron. Por orden suya se colocaron todas sus estatuas en traje triunfal bajo los dos pórticos de su Foro, y declaró en un edicto que quería «que su ejemplo sirviese para que se le juzgase á él mismo mientras viviese y á todos los príncipes sucesores suyos.» Hizo también trasladar la estatua de Pompeyo del salón donde mataron á César, bajo una arcada de mármol, enfrente del palacio contiguo al teatro del mismo Pompeyo.

XXXII. Corrigió multitud de abusos tan detestables como perniciosos, nacidos de las costumbres y licencias de las guerras civiles y que la paz misma no había podido destruir. La mayor parte de los ladrones de caminos llevaban públicamente armas so pretexto de atender á su defensa, y los viajeros de condición libre ó servil eran arrebatados en los caminos y encerrados sin distinción en los talleres de los propietarios de esclavos. También se habían formado, bajo el título de gremios nuevos, asociaciones de malhechores que cometían todo linaje de crímenes. Augusto contuvo los ladrones estableciendo guardias en los puntos convenientes; visitó los talleres de esclavos y disolvió todos los gremios, exceptuando los antiguos y legales. Quemó los registros en que estaban inscritos los antiguos deudores del Tesoro para poner término á los pleitos de que habían llegado á ser fuente estos registros. Adjudicó á los poseedores ciertas partes de la ciudad que el dominio público reivindicaba con títulos dudosos. Sobreseyó los procesos de los acusados antiguos, cuyo castigo solamente servía para regocijar á sus enemigos, y sometió á las probabilidades de la misma pena que hubiese podido pronunciarse contra ellos á todo aquel que quisiese perseguirles

de nuevo. Por otra parte, para que ningún delito quedase impune y ningún negocio se arrastrase con languidez, devolvió al trabajo más de treinta días exentos de él por juegos honorarios. Á las tres decurias de jueces añadió la cuarta, formada de personas de censo inferior al de los caballeros; llamósele la decuria de los *ducenarios*, y tuvo á su cargo el juicio de los negocios de mediana importancia. Eligió jueces desde la edad de veinte años, es decir, cinco antes de lo que se había hecho hasta entonces; y como muchos ciudadanos rehusaban el honor de estas funciones, permitió, aunque á disgusto, que cada decuria disfrutase por turno de vacaciones anuales, y que, según costumbre, se suspendiese el juicio de censuras durante los meses de noviembre y diciembre.

XXXIII. Asiduamente administró justicia por sí mismo, y algunas veces hasta de noche. Cuando estaba enfermo juzgaba en una litera colocada delante de su tribunal, ó en su casa y en el lecho. No solamente aplicaba exquisito cuidado al juicio de las causas, sino que además desplegaba suma dulzura. Queriendo librar á un acusado convicto de parricidio del horror de ser cosido en un saco de cuero (1), suplicio que solamente se aplica á los que se reconocen culpables, propuso, según dicen, la cuestión en estos términos: «¿No es verdad que tú no has dado muerte á tu padre?» En una acusación de falso testamento, en que estaban complicados en virtud de la ley Cornelia todos los que lo habían firmado, distribuyó á los jueces, además de las dos tablillas ordinarias de condenación y absolución, otra en que se perdonaba á aquellos cuya firma se hubiese obtenido por error ó fraude. Todos los años entregaba al prefecto de Roma las apelaciones interpuestas por los litigantes que

(1) La ley Pompeya dispone que el que hubiese cometido ó intentado un parricidio, si lo confesaba, fuese azotado con varas ensangrentadas, y después cosido en un saco con un perro, un gallo, una víbora y un mono y arrojado al mar.

residían en la ciudad, y las de los habitantes de las provincias á cada uno de los varones consulares encargados especialmente de los asuntos exteriores.

XXXIV. Revisó todas las leyes y restableció absolutamente algunas, como la suntuaria y las que existían contra el adulterio, contra la inmoralidad, contra la intriga y contra el celibato (1). En cuanto á ésta, que hizo más severa aún que las otras, la violencia de las reclamaciones le impidió mantenerla, obligándole á suprimir ó dulcificar una parte de las penas, á conceder un plazo de tres años y hasta aumentar las recompensas (2). Aunque reformada de esta manera la ley, los caballeros pidieron su abolición á gritos en pleno espectáculo, y Augusto, llamando á los hijos de Germánico que acudieron, los unos á sus brazos y los otros á los de su padre, y mostrándolos al pueblo, les exhortó con la actitud y la mirada á no temer imitar el ejemplo de aquel joven príncipe. Observando más adelante que se eludían las disposiciones de la ley, eligiendo desposadas que en mucho tiempo no podían casarse, y cambiando frecuentemente de esposas, restringió la duración de los esponsales y limitó la libertad de los divorcios.

XXXV. El excesivo número de senadores había hecho de este cuerpo extraña y confusa reunión, porque había más de mil, de los que algunos eran completamente indignos de este rango, al que habían sido elevados después de la muerte de César, por favor ó por dinero; á éstos les llamaba el pueblo Oreinos (3): Augusto, por medio de dos

(1) En 736 puso Augusto en vigor esta ley, y habiendo sido mal observada, la reemplazó por la *Papia Popea* (en 762). El plazo de tres años, de que más adelante se habla, se concedía para obedecer la ley; pero se desposaban con niñas muy jóvenes para escapar al matrimonio.

(2) Uno de los estímulos más grandes que se dieron entonces al matrimonio, fué el *ius trium et quatuor liberorum*, privilegio que después se concedió á célibes.

(3) Llamábase *Orcini*, ó libertos del *Orcus*, de Plutón, los que lo

elecciones, devolvió á este cuerpo sus proporciones y primitivo esplendor. Dejó la primera á la discreción de los mismos senadores, de los que cada uno elegiría otro; la segunda la hizo con Agripa. Cuando presidió este nuevo Senado, llevaba, según dicen, una coraza debajo de la toga, y una espada al cinto, y diez senadores robustos-amigos suyos, rodeaban su asiento. Refiere Cordo Cremu, cio que en esta época no admitía á su presencia á ningún senador, sino solo y después de ser registrado. Augusto decidió á algunos á dimitir, y dejó las insignias de su dignidad á los que tuvieron esta modestia, como también su puesto en la orquesta y en los festines solemnes ofrecidos á los dioses. En cuanto á los senadores nuevamente elegidos ó conservados, mandó, para que sus deberes les pareciesen á la vez más sagrados y menos penosos, que cada uno, antes de sentarse, hiciese una libación de vino y de incienso á la divinidad del templo donde se sentara; que el Senado no celebraría más que dos reuniones mensuales, en las kalendas y en los idus; y que en los meses de setiembre y octubre ninguno estaría obligado á asistir á las sesiones, exceptuando los designados por la suerte para formar el número legal. Creó por sí mismo un consejo, que se renovaba semestralmente por sorteo, y con el cual deliberaba acerca de los negocios que debían presentarse al Senado pleno. En los asuntos importantes no recogía los votos según el orden habitual, sino como le agradaba, de manera que cada senador tenía que estar dispuesto á emitir parecer, en vez de limitarse á seguir el de otro.

XXXVI. También fué autor de otras muchas innova-

eran por el testamento de sus señores; porque parecía que éstos les daban la libertad desde el fondo del averno. Por la misma razón llamábase *orcini* á los senadores de que se trata. César, según decía Antonio, los había designado en sus memorias, que era necesario respetar.

ciones, como la de prohibir la publicación de las actas del Senado, y de enviar á provincias magistrados cuyas funciones apenas acababan de terminar. Quiso que se asignase á los procónsules indemnización fija para trasporte y habitación, gastos que antes se adjudicaban en pública licitación. Retiró á los cuestores de la ciudad la custodia del tesoro, y la confió á los pretores y á los ciudadanos que lo habían sido. Encargó á los decenviros la convocatoria del tribunal de centunviro, funciones encomendadas hasta entonces á los que habían sido honrados con la cuestura.

XXXVII. Para hacer participar al mayor número de ciudadanos de la administración de la república, creó nuevos oficios, como la vigilancia de las obras públicas (1), de los caminos, de los acueductos, del lecho del Tíber, de la distribución de trigo al pueblo; creó una prefectura en Roma (2), un triunvirato para la elección de senadores y otro para revistar los caballeros cuando fuese necesario. Nombró censores, magistrados que desde mucho tiempo se había dejado de elegir, y aumentó el número de pretores. Pidió también que se le diesen, cuando fuese cónsul, dos colegas en vez de uno; pero no lo obtuvo, observando todos que ya se disminuía demasiado su majestad compartiendo con otro un honor de que podía gozar él solo.

XXXVIII. Recompensó generosamente el mérito mili-

(1) Estos magistrados estaban encargados de examinar el estado de los templos y de los edificios públicos, y de vigilar para que se les reparase. Sabido es que Vitelio desempeñó primeramente estas funciones, separadas de las de los censores y ediles. Los vigilantes del lecho del Tíber (*alvei Tiberis*) fijaban los límites que no habían de traspasar las casas cerca del río.

(2) La jurisdicción de estos magistrados era muy extensa: abarcaba las atribuciones judiciales y las de policía: conocían, por ejemplo, en la dificultades entre amos y esclavos, faltas de los tutores, fraudes de los banqueros; reprimían las asociaciones ilícitas, vigilaban los espectáculos, etc.

tar; hizo conceder los honores del triunfo á más de treinta generales, y las insignias triunfales á mayor número aún (1). Para dar á los hijos de los senadores más pronta costumbre de los negocios públicos, les permitió tomar la lactiavla al mismo tiempo que la toga viril, y asistir desde aquella época al Senado. Después de algún tiempo de servicio militar les nombraba tribunos de legión, y hasta comandantes de cuerpos de caballería; y para que nadie fuese extraño á la vida de los campamentos, repartía frecuentemente entre dos senadores el mando de un ala de ejército. Hizo frecuentes revistas de caballeros, y restableció el uso, desde mucho tiempo abolido, de su solemne cabalgata. Mas prohibió que ningún acusador hiciese bajar á cualquiera de su caballo, como sucedía antiguamente, en medio de esta ceremonia. A los ancianos ó mutilados permitió enviar su caballo en lugar suyo, y presentarse á contestar á pie si se les citaba; concedió, en fin, á los caballeros mayores de treinta y cinco años el favor de devolver el caballo si no querían conservarle.

XXXIX. Habiendo pedido al Senado diez colegas, hizo dar á todos los caballeros rigurosa cuenta de su conducta; y los que se encontraron en falta, fueron castigados con penas diferentes, y algunos con nota de infamia: varios de ellos escaparon con reprehensión más ó menos fuerte, consistiendo la más ligera en entregarles tablillas que debían leer en el acto y en voz baja: á algunos les castigó por haber prestado con erecida usura dinero que habían tomado para este objeto á corto interés.

XL. Si en los comicios para la elección de tribunos no había bastante número de candidatos senadores, elegía entre los caballeros romanos, y éstos tenían derecho al

(1) Estos adornos eran una corona de laurel, el manto triunfal, un cetro, una estatua, acciones de gracias á los dioses, el título de *imperator*, todo, en fin, exceptuando la marcha solemne y el carro del triunfador.

espirar su cargo á permanecer en el orden que prefiriesen. Como la mayor parte de los caballeros, arruinados por las guerras civiles, no se atrevían en los juegos públicos á sentarse en los bancos reservados para este orden, por temor de incurrir en las penas teatrales, declaró que bastaba para librarse de éstas haber poseído personalmente el orden ecuestre, ó tener parientes que lo poseyesen. Hizo el censo del pueblo por barrios, y para que las distribuciones de trigo no apartasen con mucha frecuencia á los plebeyos de sus ocupaciones, hizo entregar tres veces al año bonos por cuatro meses; pero viendo que se echaba de menos el antiguo uso de las distribuciones mensuales, lo restableció. Restableció también los antiguos reglamentos relativos á los comicios, é impuso multiplicadas penas á la coacción. El día de las elecciones hacía distribuir á las tribus Fabia y Saptia (1), de las que era miembro, mil sextercios por cabeza, á fin de que no tuviesen nada que pedir á ningún candidato. Dando grandísima importancia á conservar al pueblo romano puro de toda mezcla de sangre extraña ó servil, no concedió el derecho de ciudadanía sino con extraordinaria reserva, y restringió la facultad de las manumisiones (2). A Tiberio, que pedía este derecho para un Griego cliente suyo, escribió «que no lo concedería si él mismo no venía á probar la justicia de su

(1) La casa *Octavia* pertenecía á la tribu *Saptia*, y por adopción pasó á la *Fabia*, que era la de los Julios.

(2) Las leyes Fusia, Caninia y *Ælia Leutia*, dada esta última en 757, bajo el consulado de Sexto *Ælio Catón* y de C. Leucio Saturnino, contenían las medidas coercitivas relativas á este punto. Heinecio ha examinado cuidadosamente las disposiciones de estas leyes que determinan cuántos esclavos podían manumitirse bajo un número dado; en ningún caso podía pasar este número de ciento, aunque se poseyesen veinte mil esclavos, lo cual no carecía de ejemplo en Roma. El objeto de estas manumisiones era aumentar la pompa de los cortejos fúnebres: así, pues, estas disposiciones solamente se aplicaban á las manumisiones.

petición.» Livia solicitaba lo mismo para un Galo tributario y se lo negó, ofreciendo libertar á su protegido del tributo, «prefiriendo, decia, quitar algo al fisco, á prostituir la dignidad de ciudadano romano.» No contento con haber levantado multitud de obstáculos entre la esclavitud y la simple libertad, de haber opuesto más aún á las manumisiones legítimas, cuyo número, condiciones y diferencia cuidó de arreglar, prohibió también que el esclavo que hubiese llevado cadenas ó sufrido el tormento pudiese jamás, y de cualquier manera que fuese, obtener los derechos de ciudadano (1). Deseó también restablecer el antiguo traje propio de los Romanos. Viendo un día en una asamblea del pueblo, multitud de mantos oscuros, exclamó indignado: «He ahí

Romanos, rerum dominos, gentemque togatam!»

y encargó á los ediles que velasen para que nadie se presentase en adelante en el foro ni en el circo con manto y sin la toga romana.

XLI. En cuantas ocasiones se presentaron dió testimonio de su liberalidad á todos los órdenes. Trasladado á Roma por orden suya el tesoro real de Alejandría, derramó tal abundancia de numerario, que en seguida bajó el interés del dinero y subió el premio de las tierras; y más adelante, cuando el tesoro público aumentó con la confiscación de los bienes de los condenados, prestaba gratuitamente, y por tiempo determinado, á los que podían responder por doble cantidad. Elevó el censo exigido para los senadores de ochocientos mil sextercios á un millón

(1) Las manumisiones daban el derecho de ciudadanía, pero se ejercía en las cuatro tribus urbanas, que eran las menos importantes. La ley *Ælia Leutia* impone una restricción, que es la que aquí señala Suetonio. Existió además otra restricción, aplicable á los que habían sido manumitidos con menos solemnidad; éstos solamente adquirirían el derecho de los latinos.

doscientos mil, pero lo completó á aquellos que no lo tenían. Dió al pueblo frecuentes congiarios (1), pero sin que fuese siempre igual la cantidad: en tanto eran cuatrocientos sextercios por persona, en tanto trescientos, y algunas veces doscientos ó solamente cincuenta. De estas liberalidades no excluía ni á los niños de corta edad, aunque se acostumbraba á no incluirles en ellas hasta la edad de once años. En épocas de escasez, viósele también distribuir raciones de trigo, frecuentemente á precio muy bajo, y duplicar al mismo tiempo la distribución de dinero.

XLII. Pero lo que demuestra que solamente buscaba por este medio el bienestar del pueblo y no su favor, es que, habiéndose alzado quejas un día acerca del alto precio del vino, reprimió los gritos y dijo con voz severa, «que al establecer su yerno Agripa muchos acueductos, había atendido suficientemente á que nadie tuviese sed.» Otro día, habiéndole recordado el pueblo la promesa que había hecho de un congiario, contestó, «que debían confiar en su palabra,» pero habiendo reclamado en otra ocasión la multitud algo que él no había prometido, le censuró en un edicto su bajeza é impudencia, y declaró que no daría nada, aunque hubiese tenido antes intención de dar. No mostró menos firmeza cuando, observando después del anuncio de un congiario que multitud de libertos se habían hecho inscribir en el número de los ciudadanos, se negó á admitirles en la distribución, que no se les había prometido; y dió á los demás menos de lo que había dicho, para que pudiese bastar la cantidad destinada á este uso. En cierta época le obligó la extraordinaria escasez á echar de Roma á todos los esclavos en venta, á todos los gladiadores, á todos los extranjeros, exceptuando los médicos y los profesores, y hasta una parte de los esclavos en servicio. Cuando al fin volvió la

(1) Distribuciones extraordinarias en dinero ó géneros.

abundancia, concibió, según él mismo dice, el atrevido proyecto de abolir perpetuamente las distribuciones de trigo, porque la esperanza de recibirlo hacía descuidar el cultivo de las tierras. Sin embargo, renunció á él, persuadido de que no dejarían sus sucesores de restablecer este uso con miras ambiciosas; pero desde entonces moderó el exceso, aunque conciliando el interés del pueblo con el de los cultivadores y negociantes.

XLIII. Sobrepujó á todos los que le habían precedido en el número, variedad y esplendor de los espectáculos. Según su propio testimonio, dió cuatro veces juegos en su nombre, y veinte por magistrados ausentes ó que no podían sufragar el gasto (1). No era cosa rara que diese espectáculos en diferentes barrios á la vez, en varios teatros, y que hiciese representar á actores de todos los países. Sus juegos se celebraron no solamente en el Foro y en el Anfiteatro, sino que también en el Circo y en los Cercados (Septis). Algunas veces se limitaba á combates de fieras. También combatieron atletas en el campo de Marte, que hacía rodear de gradas para este espectáculo: dió un combate naval cerca del Tiber, en paraje preparado al efecto (2), y donde hoy se ven los bosques sagrados de los Césares. En estos días cuidaba de colocar guardias en la ciudad, que quedaba despoblada, exponiéndola la soledad á las tentativas de los bandidos. También hizo ver en el Circo aurigas, corredores, cazadores que no tenían que hacer más que rematar las piezas; y algunas veces para representar estos papeles elegía jóvenes de las principales familias. Pero gustaba sobre todo de ver

(1) «Ludos feci meo nomine quater, aliorum autem magistratum absentium ter et vicies.»

(2) Dió da á este paraje mil ochocientos pies de largo, mil doscientos de ancho; vióse combatir en él treinta trirremes ó cuatrirremes, y número mucho mayor de embarcaciones pequeñas: representáronse allí los combates de los Atenenses contra los Persas.

celebrar los juegos Troyanos á la juventud más distinguida de Roma, creyendo que era bello y digno de los tiempos antiguos ayudarla á demostrar desde muy temprano su esclarecida estirpe. Habiéndose herido al caer en una de estas luchas C. Nonio Asprenas, le regaló un collar de oro y le autorizó á él y sus descendientes á llevar el nombre de Toreuato (1). A consecuencia de las amargas y envidiosas quejas que dió en el Senado el orador Asinio Polión, cuyo sobrino Esernino se había roto una pierna, concluyó por suprimir estos juegos. Algunas veces también hacía salir caballeros romanos en los juegos escénicos y en los combates de gladiadores, pero esto fué antes de la prohibición que se impuso por un *senatus-consulto*. Desde aquel día, ya no hizo presentarse á nadie que tuviese distinguido nacimiento, exceptuando al joven Lucio, y éste únicamente por exhibirlo, porque no llegaba á tener dos pies de estatura, no alcanzaba á pesar diez y siete libras y tenía inmensa voz. Queriendo en un día de espectáculo mostrar al pueblo los rehenes de los Parthos, primeros que habían enviado á Roma, les hizo atravesar la arena y los colocó debajo de él en el segundo banco. Aunque no fuese día de representación, si habían traído á Roma algo que no se hubiese visto aún y que fuese digno de verse, lo demostraba en seguida al pueblo en todos los puntos de la ciudad indistintamente: de esta manera enseñó un rinoceronte en el campo de Marte, un trigre en el teatro y una serpiente de cincuenta codos en el Comicio. Habiendo caído enfermo un día que se celebraban juegos votivos en el Circo, siguió, acostado en su litera, los carros que conducían á los dioses. Otro día, durante los juegos con que acompañó la dedicación del teatro de Marcelo, habiéndose roto la suspensión de su silla curul,

(1) De *torques*, collar.

cayó de espaldas: y durante una representación que daban sus nietos, no pudiendo por ningún medio contener ni calmar al pueblo, que temía se derrumbase el anfiteatro, dejó su puesto y marchó á sentarse en el que se creía más amenazado.

XLIV. Inmensa confusión reinaba entre los espectadores, que se sentaban por todas partes indistintamente; mas corrigió este abuso, movido por la injuria que recibió en Puzzula, en unos juegos muy concurridos, un senador á quien nadie quiso dejar asiento encontrándose lleno el teatro: mandóse, pues, por decreto del Senado, que siempre que se diesen espectáculos públicos, la primera fila de asientos quedase reservada para los senadores. Prohibió que en Roma los embajadores de naciones libres y aliadas se sentasen en la orquesta, porque descubrió que muchos de ellos eran de raza de libertos. Separó al pueblo del soldado, y señaló asientos especiales para los plebeyos casados; á los que aun vestían la pretexta señaló ciertas gradas, en las que tenían á su lado sus maestros, y prohibió la entrada á los que iban mal vestidos. En cuanto á las mujeres, que antes estaban confundidas con los espectadores, quiso que tuviesen asientos separados, y que no asistiesen á los combates de gladiadores sino en las gradas más altas. Señaló á las vestales sitio especial en el teatro, junto á la tribuna del pretor. En fin, prohibió á todas las mujeres los espectáculos de atletas; así, pues, durante los juegos que dió como pontífice máximo, habiéndole pedido el pueblo un pugilato, lo remitió á la mañana siguiente muy temprano, y declaró, en virtud de su autoridad: «que no quería que las mujeres fuesen al teatro antes de la hora quinta.»

XLV. En cuanto á él, presenciaba los juegos del Circo desde la casa de algún amigo ó liberto suyo, y algunas veces desde un lecho, semejante al de los dioses, en el que se sentaba con su esposa y sus hijos. No era cosa

rara que se ausentara del espectáculo durante muchas horas y hasta días enteros; en estos casos pedía permiso, designando á alguno para que presidiese en su lugar. Pero cuando asistía se mostraba muy atento, sobre todo para evitar los murmullos con que recordaba había advertido frecuentemente el pueblo á César su padre, que se ocupaba en medio del espectáculo en leer cartas ó memoriales y en contestarlos; ó bien porque en efecto le agradasen mucho estas representaciones, como más de una vez confesó francamente. Así es que se le vió con frecuencia dar de su dinero coronas y recompensas cuantiosas hasta en juegos y fiestas no ofrecidas por él; y nunca asistió á las luchas griegas sin premiar á cada concurrente con galardón proporcionado á su mérito. Experimentaba cierta pasión por los pugilatos, especialmente entre Latinos, y entre estos últimos no gustaba de ver solamente á los atletas de profesión que se habían ejercitado en batirse con los Griegos, sino á los que sin reglas y sin arte luchaban en el estrecho espacio de los callejones. Todos aquellos, sin excepción, que dedicaban su industria á los espectáculos públicos, le parecían dignos de su cuidado. Mantuvo los privilegios de los atletas y concluyó por aumentarlos. Prohibió que se hiciese combatir á los gladiadores hasta la muerte. Limitó al recinto de los juegos y del teatro la autoridad coercitiva que una ley antigua daba á los magistrados sobre los cómicos, en todo tiempo y lugar, lo cual no le impidió sujetar á reglas muy severas las luchas de los atletas y los combates de los gladiadores. Reprimió la licencia de los histriones, hasta hacer azotar con varas en tres teatros y desterrar en seguida al actor Estefanión por haberse hecho servir por una mujer de condición libre, llevando los cabellos cortados como las esclavas: al bufón Hylas, por quejas del pretor, le mandó azotar en el vestibulo de su palacio, donde todo el mundo pudo acudir á verlo, y arrojó de Roma ó Italia al cómico Pyladés, por

haber señalado con el dedo y mostrado al público un espectador que le silbaba.

XLVI. Después de arreglarlo todo de este modo en Roma, pobló Italia con veintiocho colonias nuevas, y contribuyó de muchas maneras á su esplendor por medio de trabajos y rentas públicas, y en cierta manera la hizo igual á Roma en derechos y dignidad, porque imaginó para ella un género de sufragio que los decuriones de las colonias estaban encargados de recoger en cada una de ellas para la elección de los magistrados de la capital, y que remitían cerrados para los días de los comicios. Con objeto de alentar por todas partes en las familias el honor y la propagación, admitía en el orden de caballeros á aquellos cuya petición venía recomendada por su ciudad, y cuando revistaba las secciones daba á aquellos plebeyos que habían tenido muchos hijos de uno y otro sexo, mil sextercios por cada uno.

XLVII. Encargóse personalmente de la administración de las provincias más importantes que no era fácil ni seguro entregar á la autoridad de magistrados anuales; dejó que los procónsules se repartiesen por sorteo las demás; pero algunas veces, sin embargo, hizo cambios y visitó con frecuencia la mayor parte de estas provincias, perteneciesen ó no á su departamento. Privó de su libertad á algunas ciudades aliadas, á las que la licencia llevaba á su pérdida; alivió á las que se encontraban abrumadas; reedificó las destruidas por terremotos, y concedió los privilegios del Lacio ó los derechos de ciudad á algunas por el mérito de sus servicios al pueblo romano. Creo que, exceptuando el Africa y la Cerdeña, no hubo parte del Imperio que no visitase, y se preparaba á pasar á estas provincias después de su victoria sobre Sexto Pompeyo en Sicilia; pero violentas y continuas tempestades se lo impidieron, no teniendo después ocasión ni motivo para ir á ellas.

XLVIII. En cuanto á los reinos que el derecho de la

guerra puso en su poder, los devolvió casi todos á los mismos á quienes se los había quitado, ó se los regaló á extranjeros. Unió entre ellos, por lazos de sangre, á los reyes aliados de Roma, mostrándose ardiente negociador y protector asiduo de todas las uniones de familia ó de amistad entre estos reyes, que consideraba y trataba como miembros y partes integrantes del Imperio, dando él mismo tutores á sus hijos menores ó dementes, hasta la mayor edad ó hasta su curación, y también hizo educar é instruir con sus propios hijos muchos de los de estos reyes.

XLIX. En cuanto al ejército, distribuyó por provincias las legiones romanas y las tropas auxiliares: estableció una flota en Misena y otra en Rávena para guardar los dos mares. Mantuvo en Roma cierto número de tropas escogidas para la seguridad de la ciudad y para la suya, porque había licenciado el cuerpo de los Calagurritanos, de los que formó su guardia hasta su victoria sobre Antonio, y el de los Germanos, que después le sirvió hasta la derrota de Varo. No consintió, sin embargo, que hubiese nunca en Roma más de tres cohortes, y éstas no acampaban; dejando las demás en cuarteles de invierno en las inmediaciones de las ciudades vecinas. Estableció regla invariable para la paga y recompensas para los soldados, donde quiera que estuviesen, y determinó para cada grado el tiempo de servicio y los premios unidos á la licencia definitiva, por temor de que la necesidad hiciese, después de prematuro retiro, instrumentos de sedición. Con objeto de proveer sin dificultad á los gastos continuos de este mantenimiento y de estas pensiones, fundó un tesoro militar con los productos de nuevos impuestos. Estableció también en todos los caminos militares, y á cortas distancias, jóvenes correos, y después carros, para que se le informase pronto de lo que aconteciese en provincias; y además de la ventaja que él buscó en esta determinación, hoy se tiene la de poder, cuando lo exigen las circunstancias, recibir prontas

noticias por los que llevan las cartas de una parte del Imperio á otra.

L. El sello que ponía en las actas públicas, instrucciones y cartas fué primeramente una esfinge (1), después la cabeza de Alejandro Magno, y últimamente su propio retrato, grabado por Dioscórides, sirviéndose de este sello los Príncipes sus sucesores. En sus cartas marcaba siempre la hora en que las escribía, fuese de día ó de noche.

LI. Dió pruebas brillantes y numerosas de su clemencia y afabilidad. Por no nombrar á todos sus adversarios á quienes concedió gracia de la vida y hasta dejó llegar á las primeras dignidades del Estado, solamente citaré los dos plebeyos Junio Novato y Casio de Padua, á quien castigó con simple multa, y al otro con breve destierro, aunque el primero había escrito contra él y publicado, bajo el nombre del joven Agripa, una carta violentísima, y el segundo hubiese exclamado en pleno banquete «que para matarle no carecía ni de deseo ni de valor.» Un tal Emilio Eliano, de Córdoba, comparecía ante tribunal, y acusándole, entre otros crímenes, de hablar mal del Emperador, Augusto se volvió hacia el acusador y le dijo con emoción: «Quisiera que pudieses probarme lo que dices del acusado; le demostraría, sépalo Eliano, que yo también tengo lengua, y diría más de él que ha dicho él de mí.» Y no volvió á acuparse del asunto ni entonces ni después. Habiéndose quejado á él Tiberio en una carta, y con suma amargura, de esta moderación, le contestó: «No te dejes llevar, mi querido Tiberio, de la viveza de tu edad, y no te indignes demasiado si hablan mal de mí. Mucho es ya que no puedan hacernos nada.»

(1) Augusto abandonó este sello, que daba lugar á picarescos chistes. Según Plinio, había encontrado entre los anillos de su madre dos esfinges, de tal manera iguales que, durante las guerras civiles, sus amigos se sirvieron del segundo cuando era necesario mandar algo en su ausencia y en su nombre.

LII. Aunque sabía que de ordinario se dedicaban templos hasta á los procónsules, no los aceptó en ninguna provincia, á menos que no fuese á nombre de Roma y al suyo. Rehusó siempre el honor de tenerlos en esta ciudad, y hasta hizo fundir todas las estatuas de plata que le habían erigido en otro tiempo, y con el dinero que obtuvo dedicó trípodes de oro á Apolo Palatino. El pueblo le ofreció la dictadura con grandes instancias; pero la rechazó poniendo una rodilla en tierra, bajándose la toga y mostrando el pecho desnudo.

LIII. Siempre tuvo horror al título de señor, como si fuese oprobio ó injuria. Estando un día en el teatro, habiendo dicho un actor: «¡Oh, señor equitativo y bueno!» todos los espectadores, aplicándole estas palabras, aplaudieron con entusiasmo; pero contuvo en seguida con la mano y la mirada estas indecorosas adulaciones, y á la mañana siguiente las censuró en severo edicto. Prohibió también que sus hijos y nietos le diesen jamás este nombre, ni seriamente ni en juego, y les prohibió además entre ellos este género de lisonja. Procuraba no entrar en Roma ó en cualquiera otra ciudad, y de no salir, sino por la tarde ó por la noche, para no molestar á nadie con vanas ceremonias. Cónsul, iba ordinariamente á pie: cuando no lo era se hacía llevar en litera descubierta. Los días de recepción admitía hasta á las gentes del pueblo, y recibía con la mayor afabilidad las peticiones que se le dirigían: un día reconvino jovialmente á uno que temblaba al darle un memorial, diciéndole «que empleaba tanta precaución como para presentar una moneda á un elefante.» Los días de sesión en el Senado no saludaba á los senadores sino en su sala y hasta sentados, nombrando á cada uno y sin que nadie auxiliase su memoria: al marcharse se despedía de ellos de la misma manera. Mantenía con muchos ciudadanos asiduo comercio de favores, y no dejó de asistir á sus fiestas de familia hasta la vejez, después de haberle

molestado mucho un día la multitud en una fiesta de esponsales. El senador Galo Turrino, que no era íntimo suyo, habiendo quedado ciego de repente, quería dejarse morir de hambre: fué á verle, le consoló y le reconcilió con la vida.

LIV. Hablando un día en el Senado, le interrumpió uno diciéndole: «No he comprendido;» y otro: «Te contradiría si tuviese libertad.» Ocurrióle salir de la sala bruscamente, irritado por los violentos é interminables altercados que se promovían, y entonces le dijeron algunos: «Debe permitirse á los senadores hablar de los asuntos públicos.» Usando Antiscio Labón del derecho de elegir un senador en la época en que se reformó el Senado, eligió al triunviro Lépido, enemigo de Augusto en otro tiempo y desterrado entonces, y habiéndole preguntado si no conocía á otros más dignos, le contestó «que cada cual tenía su opinión.» Este atrevimiento no perjudicó á ninguno de los dos.

LV. Los injuriosos libelos repartidos contra él en el Senado no le inspiraron cuidado ni deseo de refutarlos: ni siquiera buscó á los autores, y se contentó con mandapara lo sucesivo que se persiguiera á los que publicasen bajo nombre prestado libelos ó versos difamatorios contra cualquiera. Objeto de muchas burlas amargas é insolentes, contestó á ellas en un edicto, oponiéndose siempre á que se tomase ninguna medida para reprimir la licencia del lenguaje en los testamentos.

LVI. Cuantas veces asistía á los comicios para la elección de magistrados, recorría las tribus con sus candidatos y pedía para ellos los sufragios en la forma ordinaria. Él mismo votaba en su puesto como simple ciudadano. Siendo testigo en justicia, se dejaba interrogar y contradecir con suma paciencia. Construyó un Foro mucho más estrecho de lo que deseaba por no obligar á los dueños de las casas inmediatas á demolerlas. Nunca recomendó á sus hijos al pueblo sin añadir: «Si lo merecen.» Un día mostró

profundo disgusto porque al entrar en el teatro todos los espectadores se levantaron y les aplaudieron, aunque aun llevaban la pretexta. Quiso que sus amigos fuesen poderosos en el Estado, pero sometidos á las mismas leyes que los demás y justiciables por los mismos tribunales. Asprenas Nonio, íntimo amigo suyo, habiendo sido acusado de envenenamiento por Casio Severo, Augusto consultó al Senado acerca de lo que debía hacer en aquella ocasión, «temiendo, dijo, mostrar al acompañarle al tribunal querer arrancarle culpable á la vindicta de las leyes, ó no siguiéndole á él, abandonar al amigo y condenarle ante los jueces.» Según parecer unánime del Senado, marchó á sentarse durante algunas horas en el banco de los defensores; pero guardó silencio y hasta se abstuvo de esos elogios que llaman judiciales. Siempre asistió á sus clientes, por ejemplo, á un tal Sentario, antiguo soldado suyo, perseguido por injurias. El único acusado que arrebató al imperio de la ley, y esto suplicando al acusador delante de los jueces un desistimiento que se le concedió, fué Castriccio, por quien tuvo conocimiento de la conjuración de Murena.

LVII. Fácil es comprender cuánto le haría amar conducta semejante. No hablaré de los *senatus-consultos* dados en favor suyo, y que podrían atribuirse á temor ó adulación. Pero, por voluntad propia, todos los caballeros romanos celebraron cada año, durante dos días, el aniversario de su nacimiento. Anualmente todos los órdenes del Estado arrojaban en el lago de Curcio, en cumplimiento de voto solemne, monedas de plata por su salud: cuando estaba ausente, le dedicaban, en las kalendas de enero, regalos en el Capitolio; con cuyo dinero compraba preciosas estatuas de dioses que hacía colocar en los diferentes barrios de la ciudad, como el Apolo Sandaliario, el Júpiter Tragediano y otras. Habiendo destruído un incendio su casa del monte Palatino, los veteranos, las de-

curias, las tribus y multitud de particulares contribuyeron voluntariamente, y cada uno según sus facultades, para reedificarla; mas apenas se atrevió á tocar á aquellos montones de riqueza, y de nadie aceptó más de un dinero. Cuando volvía de alguna provincia, salían á su encuentro haciendo votos por su felicidad y cantando versos en alabanza suya. También cuidaban, cuando entraba en Roma, de no ejecutar criminales.

LVIII. El título de Padre de la Patria se le confirió por consentimiento unánime é inesperado; en primer lugar por el pueblo, que á este efecto le mandó una diputación á Antium, y que, á pesar de su negativa, se lo dió por segunda vez en Roma, saliendo á su encuentro, con ramos de laurel en la mano, un día en que iba al teatro; después en el Senado, no por decreto ó aclamación, sino por voz de Valerio Massala, quien le dijo, á nombre de todos sus colegas: «Te deseamos, César Augusto, lo que puede contribuir á tu felicidad y la de tu familia; esto es desear al mismo tiempo la eterna felicidad de la república y la prosperidad del Senado, que, de acuerdo con el pueblo romano, te saluda PADRE DE LA PATRIA.» Augusto, con lágrimas en los ojos, contestó en estos términos (que refiero textualmente como los de Massala): «Llegado al colmo de mis deseos, padres conscriptos, ¿qué podía pedir ya á los dioses inmortales, sino que prolonguen hasta el fin de mi vida este acuerdo de vuestros sentimientos hacia mí?»

LIX Por suscripción se elevó una estatua, cerca de la de Esculapio, á su médico Antonio Musa, que le había curado de una enfermedad peligrosa. Muchos padres de familia impusieron á sus herederos, en el testamento, que ofreciesen en el Capitolio un sacrificio solemne, cuyo motivo, anunciado públicamente, sería dar gracias al cielo, en su nombre, PORQUE HABÍAN DEJADO Á AUGUSTO VIVO. Algunas ciudades de Italia comenzaron el año por el día en

que había ido á ellas por primera vez. La mayor parte de las provincias, además de templos y altares, fundaron en honor suyo juegos quinquenales en casi todas las ciudades.

LX. Los reyes amigos y aliados de Roma construyeron, cada cual en su reino, ciudades llamadas *Cesáreas*, y decidieron todos juntos hacer terminar á expensas comunes el templo de Júpiter Olímpico, antiguamente comenzado en Atenas, para dedicarlo al genio de Augusto. Frecuentemente dejaron sus Estados para venir á verle, no solamente en Roma, sino que también en las provincias que visitaba: veíaseles entonces saludarle diariamente, despojados de sus insignias reales y vistiendo la toga romana, como simples clientes.

LXI. Ahora que le he mostrado tal como era en el mando y las magistraturas, al frente de los ejércitos, en el gobierno de la república y del mundo, durante la guerra y durante la paz, daré á conocer su vida íntima y privada; diré cuáles fueron, desde su juventud hasta sus últimos días, sus costumbres, sus hábitos con los suyos, su suerte en su familia. Perdió á su madre durante su primer consulado, y á su hermana Octavia cuando tenía cincuenta y cuatro años. Durante su vida les mostró toda clase de atenciones y les tributó grandes honores después de su muerte.

LXII. En su adolescencia estuvo desposado con la hija de P. Servilio Isáurico; pero después de su primera reconciliación con Antonio, pidiendo los soldados de ambos partidos una alianza de familia entre sus jefes, casó con la cuñada de Antonio, Claudia, que Fulvia había tenido de P. Clodio y que apenas era núbil. Disgustado en seguida con su suegra Fulvia, repudió á Claudia, que dejó virgen. Poco después casó con Scribonia, viuda de dos varones consulares y que tenía hijos del segundo. Separóse también de ella, indignado por sus perversas costumbres. En

seguida se casó con Livia Drusilla, que había arrebatado á su marido Tiberio Nerón, de quien estaba en cinta. Amóla exclusivamente y la estimó con profunda perseverancia.

LXIII. De Scribonia tuvo una hija llamada Julia. Livia no le dió hijos, no obstante el grande deseo que él tenía; en cinta una sola vez, dió á luz antes de tiempo. Augusto casó primeramente á Julia con Marcelo, hijo de su hermana Octavia y que apenas había salido de la infancia; muerto después Marcelo, la dió en matrimonio á M. Agripa, habiendo obtenido de su hermana que le cediese este yerno, porque Agripa estaba casado entonces con una de las hijas de Marcelo y tenía hijos. Muerto también Agripa, después de buscar Augusto por mucho tiempo esposo para su hija, hasta en el orden de los caballeros, eligió al fin á su yerno Tiberio, obligándole con estas miras á repudiar á su esposa, en cinta entonces, y que ya había devuelto á su padre. M. Antonio ha escrito «que Augusto había destinado á Julia para su hijo Antonio; después para Cotisón, rey de los Getas, en una época en que él mismo pedía para esposa la hija de este rey.»

LXIV. De Agripa y Julia tuvo tres nietos, Cayo, Lucio y Agripa; y dos nietas, Julia y Agripina. Casó á Julia con L. Paulo, hijo del censor; y á Agripina con Germánico, nieto de su hermana. Adoptó á Cayo y Lucio, que compró á su padre Agripa en su propia casa por medio del as y la balanza, y desde muy jóvenes les acostumbó á la práctica de los negocios públicos, y los mandó cónsules designados á las provincias y á los ejércitos. Educó á su hija y nietas con extraordinaria sencillez, hasta haciéndolas aprender á trabajar la lana, prohibiéndolas decir ó hacer nada sino delante de otras personas, y que pudiese constar en los anales diarios de su casa. Nególas en absoluto toda relación con extraños, hasta el punto de escribir á L. Vinicio, joven muy digno y distinguido, «que había sido poco modesto yendo á Baias á saludar á su hija.» Él mismo enseñó

á sus nietos á leer, escribir y contar, y cuidó especialmente que imitasen su letra. Sentábanse en un mismo lecho para comer, y en viaje iban delante de su carruaje ó cabalgaban alrededor.

LXV. Pero la desgracia destruyó la confianza y alegría que le inspiraban una familia numerosa y educada con esmero. Vióse obligado á desterrar á las dos Julias, su hija y su nieta, manchadas con toda clase de infamias. Perdió á Cayo y Lucio en el espacio de diez y ocho meses; el primero en Livia, y el segundo en Marsala. Entonces adoptó en el Foro, en virtud de la ley Curiata, á su tercer nieto Agripa y á su yerno Tiberio; pero poco tiempo después expulsó de su familia á Agripa, á causa de la bajeza y ferocidad de su carácter, desterrándole á Surrentum. Augusto era más sensible al oprobio de los suyos que á la muerte. Las de Cayo y Lucio no le abatieron; mas cuando desterró á su hija, dió á conocer los motivos al Senado en un escrito que el cuestor quedó encargado de leer en su ausencia; y tanto le avergonzaron sus desórdenes que estuvo mucho tiempo separado del trato de los hombres, y hasta deliberó si le daría la muerte. Un liberto, llamado Febo, cómplice de los desórdenes de su hija, habiéndose ahorcado entonces, dijo «que preferiría ser su padre á serlo de Julia.» Prohibió á ésta el uso del vino en su destierro, y todas las comodidades de la vida; y mandó que ningún hombre, libre ó esclavo, se acercase á ella sin su permiso, y sin que conociese su edad, estatura, color y hasta las señales ó cicatrices que tuviese en el cuerpo. Al cabo de cinco años, la permitió al fin volver de la isla donde estaba al continente, y la impuso condiciones algo más suaves. Pero no consintió jamás en traerla á su lado; y como frecuentemente pedía con insistencia el pueblo romano su vuelta, le deseó, en plena asamblea, hijas y esposas parecidas á ésta. En cuanto á la otra Julia, su nieta, la prohibió reconocer y alimentar al niño que dió

á luz poco tiempo después de su destierro. Trasladó á una isla á Agripa, que lejos de mejorar, de día en día era más intratable, y le hizo custodiar por soldados, consiguiendo un *senatus-consulto* que le confinaba á perpetuidad en aquella isla. Siempre que hablaban en su presencia de Agripa ó de alguna de las Julias, exclamaba suspirando:

ΑΥΘ' ἄφελον ὄγαμός τ' ἔμειναι, ἄγονός τ' ἀπολέσθαι (1);

y nunca llamaba á los suyos mas que sus tres tumores ó sus tres cánceres.

LXVI. No admitía fácilmente amistades, pero una vez concedida la suya, lo era para siempre. Sabía apreciar en cada amigo suyo el mérito y la virtud, y también sabía soportar los defectos pequeños y faltas ligeras. Solamente pueden citarse dos hombres que hayan sido desgraciados después de quererles él: Salvidieno Rufo y Cornelio Galo, á quienes elevó desde la condición más humilde, al uno hasta el consulado, al otro hasta la prefectura de Egipto. Al primero, en castigo de su ingratitud y maldad, le prohibió la entrada en su casa y en las provincias en que mandaba. En cuanto al segundo, que quería promover disturbios, lo entregó á la justicia del Senado; y cuando los cargos de sus acusadores y los decretos de sus jueces le determinaron á darse la muerte, Augusto alabó el celo que habían desplegado para vengarle, pero lloró, y dice, quejándose de su grandeza «que era el único que no podía contener su cólera contra sus amigos.» Ricos y poderosos, los demás amigos de Augusto fueron hasta el fin de su vida los primeros de su orden, á pesar de algunos disgustos que mediaron entre ellos. Así, por no citar muchos ejemplos, M. Agripa perdió una vez la paciencia, y Mecenas la discreción: el primero, por ligera sospecha de

(1) Feliz el que vive y muere sin esposa ni hijos.

frialdad y so pretexto de que le prefería á Marcelo, lo abandonó todo y se retiró á Mitilena; el otro reveló á su esposa Terencia un secreto de Estado, el descubrimiento que acababa de hacerse de la conjuración de Murena. En cambio de su amistad exigía Augusto una adhesión que ni siquiera terminase en la tumba. En efecto, aunque fuese muy poco ávido de herencias y que nunca las aceptase de quien no era íntimo suyo, consideraba con singular cuidado las últimas disposiciones de sus amigos, y no disimulaba su disgusto cuando le trataban con poco honor y liberalidad, ni su alegría cuando respondían á su esperanza los testimonios de gratitud y afecto. En cuanto á los legados y partes de herencia que le dejaban los padres de familia, acostumbraba á cederlos en seguida á sus hijos, y si eran menores devolvérselos, añadiendo un regalo el día en que tomaban la toga viril ó se casaban.

LXVII. Como dueño y como patrono supo combinar adecuadamente la severidad con la dulzura y la clemencia, y honró con su confianza á muchos libertos suyos, como Licino Encelado y otros. Limitóse á poner cadenas á Cosmos, esclavo suyo que había hablado muy mal de él. Paseando un día con él su intendente Diomedes, le arrojó, con un movimiento de terror, delante de un jabalí que se precipitaba hacia ellos, y Augusto prefirió tacharle de cobarde á considerarle malvado, y como no había traición, fué el primero en burlarse del peligro real que había corrido. Este mismo Príncipe hizo morir á Próculo, liberto suyo á quien amaba mucho, cuando estuvo convencido de sus adulterios con matronas: mandó quebrar los piernas á Talo, su secretario, que había recibido quinientos dineros por comunicar una carta: hizo arrojar á un río con una piedra al cuello al preceptor y á los esclavos de su hijo Cayo, que aprovecharon su enfermedad y muerte para cometer en su gobierno actos de avaricia y tiranía.

LXVIII. Varios oprobios mancharon su reputación des-

de su juventud. Sex. Pompeyo le trató de afeminado. M. Antonio le censura haber comprado á precio de su deshonra la adopción de su tío; Lucio, el hermano de Marco Antonio, pretendía que después de haber entregado á César la flor de su juventud, la vendió otra vez en España á A. Hircio por trescientos mil sextercios, añadiendo que acostumbraba á quemarse el bello de las piernas con cáscara de nuez ardiente, con objeto de que estuviesen más suaves. Todo el pueblo le aplicó un día en el teatro, con trasportes de maligno regocijo, este verso que designaba un sacerdote de Cibeles tocando el tamboril:

Viden' ut cinædus orbem digito temperat?

LXIX. Ni sus mismos amigos niegan que cometiese muchos adulterios, y solamente procuran excusarle diciendo que no era tanto por pasión como por política, y con objeto de conocer, por medio de las mujeres, los secretos de sus adversarios. M. Antonio, no contento con censurarle la precipitación de sus bodas con Livia, pretende que en un festín hizo pasar de la mesa del banquete á una habitación inmediata á la esposa de un consular, estando presente el marido, y cuando la trajo de nuevo, tenía ella las orejas encarnadas y el cabello en desorden. Añade que reprendió á Scribonia porque no podía soportar las altiveces de una concubina; que sus amigos le buscaban mujeres casadas y doncellas núbiles que debían tener ciertas condiciones, y las examinaba como esclavas en venta en el mercado Toranio. En una época en que todavía no era su enemigo declarado, le escribía Antonio familiarmente: «¿Qué te ha cambiado? ¿Que sea mi amante una reina? Es mi esposa, y no de ayer, sino que hace ya nueve años. ¿Tienes tú solamente á Livia? Apuesto á que en el momento en que leas mi carta habrás gozado ya de Tertula, ó de Terentila, ó de Rufila, ó de Salvia Titiscuria, ó tal vez de

todas. ¿Qué importa el lugar ó la mujer por quien sientes deseos?

LXX. También se habló mucho de las casas secretas, llamadas vulgarmente δωδεκάθεος; en las que los comensales vestían de dioses y diosas, y en las que Augusto representaba á Apolo. Antonio nombró en sus cartas y criticó acerbamente á todos los que formaban parte de este festín, acerca del que hizo un anónimo estos conocidos versos:

Quum primum istorum conduxit mensa choragum,
Sexque deos vidit Mallia, sexque deas;
Impia dum Phœbi Cæsar mendacia ludit,
Deum nova divorum cœnat adulteria;
Omnia se a terris tunc numina declinarunt,
Fugit et auratos Juppiter ipse toros.

La escasez que reinaba entonces en Roma hizo más escandalosa aún esta orgía, diciéndose públicamente á la mañana siguiente «que los dioses se habían comido todo el trigo» y «que César era verdaderamente Apolo, pero Apolo Atormentador,» nombre con que se veneraba á este dios en un barrio de la ciudad. Censuróse también el afán de Augusto por los muebles antiguos y por los vasos de Corinto, y su pasión por el juego. Por esta razón escribieron al pie de su estatua en el tiempo de sus proscripciones:

Pater argentarius, ego Corintharius;

porque se suponía que había proscrito á mucho ciudadanos para apoderarse de sus vasos de Corinto, y durante la guerra de Sicilia se hizo correr este epigrama:

Postquam bis classes victus naves perdidit,
Aliquando ut vincat, ludit asidue aleam.

LXXI. De todas estas acusaciones ó calumnias, la de haberse prostituído fué la que refutó con más facilidad, por

la pureza de su vida en aquella época y en lo sucesivo. Parece que también tuvo menos pasión de lo que se decía por el lujo, puesto que después de la toma de Alejandría no se reservó de todas las riquezas de los reyes más que un vaso de arcilla, y fundió todos los de oro de uso diario. Pero fué siempre muy dado á las mujeres, y dicen que con la edad deseó especialmente vírgenes; así es que se las buscaban por todas partes, hasta su esposa. En cuanto á su fama de jugador, no se cuidó de ella, y jugó siempre sin recato, considerándolo descanso, sobre todo en la vejez; por lo cual jugaba tanto en diciembre como en cualquier otro mes, fuese día festivo ó no. De esto no hay duda: se conserva una carta suya, en la que dice: «He cenado, mi querido Tiberio, con los que sabes. Vinicio y Lilio, el padre, han venido á aumentar el número de los convidados. Los viejos hemos jugado á los dados, durante la cena, ayer y hoy. As y seis perdían, y pagaban al juego un dinero por dado; Venus se lo llevaba todo.» En otra carta dice: «Mi querido Tiberio: hemos pasado agradablemente las fiestas de Minerva, habiendo jugado sin descansar todos los días. Tu hermano se quejaba; pero, en último caso, no ha perdido mucho; al fin cambió la suerte y se ha repuesto de sus desastres. En cuanto á mí, he perdido veinte mil sextercios, gracias á mis liberalidades ordinarias, porque si hubiese querido hacerme pagar los golpes malos de mis adversarios ó no dar nada á los que perdían, habría ganado más de cincuenta mil. Mas prefiero esto, porque mi bondad me valdrá eterna gloria.» Á su hija escribe: «Te he enviado doscientos cincuenta dineros; he dado otro tanto á cada convidado, para que jueguen á los dados ó á pares ó nones durante la cena.» Augusto fué muy moderado en sus demás costumbres y estuvo al abrigo de toda censura.

LXXII. Primeramente habitó cerca del Foro antiguo, sobre la escalera anular, en una casa que perteneció al orador Calvo. Después ocupó en el monte Palatino la casa,

no menos modesta, de Hortensio, que ni era espaciosa ni estaba adornada, siendo estrechas sus galerías y de piedra común, no habiendo mármol ni mosaicos en las habitaciones. Acostóse durante más de cuarenta años, en invierno y verano, en la misma cámara, y pasó siempre el invierno en Roma, aunque tenía experimentado que el aire de la ciudad era contrario á la salud en esta estación. Cuando tenía que tratar algún asunto secreto ó quería trabajar sin que le interrumpiesen, se encerraba en la parte superior de su casa, en un gabinete que llamaba *Siracusa* ó su *museo*, ó bien se retiraba á una hacienda de campo inmediata, ó á casa de cualquiera de sus libertos. Cuando se encontraba enfermo iba á acostarse á casa de Mecenas. Los retiros que le agradaban más eran los inmediatos al mar, como las islas de la Campania, ó bien los pueblecillos situados alrededor de Roma, como Lanuvio, Prenesto, Tibur, donde frecuentemente administró justicia bajo el pórtico del templo de Hércules. No gustaba de las casas de campo demasiado grandes y costosas, é hizo arrasar hasta los cimientos una quinta, cuya construcción había costado enormes cantidades á su nieta Julia. En las suyas, que eran muy sencillas, se cuidaba menos de las estatuas y pinturas que de las galerías, bosquecillos y cosas cuyo valor dependiese de su rareza ó antigüedad, como los huesos de animales de magnitud colosal que se ven en Capri, y á los que se da el nombre de *huesos de gigantes* ó *armas de los héroes*.

LXXIII. Puede juzgarse de su economía en el menaje por los lechos y mesas que existen aún, y que apenas son dignos de un particular acomodado. Acostábase en un lecho muy bajo y cubierto con la mayor sencillez. Nunca usó otras ropas que las que le hacían en su casa su hermana, su esposa, su hija ó sus nietas. Su toga no era estrecha ni ancha, y tampoco su lacticlavia era ancha ni estrecha. Usaba calzado un poco alto para aparentar mayor estatura. Tenía siempre en su alcoba el traje y el calzado

que llevaba al Foro con objeto de estar dispuesto á presentarse en él en caso de repentino acontecimiento.

LXXIV. Convidaba con frecuencia, pero distinguía cuidadosamente en estas comidas, siempre regulares, los rangos y las personas. Refiere Valerio Messala que jamás admitió á su mesa á ningún liberto, exceptuando Menas, á quien había concedido todos los derechos inherentes al nacimiento libre, por haberle entregado la flota de Sexto Pompeyo. El mismo Augusto nos dice que un día hizo comer con él á un antiguo soldado de su guardia, en cuya casa de campo se encontraba. Algunas veces se sentaba á la mesa después que los demás, y se levantaba más pronto, habiendo comenzado sus compañeros á comer antes de su llegada y continuando después de su partida. Sus comidas consistían ordinariamente en tres servicios, y seis en las grandes solemnidades; y cuanto más modesta era, tanto más alegre se mostraba. Trababa él mismo conversación con los que callaban ó solamente hablaban en voz baja, y hacía acudir músicos, histriones, bufones y bailarines del Circo, y con más frecuencia pobres declamadores (*aretalogos*.)

LXXV. Con magnificencia celebraba las fiestas y solemnidades, pero frecuentemente no buscaba en ello más que ocasión de burlas. Así es que, en las Saturnales y en otras épocas, á elección suya, enviaba á sus amigos regalos, consistentes en vestidos, oro, plata, monedas de todas partes, antiguas piezas del tiempo de los reyes ó de fabricación extranjera, telas groseras, esponjas, pinzas, tijeras y otros objetos de este género, con inscripciones oscuras y de doble sentido. En sus comidas hacía sortear lotes de valor muy desigual, ó bien ponía en venta cuadros vueltos del revés, dependiendo del azar que se realizasen ó frustraran las esperanzas del comprador. Para cada cuadro había una licitación, y los convidados se comunicaban unos á otros la noticia de su buena ó mala fortuna.

LXXVI. Comía muy poco (ni siquiera omitiré estos de-

talles) y de cosas comunes. Gustaba especialmente de pan mezclado, de pescados pequeños, de quesos hechos á mano y de higos frescos, de la especie que madura dos veces al año, y frecuentemente comía antes de la hora acostumbrada, en cualquier momento y en cualquier parte, según las necesidades de su estómago. En una carta dice: «He comido en el carruaje pan y dátiles;» y en otra: «Al regresar del palacio de Numa á mi casa, he comido en la litera una onza de pan y algunas pasas.» A Tiberio escribía: «No hay judío que observe con mayor rigor el ayuno, en día de sábado, de lo que yo lo he observado hoy; hasta la primera hora de la noche no he comido sino dos bocados en el baño antes de que me perfumasen.» No siguiendo otra regla que la de su apetito, le ocurría algunas veces cenar solo, antes ó después de la comida de sus convidados, durante la cual no probaba nada.

LXXVII. También era muy sobrio en el vino. Cornelio Népote refiere que en su campamento delante de Módena no bebía más que tres veces durante la comida. Más adelante y en medio de sus grandes excesos no bebía más de seis copas; cuando pasaba de esto, vomitaba. Prefería el vino de Recia, mas era cosa rara que bebiese durante el día, tomando en vez de bebida pan mojado en agua fría, ó un trozo de cohombro, ó bien un cogollo de lechuga, ó también una fruta ácida y jugosa.

LXXVIII. Después de la comida de mediodía descansaba un momento vestido y calzado, cubiertos los pies, y la mano sobre los ojos. Después de la cena se retiraba á su lecho de trabajo, en el que velaba una parte de la noche hasta que terminaba por completo, ó por lo menos dejaba muy adelantado lo que le quedaba de los asuntos del día. En seguida marchaba á acostarse, y nunca dormía más de siete horas, que ni siquiera eran continuas; porque en este espacio de tiempo despertaba tres ó cuatro veces. Si, como suele suceder, no recobraba el sueño interrumpido,

pido, hacía que le leyesen ó recitasen cuentos, volvía á dormirse y permanecía ordinariamente en el lecho hasta después de amanecer. Nunca veló en la oscuridad sin que le acompañase alguno. No gustaba de madrugar; y cuando algún sacrificio ó deber público le hacía levantarse temprano, cuidaba, para no experimentar mucha molestia, de acostarse en casa de algún criado suyo, cerca del sitio donde tenía que hacer; y á pesar de esta precaución frecuentemente se apoderó de él el sueño cuando le llevaban por las calles, y si ocurría algo que hiciese detener la litera, aprovechaba la detención para dormir.

LXXIX. Gozaba de aspecto muy agradable que no cambió con la edad; pero ninguna afición mostraba por adornarse; ningún cuidado por el cabello, que hacía le cortasen apresuradamente varios barberos á la vez: en cuanto á la barba, unas veces se la hacía cortar muy poco, otras mucho, y entre tanto leía ó escribía. Tan sereno era su semblante, ora hablase, ora guardase silencio, que un Galo, de las principales familias de su país, confesó un día á los suyos que, al pasar con él los Alpes, se le acercó con pretexto de hablarle, pero con intención de arrojarle á un precipicio y que su aspecto solo bastó para destruir su resolución. Tenía los ojos vivos y brillantes; y hasta quería que se les considerase dotados de fuerza en cierto modo divina. Así es que cuando miraba fijamente á alguno, le agradaba que bajara los ojos como delante del sol; pero en la ancianidad perdió mucho la vista del ojo izquierdo. Tenía dientes pequeños, claros y desiguales, el cabello ligeramente rizado y algo rubio; las cejas juntas, las orejas medianas, la nariz aguileña y puntiaguda, la tez morena, corta estatura (aunque el liberto Julio Moratho le haya atribuído, de memoria, cinco pies y nueve pulgadas); pero sus miembros eran tan proporcionados, que para observar su corta estatura, era necesario verle al lado de otro más alto que él.

LXXX. Dícese que tenía el cuerpo sembrado de manchas, y en el pecho y vientre señales naturales ordenadas como las estrellas de la costelación de la Osa: intensas picazones, y el frecuente uso de un cepillo duro, le llenaron [también de callosidades, que habían degenerado en empedines. Tenía la cadera, muslo y pierna del lado izquierdo algo débiles, y frecuentemente cojeaba de este lado, pero remediaba esta debilidad por medio de vendajes y cañas. De tiempo en tiempo experimentaba tanta inercia en el dedo índice de la mano derecha, que, cuando el frío aumentaba el entorpecimiento, para escribir tenía que rodearlo de un círculo de cuerno. También se quejaba de dolores de vejiga, que solamente se calmaban cuando arrojaba cálculos con la orina.

LXXXI. Durante su vida padeció varias enfermedades graves y peligrosas; especialmente después de la sumisión de los Cántabros, tuvo infartos en el hígado y perdió toda esperanza de curación. Por consejo de Antonio Musa siguió entonces el atrevido método de los contrarios: nada habían conseguido los fomentos calientes, y recurrió á los fríos, con los que sanó. Tenía además otros padecimientos que le atacaban todos los años como á día fijo: casi siempre se encontraba mal en el mes en que había nacido: se le inflamaba el diafragma á principios de primavera y padecía fluxiones cuando soplabá viento del Mediodía.

LXXXII. En invierno se ponía cuatro túnicas debajo de gruesa toga; añadía camisa y jubón de lana y se abrigaba también los muslos y las piernas. En estío dormía con las puertas de su cámara abiertas, y frecuentemente bajo el peristilo de su palacio, en el que refrescaban el aire varios surtidores de agua y donde además estaba un esclavo encargado de abanicarle. No podía soportar el sol ni aun en invierno, y nunca paseaba al aire, ni aun en su casa, sin tener cubierta la cabeza. Viajaba en litera y con frecuencia de noche, avanzando lentamente y á cortas jornadas,

empleando dos días en ir á Prenesto ó á Tibur, y prefería viajar por mar cuando era posible. Cuidaba mucho de su débil salud y se bañaba rara vez, prefiriendo frotarse con aceite y traspasar al fuego, y en seguida hacía que vertiesen sobre él agua tibia ó calentada al sol. Cuando á causa de los nervios necesitaba baños de mar, ó los termales de Albula, contentábase con sentarse en una pieza de madera, á la que daba el nombre español de *dureta*, y sumergía en el agua las manos y los pies alternativamente.

LXXXIII. Inmediatamente después de las guerras civiles renunció á los ejercicios á caballo y de armas en el campo de Marte, reemplazándoles primeramente con la pelota dura y de viento; mas muy pronto se limitó á pasear á pie ó en litera, y al terminar el paseo, corría saltando, cubierto, según la estación, con ligero lienzo ó gruesa manta. Cuando quería dar algún descanso á su espíritu, pescaba con caña, ó jugaba á los dados, á la taba ó á las nueces con niños cuyo rostro y charla le agradaban y que le buscaban por todas partes, especialmente Mauros y Sirios. A los enanos, contrahechos y deformes los detestaba como burlas de la naturaleza y objetos de malos presagios.

LXXXIV. Desde su infancia se aplicó con tanto éxito como afán al estudio de la elocuencia y de las bellas letras. Durante la guerra muciente, y á pesar del enorme peso de los negocios, dicen que todos los días leía, componía y se ejercitaba en la habilidad de la palabra. Después no habló nunca en el Senado, ni al pueblo ó á los soldados sin haber meditado despacio y trabajado su discurso, aunque no carecía de la facultad de improvisar. Para no exponerse á olvidar y no pasar el tiempo en aprender de memoria, tomó la costumbre de leer todo lo que decía. Redactaba de antemano hasta sus conversaciones particulares, hasta las que había de tener con Livia, cuando debían versar sobre asunto grave; y hablaba entonces leyen-

do, por temor de que la improvisación le hiciese decir poco ó demasiado. Tenía en la voz cierta dulzura que le era peculiar, y tomaba asiduamente lecciones de un maestro de eufonía, pero algunas veces enfermedades de garganta le hicieron recurrir á la voz de un pregonero para hablar al pueblo.

LXXXV. Compuso muchas obras en prosa de diferentes géneros, y recitó algunas en el círculo de sus amigos que le servían de público; entre estas se encuentran *Respuestas á Bruto*, *concernientes á Catón*, de las que leyó él mismo la mayor parte, aunque ya era viejo, pero tuvo que encargarse á Tiberio terminase la lectura; las *Exhortaciones á la filosofía* y las *Memorias de su vida*, en trece libros que abrazan hasta la guerra de los Cántabros y que no continuó. También ensayó la poesía: consérvase de él una obrita en versos exámetros, cuyo título y asunto es *la Sicilia*, y una corta colección de *Epigramas* en los que ordinariamente trabajaba en el baño. Comenzó con mucho entusiasmo una tragedia de Ajax, pero no satisfecho del estilo, la destruyó; y preguntándole un día sus amigos «qué había sido de Ajax», contestó que «su Ajax se había precipitado sobre una esponja.»

LXXXVI. Adoptó un estilo á la vez sencillo y elegante, tan lejano de vana pompa como de afectada rudeza, ó, como él decía, «de esas palabras viejas que tienen como olor de enfermas.» Su principal cuidado era expresar con claridad el pensamiento, y para conseguirlo mejor, para no dificultar ó contener la inteligencia de los lectores, no economizaba las preposiciones que determinan el sentido de las palabras, ni las conjunciones que ligan las frases, y cuya supresión si aumenta gracia al estilo es á expensas de la claridad. Despreciaba igualmente á los escritores que crean fastuosamente palabras nuevas y á los que quieren desterrar las antiguas, y hacía ruda guerra á estos dos defectos. Fijándose especialmente en Mecenas y

parodiándole para corregirle, no cesaba de censurarle «los perfumes de su florido estilo.» Tampoco perdonó á Tiberio, aficionado á palabras rebuscadas y enigmáticas. Reconviene en sus cartas á M. Antonio por la manía que tiene de escribir cosas que son más fáciles de admirar que de comprender; y burlándose porque ensaya todos los estilos y no sabe en cuál fijarse, añade: «Hete en gran apuro: no sabes qué imitar de Cimber Annio, ó de Veranio Flaco; ni si emplearás las palabras que Crispo Salustio ha sacado de los *Orígenes de Catón*; ni si harás pasar á nuestra lengua las vacías sentencias y volubilidad de palabras de los oradores del Asia.» En otra carta dice á su nieta Agripina, celebrando su discreción: «Guárdate sobre todo de escribir ó hablar con énfasis.»

LXXXVII. Sus cartas autógrafas demuestran que en la conversación familiar se servía de muchas locuciones notables. Así, al hablar de los malos pagadores, decía: «Pagarán en las kalendas griegas.» Cuando aconsejaba soportar el presente, fuese el que quisiese, decía: «Contentémonos con este Catón.» Para expresar con cuánta celeridad habían hecho una cosa, decía: «Más pronto que se cuecen los espárragos.» Casi siempre escribió *baceolus* por *stultus* (tonto), *pulleiaceus* por *pullus* (la cría de un animal), *vaccerosus* por *cerritus* (loco). Para decir «estoy malo» escribía *me encuentro vaporosamente*; en vez de la palabra *lachanizare*, con la que generalmente se expresa el estado de languidez, empleaba la de *betizare*; decía *simus* por *sumus* (somos) y *domos*, en el genitivo singular, por *domus* (de la casa); y para demostrar que esto era en él un principio y no una falta, nunca escribió de otra manera estas palabras. También he observado en sus manuscritos que no dividía las palabras, y que en vez de poner en el principio de la línea siguiente las letras que sobraban de un verso, las colocaba bajo las últimas de esta línea y las rodeaba con un rasgo.

LXXXVIII. No observó mucho la ortografía, es decir, la forma y razón establecidas por los gramáticos para escribir, y parece que opinaba como los que quieren que se escriba como se habla. Común error es omitir ó invertir letras y sílabas, y no hablaría de ello si no hubiese leído con sorpresa, en algunos autores, que reemplazó como ignorante y ordinario á un legado consular por haber escrito *iavi* por *ipsi*. Cuando escribía en cifra ponía la *b* por *a*, *c* por *b* y así de las otras letras; por *x* ponía dos *a*.

LXXXIX. Mucha afición tenía á la literatura griega, y adquirió en ella grande superioridad. Fué su maestro Apolodoro de Pérgamo, que ya era anciano cuando su joven discípulo le llevó de Roma á Apolonia. Después adquirió variada erudición con el trato diario del filósofo Arens y de sus hijos Dionisio y Nicanor. Sin embargo, no llegó á hablar correctamente el griego, y no se atrevió á escribir nada en esta lengua. Cuando lo exigían las circunstancias escribía en latín y encargaba á otro que tradujese el escrito. Era además inteligente en poesía, y gustaba especialmente de la comedia antigua, haciéndola representar con frecuencia en los espectáculos públicos. Lo que buscaba con más curiosidad en los escritores de ambas lenguas eran los preceptos y ejemplos útiles para la vida pública ó privada; copiábalos palabra por palabra y los enviaba ordinariamente á sus delegados, á los generales, á los gobernadores de las provincias y á los magistrados de Roma cuando necesitaban advertencias ó consejos. Libros hubo que leyó íntegros al Senado y que dió á conocer al pueblo por medio de edictos, como los discursos de Q. Metelo sobre la *Propagación*, y los de Rutilio sobre la *manera de edificar*, queriendo demostrar por este medio que no había sido el primero en comprender la importancia de estos dos asuntos, sino que se habían ocupado de ellos los antiguos romanos. Favoreció por todos los medios á los ingenios de su siglo. Escuchaba con paciencia y agrado la lectura de

todas las obras, versos, historias, discursos, diálogos; pero no gustaba que se tomase por asunto su elogio, á menos que la obra fuese de estilo grave y por autor célebre; y recomendaba á los pretores que no consintiesen se prostituyese su nombre en los concursos literarios.

XC. En cuanto á sus supersticiones, he aquí lo que se dice. Temía de un modo insensato á los truenos y relámpagos, y creía resguardarse del peligro llevando siempre consigo una piel de vaca marina. Al acercarse la tempestad se ocultaba en paraje subterráneo y abovedado: este miedo procedía de haber visto en otro tiempo caer el rayo cerca de él durante un viaje nocturno, como dijimos más arriba.

XCI. Mucho le preocupaban sus sueños y lo que se refería á él en los ajenos. El día de la batalla filipense había decidido, encontrándose malo, no salir de su tienda: el sueño de un amigo suyo le movió á cambiar de resolución, é hizo bien, porque tomaron su campamento y los enemigos cayeron sobre su lecho, acribillándolo á golpes creyendo que estaba en él. En primavera tenía espantosas visiones, muy repetidas, pero vagas y sin efecto: en el resto del año eran menos frecuentes y menos quiméricas. En una época en que visitaba mucho el templo dedicado á Júpiter Tonante en el Capitolio, soñó que Júpiter Capitolino se había quejado de esta vecindad, que le quitaba sus adoradores, y le contestó que le había dado á Júpiter Tonante como portero, y á la mañana siguiente hizo guarnecer la parte superior del templo de éste de campanillas como las que se ponen en las puertas. También á consecuencia de un sueño, todos los años en día fijo pedía limosna al pueblo y presentaba la mano á los transeuntes para recibir algunos ases.

XCII. Consideraba como seguros algunos auspicios. Si por la mañana le ponían en el pie derecho el calzado del izquierdo, el presagio era malo: si cuando partía para lar-

go viaje por tierra ó mar caía rocío, el presagio era bueno y anunciaba regreso pronto y feliz. Los prodigios le llamaban mucho la atención. Trasplantó al patio de los dioses Penates de Roma, é hizo cultivar con grande esmero, una palmera que nació delante de su casa entre las junturas de las piedras. En la isla de Capri creyó observar que una encina vieja, cuyas ramas caían lánguidas hasta el suelo, se había reanimado á su llegada, y tanto se regocijó de ello que, en cambio de Capri, cedió Enaria á la República de Nápoles. Tenía también supersticiones especiales en determinados días: nunca se ponía en camino al día siguiente de los mercados, ni emprendía ningún negocio importante el día de nonas, y esto para evitar, como escribía á Tiberio, la malignidad de los presagios unidos á su nombre.

XCIII. En cuanto á las ceremonias extranjeras, tanto como respetaba las antiguas y consagradas por el tiempo y las leyes, tanto despreciaba las otras. Habíase hecho iniciar en los misterios de Atenas; más adelante, habiendo llevado los sacerdotes de la Ceres Antigua, ante su tribunal en Roma, una causa concerniente á sus privilegios, y en la que habían de revelarse cosas secretas, hizo retirarse á todos sus asesores y al público, y juzgó por sí solo el asunto en presencia de las partes interesadas. Pero en Egipto no se dignó siquiera separarse un poco del camino para ver al buey Apis; y alabó mucho ó su nieto Cayo porque al atravesar la Judea no practicó en Jerusalén ningún acto religioso.

XCIV. Y puesto que nos ocupamos de este asunto, referiré los presagios que precedieron á su nacimiento, que le acompañaron ó siguieron y que parecieron anunciar su futura grandeza y su inmutable felicidad. Antiguamente había caído el rayo sobre las murallas de Vélitris, y el oráculo había dicho que un ciudadano de aquella ciudad llegaría á poseer algún día el poder soberano. En esta confianza, los habitantes de Vélitris emprendieron en

seguida encarnizada guerra con los Romanos, que reprodejeron muchas veces y amagó causar su pérdida. Hasta mucho tiempo después no comprendieron, y esto por el acontecimiento, que aquel presagio era el del poder de Augusto. Refiere Julio Maratho que, pocos meses antes de su nacimiento, ocurrió en Roma un prodigio de que fueron testigos todos los habitantes y que significaba que la naturaleza preparaba un rey para el pueblo romano. Asustado el Senado, prohibió criar los niños que naciesen en el año; pero aquellos cuyas esposas estaban en cinta, esperando cada cual que la predicción le favoreciese, consiguieron impedir que llevasen el *senatusconsulto* á los archivos. Leo en Aselepiades Mendetos, en sus tratados *θεολογουμένων*, que Acia, la madre de Augusto, habiendo ido á media noche al templo de Apolo para un sacrificio solemne, quedó dormida en la litera mientras marchaban las otras mujeres; que se deslizó á su lado una serpiente y se retiró algunos momentos después; que al despertar, se purificó como si hubiese salido de los brazos de su esposo, y que desde aquel momento tuvo en el cuerpo la imagen de una serpiente que nunca pudo borrar, de suerte que jamás quiso mostrarse en los baños públicos; y Augusto, que nació diez meses después, pasó, por esta razón, por hijo de Apolo. Antes de dar á luz, soñó Acia que sus intestinos subían hacia los astros y cubrían toda la extensión de la tierra y de los cielos. Octavio, padre de Augusto, soñó también que salía un rayo de sol del vientre de Acia. El día en que nació, deliberóse en el Senado acerca de la conjuración de Catilina; y habiendo llegado tarde Octavio, á causa del parto de su esposa, cosa conocida es que P. Nigidio, al saber la causa de aquel retraso y la hora del parto, declaró que había nacido un dueño del universo. Más adelante, llevando Octavio un ejército por la parte más retirada de la Tracia, se detuvo en un bosque consagrado á Baco, y allí consultó á este dios acerca de los destinos de su

hijo, con todas las ceremonias particulares de los bárbaros, prediciéndole los sacerdotes las mismas cosas, porque después de las libaciones de vino, hechas sobre el altar del dios, elevóse la llama hasta la parte superior del templo y desde allí hasta el cielo; prodigio que hasta entonces solamente había ocurrido para Alejandro Magno cuando sacrificó sobre los mismos altares. Desde la noche siguiente creyó Octavio ver á su hijo más grande de lo que son los mortales, armado con el rayo y el cetro, revestido con insignias de Júpiter Optimo Máximo, coronado de rayos, y sentado entre laureles en un carro arrastrado por doce caballos de sin igual blancura. Léese en las memorias de C. Druso, que la nodriza de Augusto, habiéndole colocado una noche en su cuna, que estaba en una habitación del piso bajo, no le encontró á la mañana siguiente; y que después de haberle buscado durante largo rato, concluyó por hallarle en lo más elevado de una torre, vuelta la cara hacia el sol saliente. Apenas comenzaba á hablar, cuando importunándole el ruido que hacían las ranas en la casa de campo de su abuelo, les mandó callar, y dícese que desde entonces no cantan. Un día que estaba comiendo en un bosque á cuatro millas de Roma, en el camino de Campania, un águila le arrebató el pan, remontándose en seguida hasta perderse de vista, descendiendo después suavemente á devolvérselo. Después de dedicar Q. Catulo el Capitolio, tuvo durante dos noches los siguientes sueños: En el primero vió un grupo de niños jugando en torno del altar de Júpiter, quien cogió uno de ellos y le puso en el pecho la estatuita de la República que tenía en la mano. En el segundo vió al mismo niño sobre las rodillas de Júpiter Capitolino, y, queriendo separarlo de allí, opúsose el dios, diciendo que le educaba para sostén de la república. A la mañana siguiente encontró Catulo á Augusto, á quien nunca había visto, y le llamó la atención su semejanza con el niño de sus sueños.

Otros refieren de diferente manera el sueño de Catulo: según éstos, varios niños pedían un tutor á Júpiter; el dios les designó uno á quien debían dirigir todas sus peticiones; después tocó con la mano los labios del niño, y en seguida se la llevó á la boca. M. Cicerón, acompañando á C. César al Capitolio, refería á sus amigos un sueño que había tenido la noche anterior: había visto, decía, un niño de distinguido rostro bajar del cielo al extremo de una cadena de oro, y detenerse delante de las puertas del Capitolio, donde Júpiter le dió un látigo; después, viendo de pronto á Augusto, desconocido todavía para la mayor parte de ellos, y á quien César había llevado consigo para el sacrificio, exclamó que aquél era el niño cuyo semblante había visto en el sueño. El día en que tomó Augusto la toga viril, habiéndose descosido por ambos lados su lactiavla, cayó á sus pies, deduciendo algunas personas que algún día le quedaría sometido el orden de que aquel traje era señal distintiva. Cuando elegía César, cerca de Munda, el paraje de su campamento, hizo cortar un bosque en el que encontró una palmera, que mandó respetar como presagio de victoria. En seguida brotaron retoños que en pocos días, no solamente igualaron al tallo, sino que hasta lo cubrieron por completo, anidando en ellos palomas, aves que huyen del follaje áspero y duro de este árbol. Dícese que este prodigio fué uno de los principales motivos que determinaron á César á no querer otro sucesor que el nieto de su hermana. Durante su permanencia en Apolonia, subió Augusto con Agripa al observatorio del astrólogo Theógenes, prediciendo éste á Agripa, que le consultó primero, una serie de prosperidades tan grandes, tan maravillosas, que Augusto se obstinó en no manifestar el día ni las particularidades de su nacimiento, temiendo tener que ruborizarse delante de él por el vaticinio de destino menos brillante. Vencido al fin por las instancias del astrólogo, se los mostró, y Theógenes, levantándose en seguida, le

adoró como á dios. Augusto cobró muy pronto tal confianza en su destino, que publicó su horóscopo é hizo acuñar una medalla de plata con la efigie de Capricornio, constelación bajo la cual había nacido.

XCV. Después del asesinato de César, cuando entraba en Roma, de regreso de Apolonia, vióse de pronto, con cielo despejado, un círculo, parecido al arco iris, rodeando el disco del sol, y á poco cayó un rayo sobre el monumento elevado á Julia, hija del dictador. Un día en que consultaba á los augures, durante su primer consulado, presentáronse á su vista doce buitres, como en otro tiempo á Rómulo; y durante su sacrificio se desplegaron ante sus ojos los hígados de todas las víctimas, descubriendo hasta la última fibra; lo cual, por confesión de todos los arúspices, le presagiaba grandes y felices destinos.

XCVI. Tuvo también presentimientos de triunfo en todas las guerras. Habiéndose reunido cerca de Bolonia las tropas de los triunviros, un águila, parada sobre su tienda, se lanzó contra dos cuervos que la molestaban, y los arrojó al suelo. Todo el ejército vió en aquel combate el presagio de las discordias que dividirían algún día á los tres jefes, y hasta el desenlace de la lucha. Antes de la batalla de Philippos, un Tesalio le anunció la victoria de parte de J. César, cuya imagen, decía, se le había aparecido en un camino extraviado. Un día sacrificaba bajo los muros de Perusa, y no siendo satisfactorio el sacrificio, mandó traer nuevas víctimas; mas los enemigos, con repentino ataque, arrebataron todos los preparativos del sacrificio, y los arúspices declararon que los peligros y reveses anunciados al sacrificador caerían sobre aquellos que se habían apoderado de las entrañas de las víctimas, predicción que los sucesos confirmaron. La víspera del combate naval que libró en Sicilia, estando paseando por la playa saltó un pez del mar y vino á caer á sus pies. En el momento en que se dirigía hacia su flota para tomar po-

sición, antes de la batalla de Actium, encontró un borriquito con su conductor; llamábase éste Eutyclus (Dichoso), y el borrico Nicón (Vencedor). Más adelante, en el templo que hizo construir en el lugar de su campamento, les dedicó una estatua de bronce.

XCVII. Evidentísimos presagios anunciaron también su muerte, de la que hablaré en seguida, y su apoteosis. Cuando cerraba el lustro en el Campo de Marte, ante innumerable multitud un águila voló muchas veces en derredor suyo, y dirigiéndose en seguida al frontispicio de un templo inmediato, donde estaba grabado el nombre de Agripa, paróse sobre la primera letra. En virtud de aquel presagio, Augusto encargó á Tiberio, colega suyo, que hiciese los votos acostumbrados para el lustro siguiente, aunque él mismo los había preparado ya y escrito en sus tablillas, no queriendo pronunciar votos que no había de ver realizados. Por el mismo tiempo un rayo quitó la primera letra de su nombre de la inscripción de una de sus estatuas. Consultado sobre este asunto el oráculo, contestó que no viviría más de cien días, número marcado por la letra C (1), pero que sería colocado en el rango de los dioses, porque *ÆSAR*, es decir, lo que quedaba de su nombre, significa dios en lengua etrusca. Había dado á Tiberio un mando en Iliria, y quería acompañarle hasta Benevento; pero retrasado constantemente por causas que llevaban ante su tribunal, exclamó (estas palabras se consideraron también presagio) «que por nada que ocurriese permanecería más en Roma.» Y habiéndose puesto en camino, llegó hasta Astura, y aprovechando allí un viento favorable, se embarcó de noche contra su costumbre, comenzando su última enfermedad por una diarrea.

XCVIII. Recorrió las costas de la Campania y de las islas vecinas, y pasó cuatro días en Capri entregado á la ocio-

(1) De César.

sidad y con excelente disposición de espíritu. Cuando navegaba cerca de la bahía de Puzzola, los pasajeros y marineros de un buque de Alejandría, que estaba en rada, fueron á saludarle, vestidos con trajes blancos, ciñendo coronas, quemando en su presencia incienso, colmándole de alabanzas, haciendo votos por su prosperidad y exclamando: «que por él vivían, y que le debían la libertad de la navegación y de todos sus bienes.» Tan contento le pusieron estas aclamaciones, que mandó distribuir á todos los de su comitiva cuarenta piezas de oro, haciéndoles prometer, bajo juramento, que emplearían aquel dinero en comprar mercancías en Alejandría. En los días siguientes distribuyó también, además de otros regalos pequeños, togas romanas y mantos griegos, haciendo vestir á los Griegos el traje romano, y á los Romanos el griego, cambio que extendió hasta al lenguaje. En los días que pasó en Capri le agradó mucho ver los ejercicios de un grupo de jóvenes griegos, restos de antigua institución. Hízoles servir en presencia suya una comida, recibiendo permiso y hasta orden de entregarse á todas las locas libertades de su edad y entrar á saco las frutas, postres y hasta la plata que les llevaron en su nombre. En fin, no hubo clase de distracción á que no se entregara entonces. A causa de la alegre vida que llevaban los de su comitiva en la isla vecina á Capri, la dió el nombre griego de Ἀπραγόπολις, «lugar de ociosidad.» Un tal Masgaba, á quien había querido mucho y á quien, por broma, llamaba frecuentemente el fundador de aquella isla, había muerto el año anterior, y los habitantes del país visitaban en grupos su sepulcro, llevando antorchas. Viéndoles un día desde su mesa, improvisó este verso griego:

Κτιστοῦ δὲ τύμβον εἰσορῶ πυροῖμενον (1);

(1) Veo del *fundador* la tumba ardiente.

y volviéndose en seguida hacia Thrasilo, compañero de Tiberio, que no sabía de qué se trataba, le preguntó de qué poeta era aquel verso. Y como vacilase en contestar, añadió este otro:

Ὅρας φάεσσι Μασγάβαν τιμώμενον (1),

y repitió la pregunta; contestando al fin el interrogado que cualquiera que fuese el autor, los versos eran excelentes; Augusto prorrumpió en risa y bromeó durante largo rato. Después pasó á Nápoles, continuando más ó menos atormentado por dolores de vientre. En esta ciudad asistió á los juicios gimnásticos y quinquenales establecidos en honor suyo, y acompañó á Tiberio hasta el lugar de su destino. Mas al regreso, sintiéndose peor, tuvo que detenerse en Nola; hizo volver á Tiberio, tuvo con él secreta conversación que duró largo espacio, y ya no se ocupó más de asuntos graves.

XCIX. El día de su muerte preguntó muchas veces si su estado producía algún tumulto en el exterior; y habiendo pedido un espejo, se hizo arreglar el cabello para disimular el enflaquecimiento de su rostro. Cuando entraron sus amigos, les dijo: «¿Os parece que he representado bien esta farsa de la vida?» Y añadió en griego la cláusula con que terminan las comedias:

Εἰ δὲ πᾶν ἔχει καλῶς, τῷ παιγνίῳ

Δότε κρότον, καὶ πάντες ὑμεῖς χάραξ κτυπήσατε (2).

En seguida mandó retirarse á todos; preguntó todavía acerca de la enfermedad de la hija de Druso á algunos que llegaban de Roma, y espiró repentinamente entre los brazos de Livia, diciéndola: «Livia, vive y recuerda nuestra misión; adiós.» Su muerte fué tranquila y como siempre la había

(1) ¿Ves á Masgaba rodeado de antorchas?

(2) Si estáis contentos, batid palmas y aplaudid al autor.

deseado; porque cuando oía decir que alguno había muerto prontamente y sin dolor, deseaba, sirviéndose de esta palabra griega ἐθνασιαν, morir él y los suyos de esta manera. Solamente dió una señal de extravío mental antes de espirar, exclamando, como asaltado de repentino temor, que le arrastraban cuarenta jóvenes; y esto antes fué presagio que prueba de debilidad de razón, puesto que cuarenta soldados pretorianos llevaron su cuerpo al paraje donde se le expuso.

C. Murió en la misma habitación que su padre Octavio, bajo el consulado de Sexto Pompeyo y de Sexto Apuleyo, el 14 de las kalendas de setiembre, en la novena hora del día (19 de agosto, tres y media de la tarde), á los setenta y seis años menos treinta y cinco días. Trasladaron su cuerpo de Nola á Bobilas, llevándole los decuriones de los municipios y de las colonias, durante la noche á causa de la estación. En Bobilas lo recibieron los caballeros, lo llevaron á Roma y lo depositaron en el vestibulo de su casa. El Senado quiso celebrar su memoria y sus funerales con honores extraordinarios, presentándose numerosas proposiciones con este objeto: unos querían que el cortejo pasase por la puerta triunfal, precedido por la estatua de la Victoria que está en el Senado, y por los jóvenes nobles de ambos sexos cantando himnos fúnebres; otros, que en el día de las exequias se llevasen anillos de hierro, en vez de anillos de oro; algunos, que se encargase de recoger su osamenta á los sacerdotes de los colegios superiores. Uno pidió también que se trasladase del mes de agosto al de setiembre el nombre de Augusto, porque había nacido en el último y muerto en el primero; otro, que todo el espacio de tiempo trascurrido desde su nacimiento hasta su muerte se llamase siglo de Augusto y se designase con este nombre en los fastos. Pero se pusieron límites á estos honores. Sobre sus restos se pronunciaron dos elegios fúnebres; uno por Tiberio, delante del templo de J. César, y

otro por Druso, hijo de Tiberio, cerca de la antigua tribuna de las arengas: los senadores le llevaron en hombros hasta el campo de Marte, donde le colocaron sobre la pira. Un pretor antiguo aseguró allí que había visto elevarse de entre las llamas hasta el cielo la imagen de Augusto. Los más distinguidos del orden ecuestre, descalzos y vistiendo sencillas túnicas, recogieron sus cenizas y las depositaron en el mausoleo que hizo construir durante su sexto consulado entre el Tíber y la vía Flaminia, y al que había rodeado de bosque, convirtiéndolo desde aquella época en paseo público.

CI. Había hecho su testamento bajo el consulado de L. Plauco y C. Silio, el 3 de las nonas de abril, un año y cuatro meses antes de morir, añadiéndole dos codicilos, escritos en parte de su puño y parte por sus libertos Polibio é Hilarión. Este testamento, depositado en el colegio de las Vestales, lo presentaron estas mismas en tres cuadernos (1) con iguales sellos. Abrióse en el Senado y se leyó. Instituyó por herederos principales á Tiberio y á Livia; al primero en la mitad mas un sexto, y la otra en un tercio, mandándoles llevar su nombre. A falta de éstos, llamaba á la sucesión á Druso, hijo de Tiberio, en un tercio, y á Germánico y sus tres hijos en el sexto. En fin, en tercer lugar nombraba herederos á considerable número de parientes y amigos. Legaba al pueblo romano cuarenta millones de sextercios; á cada soldado de la guardia pretoriana, mil sextercios; á las cohortes urbanas, quinientos, y á las legiones, trescientos: estas cantidades debían pagarse en el acto, cosa fácil, puesto que estaban reservadas en el Tesoro imperial. Otros legados hacía también, algunos de los cua-

(1) Tácito dice que el manuscrito en que estaba expuesta la situación del imperio (*Breviarium totius imperii*) indicaba los recursos pecuniarios del Estado, decía cuántos Romanos y aliados estaban sobre las armas, cuántas flotas había, provincias y reinos en el imperio. Augusto había escrito todos estos detalles de su puño.

les se elevaban hasta á dos millones de sextercios, señalando un año para pagarlos, dando por excusa la medianía de su fortuna, porque declaraba que sus herederos no obtendrían de la sucesión más de ciento cincuenta millones de sextercios (1), á pesar de que en los veinte últimos años de su vida sus amigos le habían legado por testamento cuatro mil millones; pero los había empleado en el Estado, así como sus dos patrimonios paternos y demás herencias de familia. Solamente nombraba á las dos Julias, su hija y nieta, para prohibir que las sepultasen con él en la misma tumba. De los tres cuadernos que había unido á su testamento, uno contenía órdenes para sus funerales; otro un sumario de su vida, que debía grabarse en planchas de bronce delante de su mausoleo, y el tercero era una exposición de la situación de todo el imperio, mostrando cuántos soldados había bajo banderas, cuánto dinero en el tesoro del Emperador, cuánto en las cajas del Estado, y qué tributos é impuestos se debían aún. Habiendo cuidado de añadir los nombres de los libertos y esclavos á quienes podía pedirse cuentas.

(1) Poco más de veintinueve millones de pesetas.

TIBERIO NERÓN.

1. La familia patricia de los Claudios (porque existió también una plebeya que no era inferior á la otra en poder ni dignidad) es oriunda de Regillis, en el país de los Sabinos. De allí vino, con numeroso séquito de clientes, á establecerse en Roma, recientemente edificada, siendo recibida por el Senado entre las patricias á propuesta de Tito Tacio, colega de Rómulo, ó lo que parece mejor averiguado, cerca de seis años después de la expulsión de los reyes, siendo entonces Atta Claudio cabeza de la familia. Diósele terreno más allá del Anio para sus clientes, y sitio para su sepultura al pie del Capitolio (1). En el transcurso del tiempo obtuvo esta familia veintiocho consulados, cinco dictaduras, siete censuras, siete triunfos y dos ovaciones. Distinguióse con nombres y apellidos diferentes, pero se mostró unánime para rechazar el de Lucio, porque á dos miembros suyos que lo llevaron se les probó que habían cometido el uno robos y el otro asesinato. Entre otros apellidos, tomó con frecuencia el de Nerón, que en lengua sabina significa valiente y activo.

(1) Las familias consideraban como grande honor tener sepulturas en el interior de la ciudad, concediéndose solamente á las Vestales y á los ciudadanos más ilustres.

II. Muchos servicios buenos y malos prestaron los Claudios á la república. Por no citar más que los principales, Apio Ceco impidió que se ajustase con el rey Pirrho una alianza desventajosa; Claudio Caudex fué el primero que pasó el mar con una flota y arrojó á los Cartagineses de la Sicilia; Claudio Nerón batió á Asdrúbal, que venía de España á reunirse con su hermano Anníbal con fuerzas considerables. Por otra parte, Claudio Appio Regilano, nombrado decenviro para la redacción de las leyes, se atrevió á reclamar como esclava suya una joven de condición libre y á emplear la violencia para satisfacer su pasión, lo cual ocasionó nueva ruptura entre el pueblo y el Senado. Claudio Rufo se hizo erigir en el Foro de Appio una estatua coronada con una diadema, y quiso ocupar la Italia con sus clientes. Claudio Pulcher, que mandaba en Sicilia, viendo que los pollos sagrados no querían comer y hacer así los auspicios favorables, se atrevió con menosprecio de la religión á arrojarlos al mar para que bebiesen, ya que no comían, y habiendo en seguida trabado batalla naval fué vencido, y cuando el Senado le instaba para que nombrase un dictador, insultó de nuevo al infortunio público, eligiendo para esta dignidad á un mensajero suyo llamado Glicias. Las mujeres de esta familia dieron también buenos y malos ejemplos: una Claudia fué la que sacó de los bajos del Tiber, donde estaba encallado, el buque en que se encontraba la estatua de Cibeles, rogando en alta voz á los dioses «que la diesen fuerza para mover aquella nave, como testimonio de su castidad.» Otra Claudia fué acusada delante del pueblo del crimen de lesa majestad, extraño hasta entonces á las mujeres, porque avanzando con dificultad su carro entre los apiñados grupos de la multitud, expresó públicamente su deseo «de que resucitase su hermano Pulcher y perdiese otra flota para disminuir la población de Roma.» Sabido es además que todos los Claudios, exceptuando P. Clodio, quien con objeto de des-

errar á Cicerón se hizo adoptar por un plebeyo que hasta era más joven que él, permanecieron siempre siendo apoyos y á las veces únicos defensores del poder y dignidad de los patricios, y tan implacables y violentos enemigos del pueblo, que ni bajo el peso de acusación capital ninguno quiso vestir el traje de luto ni implorar la compasión de la multitud; y en las discordias civiles, muchos de ellos hirieron tribunos. Vióse también una Claudia, sacerdotisa de Vesta, montar en el carro de su hermano, que iba en triunfo á pesar del pueblo, y acompañarle así hasta el Capitolio, con objeto de que los tribunos nada pudieran contra él.

III. De esta estirpe descendía Tiberio César por padre y madre. Su origen paterno remontaba á Tiberio Nerón; su origen materno á Appio Pulcher, dos hijos de Appio Ceco. Enlazado estaba también con la familia de los Livios por su abuelo materno, que había entrado en ella por adopción. Esta familia, aunque plebeya, había florecido mucho y recibido ocho consulados, dos censuras, tres triunfos, la dictadura y el mando de la caballería. De ella han salido hombres célebres, especialmente Salinator y los Drusos. Salinator, siendo censor, tachó de infamia todas las tribus romanas, como culpables de ligereza por haberle hecho por segunda vez cónsul y censor, después de condenarle á una multa, al espirar su primer consulado. Druso recibió este nombre, que legó á sus descendientes, por haber dado muerte luchando cuerpo á cuerpo á un general enemigo llamado Drausus. Dicese también que trajo de la Galia, á donde había sido enviado como propretor, el oro que en otro tiempo se había dado á los Senones cuando sitiaban el Capitolio, y que no reconquistó Camilo, como se creía. Su biznieto, que por su valerosa resistencia á las empresas de los Gracos fué llamado el patrono del Senado, dejó un hijo que, comprometido en parecidas querellas, y meditando atrevidos proyectos, concluyó por caer en las celadas y bajo los golpes del partido opuesto.

IV. El padre de Tiberio, cuestor de C. César durante la guerra de Alejandría, mandaba su flota y contribuyó mucho á la victoria. Por esta razón fué nombrado pontífice en lugar de P. Scipión y encargado de fundar en la Galia muchas colonias, entre otras Narbona y Arlés. Sin embargo, después de la muerte de César, y no obstante el parecer de todo el Senado, que quería dejar impune el asesinato para evitar nuevas turbulencias, llegó hasta á pedir que se votasen recompensas para los tiranicidas. Iba á terminar el año de su pretura, cuando estalló la discordia entre los triunviros. Conservando entonces más del tiempo prescrito las insignias de su dignidad, siguió á Perusa al cónsul L. Antonio, hermano del triunviro, siendo el único que le permaneció fiel después de la defección de todo su partido. Retiróse primeramente á Prenesto, después á Nápoles, y no habiendo conseguido sublevar los esclavos, á los que prometía la libertad, huyó á Sicilia. Indignado allí porque le hicieron esperar una audiencia de Sexto Pompeyo y prohibido el uso de los haces, pasó á Acaya al lado de M. Antonio. Pronto volvió con él á Roma, una vez restablecida la paz. Entonces fué cuando, á petición de Augusto, le cedió su mujer Livia Drusila, que se encontraba en cinta y le había dado ya un hijo. Murió poco tiempo después, dejando dos hijos, Tiberio y Druso, denominados Nerones.

V. Hase creído, por conjeturas muy ligeras, que Tiberio nació en Fondi, porque allí vió la luz su abuela materna y porque en virtud de un senatusconsulto se alzó allí también una estatua de la Felicidad. Mas la mayor parte de los autores y los más dignos de fe dicen que nació en Roma, sobre el monte Palatino, el 16 de las kalendas de diciembre, bajo el consulado de M. Emilio Lépidio y de L. Munacio Planco, después de la guerra filipense. Así, al menos, está consignado en los fastos y en las actas públicas. Sin embargo, escritores hay que le suponen nacido el año anterior, bajo el consulado de Hircio y de Pansa, y otros en

el año siguiente, bajo el de Servilio Isaurico y de Antonio.

VI. Laboriosa y agitada fué su infancia, porque desde la edad más tierna estuvo expuesto á fatigas y peligros, acompañando á sus padres por todas partes en su fuga. Cuando iban á embarcarse secretamente para dejar á Nápoles, á donde acudían sus enemigos, estuvo á punto de denunciarles con sus gritos, primeramente cuando le arrancaron del seno de su nodriza, y después en los brazos de su madre, á quien en coyuntura tan peligrosa querían aliviar de aquella carga algunas mujeres. Llevado por Sicilia y por Acaya y entregado á la fe de los Lacedemonios, que estaban bajo el protectorado de Claudio, corrió peligro su vida durante una noche en que había dejado aquel nuevo asilo; porque habiendo estallado vasto incendio en un bosque que atravesaba, tan repentinamente le rodearon las llamas, así como á los que le acompañaban, que se comunicó el fuego á los vestidos y cabellos de Livia. Aun se muestran en Baias los regalos que recibió en Sicilia, de Pompeya, hermana de Sexto Pompeyo: una toga, un broche y pendientes de oro. Después de su regreso á Roma, el senador M. Galio lo adoptó por testamento. Tiberio recogió su herencia; pero muy pronto se abstuvo de llevar su nombre, porque Galio había pertenecido al partido contrario á Augusto. Á los nueve años pronunció el elogio fúnebre de su padre, en la tribuna de las arengas. Entraba en la edad de la pubertad cuando acompañó á caballo el carro de Augusto el día de su triunfo de Actium, yendo á la izquierda del triunfador, y Marcelo, hijo de Octavio, á la derecha. Presidió también los juegos que se dieron por aquella victoria, y en los del Circo, llamados troyanos, mandaba el grupo de los jóvenes.

VII. Cuando tomó la toga viril, he aquí cómo pasó toda su juventud, y el tiempo que medió desde su nacimiento hasta su reinado. Dió dos veces espectáculos de gladiadores, uno en memoria de su padre, otro en honor de su abuelo Druso, en

épocas y parajes diferentes: el primero en el Foro y el segundo en el anfiteatro. En esta ocasión presentó algunos rudiarios (1), que pagó en cien mil sextercios. Dió también, aunque ausente, juegos en que desplegó gran magnificencia, y cuyos gastos pagaron su madre y su suegro. Casó primeramente con Agripina, nieta del caballero romano Cecilio Atico, á quien dirigió sus cartas Cicerón. Aunque ésta le dió un hijo, llamado Druso, y la profesase mucho cariño, vióse obligado á repudiarla durante su segundo embarazo, para casarse inmediatamente con Julia, hija de Augusto. Este matrimonio le causó tanto más disgusto, cuanto que apreciaba mucho á la primera y reprobaba las costumbres de Julia, que viviendo aún su primer marido, le había hecho públicamente indicaciones, hasta el punto de haberse divulgado su pasión. Así es que no pudo consolarse de su divorcio con Agripina; y habiéndola encontrado un día por casualidad, fijó en ella ojos tan apasionados y llorosos, que se cuidó en lo sucesivo de que no se presentase delante de él. Al principio vivió en bastante buena inteligencia con Julia y hasta correspondió á su amor; pero no tardó en mostrarle aversión, y la hizo el ultraje de no compartir con ella el lecho desde la muerte de su hijo, niño aún, que había nacido en Aquilea, y única prenda de su amor. Tiberio perdió en Germania á su hermano Druso, y trajo su cuerpo á Roma, precediéndole á pie durante todo el camino.

VIII. Ante el tribunal de Augusto defendió al rey Arquelao, á los Tralianos y Thesalos, en causas diferentes, siendo éste su aprendizaje en los deberes civiles. Intercedió en el Senado en favor de los habitantes de Laodicea, de Thyatiro y de Chío, que habían sufrido un terremoto y

(1) Dábase al gladiador que vencía á los otros una vara ó una espada de madera (*rudis*) que le dispensaba de combatir en adelante en la arena. Los que la habían recibido se llamaban *rudiarii*.

pedían socorro á Roma. Acusó de lesa majestad é hizo condenar por los jueces á Fannio Cepión, que habia conspirado contra Augusto con Varrón Murena. En aquel tiempo estaba encargado de dos operaciones importantes: el abastecimiento de Roma, donde comenzaban á faltar los víveres, y la inspección de todos los talleres de esclavos que contenía Italia, porque se acusaba á los dueños de estos talleres de retener por violencia no solamente á los viajeros que podían sorprender, sino también á los que acudían á ocultarse en ellos para sustraerse al servicio militar.

IX. Hizo, su primera campaña en la expedición de los Cántabros, como tribuno de los soldados: enviado después á Oriente con un ejército, devolvió á Tigrano el reino de Armenia, y le coronó sentado en su tribunal. Recibió también las águilas romanas que en otro tiempo arrebataron los Parthos á M. Crasso. Después gobernó cerca de un año la Galia Cabelluda, turbada entonces por las incursiones de los bárbaros y las querellas de sus jefes. Poco después hizo la guerra de Recia y de Vindelicia, y más adelante la de Germania. En la de Recia y Vindelicia, sometió los pueblos alpasos; en la de Pannonia, á los Bruecos y Dálmatas; en fin, en la de Germania recibió por convenio cuarenta mil enemigos, que trasladó á la Galia, dándoles tierras en las orillas del Rhin. Estas hazañas le merecieron la ovación, y entró en Roma en un carro con los adornos triunfales, honor que, según dicen, nunca se había concedido á nadie. Con la edad obtuvo todas las magistraturas, y ejerció casi sin interrupción la cuestura, la pretura y el consulado: creado cónsul por segunda vez, después de breve intervalo, fué revestido por cinco años del poder tribunicio.

X. En medio de tantas prosperidades, en la fuerza de la edad y de la salud, decidió de pronto retirarse y alejarse, bien por huir de su esposa, á la que no se atrevió á acusar ni repudiar, y que sin embargo no podía sufrir, ó bien por-

que creyese que la ausencia le daría más importancia que importuna asiduidad, en el caso de que la república lo necesitare. Algunos autores opinan que viendo crecer los hijos de Augusto, había querido, después de haber sido por mucho tiempo dueño del segundo orden, aparentar que se los abandonaba espontáneamente, á ejemplo de M. Agripa, que, cuando Marcelo tomó parte en la administración pública, se marchó á Mitilena para no desempeñar con él papel de concurrente ó de censor. El mismo Tiberio confesó después que había tenido iguales motivos. Pretextando entonces saciedad de honores y necesidad de descanso, pidió permiso para ausentarse. Su madre empleó vivas instancias para retenerle; Augusto llegó hasta á quejarse, en pleno Senado, de quedar abandonado. Mostróse inflexible, y como se obstinaban en impedirle la marcha, permaneció cuatro días sin comer. Al fin obtuvo licencia para alejarse, y dejando en Roma su esposa y su hijo, tomó en el acto el camino de Ostia, sin contestar ni una palabra á las preguntas de los que le acompañaron, limitándose á besar á algunos al separarse de ellos.

XI. Desde Ostia iba costeando la Campania cuando supo el mal estado de salud de Augusto. Detúvose algunos días; pero habiendo corrido el rumor de que solamente interrumpía su viaje por la esperanza de un acontecimiento decisivo, embarcóse, á pesar de malísimo tiempo, para la isla de Rhodas, cuyo saludable y apacible clima le había deleitado mucho durante su estancia en ellas al regreso de Armenia. Allí habitó una casa muy modesta y un campo que no lo era menos; viviendo como el ciudadano más humilde, visitando algunas veces los gimnasios, sin licitor ni hujier, manteniendo con los Griegos comercio diario de atenciones, casi bajo el tono de la igualdad. Una mañana, al ordenar las ocupaciones del día, ocurrióle decir que quería ver todos los enfermos de la ciudad; y equivocando el sentido de las palabras los que le rodeaban, hicieron llevar

aquel mismo día todos los enfermos á una galería pública, donde los colocaron por género de enfermedad. Impresionado por aquel inesperado espectáculo, no supo al pronto qué hacer, y al fin se acercó al lecho de cada uno de ellos, y pidió perdón por aquella equivocación hasta á los más pobres y desconocidos. Parece que solamente usó de los derechos del poder tribunicio, y he aquí en qué circunstancias. Era muy asiduo á las escuelas y lecciones de los profesores: un día en que trabaron vivo altercado dos sofistas opuestos, creyendo uno de ellos, por haberle visto intervenir, que favorecía á su adversario, pronunció contra él palabras injuriosas. Marchóse sin decir nada, y de pronto se presentó con su aparitor, hizo citar á su tribunal por medio de pregón al autor de los denuestos y mandó encarcelarlo. En Rhodas supo que su esposa Julia acababa de ser condenada por sus desórdenes y adulterios, y que Augusto, por su propia autoridad, había proclamado el divorcio; y por grande que fuese su regocijo al saber esta noticia, creyó deber escribir al padre varias cartas en favor de la hija, y le suplicó dejara á Julia todos los regalos que le había hecho, por indigna que fuese. Cuando hubo espirado el tiempo de su poder tribunicio, confesó al fin no haber tenido otro motivo al alejarse que el de evitar toda sospecha de rivalidad con Cayo y Lucio; y solicitó, no temiendo ya la sospecha, puesto que estos Príncipes estaban ya bien establecidos en la posesión del segundo rango, permiso para volver á ver todo lo que había dejado en Roma de personas queridas y ahora muy deseadas. Mas, lejos de obtenerlo, recibió el inesperado consejo de no ocuparse en manera alguna de una familia que con tanto apresuramiento había dejado.

XII. Permaneció, pues, á pesar suyo, en Rhodas, y con trabajo consiguió, por medio de su madre, que Augusto, con objeto de disimular la afrenta, le diese el título de legado suyo en aquella isla. Desde aquel momento, ni si-

quiera llevó ya la vida de un particular, sino la de un hombre sospechoso y constantemente amenazado. Ocultábase en el interior de la isla para evitar en adelante las frecuentes visitas y asiduos homenajes de todos aquellos que iban más allá de aquel mar á tomar posesión de un mando militar, de una magistratura, y que no dejaban de detenerse expresamente en Rhodas. A estos temores se agregaron otros graves motivos de inquietud. Habiendo pasado á Samos para ver á su yerno Cayo, que mandaba en Oriente, observó que las insinuaciones de M. Lolio, compañero y profesor del joven Príncipe, le habían enajenado su afecto. Sospechóse también de él que había dado á centuriones hechuras suyas, cuando venían de su semestre y volvían á los ejércitos, instrucciones equívocas, y que parecían tener por objeto sondear sus disposiciones acerca de un cambio de dueño. Informado de estas acusaciones por el mismo Augusto, no cesó de pedir un vigilante, cualquiera que fuese, que observara sus acciones y palabras.

XIII. Llegó hasta á renunciar á sus ordinarios ejercicios de equitación y armas; dejó el traje romano y se redujo al calzado y manto griegos. Vivió cerca de dos años en este estado, siendo cada día más odioso y despreciado, hasta el punto de que los habitantes de Nimes destruyeron sus imágenes y estatuas, y que, en una comida de familia, habiendo recaído en él la conversación, un comensal propuso á Cayo «marchar al instante, si lo mandaba, á Rhodas y traerle la cabeza del desterrado,» porque este nombre se le daba. No fué solamente temor, sino peligro verdadero lo que le obligó á unir sus súplicas á las instancias de su madre, para conseguir su regreso. La casualidad contribuyó á que se le concediera. Augusto había declarado que en este asunto se atendería absolutamente á la decisión de su hijo mayor: éste estaba enemistado entonces con M. Lolio, y fácilmente se dejó ablandar en favor de su suegro. Llamaron, pues, á Tiberio con el consenti-

miento de Cayo, pero á condición de que no tomaría parte alguna en el gobierno.

XIV. Volvió á Roma después de ocho años de ausencia, con grandes esperanzas para lo porvenir, fundadas en los prodigios y predicciones que le habían llamado desde tierna edad á los altos destinos. Estando Livia en cinta de él, y queriendo saber por diferentes presagios si daría á luz un varón, quitó un huevo á una gallina que incubaba y lo calentó en sus manos y en las de sus criadas todo el tiempo necesario, saliendo al fin un pollo con hermosa cresta. El matemático Scribonio prometió á aquel niño brillante destino, diciendo: «que hasta llegaría á reinar un día, pero sin las insignias reales,» porque aun no se conocía la especie de poder ejercido por los Césares. En su primera expedición militar, cuando guiaba su ejército por la Macedonia para llegar á Siria, y pasaba cerca del campo de batalla de Pilippos, los altares elevados en aquel paraje á las legiones victoriosas lanzaron de pronto llamas. Más adelante, llegado á Iliria, consultó cerca de Padua al oráculo de Geryón, que le dijo arrojase dados de oro en la fuente de Apona para saber lo que deseaba. Obedeció y sacó el número más alto: todavía se ven hoy estos dados en el fondo del agua. Pocos días antes de su llamamiento, un águila, de una especie que no se había visto aún en Rhodas, se paró sobre el techo de su casa. La víspera del día en que recibió el permiso de volver, cuando cambiaba de ropa, vióse arder su túnica. En aquel momento principalmente pudo convencerse de la ciencia del matemático Trasilo, que había tomado á su servicio como profesor de filosofía, y que le anunció que una nave, á la vista entonces de la isla, le traía buenas nuevas. Pocos momentos antes, paseando juntos, cansado Tiberio de sus vanas predicciones, había tenido el designio de arrojarle al mar para castigar al impostor y al confidente de peligrosos secretos.

XV. De regreso á Roma, y en cuanto abrió á su hijo Druso la entrada del Foro, abandonó el barrio de Carinis y la casa Pompeya para trasladarse á las Esquilias, en los jardines de Mecenas. Allí se entregó á completo descanso, no llenando otros deberes que los de la vida privada, y absteniéndose de toda función pública. Cayo y Lucio habían muerto tres años antes, y Augusto le adoptó al mismo tiempo que á su hermano M. Agripa; pero él mismo se había visto obligado á adoptar poco antes á su sobrino Germánico. Desde este tiempo nada hizo en calidad de padre de familia; no ejerció ninguno de los derechos que le concedía la adopción; no hizo ninguna donación, ninguna manumisión, y no recibió ya legados ni herencias sino á título de peculio. Sin embargo, nada se olvidó de lo que podía hacerle más importante, sobre todo desde que el alejamiento de Agripa, renunciado por Augusto, hizo recaer en él solo la segura esperanza de sucederle en el mando.

XVI. Diéronle otra vez por cinco años el poder tribunicio, y recibió el encargo de pacificar la Germania. Los embajadores de los Parthos, después de haber obtenido audiencia de Augusto en Roma, recibieron orden de ir á ver á Tiberio en su gobierno. A la noticia de la defección de la Iliria, pasó á este país, y emprendió con quince legiones é igual número de tropas auxiliares aquella guerra nueva, la más terrible de todas las extranjeras, desde las de los Cartagineses. Terminóla en tres años, en medio de innumerables dificultades y de espantosa penuria. Aunque cesaban de llamarle, obstinóse en no volver, temeroso de que el enemigo, constantemente sobre él, y enardecido ya con algunas ventajas, convirtiese en derrota su voluntaria retirada. Buena recompensa recibió su perseverancia, puesto que sometió y añadió al imperio toda la Iliria, es decir, todo el país situado entre Italia, el reino de Nórica, la Tracia y la Macedonia, desde el Danubio hasta el golfo Adriático.

XVII. La oportunidad de este triunfo puso el colmo á su gloria, porque por el mismo tiempo pereció en Germania, con tres legiones, Quintilio Varo; y no se dudó que los Germanos vencedores se hubiesen unido á los de Pannonia, si no hubiese sido sometida la Iliria antes de este desastre. Decretóse el triunfo para Tiberio, añadiendo brillantes y numerosas distinciones. Algunos senadores opinaron llamarle *Pannónico*, otros *Invencible*, algunos *Píadoso*. Pero Augusto impidió que se le diese ninguno de estos nombres, diciendo que podía contentarse con el que le dejaría después de su muerte. Tiberio aplazó espontáneamente su triunfo á causa del dolor que había producido en Roma la derrota de Varo. Sin embargo, entró en la ciudad con la pretexta y la corona de laurel; subió á un tribunal que le habían alzado en el campo de Marte, y se sentó con Augusto entre los dos cónsules, estando presente y de pie el Senado. Desde allí, después de saludar al pueblo, marchó seguido de numeroso cortejo á visitar los templos.

XVIII. Volvió al año siguiente á Germania, y habiéndose convencido de que la derrota de Varo no había tenido otra causa que la negligencia y temeridad de este general, nada hizo sin la opinión de un consejo; y aquel jefe soberbio que nunca había consultado á nadie, comunicó por primera vez sus planes de campaña á sus tenientes. Redobló también la atención y vigilancia. Dispuesto á pasar el Rhin, determinó por sí mismo la clase y peso de los bagajes, y, colocado en la orilla del río, no permitió el paso hasta después de haberse asegurado, comprobando la carga de los carros, que no llevaban más que lo necesario ó autorizado por sus reglamentos. Una vez atravesado el Rhin, fué constante costumbre suya comer sobre la hierba, acostándose muchas veces á la intemperie sin querer tienda. Daba por escrito todas las órdenes para el día siguiente, y hasta las instrucciones que repentinas circunstancias

podían hacer necesarias, cuidando siempre de añadir que hasta en las menores dificultades se dirigiesen á él solo para resolverlas á cualquiera hora que fuese del día ó de la noche.

XIX. Mantuvo rigurosamente la disciplina y restableció muchas penas severas é ignominiosas de la antigüedad. Impuso nota de infamia á un jefe de legión por haber permitido á algunos soldados que fuesen á cazar con un liberto suyo al otro lado del río. Aunque, como general, concedía muy poco á la fortuna y casualidad, libraba batalla confiadamente cuando en sus veladas se apagaba espontáneamente la luz, presagio que, en la guerra, nunca había engañado ni á él ni á sus mayores. Quedó victorioso, aunque faltó poco para que le matase un bructero, que se había deslizado con este objeto entre las personas de su comitiva, pero al que su turbación le denunció, arrancándole la tortura la confesión del crimen que meditaba.

XX. De regreso de Germania, donde permaneció dos años, celebró el triunfo que había aplazado. Detrás de él marchaban sus legados, para los cuales había obtenido los ornamentos triunfales. Antes de subir al Capitolio, bajó de su carro y abrazó las rodillas de su padre, que presidía aquella solemnidad. Estableció en Rávena y colmó de magníficos regalos un jefe panonio, llamado Baton, que un día le dejó escapar de un desfiladero en que estaba encerrado con sus legiones. Hizo servir al pueblo una comida en mil mesas, y repartir á los convidados cien sextercios por cabeza. Dedicó un templo á la Concordia y otro á Cástor y Póllux, en nombre de su hermano y en el suyo, con el precio de los despojos del enemigo.

XXI. Poco tiempo después, una ley dada por los cónsules le confió la administración de las provincias en unión con Augusto y el cuidado de hacer el censo, y cerrado el lustro, marchó á Iliria. Llamáronle inmediatamente, y encontró á Augusto ya muy malo, pero respirando aún, y

permaneció encerrado con él un día entero. Sé que se cree comúnmente que cuando salió Tiberio, después de aquella conferencia secreta, los esclavos de servicio oyeron exclamar á Augusto: «Desgraciado pueblo romano que va á ser presa de tan lentas mandíbulas.» Tampoco ignoro lo que han escrito algunos autores, á saber, que Augusto censuraba públicamente y sin miramiento la rudeza de sus costumbres, hasta el punto de interrumpir, en cuanto le veía aparecer, toda conversión libre y alegre; que al adoptarle, cedió á las incesantes instancias de su esposa; en fin, que en esta preferencia entró cierto cálculo de amor propio y que había querido hacerse deplorar al elegir tal sucesor. Pero nunca se me persuadirá de que un príncipe tan prudente y reflexivo hiciese nada con ligereza en asunto de tanta importancia; antes creo que después de haber pesado los vicios y virtudes de Tiberio, parecióle que lo bueno preponderaba. Y lo creo tanto más, cuanto que juró en plena asamblea haberle adoptado «por el bien de la República,» y que en sus cartas le alaba sin cesar, como consumado general, como el único apoyo del pueblo romano. Como prueba citaré algunos pasajes. «Adiós, mi muy querido Tiberio, sé feliz en todo *εμολ και ταλς Μούσαις στρατηως* (tú que mandas por mí y por las Musas): juro por mi fortuna que eres el más amado de los hombres, el más valiente de los guerreros y el general *νομιμώτατε* (más entendido). Adiós.» Y en otro lugar: «¡Cuánto apruebo tus campamentos! Persuadido estoy, querido Tiberio, que en medio de circunstancias tan difíciles, *και τοσαύτην βραθυμταν τών στρατευομένων* (y con tropas tan flojas) nadie hubiese obrado con más sabiduría que tú. Cuantos han estado contigo te aplican unánimemente este verso:

Unus homo nobis vigilando restituit rem (1).

(1) Un solo hombre, vigilando, restableció las cosas.

Ningún asunto grave me ocurre, ninguna causa de disgusto me asalta, querido Tiberio, sin que recuerde en seguida aquellos versos de Homero:

Τούτου δ' ἐσπομένοιο, καὶ ἐκ πυρὸς αἰθομένοιο
Ἄμφω νοστήτησάμεν, ἔπει πέρι οἷδε νοῆσαι (1).

Aseguro por los dioses que todo el cuerpo me tiembla cuando oigo decir que el exceso del trabajo debilita tu salud. Cuidate, te lo suplico; si caes enfermo, moriremos de dolor tu madre y yo, y Roma será inquietada en la posesión del universo. ¿Qué importa mi salud si la tuya no es buena? Ruego á los dioses que te conserven, y que en todo tiempo velen por tí, si no son enemigos del pueblo romano.»

XXII. Tiberio no dió á conocer la muerte de Augusto hasta después de haberse asegurado de la del joven Agripa. Un tribuno militar, destinado á la guardia de este príncipe, le mató después de mostrarle la orden que había recibido. Ignórase si Augusto firmó esta orden al morir, para evitar las turbulencias que podían sobrevenir después de él, ó si Livia la había dado á nombre de Augusto, y si en este caso fué por consejo de Tiberio ó sin saberlo él. En todo caso, cuando el tribuno vino á decirle que había hecho lo que le mandaron contestó: «que nada había mandado y que daría cuenta de su conducta al Senado.» Mas por lo pronto quiso librarse de la indignación pública y no se habló más del asunto.

XXIII. En virtud del derecho que le daba el poder tribunicio (2) convocó el Senado, y habiendo comenzado un discurso se detuvo de pronto, como ahogado por los sollozos y vencido por el dolor. Hubiese querido, decía,

(1) Siguiendo tan hábil guía, podría abrirme camino á través del fuego.

(2) En el año 300 de Roma, bajo el consulado de M. Valerio y de Virginio, se arrogaron los tribunos del pueblo el derecho de convocar el Senado á propuesta del tribuno Icilio.

perder la vida al mismo tiempo que la voz; y entregó su manuscrito á su hijo Druso, para que terminase la lectura. En seguida trajeron el testamento de Augusto, no permitiendo acercarse, de los que lo habían firmado, más que á los senadores, y comprobando los demás su firma fuera del Senado. Un liberto leyó el testamento, que comenzaba así: «Habiéndome arrebatado la adversa fortuna á mis hijos, Cayo y Lucio, nombro á Tiberio César mi heredero por una mitad, más el sexto.» Este preámbulo confirmó la opinión de que le nombraba sucesor más por necesidad que por gusto, cuando no se abstenía de decirlo.

XXIV. Aunque Tiberio no vacilase un momento en apoderarse del mando y ejercerlo; aunque tenía ya en derredor suyo, con numerosa guardia, el aparato del honor y de la fuerza, no dejó de rehusarlo largo tiempo con impudentísima comedia, contestando á las instancias de sus amigos, que ignoraban cuánto pesaba el mando, y manteniendo en suspenso, por medio de respuestas ambiguas y artificiosa vacilación, al Senado suplicante y consternado. Algunos perdieron la paciencia, y un senador exclamó entre la multitud: «Que acepte ó desista;» otro le dijo cara á cara: «que era costumbre esperar mucho tiempo para hacer lo prometido, pero que él empleaba mucho tiempo para prometer lo que había hecho.» Al fin aceptó el mando como obligado, deplorando la miserable y onerosa servidumbre que le imponían, y reservándose como condición la esperanza de dimitir algún día. He aquí sus propias palabras: «Esperaré el momento en que juzguéis equitativo conceder algún descanso á mi vejez.»

XXV. La razón que tenía para vacilar era el miedo á los muchos peligros que le amenazaban, y frecuentemente decía «que sujetaba á un lobo por las orejas» (1). Un

(1) Los antiguos empleaban con frecuencia esta locución:

Quod aiunt, auribus teneo lupum.

esclavo de Agripa, llamado Clemente (1), había reunido fuerzas bastante considerables para vengar á su amo: L. Escribonio Libón, ciudadano de noble origen, tramaba una revolución: las tropas se habían sublevado en dos provincias: en Iliria y en Germania. Los dos ejércitos elevaban pretensiones exorbitantes y numerosas, queriendo ante todo, tener igual paga que los pretorianos. Los soldados de Germania se negaban á reconocer un príncipe que no habían elegido, y hostigaban á su jefe Germánico para que se apoderase del mando, cosa que rehusó con firmeza. Tiberio, que sentía mucho temor hacia todo lo que venía de este lado, pidió á los senadores que le concedieran en el gobierno la parte que les agradase, diciendo que no era posible soportar uno solo todo el peso, ni prescindir del concurso de uno ó más colegas. Fingió también estar enfermo para que Germánico esperase con más paciencia una sucesión próxima, ó la segura participación en la soberanía. Sin embargo, apaciguáronse las sediciones, y Clemente, cogido por traición, cayó en su poder. En cuanto á Libón, no queriendo Tiberio comenzar su reinado con rigores, esperó más de un año para acusarle ante el Senado. Hasta entonces permaneció en guardia contra él, y un día que en que sacrificaban juntos con los pontífices, tuvo la precaución de hacerle dar un cuchillo de plomo en vez del de acero; y en otra ocasión, habiéndole pedido este mismo una audiencia privada, no se la concedió sino en

En este caso no se sabe ni cómo soltar ni cómo sujetar al lobo sin peligro de ser devorado.

(1) Este Clemente tomó el nombre de Agripa y se atrajo muchos partidarios á causa de su parecido con él; marchó á la Galia, donde aumentó considerablemente su partido, que creció más aún en Italia cuando marchó sobre Roma para reconquistar, según decía, la soberanía de su abuelo. Tiberio le hizo prender por agentes que fingieron abrazar su causa. El tormento no le arrancó confesión alguna acerca de sus inteligencias con Roma, y habiéndole dicho Tiberio: «Como has llegado tú á ser Agripa?» — «Como tú César,» le contestó.

presencia de su hijo Druso, y durante la conversación que celebraron paseando, le tuvo cogida la mano derecha como para apoyarse en él.

XXVI. Libre ya de temor, condújose al principio con mucha moderación, y vivió casi con tanta sencillez como un particular. De todas las brillantes distinciones que le ofrecieron, solamente aceptó las más pequeñas, y muy pocas. Habiendo coincidido el aniversario de su nacimiento con los juegos plebeyos del Circo (1), consintió con dificultad que se añadiese en honor suyo, á las ceremonias acostumbradas, un carro con dos caballos. Prohibió que le consagrasen templos, sacerdotes, flamines, y hasta que le alzasen estatuas sin su expreso consentimiento, y además impuso la condición de que no habían de colocarlas entre las de los dioses, sino empleadas sencillamente como adorno. Prohibió jurar obediencia á sus actos y dar al mes de setiembre el nombre de Tiberio, y al de octubre el de Livio. Rehusó también el título de EMPERADOR y el dictado de PADRE DE LA PATRIA, así como la corona cívica con que querían adornar el vestíbulo de su palacio. Ni siquiera tomó el nombre de Augusto que le correspondía por herencia, á no ser en las cartas á los príncipes y soberanos. Solamente ejerció el poder consular tres veces; la primera, durante pocos días; la segunda, por tres meses; y la tercera, aunque ausente, hasta los idus de mayo.

XXVII. Tanta repugnancia mostró por la adulación, que nunca consintió que ningún senador marchase al lado de su litera para saludarle ó para hablarle de negocios. Un consular que le pedía perdón quiso abrazarle las rodillas, y con tanta precipitación retrocedió que cayó de espaldas. Si en conversación ó en discurso público decían de él cosas demasiado lisonjeras, en seguida interrumpía

(1) Debe distinguirse entre los juegos plebeyos del Circo y los grandes juegos, ó juegos romanos. Los primeros los celebraban á mediados de noviembre los ediles plebeyos.

al que hablaba, le reprendía y le obligaba á cambiar sus expresiones. Habiéndole llamado uno *señor*, le exhortó para que no le hiciese aquella ofensa. Otro, al hablar de sus ocupaciones, les dió el epíteto de *sagradas*, y le obligó á sustituir la palabra con la de *laboriosas*; y otro dijo «que se había presentado al Senado por su orden,» y le obligó á decir *por su consejo*.

XXVIII. Insensible á la maledicencia, á los rumores injuriosos y á los versos difamatorios propagados contra él y los suyos, frecuentemente decía «que en una ciudad libre, la lengua y el pensamiento debían ser libres». Habiendo pedido el Senado conocer en esta clase de delitos y perseguir á los culpables, contestó: «No estamos tan ociosos que debamos ocuparnos de tantos asuntos. Si abrí esa puerta, no podréis atender ya á otra cosa, y con este pretexto nos convertirán en juguete de todas las enemidades.» Hanse conservado también de él estas palabras tan impregnadas de moderación: «Si alguno habla mal de mí, procuraré contestarle con mis acciones; y si continúa odiándome, le odiaré á mi vez.»

XXIX. Esta conducta era tanto más laudable, cuanto que por su parte mostraba algo más que deferencia en las alabanzas y manifestaciones de respeto que prodigaba á todos los ciudadanos en general y en particular. Habiendo un día contradicho á Q. Haterio en el Senado: «Perdóname, le dijo, si he hablado libremente contra tí, cual conviene á un senador.» Y dirigiéndose en seguida á los demás, añadió: «Lo he dicho frecuentemente y lo digo otra vez, P. C., un príncipe que quiere la felicidad de la patria, que ha recibido de vosotros una autoridad tan grande, tan extensa, debe estar siempre al servicio del Senado, con frecuencia hasta al de todos los ciudadanos y algunas veces al de cada uno de ellos en particular: lo he dicho y no me arrepiento, puesto que siempre he encontrado en vosotros señores benévolos y justos.»

XXX. Restableció, hasta en apariencia, la libertad, devolviendo al Senado y á las magistraturas los privilegios y majestad que en otro tiempo formaban su grandeza. No hubo asunto, importante ó pequeño, público ó particular, de que no diese cuenta al Senado. Consultábase acerca del establecimiento de impuestos, la concesión de los monopolios, construcción ó reparación de edificios públicos, el levantamiento de tropas, el licenciamiento de los soldados, el acantonamiento de las legiones y de las tropas auxiliares; en fin, acerca de la prórroga de los mandos, la dirección de las guerras extranjeras, las contestaciones que debían darse á las cartas de los reyes, y hasta acerca de la forma en que debían redactarse estas respuestas. Siempre entró solo en el Senado, y un día que le llevaron enfermo en su litera, despidió en seguida á su comitiva.

XXXI. Habiéndose dado algunos decretos contra su opinión, ni siquiera se quejó. Un pretor designado pidió y obtuvo misión libre (1) el mismo día en que había dicho él que todos los que estaban nombrados magistrados, por honor de su cargo, debían permanecer en Roma. Había opinado que una cantidad legada á los habitantes de Trebia para la construcción de un teatro se emplease, á petición de los interesados, en la reparación de un camino: sin embargo, á pesar de su intervención, se cumplió la voluntad del testador. Un día en que se votaba en el Senado sobre una proposición, al pasar de uno á otro lado de la sala (2), se reunió al grupo más pequeño, y nadie pasó detrás de él. Los demás asuntos los trataban los magistrados, según el derecho común. Tan bien cimentada

(1) El derecho de viajar por las provincias y de recibir en ellas los mismos honores que los embajadores.

(2) Cuando se votaba sobre un decreto en el Senado, el presidente hacía pasar á un lado de la sala á los que aprobaban, y al otro á los que opinaban en contra (*qui hoc censetis, illuc transite; que alia omnia in hanc partem*). Llamábase á esto votar *per discessionem*.

estaba la autoridad de los cónsules, que los embajadores de Africa acudieron á ellos en queja de César, acerca de quién les había enviado, porque no resolvía sobre su petición. Debe notarse también que se levantaba siempre delante de los cónsules, y se separaba para dejarles paso.

XXXII. Reprendió á los consulares que estaban al frente de los ejércitos, porque no daban cuenta de su conducta á los senadores y porque le pedían permiso para conceder recompensas militares, como si no tuviesen en este particular completa autoridad. Felicizó á un pretor por haber recordado en un discurso, según las antiguas costumbres, al hacerse cargo de su magistratura, las virtudes de sus antecesores. Acompañó hasta la pira los funerales de muchos ciudadanos ilustres. Había llamado á Roma los magistrados de Rhodas, que le habían escrito cartas á nombre de esta ciudad, sin terminarlas con las fórmulas ordinarias de cortesía; y lejos de tratarles mal, se contentó, antes de despedirles, con hacerles añadir estas fórmulas á sus cartas. Durante su permanencia en Rhodas, el gramático Diógenes, que solamente daba sus conferencias en sábado, le negó una lección particular, diciéndole, por medio de un esclavo, que volviese pasados siete días. Habiendo venido Diógenes á Roma, y presentándose en su casa para saludarle, Tiberio hizo le dijese que volviese pasados siete años. Gobernadores de provincias le aconsejaban que aumentase los tributos, y les contestó que «el buen pastor trasquilaba sus ovejas, pero no las desollaba.»

XXXIII. Pero á poco entró en el ejercicio de la soberanía, y aunque con variable conducta, en general con actos que contentaban á todo el mundo y con grandes inclinaciones á la utilidad pública. Al principio se dedicó á extirpar abusos y anuló muchas disposiciones del Senado, ofreciéndose en ocasiones como consejero á los magistrados reunidos en su tribunal, sentándose al lado de ellos ó en-

frente en puesto más alto. O bien, si sabía que el favor iba á salvar á algún acusado, se presentaba de pronto, y desde su puesto, ó desde el del primer juez, recordaba á los demás sus juramentos, las leyes y el delito que debían castigar. Reformó también los usos antiguos y modernos que productan corrupción en las costumbres públicas.

XXXIV. Restringió el gasto de los juegos y espectáculos, reduciendo el salario de los actores y determinando el número de gladiadores. Quejóse amargamente de que los vasos de Corinto se hubiesen elevado á exorbitante precio, y de que tres barbos se hubiesen vendido en treinta mil sextercios. Juzgó conveniente poner límites al lujo de los muebles, y de hacer fijar por el Senado anualmente el precio de los artículos de alimentación. Los ediles recibieron órdenes para mostrarse muy severos en la policía de las tabernas y de los parajes de desorden, y de no permitir que se vendiese en ellos ni siquiera pastelillos. Para dar ejemplo de economía, hacía servir en su casa, en las comidas más solemnes, viandas del día anterior, ya empezadas, como la mitad de un jabalí, diciendo que aquella mitad era tan buena como el cuerpo entero. Abolió también el uso de besarse todos los días, y prohibió prolongar más allá de las kalendas de enero el cambio de regalos de primero de año. Acostumbraba devolver en el acto y por mano propia el cuádruplo de los que le hacían; pero cansado de que le distrajesen á cada momento, durante todo el mes, á aquellos que no habían podido visitarle el primer día, no devolvió ya nada.

XXXV. Restableció la antigua costumbre de que un consejo de familia acordase por unanimidad de votos el castigo de las mujeres adúlteras que no tenían acusadores públicos. Relevó de su juramento á un caballero romano, que había prometido no repudiar jamás á su esposa, y que por consiguiente no podía expulsarla, á pesar de haberla sorprendido en adulterio con su yerno. Mujeres que habían

perdido la reputación (1), para ponerse al abrigo de las penas que dictaba contra ellas la ley, y librarse de los deberes de incómoda dignidad, habían tomado el partido de hacerse inscribir como cortesanas. Habíase visto también jóvenes libertinos de los dos primeros órdenes, hacerse tachar de infamia por un tribunal, para tener en seguida, á pesar de las prohibiciones del Senado, derecho para presentarse en el escenario del teatro ó en la arena. Tiberio los desterró á todos, para que no se creyese encontrar refugio en estos artificios. Despojó de la lactiavía á un senador que había ido á vivir en el campo por las kalendas de julio, con objeto de alquilar después en Roma casa más barata, habiendo pasado el plazo del arriendo. A otro quitó la cuestura por haber repudiado, al día siguiente de su matrimonio, á una mujer que había obtenido por sorteo la víspera.

XXXVI. Prohibió las ceremonias extranjeras, como los ritos egipcios y judaicos (2), y obligó á los que profesaban estas supersticiones á quemar las vestiduras y todos los objetos que servían para su culto. Repartió la juventud hebrea, so pretexto de servicio militar, en las provincias más insalubres. Expulsó de Roma el resto de esta nación

(1) La ley Julia de Augusto había establecido penas severas contra el adulterio. La mujer que lo cometía perdía la mitad de su dote, el tercio de los bienes y era desterrada á una isla. Para sustraerse á estas penas saliendo del derecho común, algunas hacían que las inscribiesen como cortesanas los ediles encargados de la vigilancia de los lupanares. Generalizóse tanto esta corrupción, que en 772 prohibió el Senado á todas las mujeres cuyo padre, abuelo ó marido era caballero que se inscribiesen como cortesanas. Tiberio hizo castigar indiferentemente á las unas y las otras, y continuóse imponiéndolas la pena de destierro. Papiniano añade: «Mulier, que evitandi penæ adulterii gratia lenocinium fecit, aut operas suas scenæ locavit, adulterii accusari damnarique senatusconsulto potest.»

(2) Tácito dice que el Senado hizo deportar á Cerdeña á cuatro mil libertos, como culpables de profesar la religión judía.

y á todos los que formaban parte de estas sectas, bajo pena de perpetua esclavitud si regresaban. También desterró á los astrólogos, pero les permitió volver, bajo la promesa que le hicieron de no ejercer más su arte.

XXXVII. Cuidó muy especialmente de que no se turbase la paz con asesinatos, latrocinios y sediciones. Colocó puestos militares en Italia más numerosos que antes. Estableció en Roma un campamento para las cohortes pretorianas, repartidas hasta entonces en la ciudad é inmediaciones. Reprimió con severidad los tumultos populares, y atendió principalmente á prevenirlos. Habiéndose cometido un homicidio en una cuestión sobrevenida en el teatro, desterró á los jefes de los partidos rivales y á los actores por quienes se había disputado; y nunca quiso llamarles, á pesar de cuantas instancias le hizo el pueblo. Los habitantes de Polentino habían detenido un día en una plaza el carro de un centurión primipilario y no le habían dejado partir hasta después de haber arrancado por fuerza á los herederos una cantidad de dinero para un espectáculo de gladiadores. Tiberio mandó desde Roma una cohorte y otra del reino de Cotcio, ocultando el motivo de su marcha, y entrando de repente en la ciudad por todas las puertas, desnuda la espada y al són de trompeta, encadenaron á perpetuidad á la mayor parte de los habitantes y hasta senadores. Abolió el derecho de asilo en todas partes donde lo había mantenido la costumbre. Los habitantes de Gicico habían cometido violencias contra ciudadanos romanos, y les quitó la libertad que habían ganado en la guerra contra Mitrídates. Durante su imperio no hizo ninguna expedición militar, conteniendo por medio de sus legados los movimientos de los enemigos, pero siempre tarde y como á pesar suyo. Con los reyes, manifiestamente enemigos ó sospechosos, empleó quejas y amenazas, con más frecuencia que la fuerza para contenerles. Atrajo algunos de ellos á Roma con promesas y lisonjas, y no les

dejó ya partir, encontrándose en este número Marabodo el Germano, Rhascúpolis el Tracio y Arquelao el Capadocio, cuyo reino redujo á provincia romana.

XXXVIII. Durante los dos primeros años de su advenimiento al imperio no salió de Roma, y en lo sucesivo solamente visitó las ciudades vecinas y nunca más allá de Ancio, y esto raras veces y por pocos días. Con frecuencia anunció que visitaría las provincias y los ejércitos, y casi todos los años hacía los preparativos de marcha; reteníanse los carruajes para él en el camino; preparaban las provisiones en los municipios y en las colonias, hasta consentía que se hiciesen votos solemnes por su viaje y su regreso; por esta razón se le llamaba en burla *Callipides*, nombre proverbial de un histrión griego que corría por el teatro sin avanzar nunca más de un codo.

XXXIX. Mas cuando perdió sus dos hijos, Germánico y Druso, muertos el uno en Siria y el otro Roma, se retiró á la Campania, pensando todo el mundo entonces que no volvería nunca á Roma y que sucumbiría muy pronto. En efecto, no volvió á Roma; y pocos días después de su marcha, estando cenando cerca de Terracina, en una casa de campo llamada la Gruta, desprendiéronse de la bóveda enormes piedras, que aplastaron á muchos convidados y esclavos ocupados en servirles, librándose él contra toda eperanza.

XL. Después de recorrer la Campania y haber hecho la dedicación del Capitolio en Capua, como también la del templo de Augusto en Nola, pretexto de su viaje, marchó á Capri, gustándole mucho esta isla porque solamente era abordable por un lado y por entrada muy estrecha, haciéndola inaccesible por los otros escarpadas rocas inmensamente altas y el abismo de los mares. Pero muy pronto le llamaron las reiteradas súplicas del pueblo, asustado por el desastre que acababa de ocurrir en Fidenas, donde el hundimiento de un anfiteatro había hecho perecer veinte

mil personas que presenciaban un combate de gladiadores. Pasó, pues, al continente, y se mostró tanto más accesible á todos, cuanto que, al salir de Roma, había prohibido, por medio de un edicto, que nadie se le acercase, y había alejado en todo el camino á los que se presentaban para verlo.

XLI. De regreso á su isla, abandonó el cuidado del gobierno, y desde aquella época no completó ya las decurias de los caballeros, no realizó ningún cambio en los tribunales militares, ni en los mandos de la caballería, ni en los gobernadores de las provincias. Dejó la España y la Siria sin legados consulares durante muchos años; dejó á los Parthos que ocupasen la Armenia, á los Dacios y Sármatas devastar la Mesia y á los Germanos la Galia, sin cuidarse para nada de la deshonra ni de los peligros del imperio.

XLII. A favor de la soledad y lejos de las miradas de Roma, entregóse al fin sin freno á todos los vicios que hasta entonces había disimulado, aunque mal: de ellos hablaré, y también de su origen. En los campamentos, y desde que comenzó la vida militar, se le conocía por su extraordinaria afición al vino, hasta el punto de llamarle los soldados, en vez de Tiberius *Biberius*; en vez de Claudius, *Caldius*, y en vez de Nero, *Mero* (1). Siendo emperador pasó dos días y una noche comiendo y bebiendo con Pomponio Flaco y L. Pisón, en la época misma en que trabajaba para la reforma de las costumbres públicas. Al salir de esta bacanal, dió al primero el gobierno de la Siria y al segundo la prefectura de Roma, llamándoles en los nombramientos «sus más amables compañeros y amigos de todas las horas.» Pocos días después de haber apostrofa- do rudamente en el Senado á Sestio Galo, anciano pródigo y lujurioso, tachado de infamia en otro tiempo por

(1) Todas estas palabras pueden significar *bebedor* en latín de soldadesca.

Augusto, le pidió de cenar á condición de que aquel día en nada cambiase sus costumbres y de que servirían la cena jóvenes desnudas. A muchos candidatos ilustres que pedían la cuestura, prefirió el más oscuro, porque había vaciado en la mesa un ánfora de vino que él mismo le había servido. Dió doscientos mil sextercios á Aselio Sabino por un diálogo en el que la seta, el becafigo, la ostra y el zorzal se disputaban la preeminencia. En fin, creó un nuevo cargo, la intendencia de los placeres, y con el revistió á T. Cesonio Prisco, caballero romano.

XLIII. En su retiro de Capri tenían una habitación destinada á sus desórdenes más secretos, guarnecida de lechos en derredor. Allí un grupo elegido de muchachas, de jóvenes y de disolutos, que habían inventado monstruosos placeres, y á los que llamaba sus «maestros de voluptuosidad» (*spintrias*), formaban entre sí triple cadena, y entrelazados de esta manera se prostituían en su presencia para despertar, por medio de este espectáculo, sus lánguidos deseos. Tenía además diferentes cámaras diversamente arregladas para estos placeres, adornadas con cuadros y bajo-relieves lascivos, y llenas de libros de Elephantidis, con objeto de tener en la acción modelos que imitar. Gracias á él, los bosques y las selvas no eran más que asilos consagrados á Venus, y veíase á la entrada de las grutas y en los huecos de las rocas la juventud de ambos sexos mezclada en actitud voluptuosa, con trajes de ninfas y silvanos. Así es que el pueblo, jugando con el nombre de la isla, daba á Tiberio el de *Caprineum*.

XLIV. Llevó la obscenidad más lejos aún, y hasta excesos tan difíciles de creer como de referir. Dícese que había enseñado á niños de tierna edad, á los que llamaba sus *pececillos*, á que jugasen entre sus piernas en el baño, excitándole con la lengua y los dientes, y también que, á semejanza de niños grandecitos, pero en lactancia aún, le mamasen los pechos, género de placer al que su

inclinación y edad le llevaban principalmente. Así es que habiéndole legado uno el cuadro de Parrhasio, en el que Atalante prostituye su boca á Meleagro, y dándole facultad el testamento, si le desagradaba el asunto, de recibir en su lugar un millón de sextercios, prefirió el cuadro y mandó colocarlo, como objeto sagrado, en su alcoba. Dicese también que un día, durante un sacrificio, enamorado de la belleza del que llevaba el incienso, apenas esperó á que terminase la ceremonia para satisfacer ocultamente su innoble pasión, á la que tuvo que prestarse tambien un hermano del joven, que era flautista, haciéndoles después romper las piernas porque mutuamente se echaban en cara su infamia.

XLV. Vese también hasta qué punto se burlaba de la vida de las mujeres más ilustres, por la muerte de Malonia, que, llevada á su casa, constantemente se negó á satisfacer asquerosos deseos. Hízola acusar por delatores, y no cesó durante el proceso de preguntarle si no se arrepentía. Mas habiendo podido escapar del tribunal, se refugió en su casa y se clavó una espada, después de tratarle públicamente de «anciano de boca impúdica, y que, belludo como un macho cabrío, tenía también su hediondez.» Así es que en los primeros juegos que se celebraron, todos los espectadores aplaudieron, aplicando á Tiberio este pasaje de un atelánico: «Así se ve al cabrón viejo lamer las partes sexuales de la cabra.»

XLVI. Era aficionado al dinero, y difícilmente se le arrancaba: prestábase á alimentar bien á los que le acompañaban á la guerra, pero no les daba ningún salario. Solamente se cita de él una liberalidad que pagó Augusto. Habiendo repartido aquel día toda su comitiva en tres clases, según la dignidad de cada uno, hizo distribuir á la primera seiscientos sextercios, cuatrocientos á la segunda y doscientos á la tercera, compuesta de aquellos que, sin ser amigos suyos, le eran, según decía, agradables.

XLVII. No señaló su Imperio con ningún gran monumento, ni siquiera terminó los únicos que emprendió: la construcción del templo de Augusto y la restauración del teatro de Pompeyo, comenzados muchos años antes. Tampoco dió ningún espectáculo, y rara vez asistió á los que daban los particulares: temía que se aprovechase la circunstancia para hacerle alguna petición, desde que se vió obligado por las instancias del pueblo á manumitir al cómico Accio. Alivió la penuria de algunos senadores; mas para que el ejemplo no sentase precedentes, declaró que en adelante no concedería socorros más que á los que justificasen delante del Senado las causas de su pobreza. Así fué que la mayor parte guardaron silencio por pudor y modestia, entre ellos Hortalo, nieto del orador G. Hortensio, que, con caudal muy mediano, se había casado por complacer á Augusto y se veía padre de cuatro hijos.

XLVIII. Como emperador solamente realizó dos beneficencias: la primera cuando prestó al pueblo por tres años y sin interés cien millones de sextercios; la otra, después del incendio de algunas casas situadas sobre el Monte Celio, cuando dió su valor á los propietarios. De estas dos liberalidades, la primera casi se la arrancaron los clamores del pueblo en una época en que escaseaba muchísimo el dinero, habiendo ordenado por medio de un *senatusconsulto* que los usureros colocasen en fincas agrarias las dos terceras partes de sus deudas, lo cual era generalmente imposible. La segunda la concedió á la desgracia de los tiempos, y tanto la hizo valer, que quiso que el monte Celio cambiase de nombre y se le llamase Augusto. Duplicó la cantidad que Augusto legó por testamento á los soldados; pero nada les dió, exceptuando mil dineros por plaza á los pretorianos, porque no habían favorecido los proyectos de Seyano, y algunas gratificaciones á las legiones de Siria, porque eran las únicas que no habían colocado el retrato de este favorito, como imagen veneranda, entre las

banderas militares. Rara vez concedió licencias á los veteranos, esperando que morirían de vejez en el servicio y que su muerte le sería provechosa. Tampoco hizo ninguna liberalidad á las provincias, exceptuando la del Asia, donde un terremoto había destruído muchas ciudades.

XLIX. La avaricia le llevó con el tiempo á la rapiña. Es cosa averiguada que persiguió con importunidades y amenazas, hasta disgustarle de la vida, al augur Cn. Léntulo, que poseía inmenso caudal, con el fin de arrancarle la promesa de nombrarle su único heredero; que, por complacer á Quirino, varón consular, muy rico y sin hijos, condenó á Lépida, mujer virtuosísima, repudiada veinte años antes por este Quirino acusándola él mismo de haber querido en otro tiempo envenenarle; que confiscó los bienes de los principales ciudadanos de las Galias, de las Españas, de la Siria y de la Grecia, con fútiles pretextos y absurdas acusaciones, como la de tener en dinero una parte de su caudal (1); que á muchos particulares y algunas ciudades privó de sus antiguas inmunidades, especialmente del derecho de explotar las minas (2) y de levantar impuestos; en fin, que Vonón, rey de los Parthos, arrojado por los suyos y refugiado con sus tesoros en Antioquía, fué cobardemente despojado y muerto.

L. Su aversión á sus parientes estalló en primer lugar contra su hermano Druso, mostrando una carta suya en que se hablaba de obligar á Augusto á restablecer la liber-

(1) Dícese que esta era una contravención á la ley de César, intitulada *De modo credendi possidendique intra Italiam*. Según Dión, esta ley prohibía tener en numerario más de quince mil dracmas (poco más de 13.500 pesetas); pero indudablemente esta era una ley de circunstancias á que dió lugar la escasez de dinero: además, solamente concernía á Italia, y no impedía á los principales habitantes de las provincias poseer grandes tesoros.

(2) Es decir, que Tiberio se apoderó de las minas de oro de Sex. Mario, el más rico de los españoles, que fué precipitado desde la roca Tarpeya.

tad: su odio se extendió en seguida á todos los demás. Tan lejos estuvo de tener para con su esposa Julia, que continuaba desterrada, las sencillas atenciones que impone la humanidad, que le prohibió salir de su casa y ver á nadie, á pesar de que Augusto le había dado toda una ciudad por prisión; y hasta el peculio, cuyo goce le dejaba su padre y pensión anual que le añadía, se los retiró, so pretexto de respeto á las leyes comunes y por no decir nada acerca de esto el testamento de Augusto. Hízosele odiosa su madre Livia, creyéndola rival que aspiraba á participar de su poder. Evitó verla con frecuencia, y ya no tuvo con ella largas y secretas conversaciones, temiendo se creyera que se dejaba guiar por sus consejos, á los que, sin embargo, había recurrido algunas veces, y de los que usaba en ciertas ocasiones. Parecióle muy mal que se propusiera en el Senado añadir á sus títulos y á su nombre de hijo de Augusto el de hijo de Livia. Nunca permitió que se la llamase *madre de la patria*, ni que recibiese en público ningún honor extraordinario. Hasta la advirtió con mucha frecuencia «que no se mezclase en asuntos importantes, que no convenían á las mujeres,» sobre todo desde que la vió en un incendio, cerca del templo de Vesta, intervenir en medio del pueblo y de los soldados, y apresurar los socorros lo mismo que cuando vivía su esposo.

LI. No tardó en separarse completamente de ella, y, según se dice, por la siguiente causa. Livia no cesaba de rogarle que inscribiese en las decurias á un hombre que había sido honrado ya con el derecho de ciudadanía; y al fin le dijo que consentiría en ello á condición de añadir en el cuadro de la orden «que este favor se lo había arrancado su madre.» Ofendida Livia, fué á buscar en el santuario consagrado á Augusto, y volvió en seguida á leerle las antiguas cartas de este Príncipe en que hablaba sin rebozo del carácter duro y tiránico de Tiberio. Tanto se indignó éste de que hubiesen conservado aquellas cartas y de que

se las presentase su enojada madre, que esta fué, según algunos escritores, una de las principales causas de su retirada á Capri. En los tres años que vivió aún Livia, después de su marcha de Roma, solamente la vió una vez y durante algunas horas. Después no se dignó ir á verla, ni aun cuando estuvo enferma, y después de su muerte se hizo esperar muchos días para los funerales, á que había prometido asistir, de suerte que el cuerpo estaba ya corrompido é infecto cuando lo colocaron en la pira. No quiso que se la decretaran los honores divinos, so pretexto de que ella misma lo había prohibido; declaró nulo su testamento, y consumó en poco tiempo la ruina de todos sus amigos, de todos sus protegidos, y principalmente aquellos á quienes encargó al morir el cuidado de sus funerales; y hasta uno de ellos, perteneciente al orden ecuestre, fué condenado al trabajo infamante de las bombas.

LII. Nunca tuvo amor de padre ni para su propio hijo Druso, ni para Germánico, su hijo de adopción. Odiaba en Druso su blando carácter y molicie de vida; así es que no se mostró sensible á su muerte, y, apenas terminados los funerales, se dedicó á sus acostumbradas ocupaciones y mandó abrir los tribunales. Habiendo llegado algo tarde los enviados de Troya á darle el pésame por esta pérdida, les dijo burlándose, y como quien solamente conserva vago recuerdo, «que él también se los daba por la muerte de un ciudadano tan excelente como Héctor.» Celoso de Germánico, procuraba rebajar como inútiles sus acciones más bellas, y deplorar como funestas para el Imperio sus victorias más gloriosas. Quejóse en el Senado de que Germánico se hubiese trasladado sin orden suya á Alejandría, donde de pronto se había declarado un hambre espantosa. Hasta se cree que se sirvió de Cn. Pisón, su legado en Siria, para hacerle perecer, y que éste, acusado en seguida de aquel crimen, habría mostrado órdenes de Tiberio, si no se las hubiesen sustraído secretamente. Así es que es-

criebieron en muchos parajes y de noche gritaban: «Devuélvenos á Germánico.» Tiberio mismo confirmó estas sospechas, persiguiendo cruelmente á la viuda é hijos de aquel héroe.

LIII. A su nuera Agripina, habiéndosele quejado con alguna libertad después de la muerte de su marido, la cogió del brazo, y citando un verso griego, la dijo: «Si no dominas, hija mía, te crees oprimida.» Desde aquel momento ya no se dignó hablarle; y más adelante, fundándose en que se había negado un día en su mesa á probar unas frutas que le ofreció, cesó de invitarla á sus comidas, so pretexto de que le creía capaz de envenenarla. Mas todo esto estaba convenido de antemano, y sabía que al ofrecerla aquellas frutas recibiría la negativa, porque había hecho advertirla que tuviese precaución porque querían matarla. Al fin la acusó de querer refugiarse al pie de la estatua de Augusto ó en medio de los ejércitos, y la relegó á la isla Pandateria, haciéndola azotar por medio de un centurión, que la saltó un ojo. Habiendo decidido ella dejarse morir de hambre, mandó que la abriesen por fuerza la boca para introducirla los alimentos; mas persistió en su designio y concluyó por sucumbir. Afeó su memoria con las imputaciones más odiosas, y quiso que se considerase entre los nefastos el día de su nacimiento. Hasta pretendió haberla favorecido no mandando estrangularla y arrojarla en seguida á las Gemonias; y consintió que se le alabase por tal clemencia, en un decreto de acción de gracias que consagraba al mismo tiempo un don de oro á Júpiter Capitolino.

LIV. Por Germánico tenía tres nietos, Nerón, Druso y Cayo; por Druso, uno solo, llamado Tiberio. Después de la muerte de sus hijos, recomendó á los senadores los dos mayores de Germánico, Nerón y Druso, y celebró dando un congíario al pueblo su ingreso en la carrera de las armas. Pero cuando supo que al empezar el año se habían

hecho también por la salud de éstos votos solemnes, dijo al Senado con acento de queja «que tales honores solamente debían concederse á dilatados servicios y á la edad madura.» Dejando ver así el fondo de su alma, expuso á aquellos jóvenes á las acusaciones de todos los delatores, y no hubo lazo que no les tendiesen para impulsarlos al ultraje y por el ultraje á la muerte. Él mismo les acusó en cartas, en que acumulaba las censuras más amargas: les hizo declarar enemigos públicos y en seguida morir de hambre, Nerón en la isla Pontia, y Druso en los subterráneos del palacio. Dicese que el primero se decidió á ello al ver al verdugo, que se presentaba como por orden del Senado, colocar delante de él la cuerda y los garfios, instrumentos de su suplicio. En cuanto á Druso, tan rigurosamente se le privó de alimento, que trató de comer la lana de su colchón; y los restos de aquellos desgraciados los dispersaron de suerte que difícilmente pudieran recogerlos.

LV. Tiberio se había asociado, además de sus antiguos amigos y familiares, veinte de los principales ciudadanos de Roma, á título de consejeros para los asuntos de Estado. Exceptuando dos ó tres, á todos los hizo perecer, bajo diferentes pretextos, entre otros á Elio Seyano, que arrastró en su ruina considerable número de personas, y al que había elevado al grado más alto de poder, no tanto por amistad como para tener un cómplice cuya política artificiosa le librase de los hijos de Germánico y asegurase el imperio al de Druso, su nieto según la naturaleza.

LVI. No fué más blando con los retóricos griegos, que vivían como huéspedes suyos, y cuya conversación le era muy agradable. Un dia preguntó á un tal Zenón, que afectaba lenguaje muy rebuscado, «qué dialéctica era aquella tan desagradable que usaba;» y habiéndole contestado que la dórica, le relegó á la isla Cinaria, porque creyó ver en aquella respuesta ofensiva alusión á su antigua perma-

nencia en Rhodas, donde se hablaba el dórico. Acostumbraba proponer en la mesa cuestiones tomadas de sus lecturas del día; y enterado de que el gramático Seleuco preguntaba diariamente á sus esclavos qué libro había leído, y de esta manera acudía preparado, comenzó por alejarse de su persona, y en seguida le hizo morir.

LVII. Desde la infancia reveló su carácter feroz y disimulado. Parece que el primero que lo adivinó fué su maestro de retórica Teodoro de Gadarea, y lo definió exactamente diciendo de él en enérgico lenguaje que era *πηλὸν αἷματι πικρῶν* (barro bañado en sangre). Pero este carácter apareció especialmente en el emperador y hasta en el principio de su reinado, cuando procuraba aún ganarse el favor del pueblo con apariencias de moderación. Un bromista, al ver pasar un cortejo fúnebre, encargó en alta voz al muerto que dijese á Augusto «que todavía no habían pagado los legados que hizo al pueblo romano.» Tiberio mandó prenderlo, le pagó lo que se le debía y lo mandó al suplicio, recomendándole que dijese la verdad á Augusto. Poco tiempo después, un caballero romano, llamado Pompeyo, habiendo combatido en el Senado el parecer de Tiberio, éste le amenazó con la prisión y con «hacerle cambiar el nombre de Pompeyo con el de Pompeyano,» acerba alusión al cruel destierro de los partidarios vencidos de esta familia.

LVIII. Por el mismo tiempo, habiéndole preguntado un pretor si quería que se persiguiesen los crimines de lesa majestad, le contestó que era preciso cumplir las leyes; y, en efecto, las cumplió con barbarie. Un ciudadano había quitado la cabeza á una estatua de Augusto para colocar otra en su lugar. El asunto se trató en el Senado, y como no estaba probado el hecho, sujetaron al acusado al tormento y le condenaron. Insensiblemente se llegó en este género de acusación al punto de convertir en crimen capital haber azotado á un esclavo ó cambiado de vestido

delante de la estatua de Augusto, de haber estado en las letrinas ó en paraje de desorden con un retrato de Augusto grabado en un anillo ó en una moneda (1), haberse atrevido á censurar una palabra ó un acto de Augusto. En fin, un ciudadano fué condenado á muerte por haber consentido que le tributasen honores en su provincia, en el mismo día en que se los rindieron en otro tiempo á Augusto.

LIX. Además de estos actos de crueldad gratuita, diariamente cometió otros espantosos so pretexto de administrar justicia y corregir las costumbres, pero en realidad cediendo á su carácter. Así es que muy pronto circularon versos atribuyéndole los males presentes y denunciándole como autor de los futuros.

Asper et immitis, breviter vis omnia dicam?

Dispeream, si te mater amare potest.

Non es eques. Quare? non sunt tibi millia centum:

Omnia si queras, et Rhodos exilium est.

Aurea mutasti Saturni secula, Cæsar:

Incolumi nam te ferrea semper erunt.

Fastidit vinum, quia jam sitit iste cruorem:

Tam bibit hunc avide, quam bibit ante merum.

Aspice felicem sibi, non tibe, Romule, Sullam:

Et Marium, si vis, aspice, sed reducem:

Nec non Antoni, civilia bella moventis,

Nec semel infectas aspice cœde manus:

Et dic Roma perit: regnabit sanguine multo,

Ad regnum quinquis venit ab exsilio (2).

(1) Según refiere Séneca, encontrábase el pretoriano Paulo en una cena, llevando en el dedo una piedra que ostentaba en relieve la imagen de Tiberio. Sería ridículo buscar giros para decir que cogió un orinal. Marón, uno de los delatores más famosos de la época, observó el hecho; pero el esclavo de Paulo, comprendiendo que su amo iba á caer en un lazo, aprovechó su embriaguez para quitarle el anillo, y cuando Marón tomaba á los comensales por testigos de que la imagen de su señor había sido puesta en contacto con un objeto indigno y escribía ya la denuncia, el esclavo mostró el anillo en su dedo.

(2) Te describiré en una palabra: inhumano, sanguinario; ni tu misma madre puede amarte. No eres caballero. ¿Cómo? no tienes lo

Al principio quiso Tiberio que se considerasen estos versos como obra de algunos descontentos porque las reformas atacaban sus vicios; y como expresión de ciega rabia, más bien que de razonada opinión, decía frecuentemente: «que me odien con tal de que me estimen;» pero muy pronto hizo ver cuán fundados y verdaderos eran aquellos cargos.

LX. Pocos días después de su llegada á Capri, un pescador se le acercó de pronto en momento en que estaba solo y le presentó un barbo extraordinariamente grande. Asustado Tiberio al ver aquel hombre, que había llegado hasta él escalando el tajo que rodea la isla, le hizo frotar la cara con su pescado. En medio de aquel suplicio, el pescador se felicitó de no haberle presentado también una langosta grande que había cogido; Tiberio mandó traerla é hizo que le rasgasen la cara con ella. Castigó con la muerte á un soldado pretoriano que había robado un pavo real en una huerta. Durante un viaje, habiéndose enredado entre matorrales la litera en que le llevaban, lanzóse sobre el centurión de la cohorte encargado de explorar el camino, lo arrojó al suelo y casi lo mató á golpes.

LXI. Dejando al fin de contenerse, agotó todos los géneros de crueldad. Nunca le faltaron víctimas: sucesivamente persiguió á los amigos de su madre, de sus nietos, de su nuera, de Seyano y hasta á sus simples conocidos. Pero desde la muerte de Seyano se mostró más cruel, lo

necesario para serlo; eres un criminal escapado del destierro de Rhodas. La edad de oro fué presente de los dioses; la de bronce comienza en tu odioso reinado. El vino le fastidia ya, le es insípido; ahora necesita beber sangre. Recuerde Roma el horrible pasado; Sila, grande por el crimen y feliz en tu desgracia; Mario, desplegando contra tí su furia; Antonio, promoviendo la guerra civil y ensangrentándose las manos en la matanza. Esta es, Roma, la suerte que te prepara: el que del destierro viene á reinar, reina empapándose en sangre.

cual hizo conocer que éste no tanto le excitaba al crimen como le buscaba ocasiones y pretextos. Sin embargo, en las compendiosas Memorias que ha escrito acerca de su vida ha osado decir: «que castigó á Seyano como perseguidor de los hijos de su hijo Germánico;» pero Seyano le era ya sospechoso cuando hizo perecer á uno, y ya había muerto cuando mató al otro. Demasiado largo sería referir en detalle todas estas barbaries, y me limitaré á dar idea general con algunos ejemplos. No pasó un solo día que no quedase señalado con ejecuciones, sin exceptuar siquiera los que la religión ha consagrado, ni el primero del año. Envolvía en la misma pena á la esposa é hijos de los acusados, y estaba prohibido á sus parientes llorarlos. Dábanse grandes recompensas á los acusadores, y algunas veces hasta á los testigos. Creíase bajo su palabra á los delatores. Toda acusación acarrea la muerte; una sola palabra era un crimen. Acusóse á un poeta de haber injuriado á Agamenón en una tragedia; acusóse á un historiador de haber llamado á Bruto y Casio «los últimos de los Romanos.» Estos escritores fueron castigados y destruidos sus escritos, aunque los habían publicado muchos años antes con la aprobación de Augusto, que había escuchado la lectura. Entre los prisioneros los hubo á quienes se negó hasta el consuelo del estudio, y también el alivio de conversar reunidos. Seguros de la condenación, muchos de los llamados en justicia se suicidaron para evitar los tormentos y la ignominia; otros se envenenaron en pleno Senado; pero se vendaba á los heridos y se les llevaba medio muertos y palpitantes á las prisiones públicas. No hubo un sólo condenado á quien no se arrastrase con ganchos para arrojarle á las Gemonias. Se contaron hasta veinte en un día, y entre ellos mujeres y niños. Como una costumbre antigua prohibía estrangular á las vírgenes, el verdugo las violaba primeramente y las ahorcaba en seguida. Se obligaba á vivir á los que querían morir, porque conside-

raba la muerte como pena tan ligera, que habiendo un acusado, llamado Carnulio, prevenido su ejecución, exclamó cuando lo supo: «Ese Carnulio se me ha escapado.» Un día que visitaba las prisiones contestó á un sentenciado, que le suplicaba acelerase su suplicio: «Ignoro que nos hayamos reconciliado.» Un consular refiere en sus anales que en una gran comida, á que asistía él mismo, un enano que estaba al lado de la mesa con otros bufones preguntó de pronto en voz alta á Tiberio, después de varias agudezas, por qué vivía tanto tiempo Paconio, acusado de lesa majestad; que el Príncipe reprimió en el acto la libertad de su lengua, pero á los pocos días escribió al Senado para que acordase sin demora la pena que debía imponerse á Paconio.

LXII. Su crueldad no conoció freno ni límites cuando supo al fin que su hijo Druso, á quien creía muerto á consecuencia de una enfermedad producida por su intemperancia, había sido envenenado por su esposa Lavila y por Seyano. Entonces multiplicó sin compasión contra todos indistintamente las torturas y los suplicios; y durante días enteros le absorbió tan por completo este proceso, que habiendo llegado á Roma un Rhodiano, huésped suyo, llamado por cartas amistosas de Tiberio, cuando le anunciaron su presencia, mandó que en seguida le diesen tormento, persuadido de que acababan de traerle á alguno de los que esperaba la tortura. Cuando se descubrió el error, le hizo matar para ahogar los rumores. Todavía se enseña en Capri el lugar de las ejecuciones, que es una roca desde donde, en presencia y á una señal suya, arrojaban al mar á los sentenciados, después de tormentos tan largos como inauditos. Abajo les esperaban marineros que descargaban sobre los cuerpos golpes con los remos por si acaso quedaba en ellos un soplo de vida. Entre otras invenciones atroces, había imaginado hacer beber á algunos convidados, á fuerza de péfidas instancias, gran cantidad de vino,

y en seguida les hacía ligar el miembro viril para que sufriesen á la vez el dolor de la ligadura y la ardiente necesidad de orinar. Si no se le hubiese adelantado la muerte, y si Thrasilo, previendo, según dicen, este acontecimiento no le hubiese decidido con esperanzas de larga vida á aplazar algunas de sus venganzas, hubiera hecho perecer muchas personas más, y sin duda no habría perdonado á ninguno de sus otros nietos. Cayo le era sospechoso, y el joven Tiberio, como hijo adulterino, solamente le inspiraba desprecio. Hace verosímil esta opinión el haberle oído frecuentemente envidiar á Príamo «la felicidad de haber sobrevivido á todos los suyos.»

LXIII. Muchas pruebas existen de que en medio de tantos horrores le odiaron, le execraron universalmente, y hasta le persiguieron los terrores del crimen y los ultrajes de algunos hombres. Prohibió consultar en secreto y sin testigos los arúspices. Intentó suprimir los oráculos inmediatos á Roma; pero renunció á ello aterrado por un prodigio que protegió los vaticinios de Prenesto, que á pesar de haberlos llevado sellados á Roma, no los encontraron en el cofre en que los encerraron, y no reaparecieron hasta que este cofre quedó colocado en el templo. Ocurrióle nombrar consulares para el gobierno de algunas provincias y no atreverse á enviarlos á ellas: reteníales á su lado, y al cabo de algunos años, les daba sucesores, estando ellos presentes. Mas como les dejaba en Roma el título de su cargo, les comunicaba algunos asuntos, que éstos hacían resolver á sus coadjutores y legados.

LXIV. Después de la condenación de su nuera y nietos, nunca les hizo cambiar de residencia sino encadenados y en litera bien cerrada, con guardia que impedía á los viajeros y transeuntes mirar ó detenerse.

LXV. Cuando se decidió á perder á Seyano, que conspiraba contra él, y cuyo poder estaba tan cimentado que

se celebraba públicamente el día de su nacimiento y se veneraban sus doradas estatuas, empleó la astucia y la sutileza más bien que la autoridad del poder. En primer lugar, para alejarle de él con honroso pretexto, le tomó por colega en su quinto consulado, que pidió con este objeto, aunque ausente y á largo intervalo del anterior: en seguida le lisonjeó con la esperanza de una unión de familia y con el poder tribunicio, y de pronto le acusó ante el Senado, en vil y miserable oración, dirigiendo á los senadores entre otras súplicas la de que «le enviasen uno de los cónsules con encargo de conducir á su presencia, con escolta militar, al viejo emperador, á quien todos abandonaban.» No bastaron estas precauciones para tranquilizarle: temiendo turbulencias, mandó que en caso de alarma pusiesen en libertad á su nieto Druso, que continuaba preso en Roma, y le diesen el mando de las fuerzas militares. Tenía también naves preparadas para refugiarse en algunos de los ejércitos, y esperaba en lo alto de una roca las señales que había mandado le hiciesen desde lo más lejos posible, con objeto de quedar prontamente advertido de todo lo que ocurriese, porque podían interceptar los mensajes. Cuando quedó sofocada la conjuración de Seyano, no se mostró más tranquilo ni más confiado, y, durante los nueve meses que siguieron, permaneció encerrado en su casa de campo, llamada casa de Júpiter.

LXVI. A sus inquietudes se unía el disgusto de verse injuriado incesantemente, porque no había un sentenciado que no le execrase frente á frente ó en libelos que se encontraban en la orquesta. Mostrábase diversamente afectado por esto: unas veces la vergüenza le hacía desear que quedasen ignorados todos los ultrajes; otras fingía despreciarlos y los repetía él mismo haciéndolos públicos. Nada le disgustó tanto como una carta de Artabán, rey de los Parthos, que le censuraba sus asesinatos, su cobardía, sus desórdenes, y le exhortaba á dar satisfacción cuanto antes,

por medio de voluntaria muerte, al justo é implacable odio de sus conciudadanos.

LXVII. En fin, hecho odioso á sí mismo, reveló su triste estado hasta en una carta dirigida al Senado, que empezaba así: «¿Qué os escribiré, padres conscriptos, ó cómo debo escribiros, ó qué no os escribiré en la situación en que me encuentro? Si lo sé, que los dioses y diosas me hagan perecer más miserablemente de lo que me siento perecer todos los días.» Algunos creen que el conocimiento que poseía del porvenir le había revelado su suerte, y que sabía muy de antemano cuánta infamia y amargura le esperaban en aquella época. En previsión de esto, dicen, al tomar posesión del Imperio, rehusó con obstinación el título de PADRE DE LA PATRIA, y el privilegio de que se jurase por sus actos, temiendo que tan grandes honores, de los que sería muy pronto indigno, hiciesen resaltar más y más su envilecimiento. Esto al menos es lo que puede deducirse del discurso que pronunció en aquella circunstancia, cuando dijo: «que siempre sería semejante á sí mismo y no cambiaría sus costumbres mientras conservase la razón; pero que el Senado no debía dar el peligroso ejemplo de jurar obediencia á los actos de cualquiera que fuese, estando todos sujetos á cambiar;» ó cuando añadió: «Si alguna vez llegáis á poner en duda la pureza de mis costumbres y mi abnegación hacia vosotros (¡y ojalá llegue mi último día antes que tal desgracia!) ese nombre de PADRE DE LA PATRIA nada añadirá á mi honor; y vosotros mereceréis la censura de habérmelo otorgado con ligereza, ó de haber formado en seguida de mi opinión contraria á la primera.»

LXVIII. Era grueso y robusto, y su estatura mayor que la ordinaria, ancho de hombros y de pecho, gallardo y bien proporcionado. Tenía la mano izquierda más robusta y ágil que la otra, y tan fuertes las articulaciones, que traspasaba con el dedo una manzana, y de un capirote he-

ría la cabeza de un niño y hasta la de un joven. Tenía blanca la tez, los cabellos algo largos por la espalda y cayéndole sobre el cuello, según costumbre de su familia. El semblante hermoso, pero sujeto á cubrirse repentinamente de granos; los ojos muy grandes, y, cosa extraña, veía también de noche y en la oscuridad, pero durante poco tiempo y cuando acababa de dormir; después su vista se oscurecía poco á poco. Marchaba con la cabeza inmóvil y baja, con aspecto triste y casi siempre en silencio. No dirigía ni una palabra á los que le rodeaban; ó si les hablaba, lo cual era muy raro, era con lentitud y con blanda gesticulación de dedos. Augusto había observado sus costumbres desagradables y arrogantes, y trató más de una vez de excusarlas ante el pueblo y el Senado «como defectos hijos de la naturaleza y no del carácter.» Gozó de salud poco menos que inalterable durante casi todo el tiempo de su reinado, aunque desde la edad de treinta años la dirigía á su antojo, sin ayuda ni consejo de ningún médico.

LXIX. Tenía tanto menos celo por los dioses y la religión, cuanto que se había entregado á la astrología y estaba persuadido de que todo lo dirigía el hado. Sin embargo, temía extraordinariamente á los truenos, y cuando había tempestad, llevaba en la cabeza una corona de laurel, por tener estas hojas la virtud de separar el rayo.

LXX. Cultivó con ardor las letras griegas y latinas, y eligió por modelo, entre los oradores de Roma, á Mesala Corvino, cuya labcriosa ancianidad había admirado desde muy joven; pero oscurecía su estilo á fuerza de afectación y extrañas formas: lo que improvisaba valía algunas veces más que lo que había meditado. Compuso un poema lírico titulado *Quejas sobre la muerte de L. César*. Escribió también poesías griegas, en las que imitó á Euforión, Rhiano y Parthenio, autores que le deleitaban, y cuyas obras y retratos hizo colocar en las bibliotecas públicas entre los de

los escritores antiguos más ilustres; por esta razón, muchos eruditos le dirigieron comentarios sobre estos poetas. Mostró también por la historia de la fábula un gusto que llegaba hasta el ridículo y lo absurdo. Así, pues, para experimentar el saber de los gramáticos, de los que, como ya hemos dicho, formaba su sociedad habitual, les proponía cuestiones como esta: «¿Quién era la madre de Hécubo? ¿Cuál era el nombre de Aquiles entre las doncellas? ¿Qué cantaban ordinariamente las sirenas?» El día que entró por primera vez en el Senado después de la muerte de Augusto, para satisfacer á la vez la piedad filial y la religión, creyó deber ofrecer, como ofreció Minos después de la muerte de su hijo, sacrificio de vino é incienso, pero sin tocar la flauta.

LXXI. Aunque hablaba con facilidad la lengua griega, no la usaba en todas las ocasiones, absteniéndose sobre todo de ella en el Senado; y habiendo empleado un día la palabra *monopolio* pidió perdón por aquel vocablo de origen extranjero. Otro día, cuando leían delante de él un decreto de los senadores en el que se encontraba la palabra griega *ἐμβλημα* (incrustaciones de oro), opinó que debía cambiarse aquel término extraño y que lo reemplazasen con expresión latina, y si no la había que se recurriese á una perifrasis. Prohibió á un soldado, á quien se pedía testimonio en griego, que contestase de otra manera que en latín.

LXXII. Durante todo el tiempo de su retiro, solamente dos veces trató de volver á Roma. La primera vino en una trirreme hasta los jardines inmediatos á la Naumaquia, habiendo colocado soldados en las dos orillas del Tiber para separar á cuantos salieran á recibirle: la segunda llegó por la vía Apia hasta siete millas de Roma; pero no hizo más que mirar las murallas y volvió atrás. En esta ocasión le había asustado un prodigio, porque en el primer viaje no se sabe bien la causa de su regreso. Tenía una serpiente

de la especie de los dragones, que criaba por placer y alimentaba con su mano: encontr6la comida por las hormigas, y un augur le advirti6 entonces que temiese las fuerzas de la multitud. Volvi6, pues, apresuradamente 6 Campania, y cay6 enfermo en Astura; y despu6s, sinti6ndose mejor, prosigui6 hasta Circeya. All6, para que no se sospechase su enfermedad, asisti6 6 los juegos militares, y hasta lanz6 dardos 6 un jaball6 soltado en la arena; pero estos esfuerzos le dieron dolor de costado, el aire le sorprendi6 estando caliente, y volvi6 6 caer peligrosamente enfermo. Sin embargo, resisti6 alg6n tiempo a6n, y habi6ndose hecho llevar hasta Misena, nada suprimi6 de su ordinario g6nero de vida, ni siquiera los festines y dem6s placeres, bien por intemperancia, bien por disimulo. Un d6a en que, al levantarse de la mesa y en el momento de dejarla, el m6dico Caricles le hab6a cogido la mano para bes6rsela, crey6 que procuraba examinarle el pulso, le rog6 que volviese 6 sentarse y prolong6 la comida. Ni siquiera se abstuvo aquel d6a de su costumbre de permanecer en pie despu6s de la comida en medio del comedor, con un licitor 6 su lado, para recibir la despedida de todos los convidados y despedirles 6l mismo.

LXXIII. Entretanto, habiendo le6do en las actas del Senado «que hab6an declarado absueltos, sin o6rles siquiera,» 6 muchos acusados acerca de los cuales se hab6a limitado 6 escribir que los hab6a nombrado un denunciador, pens6 estremeci6ndose que se despreciaba su autoridad, y quiso volver 6 Capri, de cualquier manera que fuese, no atrevi6ndose 6 emprender nada sino al abrigo de sus rocas. Pero detenido por vientos contrarios y los progresos de la enfermedad, par6 en una casa de campo de L6culo y muri6 en ella 6 los setenta y ocho a6os de edad, y veintitres de su imperio, el 17 de las kalendas de abril (16 de marzo), bajo el consulado de Cn. Acerronio Pr6culo y de C. Poncio Nigrino. Existe quien cree que Cal6gula le hab6a

dato un veneno lento; otros, que le impidieron comer, en un momento en que le había abandonado la calentura; y algunos, en fin, que le ahogaron debajo de un colchón, porque, recobrado el conocimiento, reclamaba su anillo que le habían quitado durante su desvanecimiento. Séneca ha escrito que, sintiendo cercano su fin, se había quitado el anillo como para darlo á alguien; que después de tenerlo algunos instantes, se lo había puesto otra vez en el dedo, permaneciendo largo tiempo inmóvil, con la mano izquierda fuertemente cerrada; que de pronto había llamado á sus esclavos, y que, no habiéndole contestado nadie, se levantó precipitadamente, pero que faltándole las fuerzas, cayó muerto al lado de su lecho.

LXXIV. En el último aniversario de su nacimiento, vió en sueños á Apolo Temenites, cuya enorme y admirable estatua había hecho traer de Siracusa para colocarla en la biblioteca de un templo nuevo, y que le dijo «que no sería él quien la consagraria.» Pocos días antes de su muerte, un terremoto derribó en Capri la torre del faro. En Misena, cenizas calientes y carbones que habían llevado para calentar el comedor, habiéndose extinguido y enfriado, se encendieron de pronto por la tarde y ardieron hasta muy entrada la noche.

LXXV. A la noticia de su muerte fué tanta la alegría en Roma, que todos corrían por las calles, gritando unos: «Tiberio al Tiber;» otros pidiendo «á la madre Tierra y á los dioses Manes que solamente entre los impíos concediesen lugar al muerto;» otros, en fin, amenazando al cadáver con el garfio de las Gemonias. Al recuerdo de sus antiguas barbaries se unía el horror por una crueldad reciente. Un senatusconsulto había establecido que el suplicio de los condenados se diferiría siempre hasta el décimo día; ahora bien, algunos desgraciados debían ser ejecutados precisamente el día en que se supo la muerte de Tiberio, é imploraban la compasión pública. Pero como aun no ha-

bía nadie á quien dirigirse, estando todavía ausente Cayo, los guardias, temiendo faltar á lo mandado, los estrangularon y arrojaron á las Gemonias. Esto aumentó el odio contra el tirano, cuya barbarie se hacía sentir aun después de su muerte. Cuando trasladaron su cuerpo de Misena, la mayor parte de los habitantes gritaron «que era necesario chamuscarle en el anfiteatro de Atela» (1); pero los soldados le llevaron á Roma y lo quemaron con las ceremonias ordinarias.

LXXVI. Dos años antes de su muerte había hecho testamento, existiendo de él dos ejemplares, uno de su puño, el otro del de un liberto, pero los dos perfectamente idénticos y firmados con nombres muy oscuros. Instituíó herederos, por partes iguales, á sus nietos Cayo y Tiberio (que lo eran el primero por Germánico y el segundo por Druso), y los sustituía el uno al otro. También dejaba legados á muchas personas, entre otras á las Vestales, á todos los soldados, al pueblo romano y á los inspectores de los barrios.

(1) Atela era un municipio entre Capua y Nápoles. La ignominia para Tiberio consistía en que no le llevasen á Roma y que lo quemaran en un municipio oscuro.

CAYO CALÍGULA.

I. Germánico, padre de C. César é hijo de Druso y de la Antonia menor, fué adoptado por Tiberio, su tío paterno: ejerció la cuestura cinco años antes de los que exigían las leyes, é inmediatamente después el consulado: enviado á Germania para tomar allí el mando del ejército, contuvo con tanta energía como fidelidad á todas las legiones, que á la noticia de la muerte de Augusto, se negaban obstinamente á reconocer á Tiberio por emperador y le ofrecían á él mismo el mando supremo del Estado; y venciendo poco después al enemigo, regresó para recibir los honores triunfales en Roma. Creósele cónsul por segunda vez, pero antes de entrar en funciones fué, por decirlo así, expulsado de la Ciudad por Tiberio, que lo mandó á pacificar el Oriente. Después de haber vencido al rey de Armenia, redujo la Capadocia á provincia romana y murió en Antioquía, á la edad de treinta y cuatro años, de una enfermedad de languidez que dió lugar á sospechas de envenenamiento. En efecto, además de las manchas lívidas que tenía en todo el cuerpo y la espuma que le salía de la boca, notóse, cuando le quemaron, que el corazón permaneció intacto; ahora bien, créese comúnmente que el corazón impregnado de veneno resiste al fuego.

II. Creyóse que murió víctima del odio de Tiberio y merced á la activa complicidad de Cn. Pisón. Este Pisón, investido por aquella época del gobierno de la Siria, se creía obligado, según decía, por imperiosa necesidad, á ser enemigo del padre ó del hijo, y no cesó de inferir á Germánico, hasta durante su enfermedad, todo género de ultrajes con sus palabras y conducta: así fué que, al regresar á Roma, estuvo á punto de que le despedazase el pueblo, y el Senado le condenó á muerte.

III. Sabido es que Germánico poseía todas las cualidades mejores de cuerpo y alma, y en grado que nadie alcanzó jamás; valor y belleza singulares: gran superioridad de elocuencia y saber en las dos lenguas; admirable bondad de alma, y, con grande deseo de agradar y de que le amasen, maravilloso talento para conseguirlo. El único defecto que contrastaba con su belleza, era tener algo débiles las piernas; pero lo corrigió con la costumbre de montar á caballo después de las comidas. Atacó cuerpo á cuerpo y mató por su mano á muchos enemigos. Defendió ante los jueces muchas causas hasta después de conseguidos los honores del triunfo, y entre otros monumentos de su estudio, nos ha dejado comedias griegas. Era igualmente afable en la vida pública y en la privada. Entraba sin lictores en las ciudades libres y aliadas de Roma, y donde quiera que veía la tumba de un grande hombre, ofrecía sacrificios á sus manes. Queriendo reunir en un solo sepulcro las osamentas, desde mucho tiempo dispersas, de los soldados degollados en la derrota de Varo, las recogió por su mano y las llevó él mismo. Solamente oponía á sus detractores, cualquiera que fuese la causa de su enemistad, dulzura y moderación. Pisón había roto sus decretos y maltratado á sus clientes, y no le mostró resentimiento hasta que le vió emplear contra él los maleficios y prácticas odiosas de religión: y entonces se limitó á renunciar públicamente á su amistad, según la costumbre

antigua, y á confiar á los suyos su venganza si le ocurría alguna desgracia.

IV. Hermoso fruto recogió de tantas virtudes, é inspiró tal aprecio y tal amor á sus parientes, que Augusto (y no hablo de los demás) dudó por largo tiempo si lo elegiría sucesor, é hizo que le adoptase Tiberio. Hasta tal punto gozaba también del favor popular, que, según el testimonio de la mayor parte de los autores, la inmensa multitud que, á su llegada ó salida, se precipitaba á recibirle ó despedirle, le hizo correr más de una vez peligro de muerte. Cuando regresó de Germania, después de haber apaciguado allí las sediciones, salieron á recibirle todas las cohortes pretorianas, á pesar de que solamente se había dado orden de hacerlo á dos de ellas; y los habitantes de todo sexo, edad y condición, llenaron el camino hasta veinte millas de Roma.

V. Pero más grandes y enérgicos testimonios de cariño brotaron á la noticia de su muerte y mucho después. El día en que murió apedrearon los templos y derribaron las estatuas de los dioses; algunos ciudadanos arrojaron á la calle sus dioses lares ó expusieron sus hijos recién nacidos. Hasta se dice que los bárbaros, en guerra entonces unos contra otros, consintieron, como por luto universal, en una tregua; que algunos príncipes, en señal de profundo dolor, se cortaron la barba é hicieron afeitar la cabeza á sus mujeres; en fin, que el Rey de los reyes (1) se abstuvo de la caza y no admitió á su mesa á los grandes; lo que equivalía entre los Parthos á suspender la administración de justicia.

VI. Consternada, afligida la población de Roma á la primera noticia de su enfermedad, esperaba ansiosamente otros correos. De pronto, al oscurecer, se difundió sin saber cómo la nueva de que Germánico se encontraba

(1) El Rey de los Parthos.

restablecido, y en seguida corrieron al Capitolio con antorchas y víctimas, y casi derribaron las puertas del templo impulsados por la impaciencia de ofrecer á los dioses acciones de gracias. Tiberio dormido, despierta á los alegres gritos del exterior y las voces que cantan: «¡Roma salvada, salvada la patria; Germánico se ha salvado!» Mas cuando se supo con certeza su muerte, ningún consuelo, ningún edicto pudo poner límites al dolor público, que duró hasta en las fiestas del mes de diciembre. Las abominaciones de los tiempos que siguieron aumentaron más aún su gloria y el sentimiento de su pérdida, estando persuadido todo el mundo, y con razón, de que el respeto y temor que inspiraba á Tiberio servían de freno á la crueldad de éste, crueldad que, en efecto, no tardó en desbordar.

VII. Germánico había casado con Agripina, hija de M. Agripa y de Julia, y tuvo nueve hijos, de los que dos murieron de corta edad, y otro al salir de la infancia. Éste poseía ya muchos atractivos: Livia consagró su estatua en traje de cupido en el templo de Venus, en el Capitolio; Augusto tenía su retrato en su cámara, y lo besaba siempre que entraba. Los demás sobrevivieron á su padre; á saber: tres hijas, Agripina, Drusila y Livila, nacidas en el espacio de tres años consecutivos, y tres varones, Nerón, Druso y C. César. El Senado declaró enemigos públicos á Nerón y Druso por acusación de Tiberio.

VIII. C. César nació la víspera de las kalendas de setiembre, bajo el consulado de su padre y de C. Fonteyo Capito. Existe mucha diversidad de opiniones en cuanto al lugar donde nació. Cn. Léntulo Getúlico pretende que en Tibur; Plinio, en Tréberis, en una aldea del cantón Ambiancino, más allá de Coblentza, y aun añade como prueba, que se enseña allí un altar con esta inscripción: OB AGRIPPINÆ PUERPERIUM (al parto de Agripina). Unos versos publicados al principio de su reinado le hacen nacer entre las legiones durante los cuarteles de invierno:

In castris natus, patriis nutritus in armis,
Jam designati principis omen erat (1).

Por mi parte encuentro en los archivos que vió la luz en Anzio. Plinio afea á Gentílico que por adulación dijese una mentira que debía lisonjear la venidad de un joven y glorioso Emperador, dándole por cuna una ciudad consagrada á Hércules. Pretende que le alentó para esta impudente falsedad el hecho de que un año antes del nacimiento de Calígula había venido al mundo en Tibur otro hijo de Germánico llamado C. César, aquel de quien hemos recordado la graciosa infancia y prematura muerte. Pero las fechas combaten á su vez á Plinio, porque los que han escrito la historia de Augusto concuerdan al decir que no fué enviado Germánico á la Galia hasta después de su consulado, habiendo nacido ya Cayo. La inscripción de que habla Plinio tampoco prueba nada en favor de su sentir, puesto que Agripina dió á luz dos hijas en el país donde se ven estos altares, y que la palabra *puerperium* se aplica á todos los partos sin distinción del sexo del nacido, habiendo llamado frecuentemente nuestros mayores á las hijas *pueras* y á los hijos *puellos*. Consérvase también una carta de Augusto, escrita pocos meses antes de su muerte á su nieta Agripina, relativa á este Cayo, porque no existía entonces otro niño de este nombre: «Ayer convine con Talarío y Aselio, que partirán, si place á los dioses, el 15 de las kalendas de junio, para llevarte al niño Cayo. Envío también con él un médico de mi casa, y escribo á Germánico para que le conserve ahí si le agrada. Que sigas bien, mi querida Agripina, y procura llegar con buena salud al lado de tu Germánico.» Esta carta indica suficientemente, á lo que creo, que Cayo no nació en el ejército, puesto que tenía cerca de dos años

(1) Nacido en los campamentos, alimentado en las armas patrias, designado estaba ya para el supremo mando.

cuando le mandaron desde Roma. Razón es esta también para no dar fe á los versos que he citado, tanto más, cuanto que se desconoce al autor. Necesario es, pues, atenerse á la autoridad de los anales públicos, que es lo único que queda en medio de estas incertidumbres. Además, sábese que Cayo prefirió á Anzio á todos sus demás retiros, y que siempre lo quiso como se quiere el lugar del nacimiento; y hasta se dice que, disgustado de Roma, tuvo el proyecto de trasladar allí la sede del Imperio.

IX. El sobrenombre de *Calígula* era mote militar, y se lo habían dado á causa de un calzado de soldado (1) que había usado en su infancia en los campamentos. Los soldados, que le habían visto crecer y educarse entre ellos, le profesaban increíble cariño, y fué elocuente prueba de ello el que, á la muerte de Augusto, su presencia bastó para calmar el furor de las tropas insurreccionadas. Y en efecto, no se amansaron hasta que se convencieron de que querían alejarle del peligroso teatro de la sedición y llevarle al territorio de otro pueblo. Cediendo al arrepentimiento, se precipitaron delante de su carruaje, lo detuvieron, y suplicaron encarecidamente que no les hiciesen aquella afrenta.

X. Acompañó también á su padre en la expedición de Siria. Á su regreso, permaneció primeramente en la casa de su madre, y cuando desterraron á ésta, en la de su bisabuela Livia Augusta, cuyo elogio fúnebre pronunció en la tribuna de las arengas, llevando todavía la toga pretexta. En seguida pasó con su abuela Antonia. Á los veintiun años lo llamó Tiberio á Capri, y en un solo día le hizo tomar la toga y cortar la barba, sin otorgarle ninguna de las distinciones con que señaló la entrada de sus hermanos en la vida pública. Objeto de mil asechanzas y de pérdidas

(1) Llamaban caliga á un calzado guarnecido de clayos que usaban los simples soldados.

instigaciones por parte de aquellos que querían arrancarle quejas, no dió pretexto alguno á la malignidad, pareciendo que ignoraba la desgraciada suerte de todos los suyos. Con increíble disimulo devoraba sus propias ofensas, y mostraba á Tiberio y á cuantos le rodeaban tanta cortesía, que con razón hizo decir de él «que nunca existió mejor esclavo ni peor amo.»

XI. Sin embargo, en aquel mismo tiempo no podía ocultar sus bajas y crueles inclinaciones, siendo uno de sus placeres más gratos presenciar las torturas y el último suplicio de los condenados. Por la noche acudía á los malos parajes y adulterios, envuelto en amplio manto y ocultando la cabeza bajo cabellos postizos. Tenía especial pasión por el baile teatral y por el canto. Tiberio no contrariaba estos gustos, que, según creía, podían dulcificar su índole feroz, habiendo comprendido tan bien el penetrante anciano aquel carácter, que decía con frecuencia: «Dejo vivir á Cayo para su desgracia y para la de todos;» ó bien: «Crío una serpiente para el pueblo y otro Faetón para el universo.»

XII. Poco tiempo después casó Cayo con Junia Claudia, hija de M. Silano, varón nobilísimo. En seguida fué designado augur en el puesto de su hermano Druso, y antes de entrar en funciones pasó, por extraordinario favor, al pontificado. Tiberio, que no veía en la casa imperial, desierta y devastada, otro apoyo que Cayo (1), y en Seyano un ministro sospechoso, un enemigo del que no tardó en deshacerse, ponía á prueba de esta manera el carácter y adhesión de su nieto, á quien acercaba poco á poco á la sucesión. Para estar más seguro de conseguirla, Cayo, que acababa de perder á Junia, muerta de parto, solicitó los

(1) En efecto, la muerte había arrebatado á Germánico y Druso, hijos de Tiberio, así como á los hermanos de Calígula, Druso y Nerón. Muerta Junia de parto. Dión, refiere esta muerte al año 790. Tácito está de acuerdo con Suetonio en referirla al año 789.

favores de Ennia Nevia, esposa de Macrón (1) jefe de las cohortes pretorianas, prometiéndola casarse con ella cuando poseyese el mando supremo, obligándose á ello por juramento y por escrito. Cuando, por medio de ella, ganó á Macrón, no vaciló, según pretenden algunos autores, en envenenar á Tiberio. Aun respiraba éste cuando Cayo le quitó el anillo, y como el moribundo mostraba querer conservarlo hasta el fin, hizo arrojarle encima un colchón, ó tal vez le estranguló con sus manos. Un liberto, á quien esta crueldad arrancó un grito, fué crucificado en seguida. Este relato parece tanto más verosímil, cuanto que, según algunos historiadores, el mismo Calígula se alabó más adelante, si no de haber cometido este parrieidio, al menos de haberlo meditado. En efecto, con frecuencia se le oía vanagloriarse cuando exageraba su cariño á su familia «de haber entrado con un puñal en la mano en la cámara de Tiberio dormido, para vengar la muerte de su madre y de sus hermanos; pero la piedad, añadía, le había contenido, había arrojado el arma y se había retirado, sin que Tiberio, que lo había visto, se atreviese á acusarlo ó á castigarlo.»

XIII. Así llegó al imperio, al que le llamaban los votos del pueblo romano, y hasta diré del mundo entero; querido de las provincias y de los ejércitos, que le habían visto niño; querido de los habitantes de Roma, que amaban en él la memoria de su padre Germánico y el último vástago de una familia desgraciada. Así es que, desde que partió de Misena, aunque seguía en traje de duelo el cortejo fúnebre de Tiberio, continuó su marcha entre altares adornados con flores, con víctimas preparadas ya, antorchas encendidas y acompañándole alegres aclamaciones de in-

(1) Nevio Sertorio Macrón había ayudado á Tiberio á derribar á Seyano, á quien sucedió en el mando de las tropas pretorianas. Según Tácito, hay motivo para sospechar que el mismo Macrón fué quien, por miras ambiciosas, indujo á su esposa á que sedujese á Calígula, que más adelante le hizo perecer.

mensa multitud, que había salido á su encuentro y le prodigaba los nombres más tiernos, llamándole *estrella, hijo, niño, discípulo*.

XIV. Apenas entrado en Roma, por consentimiento unánime del Senado y del pueblo, que había invadido la asamblea, se le reconoció como único árbitro y dueño del Estado, con desprecio del testamento de Tiberio que le daba por coheredero á su otro nieto, niño á la sazón (1). Tal fué el regocijo público, que en menos de tres meses se degollaron, según dicen, más de ciento sesenta mil víctimas. Habiendo ido Cayo pocos días después á visitar las islas de la Campania, se hicieron votos públicos por su regreso: con tanto apresuramiento se aprovechaba cualquier coyuntura para mostrarle el tierno interés que tenían por su conservación. Por el mismo tiempo cayó enfermo (2), y todo el pueblo pasó la noche en derredor de su palacio, y hubo Romanos que, á precio de su restablecimiento, hicieron voto de combatir en la arena y de inmolarse á los dioses como víctimas expiatorias. A este inmenso cariño de los ciudadanos uníase el notable amor de los mismos extranjeros. Artabán, rey de los Parthos, que nunca había ocultado su odio y desprecio á Tiberio, solicitó la amistad de Cayo, celebrando á este efecto una entrevista con un legado consular, y, atravesando el Eufrates, rindió culto á las águilas romanas y á las imágenes de los Césares.

XV. Excitaba el cariño público por todos los medios de popularidad. Después de pronunciar en la tribuna, vertiendo abundantes lágrimas, el elogio fúnebre de Tiberio y de haberle hecho magníficos funerales, marchó en seguida á las islas Pandataria y Poncia, para recoger las cenizas

(1) En efecto, Tiberio había dispuesto que su nieto Tiberio compartiese su herencia con Calígula.

(2) Philón atribuye á su intemperancia esta enfermedad que padeció á los ocho meses de su mando.

de su madre y de su hermano, y en medio de tremenda tempestad para que resaltara mejor su piadoso apresuramiento. Acercóse á aquellas cenizas con grandes muestras de veneración, colocólas por sí mismo en dos urnas, y las acompañó hasta Ostia, con la misma ostentación de dolor, en una birreme que llevaba un estandarte muy grande en la popa. Desde allí las llevó por el Tíber hasta Roma, donde las recibieron los más distinguidos del orden ecuestre, y colocándolas sobre unas angarillas, las depositaron en pleno día en el Mausoleo. Estableció en honor suyo ceremonias fúnebres anuales, y además, por su madre, juegos en el Circo, en los que habían de pasear solemnemente su imagen en un carro, como las de los dioses. En memoria de su padre llamó *Germánico* al mes de setiembre. Hizo en seguida conceder á su abuela Antonia, por un solo senatusconsulto todos los honores otorgados en diferentes tiempos á Livia, esposa de Augusto. Tomó por colega en el consulado á Claudio (1), su tío paterno, que era todavía simple caballero romano. Adoptó á su primo Tiberio el día en que éste tomó la toga viril, y le dió el título de *príncipe de la juventud*. En cuanto á sus hermanas, quiso que se añadiese esta fórmula á todos los juramentos: NI Á MÍ MISMO NI Á MIS HIJOS AMARÉ TANTO COMO Á CAYO Y SUS HERMANAS; y en las comunicaciones de los cónsules: POR LA FELICIDAD Y PROSPERIDAD DE C. CÉSAR Y DE SUS HERMANAS. Avido siempre de popularidad, rehabilitó á los condenados y desterrados y suspendió todas las persecuciones anteriores á su advenimiento. Hizo llevar al Foro todos los comentarios relativos al proceso formado á su madre y hermanos, y después de asegurar públicamente por los dioses que no había leído ni siquiera tocado ninguno de aquellos documen-

(1) En 790 fué cuando tomó á su tío Cláudio por colega en el consulado. Tiberio le había mantenido constantemente alejado de los honores que daban acceso al Senado.

tos, los quemó todos (1) para que no quedase causa de temor á ningún delator ó testigo. Un día se negó á recibir un escrito que le presentaban como interesante para su vida, y contestó «que nada había hecho que pudiese atraerle el odio de nadie,» y aseguró que no tenía oídos para los delatores.

XVI. Desterró de Roma á los inventores de orgías monstruosas (2), y hasta costó mucho trabajo impedir que los ahogase en el mar (3). Hizo buscar las obras de Tito Labieno, de Cordo Cremucio y de Casio Severo, que el Senado había suprimido, y permitió su copia y lectura, diciendo que estaba personalmente interesado en que se escribiese con fidelidad la historia. Publicó las cuentas del Imperio, uso que introdujo Augusto y que desdeñó Tiberio. Dió á los magistrados jurisdicción libre, independiente de toda apelación á su persona. Revistó á los caballeros romanos con mucho cuidado y severidad, que no excluía la moderación, y quitó públicamente el caballo á aquellos á quienes se probó alguna bajeza ó ignominia, contentándose con omitir en la lista los nombres de los que habían cometido algunas faltas. Con objeto de aliviar á los jueces de sus trabajos, añadió la quinta decuria á las cuatro existentes. Trató también de restablecer el uso de los comi-

(1) Calígula no dejó de perseguir á muchos de aquellos á quienes prometió de esta manera la impunidad.

(2) *Spintrias*.

(3) Los Romanos ahogaban á los llamados androginios ó hermafroditas, porque consideraban su nacimiento como prodigio de mal agüero. Ahogábanles, sea porque consideraban el agua, principalmente la del mar, como manantial de toda purificación, sea porque los poetas habían hecho del Océano la mansión de los monstruos, sea, en fin, para que no quedase nada en la tierra habitada de estos seres, cuyo nacimiento se tenía por calamidad pública. Por esta razón sin duda quería Calígula hacer perecer así á *los inventores de placeres monstruosos (spintrias)*.

cios y de devolver al pueblo el derecho de sufragio (1). Pagó fielmente y sin detención los legados que hizo Tiberio en su testamento, aunque lo habían anulado. Entregó á los pueblos de Italia los dos céntimos de las rentas (2). Indemnizó muchos daños causados por incendios: al restituir los reinos á sus poseedores, añadió el producto íntegro de las rentas é impuestos cobrados durante el tiempo de la ocupación, de la misma manera que devolvió á Antíoco Commageno una confiscación de diez millones de sextercios. Con objeto de alentar á todas las virtudes, regaló ochenta mil sextercios á un liberto á quien las torturas más crueles no habían podido arrancar una sola palabra acerca de un crimen que se imputaba á su patrón. Esta conducta hizo que se le concediera, entre otras distinciones, un escudo de oro, que todos los años, en determinado día, los colegios de sacerdotes debían llevar al Capitolio, siguiéndoles el Senado y los jóvenes nobles de ambos sexos, cantando versos en alabanza suya. Decretóse también que el día de su advenimiento al Imperio se llamaría *Palilia* (3), como si fuese fecha de nueva fundación de Roma.

XVII. Cuatro veces ejerció el consulado: la primera, desde las kalendas de julio y durante dos meses; la se-

(1) Bajo Tiberio, dice Tácito, pasaron por primera vez los comicios del Campo de Marte al Senado; porque hasta este día, aunque el Príncipe decidiese de las elecciones más importantes, existían otras, sin embargo, en las que se consultaba el voto de las tribus. Dos años después del ensayo de que aquí habla Suetonio, es decir, en 795, Calígula quitó al pueblo el derecho de sufragio.

(2) Después de las guerras civiles imaginó Augusto este impuesto para el tesoro militar. Tiberio, cediendo á las reclamaciones del pueblo, redujo primeramente la tasa á la mitad en 770; pero restableció la antigua después de la muerte de Seyano.

(3) Celebrábase esta fiesta, consagrada á la diosa patrona de los pastores, el 21 de abril, día que se consideraba como el de la fundación de Roma.

gunda, desde las kalendas de enero, durante treinta días; la tercera, hasta los idus de enero; la cuarta, hasta siete días de los idus del mismo mes. Los dos últimos consulados fueron consecutivos. El tercero lo comenzó en Lyón y sin colega, no por orgullo ó indiferencia, como se ha dicho, sino porque, ausente de Roma, ignoraba que su colega había muerto hacia el día de las kalendas. Dió dos veces al pueblo congiarios de trescientos sextercios por cabeza, y á los senadores lo mismo que á los caballeros, una comida suntuosa, invitando también á ella á sus esposas é hijos. En el último de estos festines, hizo distribuir á los hombres trajes para el Foro y cintas de púrpura á los niños y á las mujeres. Para aumentar perpetuamente el regocijo público en las fiestas saturnales, les añadió un día llamándole *Juvenalem* (fiesta de la juventud).

XVIII. Dió muchas veces combates de gladiadores, unos en el anfiteatro Tauro, otros en el campo de Marte, y presentó en ellos grupos de luchadores de Africa y de Campania, elegidos entre los más famosos de estos países. Cuando no presidía personalmente estos espectáculos, encargaba hacerlo á los magistrados ó á sus amigos. También dió juegos escénicos, muchos y muy variados, algunas veces durante la noche y á la luz de inmensa cantidad de antorchas. Mandaba á los espectadores regalos de toda clase y hasta cestos llenos de pan y de carne. Viendo un día enfrente de él, en una de estas distribuciones, á un caballero romano que comía su parte con mucho apetito y alegría, hizo llevarle la suya; y observando más lejos á un senador, digno émulo del caballero, le mandó el nombramiento de pretor extraordinario. Los juegos que dió en el Circo duraron algunas veces desde la mañana á la noche, teniendo por intermedios en tanto una cacería de animales africanos, en tanto una carrera troyana. Algunos espectáculos de estos fueron notables, especialmente por estar sembrada la arena de bermellón y polvo de oro, y porque

solamente senadores dirigían los carros. Otros, en fin, se dieron repentinamente, como el día en que, examinando desde el palacio Gelotino los preparativos comenzados en el Circo, accedió á la petición que le dirigieron algunas personas desde lo alto de las casas *menianas*.

XIX. Inventó además un género de espectáculo superior á cuanto se había visto. Hizo construir en el mar, entre Baias y Puzzola, en un espacio de cerca de tres mil seiscientos pasos, un puente formado por doble fila de navas de transporte traídas de todos los mares, sujetas con anclas y semicubiertas con pavimento cuya forma recordaba la vía Apia. Durante dos días no hizo más que pasar y repasar por aquel puente; el primero en caballo magníficamente enjaezado, llevando corona de encina en la cabeza, escudo en una mano y la espada en la otra, y sobre los hombros clámide bordada de oro; á la mañana siguiente, con traje de auriga, en un carro arrastrado por dos famosos caballos. En esta ocasión precedíale el jóven Darío, que pertenecía á los rehenes de los Parthos, y seguíale su guardia pretoriana y sus amigos en carretas. Han creído algunos que imaginó aquel puente con objeto de igualar á Xerxes, tan admirado por haber echado uno en el estrecho de Helesponto, mucho más corto que el de Baias: otros, que quiso asustar con la fama de aquella gigantesca empresa á la Germania y Bretaña, á las que amenazaba con la guerra. Sé todo esto; pero siendo niño aún, oí decir á mi abuelo que la única razón de aquella obra, revelada por los criados íntimos de palacio, fué que el matemático Thrasylo, viendo vacilar á Tiberio en la elección de sucesor é inclinarse á su nieto natural, había afirmado «que Cayo no sería emperador como no atravesaría á caballo el golfo de Baias.»

XX. También dió espectáculos fuera de Italia, especialmente juegos iselásticos en Sicilia, en Siracusa y juegos de todas clases en Lyon, en la Galia. Estableció también allí concursos de elocuencia griega y latina, en los que los

vencidos estaban obligados, según dicen, á coronar ellos mismos á los vencedores y á cantar sus alabanzas; y en cuanto á aquellos cuyas composiciones se juzgaban malas, debían borrarlas con una esponja y hasta con la lengua, si no preferían que se les azotase ó se les arrojase en el río más inmediato.

XXI. Terminó los monumentos que Tiberio había dejado incompletos, el templo de Augusto y el teatro de Pompeyo. Comenzó un acueducto cerca de Tibur, y un anfiteatro cerca del campo de Marte; obras de las que su sucesor Claudio terminó la primera, abandonando la segunda. Por orden suya se reconstruyeron en Siracusa las murallas de la ciudad y los templos de los dioses que estaban arruinados. También proyectó reconstruir el palacio de Polícrates en Samos, terminar en Mileto el templo de Apolo, construir una ciudad en la cumbre de los Alpes; pero ante todo abrir el istmo de Acaia (1), y ya había enviado un centurión primipilario para medirlo con exactitud.

XXII. Hasta aquí he hablado de un príncipe; ahora hablaré de un monstruo. Habíase hecho llamar PIADOSO, HIJO DE LOS CAMPAMENTOS, PADRE DE LOS EJÉRCITOS, CÉSAR ÓPTIMO Y MÁXIMO. Oyendo un día á varios reyes, que habían venido á Roma á saludarle, disputar entre sí en su mesa acerca de la nobleza de su origen, exclamó en griego: «*Εἷς κοίταρος ἔστω εἷς Βασιλεύς*» (no hay más que un señor, no hay más que un rey); y poco faltó para que en el acto tomase la diadema, y en vez de las insignias de su autoridad, todos los signos de la realeza. Mas le dijeron que era superior á todos los príncipes y reyes de la tierra, y desde entonces comenzó á atribuirse la majestad divina. Mandó traer de Grecia las estatuas de dioses más famosas por la excelencia del trabajo y el respeto de los pueblos, entre

(1) Istmo de Corinto.

ellas la de Júpiter Olímpico (1), y quitándole la cabeza la substituyó con la suya. Hizo prolongar hasta el Foro un ala de su palacio, y trasformar el templo de Cástor y Pólux en un vestíbulo, en el que frecuentemente se sentaba entre los dos hermanos, ofreciéndose á las adoraciones de la multitud. Algunos le saludaron con el título de JÚPITER LATINO. También tuvo para su divinidad templo especial, sacerdotes y las víctimas más raras. En este templo veíase su estatua de oro, que se le parecía mucho, y que todos los días vestían como él. Los ciudadanos más ricos se disputaban tenazmente las funciones de este sacerdocio, objeto de toda su ambición. Las víctimas que se inmolaban á este dios eran flamencos, pavos reales, codornices, gallinas de Numidia, pintadas, faisanes, y en cada día una especie diferente. Por la noche invitaba á la luna, cuando estaba en lleno y en todo su esplendor, á venir á recibir sus abrazos y compartir su lecho. De día celebraba conversaciones secretas con Júpiter Capitolino, hablándole algunas veces al oído y presentándole en seguida el suyo, y otras en alta voz y hasta con tono arrogante. Oyósele en cierta ocasión decirle con amenaza:

Ἡ μὲν ἀνάειη, ἢ ἐγὼ σε.

(Pruébame tu poder ó teme el mío.)

Pero habiéndose dejado ablandar, según decía, y habiéndole instado Júpiter á que viviese cerca de él, hizo construir una puerta por encima del templo de Augusto, entre el monte Palatino y el Capitolio. Más adelante, con objeto de estar más cerca, hizo echar en la plaza misma del Capitolio los cimientos de nuevo palacio.

(1) Esta estatua era obra de Fidias. Encargóse á Memmio Régulo que la llevase á Roma, y, si hemos de creer á Josefo, se lo impidieron terribles presagios, no siendo posible levantar la estatua. Claudio hizo llevar todas estas estatuas á los templos de donde las habían sacado.

XXIII. No quería que se le creyese ni se le llamase nieto de Agripa, cuyo nacimiento le parecía muy bajo, y le enojaba que en discursos ó versos le pusiesen en el rango de los Césares. Proclamaba que su madre había nacido de un incesto de Augusto con su hija Julia; y no contento con difamar así á Augusto, prohibió celebrar las fiestas solemnes de las victorias de Accio y de Sicilia, como funestas y desastrosas para el pueblo romano. Llamaba á su bisabuela Livia *Ulises con faldas*, y en una carta al Senado osó rebajar su nacimiento, diciendo que su abuelo materno no era más que un decurión de Fondi, cuando está probado por los anales públicos que desempeñó en Roma altos cargos. Un día negó una conversación particular á su abuela Antonia, y quiso que estuviese presente el prefecto Macrón. Con estos disgustos y otras indignidades, la hizo morir, si es que no la envenenó, según se dice. Después de su muerte, no la tributó ningún honor, y contempló tranquilamente desde su mesa las llamas de la pira. Mandó un tribuno militar para que matase de improviso á su primo Tiberio, y obligó á su suegro Silano á degollarse. Pretendía que el primero se había negado á seguirlo por mar tempestuoso, esperando apoderarse de Roma si él perecía en la tempestad, y que el otro había respirado un antídoto para precaverse contra sus tentativas de envenenamiento; pero Silano había querido evitarse las molestias de la navegación y náuseas del mareo de que sufría mucho, y Tiberio no había hecho otra cosa que usar un remedio conocido contra obstinada é inveterada tos. En cuanto á su tío Claudio, solamente lo perdonó para hacerlo juguete suyo.

XXIV. Tuvo comercio criminal y continuo con todas sus hermanas (1), y á la mesa las hacía sentar consigo en

(1) Estas hermanas eran tres, Agripina, Drusila y Livilla. Si ha de creerse á Eutropio, reconoció (*agnovit*) una hija, nacida de una de ellas. Algunos manuscritos dicen *cognovit*, que significaría cometió incesto también con ella.

el mismo lecho, mientras que su esposa ocupaba otro. Créese que llevaba aún la pretexto cuando arrebató la virginidad á Drusila, y un día le sorprendió en sus brazos su abuela Antonia, en cuya casa se educaban los dos. Casáronla en seguida con el consular Lucio Casio Longino, pero Cayo se la arrebató y la trató públicamente como á su esposa legítima. En una enfermedad que padeció la instituyó heredera de sus bienes y del imperio. Cuando murió, hizo suspender todos los negocios; y durante algún tiempo fué crimen capital haber reído, haberse bañado, comido con los parientes ó con la esposa y los hijos. Como enloquecido por el dolor, se fugó una noche de Roma, á través sin detenerse la Campania y llegó á Siracusa, de donde volvió tan bruscamente como fué, con la barba y los cabellos desmesuradamente largos. En lo sucesivo no juró más que por la divinidad de Drusila (1), hasta en las circunstancias más solemnes, y hablando al pueblo y á los soldados. No profesó á sus otras hermanas igual pasión ni las tuvo las mismas consideraciones, y frecuentemente las prostituyó á sus compañeros de disolución. Así fué que no vaciló, en el proceso de Emilio Lépedo, en hacerlas condenar como adúlteras y cómplices de aquel conspirador. No solamente mostró cartas de su mano, que por fraude y medios infames le habían entregado, sino que también consagró á Marte vengador, con una inscripción, tres espadas preparadas para matarle.

XXV. Fué tan infame en sus matrimonios como en sus divorcios. Habiendo asistido á las bodas de C. Pisón y de Livia Orestila, mandó que la llevasen en el acto á su casa, la repudió poco después, y dos años más adelante la desterró, so pretexto de que en este tiempo había vuelto á

(1) Calígula colocó á Drusila en el mismo rango que Venus Panthea, y mandó á las mujeres invocarla en sus juramentos como á otra Juno.

ver á su primer marido. Otros dicen que estando sentado en la comida de boda enfrente de Pisón, le dijo: «No estreches tanto á mi esposa;» que terminada la comida, se la llevó, y á la mañana siguiente publicó por un edicto, **QUE SE HABÍA CASADO COMO RÓMULO Y COMO AUGUSTO (1)**. Habiendo oído decir un día que la abuela de Lolía Paulina, esposa del consular C. Memmio, que mandaba los ejércitos, había sido la mujer más hermosa de la época, hizo traerla inmediatamente de la provincia donde mandaba su marido, obligó á éste á que se la cediera, la tomó por esposa y la repudió poco después, prohibiéndola que jamás tuviese comercio con ningún hombre. Con más constancia y ardor amó á Cesonia, que no era bella ni joven, que había tenido ya tres hijas con otro, pero que era un monstruo de lujuria y lascivia. Frecuentemente la mostró á los soldados cabalgando á su lado, revestida con la clámide y armada con casco y escudo, y á sus amigos la enseñó desnuda. Cuando fué madre, quiso honrarla con el nombre de esposa, y el mismo día se declaró marido suyo y padre de la hija que había dado á luz. Dió á ésta el nombre de Julia Drusila, la llevó á los templos de todas las diosas, y la colocó en el seno de Minerva, encargándosela que la criase y educase. La mejor prueba para él de que pertenecía á su sangre, era su crueldad, tan grande ya, que rasgaba con las uñas el rostro á los niños que jugaban con ella.

XXVI. Después de estos detalles no extrañará la manera con que trató á sus parientes y amigos: en primer lugar, á Ptolomeo, hijo del rey Juba y primo suyo (2) (porque era nieto de Antonia por su hija Selena), y sobre todo á Macrón y Ennia, que lo habían elevado al Imperio, á pesar del parentesco y del recuerdo de los beneficios re-

(1) Rómulo y Augusto se casaron con mujeres casadas ya, Hersilia y Livia.

(2) No eran parientes de Antonio en igual grado. Calígula era nieto y Ptolomeo biznieto, por su abuela Antonia.

cibidos, todos perecieron con muerte sangrienta. No mostró más respeto ni bondad con los miembros del Senado. Consintió que muchos de ellos, honrados con las primeras dignidades, corriesen á pie y con la toga junto á su carro por espacio de muchas millas, y que durante sus comidas permaneciesen en pie detrás de su lecho ó á sus pies con una servilleta debajo del brazo. Hizo matar á algunos secretamente, y no dejaba de llamarles á palacio, como si viviesen aún, hasta que, pasado algún tiempo, decía con odiosa mentira que se habían dado voluntariamente la muerte. Destituyó cónsules que habían olvidado dar un edicto acerca del aniversario de su nacimiento, y la república permaneció durante tres días sin primeros magistrados. Habiendo sido nombrado su cüestor en una conjuración, le hizo azotar, quitándole él mismo sus vestiduras, que extendió á los pies de los soldados para que, al descargar los golpes, estuviesen más firmes. Trató á todos los órdenes con igual desprecio y crueldad. Importunándole el ruido de la multitud que iba á media noche á ocupar los puestos gratuitos del Circo, la hizo arrojar á latigazos. Más de veinte caballeros romanos quedaron aplastados en el tumulto, y otras tantas madres de familia, sin contar muchos individuos del pueblo. Los días de espectáculo se complacía en sembrar la discordia entre los plebeyos y caballeros, haciendo comenzar las distribuciones antes de la hora acostumbrada, con objeto de que encontrasen éstos ocupados sus puestos por las gentes de más baja estofa. Durante los juegos mandaba descórrer de pronto, cuando el sol era más ardiente, el toldo (1) que preservaba á los espectadores, y prohibía que saliese nadie del anfiteatro. En vez de los combates ordinarios, oponía á veces á fieras extenuadas lo más abyecto y viejo que había entre los

(1) El uso de este toldo, *velum*, remontaba á la consagración del Capitolio por Q. Catulo.

combatientes, gladiadores de farsa, respetables padres de familia, pero muy conocidos por alguna deformidad corporal. Más de una vez llegó hasta cerrar los graneros públicos y amenazó al pueblo con el hambre.

XXVII. He aquí los principales rasgos de su barbarie. Como costaban muy caros los animales para el mantenimiento de las fieras destinadas á los espectáculos, alimentábalas con la carne de los criminales, arrojándoselos vivos para que los devorasen; y un día que visitaba las prisiones mandó, permaneciendo en el rastrillo y sin consultar siquiera el registro en que constaba cada pena, que delante de él llevasen indistintamente todos los prisioneros á las fieras. Obligó á un ciudadano que había hecho voto de combatir en la arena por la salud del Emperador á que cumplierse su promesa: asistió al combate y no le dejó ir sino vencedor, y esto después de reiteradas súplicas. Otro había jurado morir por él si era necesario; aceptó el voto, y viéndole vacilar le hizo coronar como víctima, con verbenas y cintas, y lo entregó en seguida á un grupo de niños que habían recibido orden de perseguirle por las calles recordándole su voto, hasta que lo precipitaran por la roca Tarpeya. Condenó á las minas, á los trabajos de los caminos y á las fieras á multitud de ciudadanos distinguidos, después de haberlos marcado con el estigma. Encerrábalos también en jaulas, en las que tenían que mantenerse en postura de cuadrúpedos, ó bien los hacía aserrar por la mitad del cuerpo. Y no mandaba esto siempre por causas graves; á unos, porque no habían quedado contentos con un espectáculo; á otros, porque nunca habían jurado por su Numen. Obligaba á los padres á que presenciase el suplicio de sus hijos. Habiéndose excusado uno por enfermo, mandóle en litera; á otro le llevaron, después de tan espantoso espectáculo, á la mesa del Emperador, que le excitó por toda clase de medios á reír y regocijarse. Hizo azotar, á su presencia, con cadenas y durante

muchos días seguidos, al que tenía el cuidado de los juegos y cacerías del Circo; y no mandó matarle hasta que le molestó el olor de su cerebro en putrefacción. El autor de una poesía fué quemado de orden suya en el anfiteatro por un verso equívoco. Un caballero romano, expuesto á las fieras, gritó que era inocente; hízole sacar, le cortó la lengua y volvió á mandarle al suplicio.

XXVIII. Un día preguntó á un ciudadano, llamado después de largo destierro, qué acostumbraba hacer en él, y le contestó para adularle: «Diariamente pedía á los dioses, que me han escuchado, que pereciese Tiberio y reinaras tú.» Persuadido entonces de que aquellos desterrados pedían á los dioses su muerte, mandó á las islas en que estaban detenidos, soldados que les matasen á todos. Queriendo que el pueblo despedazase á un senador, apostó hombres que le llamasen enemigo público, en el momento en que entrase en el Senado; éstos debían herirle al mismo tiempo con los stilos y entregarlo en seguida al populacho para que le hiciese pedazos; y no quedó satisfecho hasta que vió sus miembros y sus entrañas arrastrados por las calles y depositados á sus pies.

XXIX. La atrocidad de sus palabras hacía más odiosa aún la crueldad de sus acciones. Nada encontraba tan laudable y hermoso en su carácter, según decía, como lo que llamaba ἀδιαφορίαν (su insensibilidad). Habiéndole reconvenido su abuela Antonia, no se limitó á no atenderla, sino que le dijo: «Recuerda que todo me está permitido, y contra todos.» Cuando dió la orden para matar á su primo, de quien suponía se había precavido contra el veneno, exclamó: «¡Un antídoto contra César!» Cuando desterró á sus hermanas, les dijo con tono amenazador «que no tenía solamente islas, sino también espadas.» A un anciano pretor que se había retirado á Anticyra por motivos de salud y que le pidió prórroga de licencia, mandó matarle, diciendo «que necesitaba una sangría, puesto que no le bastaba el

elébora por tanto tiempo usado.» (1) Cada diez días formaba la lista de los prisioneros que quería hacer ejecutar, y á esto llamaba «ajustar sus cuentas.» Habiendo puesto un día en la misma lista Galos y Griegos, dijo con regocijo «que acababa de subyugar la Galogrecia.»

XXX. Hacía siempre herir á las víctimas á golpes leves repetidos, y jamás dejaba de recomendar á los verdugos, que le conocían bien, «que hiriesen de manera que se sintieran morir.» Habiendo mandado al suplicio un hombre por otro, á causa de equivocación de nombre, dijo: «Este lo ha merecido también.» Incesantemente tenía en la boca estas palabras de una tragedia: «Que me odien con tal de que me teman.» Con frecuencia injurió á todos los senadores á la vez, llamándoles en tanto hechuras de Seyano, en tanto delatores de su madre y de sus hermanos; y mostrando los documentos que había fingido arrojar al fuego, justificaba la crueldad de Tiberio, porque aquellas acusaciones, según decía, la hicieron necesaria. No cesaba de hablar mal del orden ecuestre, á causa de su pasión por los juegos y espectáculos. Furioso por ver á la multitud favorecer en el Circo á un partido al que era él contrario, exclamó: «¡Ojalá tuviese una sola cabeza el pueblo romano!» En ocasión en que reclamaba para la arena á un criminal llamado Tetrinio, dijo: «que los que lo pedían eran también Tetrinios.» Cinco reciarios de los que visten túnica y combaten en grupo habían sido derribados, sin oponer resistencia, por otros tantos gladiadores completamente armados; cuando se pronunciaba ya la sentencia de su muerte, uno de los vencidos, recobrando el tridente, mató á los vencedores. Calígula deploró en un edicto aquella inesperada y espantosa matanza, y execró á los que habían consentido en presenciarse.

(1) La isla Anticyra era famosa por su elébora, planta que los antiguos creían á propósito para curar la demencia.

XXXI. Oyóscle lamentar más de una vez que no hubiese ocurrido en su reinado ninguna calamidad pública, mientras que el de Augusto se distinguía por la derrota de Varo, y el de Tiberio por la caída del anfiteatro de Fidena. Al suyo, decía, le amenazaba el olvido por demasiado feliz, y frecuentemente deseaba sangrientas derrotas, hambres, pestes, vastos incendios y terremotos.

XXXII. No prescindía de su ferocidad ni en medio de sus placeres, juegos y festines. Muchas veces daban tormento en su presencia mientras comía ó se entregaba al desorden con sus amigos. Un soldado experto en cortar cabezas ejercía delante de él su habilidad en todos los prisioneros que le presentaban. Cuando dedicó el puente de Puzzola, de que ya hemos hablado, invitó á los que estaban en la orilla á reunirse con él, y de pronto mandó arrojarlos abajo. Algunos se agarraron á los barcos y les hizo arrojar al mar á golpes descargados con garfios y remos. Durante una comida pública en Roma, habiendo arrancado de un lecho un esclavo una hoja de plata, mandó en el acto al verdugo que le cortase las manos, se las colgase al cuello y lo pasease así por todas las mesas con un cartel que dijese la causa del castigo. En ocasión en que esgrimía con un gladiador mirmilón, armado como él con una varilla, éste cayó involuntariamente; Calígula le atravesó de una puñalada, y corrió por todas partes con una palma en la mano, como los vencedores del anfiteatro. Durante un sacrificio, en el momento en que iba á ser inmolada la víctima, se ciñó como los sacrificadores, y cogiendo el mazo mató al que presentaba el cuchillo sagrado. En medio de espléndida comida comenzó de pronto á reír á carcajadas; los cónsules sentados á su lado le preguntaron con acento adulador de qué reía: «Es que pienso, contestó, que puedo con una señal haceros extrangular á los dos.»

XXXIII. Un día se colocó por burla al lado de la estatua

de Júpiter, y preguntó al trágico Apeles cuál de los dos le parecía más grande, y como vacilase en contestar le hizo en seguida azotar, y advirtió que tenía la voz agradable y hermosa en las súplicas y hasta en los gemidos. Cuantas veces besaba el cuello de su esposa ó de su amante, decía: «Esta hermosa cabeza caerá en cuanto yo quiera;» y muchas veces repetía «que mandaría dar tormento á su querida Cesonia para que le dijese ella misma por qué la amaba tanto.»

XXXIV. Su envidiosa malignidad, su crueldad y su orgullo se extendía á todo el género humano y á todos los siglos. Derribó las estatuas de los grandes hombres, que Augusto había trasladado del Capitolio, donde había poco espacio, al vasto recinto del Campo de Marte; y de tal manera dispersó los restos, que cuando quisieron restaurarlas no pudieron encontrarse completas las inscripciones con que estaban adornadas. Prohibió que en adelante se pudiese hacer sin orden ó permiso suyo la estatua de ningún hombre vivo. También quiso destruir los poemas de Homero, y preguntaba: «¿por qué no había de poder hacer yo lo que hizo Platón, que lo desterró de su república?» Poco faltó para que hiciese desaparecer de todas las bibliotecas las obras y retratos de Virgilio y Tito Livio, diciendo: «que el uno carecía de ingenio y de saber, y el otro era historiador locuaz é inexacto.» En fin, más de una vez se vanaglorió de hacer muy pronto inútil y despreciable toda la ciencia de los jurisconsultos, «constituyéndose en único árbitro y juez.»

XXXV. Prohibió á los Romanos más nobles las antiguas distinciones de sus familias: á Torcuato, el collar; á Cincinato, el pelo rizado; á Cn. Pompeyo, que pertenecía á esta antigua familia, el nombre de Grande (1). Había llamado

(1) Este Pompeyo fué más adelante yerno de Claudio, que le mató. El epíteto de Grande, que le quitó Calígula, se lo devolvió Claudio.

á Roma al rey Ptolomeo, de quien antes hablé, y lo recibió muy bien; pero un día que daba juegos le hizo matar de improviso, por el solo delito de haber llamado la atención general al entrar en el teatro, por el brillante color de púrpura de su manto. Si encontraba un hombre cuya hermosa cabellera realzaba su gallardía, en el acto hacía afeitarse la parte posterior del cráneo. Un tal Esio Próculo, hijo de un centurión primipilario, por su belleza y estatura había recibido el nombre de *Colosseros* (*Amor coloso*); habiéndole visto Calígula en un banco del anfiteatro, le hizo bajar en el acto á la arena, oponiéndole en primer lugar un Tracio y después un gladiador completamente armado. Próculo venció á los dos, pero el Emperador mandó inmediatamente agarrotarle, cubrirle de harapos, pasearlo así por las calles, mostrándolo á las mujeres, y degollarlo en seguida. No había condición tan baja, ni fortuna tan modesta que pudiese poner á cubierto su envidioso odio. Hacía muchos años que estaba el mismo sacerdote en posesión del sacerdocio de Diana de Aricia, y le suscitó un concurrente mucho más robusto que él (1). A un gladiador llamado Porio, que después de brillante victoria manumitió en el Circo á un esclavo suyo, el pueblo le aplaudió con entusiasmo; disgustado Calígula, salió tan apresuradamente del espectáculo que, pisándose la toga, cayó desde lo alto de las gradas, y exclamó con indignación que «el pueblo rey honraba más á un gladiador por fútil motivo que la sagrada memoria de los Césares, en la misma presencia del Emperador.»

XXXVI. Jamás cuidó de su pudor ni del ajeno; y créese que amó con amor infame á M. Lépido, al payaso Mnester y á algunos rehenes. Valerio Cátulo, hijo de un consular,

(1) Este sacerdocio era premio de la fuerza y homicidio, porque para obtenerlo era necesario haber dado muerte en lucha al adversario.

Se censuró públicamente haber abusado de su juventud hasta azotarle los costados. Sin hablar de sus incestos con sus hermanas, ni de su conocida pasión por la cortesana Pyrralis, no respetó á ninguna mujer distinguida. Lo más frecuente era que las invitase á comer con sus esposos, hacíalas pasar y repasar delante de él, las examinaba con la minuciosa atención de un mercader de esclavas, y si alguna bajaba la cabeza por pudor, se la levantaba con la mano. En seguida llevaba á la que le agradaba más á una habitación inmediata, y volviendo después á la sala del festín, con las recientes señales del deleite, elogiaba ó criticaba en alta voz sus bellezas ó sus defectos, y publicaba hasta el número de actos. Repudió algunas en nombre de sus maridos ausentes é hizo insertar estos divorcios en los anales públicos.

XXXVII. En sus profusiones superó la extravagancia de los más pródigos. Inventor de una nueva especie de baños, de manjares extraordinarios y de banquetes monstruosos, lavábase con esencias unas veces calientes y otras frías; tragaba perlas de crecido precio disueltas en vinagre; hacía servir á sus convidados panes y manjares condimentados con oro, diciendo «que era necesario ser económico ó César.» Durante muchos días arrojó al pueblo desde lo alto de la basílica Julia enorme cantidad de moneda pequeña. Hizo construir naves liburnesas de diez filas de remos, con velas de diferentes colores y guarnecida la popa con piedras preciosas. Encerraban estas naves baños, galerías y comedores, gran variedad de vides y árboles frutales. En ellas costeaba la Campania, muellemente acostado en pleno día, en medio de danzas y músicas. No tenía en cuenta las reglas en la construcción de sus palacios y casas de campo, y nada ambicionaba tanto como ejecutar lo que se consideraba irrealizable; construía diques en mar profundo y agitado; hacía dividir las rocas más duras; elevaba llanuras á la altura de las montañas y arrasaba los

montes al nivel de los llanos: todo esto con increíble rapidez, castigando la lentitud con pena de muerte. Y para decirlo todo de una vez, en menos de un año dispó los inmensos tesoros de Tiberio César, que ascendían á dos mil setecientos millones de sextercios (1).

XXXVIII. Agotados los tesoros y reducido á la pobreza, recurrió á la rapiña y se mostró fecundo y sutil en los medios que empleó: el fraude, las ventas públicas y los impuestos. Pretendía que aquellos cuyos antepasados habían obtenido para ellos y sus descendientes el derecho de ciudadanía romana, lo gozaban ilegalmente si no lo habían recibido de sus padres, porque la palabra *descendientes* no podía entenderse, según él, más allá de la primera generación; y cuando le presentaban diplomas firmados por Julio César ó Augusto, los anulaba como títulos viejos y sin valor. Persiguió por falsa declaración á aquellos cuyo caudal había aumentado de cualquier manera, y por poco que fuese, después de la época en que dieron la relación. Rescindió, por causa de ingratitud, los testamentos de todos los primipilarios que desde el principio del reinado de Tiberio no habían dejado su herencia ni al Emperador ni á él. También anulaba los de los demás ciudadanos, cuando declaraba cualquiera que manifestó el testador al morir deseos de que fuese el César su heredero. Dada así la alarma, personas desconocidas le llamaron abiertamente á la sucesión con sus amigos, padres con sus hijos. Entonces decía que era irrisión vivir después de haberle nombrado heredero, y á la mayor parte de éstos mandaba pasteles envenenados. No subía como juez á su tribunal sino después de haber fijado la cantidad que quería recoger, y en cuanto la recogía, levantaba la sesión. Impaciente siempre por marcharse, condenó una vez en una sola sentencia á más de cuarenta ciudadanos acusados de di-

(1) Cerca de trescientos treinta millones de pesetas.

ferentes crímenes, y despertando á Cesonia, se alabó «de haber ganado su jornal mientras ella dormía la siesta.»

XXXIX. Habiendo anunciado una venta en subasta, hizo exponer y vender lo sobrante del material de todos los espectáculos, fijó él mismo los precios, y tanto los hizo subir, que algunos ciudadanos obligados á comprar, viéndose arruinados, se abrieron las venas. Cosa sabida es que viendo á Aponio Saturnino dormitando en un banco, dijo al pregonero que aquel antiguo pretor le hacía señas con la cabeza de que continuaba pujando, y no cesó de subir el precio hasta que le hizo adjudicar, sin saberlo él, trece gladiadores en nueve millones de sextercios. Vendió en la Galia las alhajas, muebles, esclavos y hasta los libertos de los aliados, sobre quienes había recaído sentencia condenatoria, y obtuvo cantidades inmensas. Seducido por el cebo de la ganancia, mandó llevar de Roma todo el mobiliario de la antigua corte, y embargó para el transporte de aquellos objetos todos los carruajes de alquiler y todos los caballos de los molineros, de manera que con frecuencia faltó el pan en Roma: y la mayor parte de los litigantes, no pudiendo asistir á la asignación, incurrieron, como ausentes, en la pérdida de la acción. No hubo fraude ni artificio que no emplease en la venta de aquellos muebles, censurando á unos compradores su avaricia, preguntando á otros «si no se avergonzaban de ser más ricos que él,» y fingiendo á veces prodigar de aquella manera á particulares lo que había pertenecido á príncipes. Supo que un rico habitante de provincia había dado doscientos sextercios á los nomenclatores de su cámara para ser admitido á la mesa sin estar oficialmente convidado. No sintió que se pagase tan caro el honor de comer con él, y á la mañana siguiente, viendo al mismo individuo sentado en la sala de ventas, le adjudicó por doscientos mil sextercios no sé qué bagatela, haciendo decirle «que cenaría con el César por invitación oficial.»

XL. Hizo pagar impuestos nuevos y desconocidos hasta entonces, cobrándolos primeramente los receptores públicos, y en seguida, siendo inmensa la ganancia, los centuriones de las tribus de la guardia pretoriana. No hubo persona ni cosa á que no se impusiese gravamen. Estableció un derecho fijo sobre todos los comestibles que se vendían en Roma; exigió de los litigantes, donde quiera que se juzgase un pleito, la cuadragésima parte de la cantidad en litigio, y estableció pena contra aquellos á quienes se probase que habían transigido ó desistido de sus pretensiones: á los mozos de carga se les impuso el octavo de su ganancia diaria; á las prostitutas el precio de uno de sus actos, y añadió á este artículo de la ley, que igual cantidad se exigiría á todos aquellos hombres y mujeres que habían vivido de la prostitución: hasta al matrimonio se le impuso contribución.

XLI. Habíanse proclamado estos impuestos, pero no se habían publicado, y como por ignorancia se cometían muchas contravenciones, decidióse al fin, por instancias del pueblo, á fijar en público su ley; pero la hizo escribir en letra tan menuda y la expuso en sitio tan estrecho, que fué imposible sacar copias. Para hacer dinero de todo, estableció un lupanar en su propio palacio: construyéronse gabinetes y los amueblaron según la dignidad del sitio; constantemente los ocupaban mujeres casadas é hijas de familia, y los nomenclatores iban á las plazas públicas y á los alrededores de los templos á invitar al placer á los jóvenes y á los ancianos. A su entrada les prestaban á enorme interés una cantidad, y se tomaban ostensiblemente sus nombres como para honrarles por contribuir al aumento de las rentas del César. Tampoco desdeñaba los provechos del juego; pero sus beneficios más cuantiosos procedían del fraude y del perjurio. Un día encargó al que tenía á su lado que jugase por él, y yendo á colocarse en la puerta de su palacio, hizo apoderarse inmediatamente de

dos ricos caballeros romanos que pasaban, les confiscó los bienes y entró alegremente, gloriándose de no haber sido nunca tan afortunado.

XLII. Cuando nació su hija, quejóse de ser pobre y de sucumbir á la vez bajo el peso del imperio y de la paternidad; así es que quería que contribuyesen para criar y dotar aquella niña. Anunció por un edicto que admitiría regalos al comenzar el año; y el día de las kalendas de enero se colocó en la entrada de su palacio, y allí recibió por sí mismo el dinero que multitud de personas de toda condición arrojaron á manos llenas delante de él. En los últimos tiempos, su pasión por la riqueza se había trocado en frenesí, y con frecuencia paseaba descalzo sobre inmensos montones de oro, colocado en vasto salón, y algunas veces se revolcaba sobre ellos.

XLIII. Las fatigas militares no las soportó más que una vez, y ésta sin deseárselo. Habiendo ido á ver el río Clitumno y el bosque inmediato, avanzó hasta Mesania. Allí le aconsejaron completar la guardia báltava que entonces le rodeaba, y en seguida emprendió la expedición de Germania. No perdió un momento, y mandó venir de todos lados legiones y tropas auxiliares: hizo levass rigurosísimas; ordenó todo género de bastimentos en cantidades nunca vistas, y se puso en marcha, caminando unas veces con tal rapidez que, para seguirle, tenían las cohortes pretorianas que cargar las enseñas en los bagajes, en contra de la costumbre; en otras, con tanta flojedad y molicie, que se hacía llevar por ocho esclavos en una litera, y los habitantes de los pueblos vecinos recibían orden de barrer los caminos y rociarlos para quitar el polvo.

XLIV. Cuando llegó al campamento quiso mostrarse general rígido y severo, despidiendo ignominiosamente á los legados que habían llegado tarde con las tropas que debían llevar. Cuando revistó el ejército, licenció, so pretexto de que estaban viejos y extenuados, á la mayor parte

de los centuriones primipilarios que se encontraban en edad madura, quedándoles á algunos muy pocos días para cumplir su tiempo. A otros les acusó de avaricia, y redujo á seis mil sextercios el premio de los veteranos (1). Todas sus hazañas se redujeron en último caso á recibir la sumisión de Adminio, hijo de Cynobelino, rey de los Bretones, que expulsado por su padre vino á refugiarse á su lado con corto acompañamiento. Entonces, cual si hubiese subyugado toda la Bretaña, escribió á Roma pomposas cartas, y mandó á los correos que fuesen en carro al Foro y al Senado, y no las entregasen más que á los cónsules y en el templo de Marte, en presencia de todos los senadores.

XLV. Poco después, no sabiendo á quién combatir, hizo pasar al otro lado del Rhin á algunos Germanos de su guardia con orden de ocultarse. Hecho esto, debían venir á anunciarle atropelladamente, después de comer, que se acercaba el enemigo. Así lo hicieron; y lanzándose en seguida al bosque inmediato con sus amigos y una parte de los jinetes pretorianos, hizo cortar árboles, los adornó como trofeos, y volvió á su campamento á la luz de las antorchas, reconviendo á los que no le habían seguido como tímidos y cobardes. Por el contrario, aquellos que habían contribuído á su victoria recibieron de su mano una nueva especie de corona, á la que dió el nombre de *exploratoria*, y en la que estaban representados el sol, la luna y los astros. En otra ocasión hizo sacar de una escuela á algunos jóvenes rehenes, les mandó marchar secretamente, y abandonando de pronto numerosa reunión de convidados, les persiguió con la caballería como fugitivos, los alcanzó y los trajo cargados de cadenas; porque en tan repugnante comedia había de violar también las le-

(1) Augusto había fijado la cantidad de retiro, después de veinte años de servicio, en doce mil sextercios. Calígula la redujo á la mitad.

yes de la humanidad. En seguida volvió á ocupar su puesto en el festín, y habiendo llegado soldados á anunciarle que la tropa estaba reunida, les hizo sentar, armados como estaban, á la mesa, y les excitó, citando un verso célebre de Virgilio, «á vivir y conservarse para tiempos más felices.» Desde el campamento reconvino á los senadores en severo edicto, «porque solamente pensaban en la mesa, circo, teatro y agradables partidas de campo, cuando el César estaba peleando.»

XLVI. Ultimamente, adelantóse hacia las orillas del Océano á la cabeza del ejército, con gran copia de balistas y máquinas de guerra, cual si meditase alguna grande empresa, sin que nadie conociese ni sospechase su designio, hasta que de pronto mandó á los soldados recoger conchas y llenarse de ellas los cascos y ropas, llamándolas «despojos del Océano debidos al Capitolio y al palacio de los Césares.» Como testimonio de su victoria construyó altísima torre en la que encendieron por las noches, á manera de faros, luces para dirigir la marcha de las naves. Prometió á los soldados una gratificación de cien dineros por plaza, y como si aquello fuese el colmo de la generosidad, les dijo: «Marchad contentos y ricos.»

XLVII. Ocupándose en seguida de los preparativos de su triunfo, eligió y reservó para esta ceremonia, además de los prisioneros y tráfugas bárbaros, todos aquellos Galos que encontraba más altos y robustos, y como él mismo decía ἀζιοθριάμβευτον (triumfales), y con ellos, algunos de sus jefes. Obligóles á dejarse crecer la cabellera, á teñirla como la de los Germanos, á vestir su traje y hasta á aprender su lengua. Mandó también que llevasen á Roma, por tierra, las galeras trirremes con que entró en el Océano, y escribió á sus mayordomos «que le preparasen el triunfo más esplendente que jamás se hubiese visto, y el menos costoso para él, atendiendo á que tenían derecho sobre los bienes de todos.»

XLVIII. Antes de partir de la provincia de las Galias, concibió el abominable proyecto de exterminar las legiones que se habían sublevado después de la muerte de Augusto y sitiaron á su padre Germánico y á él mismo, niño á la sazón. Mucho costó disuadirle de proyecto tan odioso, pero nada pudo impedirle que diezmasen á aquellos soldados. Mandóles, pues, reunirse sin armas y hasta sin espadas so pretexto de arengarles, y les hizo rodear por la caballería. Mas cuando vió que la mayor parte de ellos, sospechando su designio, escapaban por todos lados para recoger sus armas y prepararse á la resistencia, suspendió el discurso y tomó en el acto el camino de Roma, dirigiendo todo su furor contra el Senado, al que amenazó abiertamente, con objeto de separar la atención pública del vergonzoso espectáculo de su conducta. Entre otras cosas, se quejaba de que no le hubiesen decretado el triunfo de que era digno, cuando él mismo, poco tiempo antes, había prohibido, bajo pena de muerte, que jamás se tratase de tributarle honores.

XLIX. Cuando los emisarios del Senado fueron á suplicarle que acelerase su regreso: «Iré, sí, iré, y ésta conmigo,» dijo golpeando el pomo de la espada que tenía ceñida. Añadió también que solamente volvía para los que lo deseaban, para los caballeros y para el pueblo, pero que los senadores no encontrarían en él ni ciudadano ni príncipe.» Prohibió además que ninguno de ellos saliese á recibirle, y, renunciando al triunfo ó aplazándolo, entró en Roma, con los honores de la ovación solamente, el día aniversario de su nacimiento. Cuatro meses después pereció, meditando atrocidades más grandes que cuantas había cometido hasta entonces. Quiso primeramente retirarse á Anzio y hasta á Alejandría, después de hacer matar á los ciudadanos más dignos de los dos primeros órdenes. Imposible sería dudarlo, puesto que se encontraron entre sus escritos dos con los títulos: LA ESPADA el uno, y EL PUÑAL.

el otro, y que eran listas con notas de los que destinaba á la muerte. Encontróse también en su palacio un cofre grande lleno de venenos diferentes; Claudio mandó arrojarlos al mar, que, según dicen, quedó de tal manera emponzoñado, que el flujo arrojó á la playa gran cantidad de peces muertos.

L. Era alto, pálido y grueso, las piernas y el cuello muy delgados, los ojos hundidos, deprimidas las sienes, ancha y abultada la frente, escasos cabellos, enteramente calva la parte superior de la cabeza y el cuerpo muy belludo. Por esta razón era crimen capital mirarle desde lo alto cuando pasaba, ó pronunciar, bajo cualquier pretexto que fuese, la palabra *cabra*. Su semblante era naturalmente horrible y repugnante, y procuraba hacerle más espantoso aún, estudiando delante de un espejo todos los medios posibles de terror. No estaba sano de cuerpo ni de espíritu. Atacado de epilepsia desde sus primeros años, no por eso dejó de mostrar ardor en el trabajo desde la adolescencia, aunque experimentando síncope repentinos que le privaban de fuerza para moverse y estar en pie y de los que se recobraba con dificultad. Conocía su enfermedad y había pensado más de una vez curarse en profundo retiro. Créese que Cesonia le dió un filtro para que la amase, que no produjo otro efecto que el de hacerle furioso. Excitábase especialmente el insomnio, porque nunca podía dormir más de tres horas y éstas ni siquiera con tranquilidad, sino turbado con extraños ensueños, entre otros el de que le hablaba el mar. Así, pues, la mayor parte de las noches, cansado de velar en su lecho, se sentaba á la mesa ó paseaba por vastas galerías esperando é invocando la luz.

LI. A estos extravíos de espíritu debe atribuirse sin duda la reunión en este Emperador de dos defectos muy opuestos, confianza excesiva y excesiva cobardía. Este mismo hombre que tanto despreciaba los dioses, cerraba

los ojos y se envolvía la cabeza al más ligero relámpago y al trueno más insignificante, y cuando aumentaba el estruendo se escondía debajo de su lecho. En un viaje á Sicilia, después de burlarse de muchos milagros que le celebraban, hayó temblando de Mesina una noche que el Etna arrojaba humo y hacía resonar murmullos. No cesaba de proferir terribles amenazas contra los bárbaros; y un día que se encontraba en estrecho camino al otro lado del Rhin, en medio de sus tropas agrupadas en torno de su carro, habiendo dicho uno «que no sería pequeña la alarma si se presentase de pronto el enemigo,» montó en el acto á caballo y huyó hacia el río: allí encontró el puente obstruído por los bagajes y criados del ejército, y, en su impaciencia, decidió hacerse trasportar á brazo por encima de todas las cabezas. Poco tiempo despues, como se hablaba de una sublevación de la Germania, solamente pensó en huir, é hizo equipar naves, no teniendo otro consuelo, decía, que la esperanza de conservar al menos las provincias ultramarinas, si los vencedores se apoderaban de los Alpes, como los Cimbrios, ó de Roma, como los Senones. Creo que esto es sin duda lo que sugirió á sus asesinos la idea de decir á los soldados que comenzaban á amotinarse, que Calígula se había suicidado á la noticia de una derrota.

LII. Su ropa, su calzado y en general todo su traje no era de romano, de ciudadano, ni siquiera de hombre. Frecuentemente se le vió en público con brazaletes y manto corto (1) guarnecido de franjas y cubierto de bordados y piedras preciosas: otras veces sedas y túnica con mangas (2).

(1) Ni los emperadores ni los ciudadanos usaban nunca estos mantos en la ciudad, exceptuando en días muy fríos ó de lluvia. El traje romano era la toga.

(2) Considerábase traje de hombres afeminados las túnicas con mangas (*tunica manicata*). A los que usaban estas túnicas se les llamaba *nanuleati*.

Por calzado, en tanto llevaba sandalias ó coturno, en tanto bota militar, y algunas veces zueco de mujer. Con mucha frecuencia se presentaba con barba de oro, llevando en la mano un rayo, un tridente ó un caduceo, insignias de los dioses, y algunas veces se vestía también de Venus. Hasta antes de su expedición á Germania, llevaba con asiduidad los ornamentos triunfales, y no era cosa rara verle la coraza de Alejandro Magno, que había mandado sacar del sepulcro de este príncipe.

LIII. En cuanto á los estudios liberales, aplicóse muy poco á la erudición y mucho á la elocuencia. Tenía palabra abundante y fácil, sobre todo cuando peroraba contra alguno. La cólera le inspiraba ampliamente ideas y palabras, respondiendo á la pasión su pronunciación y su voz; no podía permanecer quieto, y su palabra llegaba hasta á los oyentes más lejanos. Cuando tenía que hablar en público, decía con acento amenazador «que iba á lanzar los dardos de sus vigiliass.» De tal manera despreciaba la elegancia y adornos de estilo, que llamaba á las obras de Séneca, el escritor en boga entonces, «puras amplificaciones de escuela» y «arena sin cimiento» (1). Ordinariamente contestaba por escrito á los oradores cuyos discursos habían tenido más éxito. Cuando habían de ser juzga-

(1) Según Dión, Séneca fué amenazado de muerte por haber perorado con éxito ante el Senado en presencia de Calígula. En cuanto á la crítica que este Emperador hacía de sus obras, llamándolas «arena sin cimiento,» y que según Casaubón, quiere decir que las sentencias no tienen trabazón entre sí, otro comentador, Muller, lo entiende de diferente modo. En opinión de éste, al servirse Calígula de una frase usada en el Circo, quería decir que estos escritos eran arena sin límite, sin término, porque se marcaba con *cal* el término fijado á los carros; lo cual equivalía á decir que Séneca no sabía moderar su mente. En efecto, en Ammiano Marcelino se encuentra la frase *extra calces decurrere*, que significa separarse del objeto, no saber contenerse.

dos en el Senado acusados ilustres, meditaba oraciones en pro y en contra, y según el efecto que esperaba del estilo de ellas, les abrumaba ó les salvaba, pronunciando una ú otra. Estos días invitaba por edicto á todo el orden ecuestre á acudir para escucharle.

LIV. Otras artes muy diferentes practicó y con increíble ardor. Sucesivamente gladiador, auriga, cantor y bailarín, esgrimió en la arena con armas de combate, y guió carros en un circo en el que habían reunido dificultades de toda clase. Tan apasionado era por el canto y el baile, que en el espectáculo no podía dominarse y cantaba delante de todo el mundo con el actor trágico que estaba en escena, é imitaba todos los gestos del histrión como para aplaudirle ó reprenderle. Supónese que no tuvo otro motivo el día en que le mataron, para indicar una velada general, que el deseo de presentarse en la escena con más serenidad á favor de la oscuridad. Esta era también la hora que elegía para bailar. Una vez hizo llamar á palacio á media noche á tres consulares, que llegaron sobrecogidos de terror. Hizoles colocarse en su teatro, y de pronto se lanzó él mismo con grande estrépito, al ruido de flautas y de sandalias sonoras con el manto flotante y la túnica de los actores; en seguida bailó y se retiró. Este hombre, que había aprendido tantas cosas, no sabía nadar.

LV. Su pasión por los que le agradaban llegaba á la locura. Besaba en pleno teatro al payaso Mnester, y si mientras bailaba este histrión alguien hacía el ruido más ligero, mandaba llevar á su presencia al perturbador y lo azotaba por su mano. Un día mandó un centurión para que dijese á un caballero romano que hacía ruido, que partiese en el acto para Ostia y llevase de su parte una carta al rey Ptolomeo, en Mauritania. En la carta no decía más que: «No hagas bien ni mal al que te envió.» Favoreció á los gladiadores llamados Tracios hasta poner á algunos al frente de su guardia germánica, y persiguió á los mirmilo-

nes hasta quitarles la armadura (1). Uno de éstos, llamado Columbo, salió vencedor en un combate, pero ligeramente herido; Calígula introdujo un veneno en la herida, al que después llamó *Columbiano* en memoria de este hecho. Al menos con este nombre escrito de su mano se le encontró entre los otros. Tan adicto era al partido de los Verdes (2), que frecuentemente comía con ellos en su caballeriza y dormía allí. Un día dió al auriga Eutycus, como regalo de mesa, después de una orgía, un millón de sextercios. Tanto quería á un caballo llamado *Incitatus*, que la víspera de las carreras del circo mandaba soldados á imponer silencio en todo el vecindario, para que nadie turbase el descanso de aquel animal. Mandó construirle una caballeriza de mármol, un pesebre de marfil, mantas de púrpura y collares de perlas: dióle casa completa, con esclavos, muebles, en fin, todo lo necesario para que aquellos á quienes en su nombre invitaba á comer con él, recibiesen magnífico trato, y hasta se dice que le destinaba el consulado.

LVI. Estas extravagancias y horrores hicieron concebir á algunos ciudadanos el proyecto de matarle. Descubriéronse dos conjuraciones, y mientras otros conspiradores vacilaban, por falta de ocasión, dos Romanos se comunicaron su designio y lo ejecutaron, favorecidos ocultamente por sus libertos más poderosos y por los prefectos del pretorio, que nombrados ya, aunque injustamente, como cómplices de una conspiración, conocían que desde entonces eran sospechosos y se les odiaba. En

(1) No se contentó con quitar á los mirmilones su elegante traje; hizo además menos temibles sus armaduras, con objeto de que los gladiadores tracios, á quienes favorecía, pudiesen vencerles con más facilidad.

(2) Este partido era el de los aurigas verdes. Existían otros tres: los azules, los blancos y los rojos. Domiciano añadió dos, los dorados y los purpúreos.

efecto, Calígula les había reconvenido en particular con suma acritud, y desenvainando en seguida la espada, les había dicho «que estaba pronto á darse la muerte si creían que la merecía;» y desde entonces no había cesado de acusarles sucesivamente y de excitar contra ellos el odio y las sospechas. Convínose en atacarle al mediodía, á la salida del espectáculo de los juegos palatinos. Casio Querea, tribuno de una cohorte pretoriana, pidió descargar el primer golpe. Calígula insultaba sin cesar su vejez y nunca le dirigía más que palabras ultrajantes, tratándole de coarde y afeminado. Si se presentaba á pedirle la consigna, le contestaba PRIAPO ó VENUS; si el tribuno tenía que darle gracias por algo, le presentaba la mano á besar en forma y con movimientos obscenos.

LVII. Muchos prodigios anunciaron su muerte. En Olimpia, la estatua de Júpiter, que había mandado quitar y trasladar á Roma, lanzó tal carcajada cuando la tocaron, que cayeron las máquinas, y los obreros huyeron á la carrera. En seguida se presentó un tal Casio, que dijo haber recibido en sueños orden de sacrificar un toro á Júpiter. El día de los idus de marzo cayó un rayo sobre el Capitolio de Capua y otro en el templo de Apolo Palatino en Roma; de lo que se dedujo, en primer lugar, que á un grande le amenazaba enorme peligro por parte de sus guardias, y además que iba á realizarse un asesinato ruidoso como el que se había cometido en otro tiempo en igual día (1). El astrólogo Sila, á quien consultó Calígula acerca de su horóscopo, le anunció como próxima é inevitable una muerte violenta. Los oráculos de Anzio le advirtieron «que se guardase de Casio,» y con este aviso mandó matar á Casio Longino, procónsul de Asia á la sazón, olvidando que Querea se llamaba también Casio. La víspera de su

(1) El de Julio César.

muerte soñó que había estado en el cielo al lado del trono de Júpiter, y que este Dios, empujándole con el dedo grueso del pie derecho, lo lanzó á la tierra. Consideraron también como prodigios muchas cosas que la casualidad produjo aquel mismo día. Durante un sacrificio, fué rociado con la sangre de un flamenco; el histrión Mnester ejecutó una tragedia que el actor Neoptolomeo representó en otro tiempo el día en que mataron á Filipo en Macedonia: en la pantomima titulada Laureolo, en la que el actor principal vomita sangre cuando sale de debajo de las ruinas de un edificio, muchos de los que desempeñaban las segundas partes, queriendo demostrar su habilidad, la vomitaron también, quedando inundado el escenario; en fin, habían preparado para la noche que siguió á su muerte un espectáculo en el que Egipcios y Etiopes debían representar asuntos de los infiernos.

LVIII. El 9 de las kalendas de febrero, cerca de la hora séptima (24 de enero, una de la tarde), encontrándose dudando acerca de si se levantaría para comer, porque tenía el estómago cargado aún con la comida de la víspera, le decidieron á hacerlo sus amigos, y salió. Tenía que pasar por una bóveda donde se ensayaban entonces niños pertenecientes á las primeras familias del Asia y que él había hecho venir para desempeñar algunos papeles en los teatros de Roma. Detúvose á verlos y exhortarlos á trabajar bien, y si su jefe no le hubiese dicho que moriría de frío, ya retrocedía para mandar que comenzase el espectáculo. No convienen todos acerca de lo que sucedió después: dicen unos que mientras hablaba con aquellos niños, Querea, colocado á su espalda, le hirió violentamente en el cuello con la espada, gritando: «¡Haced lo mismo!» y que en el acto el tribuno Cornelio Sabino, otro conjurado, le atravesó el pecho. Pretenden otros que Sabino, después de separar á todo el mundo por medio de centuriones que pertenecían á la conjuración, había, según costumbre,

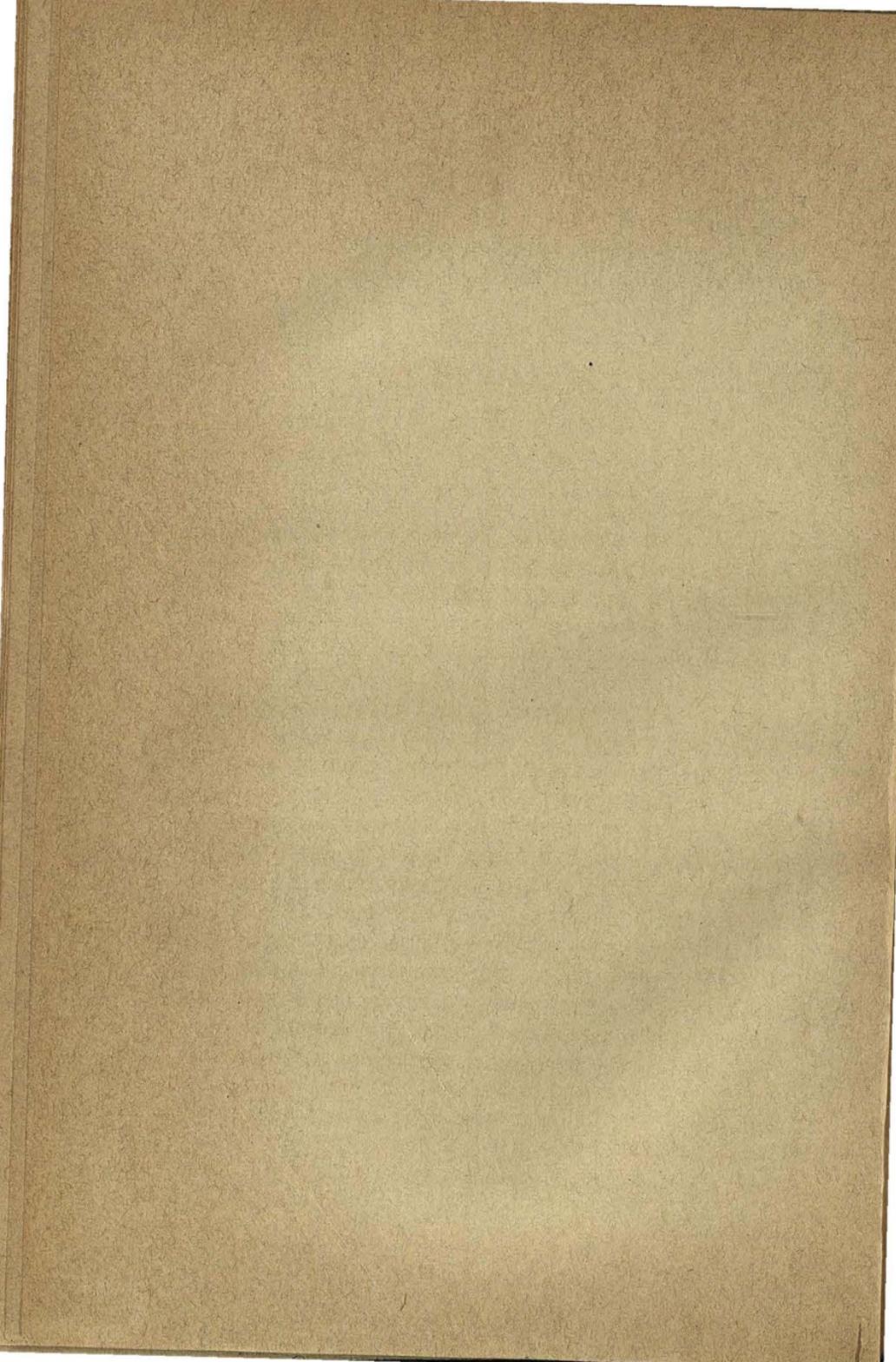
preguntado á Calígula la consigna, y que habiéndole dicho éste *Júpiter*, exclamó Querea: «Recibe una prueba de su cólera;» y le descargó un golpe en la mandíbula en el momento en que volvía la cabeza hacia él. Derribado al suelo y replegándose sobre sí mismo, gritó que vivía aún, pero los demás conjurados le dieron treinta puñaladas. La consigna de estos era «¡Repíte!», y hasta hubo uno que le hundió el hierro en los órganos genitales. Al primer ruido acudieron á socorrerle sus porteros con los bastones, así como también los soldados de la guardia germánica, que mataron á muchos de los asesinos, y hasta á dos senadores inocentes del crimen.

LIX. Calígula vivió veintinueve años y reinó tres años, diez meses y ocho días. Llevaron secretamente su cadáver á los jardines Lamianos, lo chamuscaron en una pira hecha de prisa, y después lo enterraron cubriéndole con un poco de césped. Más adelante sus hermanas, vueltas del destierro, lo hicieron exhumar, lo quemaron y sepultaron las cenizas. Asegúrase que hasta esta época inquietaron fantasmas á los guardias de aquellos jardines, y resonaron ruidos espantosos por la noche en la casa donde lo mataron. Su esposa Cesonia pereció al mismo tiempo que él (1), asesinada por un centurión, y á su hija la estrellaron contra una pared.

LX. Da idea de aquellos tiempos el que al principio todos rehusaron prestar crédito á la noticia de su muerte, suponiendo que Cayo había hecho correr el rumor para sorprender mediante este artificio los sentimientos que inspiraba. Los conjurados no destinaron el Imperio á nadie, y el Senado quería tan unánimemente restablecer la libertad, que los cónsules no lo convocaron al principio en la sala ordinaria porque se denominaba Julia, sino en el

(1) Según Josefo, el centurión Julio Lupo fué quien la mató por orden de Querea.

Capitolio. Algunos opinaron por la abolición de la memoria de los Césares y la destrucción de sus templos. Háse observado que todos los Césares que habían llevado el nombre de Cayo perecieron por el hierro, empezando por el que fué asesinado en tiempo de Cinna.



TIBERIO CLAUDIO DRUSO.

I. Livia, en cinta ya cuando casó con Augusto, dió á luz tres meses después á Druso, que al principio llevó el nombre de Nerón, y que fué padre de César Claudio. Este Druso pasó por ser fruto de adulterio entre Livia y Augusto, lo cual dió ocasión á que circulase este verso:

Τοῖς εὐτυχουσι καὶ τρίμηνα παιδία (1).

Durante su cuestura y su pretura tuvo un mando en la guerra de Rhecía y en la de Germania, y fué el primer general romano que navegó por el Océano septentrional. Hizo abrir al otro lado del Rhin canales de nueva forma é inmensa extensión, que aun se llaman *Drusinos*. Frecuentemente derrotó al enemigo, rechazándole hasta sus desiertos, y no dejó de perseguirle hasta que se le presentó una mujer de aquella nación, de estatura más que humana y que le prohibió, expresándose en latín, que llevase más adelante sus victorias. Sus hazañas recibieron por recompensa la ovación y ornamentos triunfales. Al salir de la pretura fué nombrado cónsul, y habiendo reanudado su expedición, murió de enfermedad en sus cuarteles de ve-

(1) A las gentes felices nacen hijos de tres meses.

rano, llamados desde entonces *Scelerata*. Los ciudadanos principales de los municipios y las colonias llevaron su cadáver á Roma; las decurias de los secretarios del Imperio salieron á recibirle y lo enterraron en el Campo de Marte. El ejército levantó en honor suyo un cenotafio, en derredor del cual debían ejercitarse anualmente los soldados en la carrera y hacer sacrificios solemnes los diputados de las ciudades de la Galia. Entre otros honores, le decretó el Senado un arco de triunfo en mármol, con trofeos, en la vía Apia, y el dictado de Germánico para él y sus descendientes. Dícese que le apasionaba tanto la gloria como la libertad; así es que deseando siempre unir á sus victorias el honor de despojos ópimos, perseguía en el combate, á través de mil peligros, á los jefes germánicos, y nunca ocultó el deseo de restablecer en cuanto pudiese la antigua república. Esta es, según creo, la razón que ha movido á decir á algunos autores que se hizo sospechoso á Augusto, y que éste le llamó de su gobierno, pero que viéndole vacilar en venir, se deshizo de él por medio del veneno. Doy cuenta de esta opinión por no omitir nada, pero sin creerla verdadera ni verosímil. Augusto quiso tanto á Druso mientras vivió, que le instituyó heredero en la misma categoría que á sus hijos en todos sus testamentos, conforme declaró un día en el Senado. En el elogio público que hizo de él después de su muerte, rogó á los dioses «que le diesen Césares que se pareciesen á Druso, y le concediesen á él mismo tan hermoso fin como á aquél.» Además compuso un epitafio en versos, que se grabaron en su tumba; y en prosa escribió la historia de su vida. Druso había tenido muchos hijos de la Antonia menor, pero solamente dejó tres, Germánico, Livila y Claudio.

II. Claudio nació en Lyon, en las kalendas de agosto, bajo el consulado de Julio Antonio y de Fabio Africano, el mismo día en que dedicaron el altar consagrado á Augusto. Llamado primeramente Tiberio Claudio Druso, más ade-

lante tomó el nombre de Germánico, cuando su hermano mayor pasó por adopción á la familia Julia. Aun estaba en la cuna cuando murió su padre, y tuvo que luchar durante casi todo el tiempo de su infancia y su juventud con diferentes y obstinadas enfermedades, que le dejaron tan débil de cuerpo y de espíritu, que ni aun en edad más avanzada se le consideró apto para ningún cargo público, ni para ningún negocio particular. Mucho tiempo después de terminar su minoría, dejáronle bajo la autoridad de otros bajo la férula de un pedagogo; y él mismo se queja en un escrito «de que hayan colocado á su lado un bárbaro, palafrenero en otro tiempo, para hacerle soportar, bajo todo linaje de pretextos, infinidad de malos tratamientos.» Esta misma debilidad de salud y de razón fué causa también de que, contra la costumbre, presidiese con la cabeza cubierta el espectáculo de gladiadores (1) que dió en unión con su hermano en memoria de su padre; y cuando tomó la toga viril, le llevaron en litera al Capitolio, á media noche y sin ninguna ceremonia.

III. No dejó, sin embargo, de aplicarse durante su juventud al estudio de las letras griegas y latinas, y hasta con frecuencia se ensayó en público en ambas lenguas. Mas no pudo, á pesar de estas pruebas de saber, conquistar ninguna consideración, ni infundir mejores esperanzas. Su madre Antonia le llamaba ordinariamente «sombra de hombre, aborto informe de la naturaleza;» y cuando quería hablar de un imbécil, decía: «Es más estúpido que mi hijo Claudio.» Su abuela Livia siempre le despreció profundamente: rara vez le dirigía la palabra, y si tenía algo que advertirle, se servía de una carta lacónica y dura ó de tercera persona. Su hermana Livilla, habiendo oído decir que Claudio reinaría algún día, compa-

(1) Quintiliano dice que solamente una enfermedad puede excusar el uso de cubrirse la cabeza, las piernas ó las orejas.

deció en alta voz al pueblo romano á quien estaba reservado tan desgraciado destino. En cuanto á lo que pensaba de él su tío Augusto, nada mejor puedo hacer que citar los siguientes pasajes de sus cartas.

IV. «He hablado con Tiberio, según me dijiste, querida Livia, acerca de lo que habrá que hacer con tu nieto Tiberio en las fiestas de Marte. Los dos creemos que debemos decidir de una vez sobre lo que le atañe y no separarnos del acuerdo. Porque si es *απτός* (apto) y tiene, por decirlo así, las facultades *δλόκληρος* (universales) no hay que dudar, se le debe hacer pasar gradualmente por los mismos honores que á su hermano. Si, por el contrario, le encontramos *ήλαττωσθαι* (incapaz); si no goza de salud de cuerpo ni de espíritu, no hemos de ponernos en ridículo, tanto nosotros como él, ante los satíricos que todo lo toman á juego y á burla. Cosa muy incómoda sería, en el caso de que nada hubiéramos decidido de antemano, tener que deliberar en cada período de su vida si puede ó no desempeñar los empleos públicos. Sea de esto lo que quiera, en la ocasión presente no me opongo á que se sienta á la mesa de los Pontífices en las fiestas de Marte, con tal de que tenga á su lado á su pariente el hijo de Silano, que le impida cometer inconveniencias ó ridiculeces. No creo que debe asistir á los juegos del circo en lecho de ceremonia, porque se haría muy visible y se daría como en espectáculo él mismo. Tampoco creo que debe ir á sacrificar en el monte Albano, ni permanecer en Roma durante las fiestas Latinas, porque, en último caso, ¿por qué no se le había de encargar de algunas funciones en la ciudad si compartiese las de su hermano en el monte? Ahora ya conoces todas mis decisiones, querida Livia, y añadiré que es necesario decidir para siempre nuestra conducta con relación á él, para no flotar incesantemente entre la esperanza y el temor. Si lo crees conveniente, pueden hacer leer á Antonia esta parte de mi carta.» En otra dice:

«Durante tu ausencia, invitaré todos los días á mi mesa al joven Tiberio con objeto de que no coma solo con su Sulpicio y su Athenodoro. Quisiera que eligiese con más cuidado y menos negligencia un amigo cuya actitud, acción y compostura pudiese imitar ese pobre insensato:

Ἄτοχετ̄ πάνω ἐν τοῖς σπουδαίοις λίαν (1).

Aunque cuando no está extraviado su espíritu, algunas veces hace recordar su nacimiento.» En fin, he aquí lo que dice en otra carta: «He oído declamar á tu nieto Tiberio, y no salgo de mi asombro. ¿Cómo puede hablar con tanta claridad en público, cuando de ordinario tiene la lengua tan entorpecida?» No puede dudarse de la resolución que tomó en seguida Augusto relativamente á él. No le confirió ninguna dignidad, á no ser la del sacerdocio de los augurios; no le asignó más que la sexta parte de su herencia, y no le nombró más que en la tercera categoría de herederos, casi entre los extraños; y los legados que le hizo no pasaban de ochocientos mil sextercios.

V. A petición suya, su tío Tiberio le concedió los ornamentos consulares; mas como instaba para obtener en seguida el consulado, le escribió por toda contestación: «Te mando cuarenta piezas de oro para las Saturnales y Sigilarias (2).» Renunciando entonces á la esperanza de las dignidades, tomó el partido de retirarse, viviendo unas veces en sus jardines ó en una casa de campo inmediata á Roma, otras en el fondo de la Campania, en compañía de los hombres más abyectos, añadiendo á su antigua repu-

(1) Los negocios de Estado no serán su ocupación.

(2) A las fiestas de las Saturnales, que duraban muchos días, en los cuales se hacían recíprocos regalos, se añadieron otros dos, que llamaron *sigillaria* (*a sigillis*), del nombre de unas figuritas en relieve que se regalaban á los niños. La contestación de Tiberio á Claudio es, por lo tanto, mucho más ofensiva.

tación de imbécil la vergonzosa fama de jugador y borracho.

VI. A pesar de esta conducta, todavía le dispensaron algunas atenciones, y hasta le dieron muestras públicas de respeto. Los caballeros le encargaron dos veces de llevar por ellos la voz al frente de una diputación de su orden: la primera, cuando pidieron á los cónsules el favor de trasportar en hombros hasta Roma el cuerpo de Augusto; la segunda, cuando fueron á felicitar á aquellos mismos magistrados por haber hecho justicia á Seyano. A su entrada en el teatro, todos se levantaban y quitaban el manto. El Senado quiso también agregarle extraordinariamente á los sacerdotes de Augusto, designados por suerte, hacer reconstruir á costa del Estado su casa destruida por un incendio y conferirle el derecho de emitir su opinión en el rango de los consulares. Mas Tiberio hizo revocar este decreto, alegando la incapacidad de Claudio y prometiendo indemnizarle él mismo de sus pérdidas. Al morir, le inscribió en la tercera categoría de sus herederos por la tercera parte de la herencia, haciéndole además un legado de dos millones de sextercios, y recomendándole expresamente á los ejércitos, al Senado y al pueblo romano entre lo que más quería.

VII. Bajo su sobrino Cayo, que al principio de su mando procuraba por todos los medios adquirir reputación, llegó al fin Claudio á los honores, y fué colega suyo en el consulado durante dos meses. Vióse la primera vez que se presentó en el Foro con los haces un águila que vino á posarse en su hombro derecho. La suerte le asignó otro consulado para cuatro años después. Algunas veces presidió los espectáculos en sustitución de Cayo, y el pueblo le saludaba entonces exclamando: «¡Prosperidad al tío del Emperador; prosperidad al hermano de Germánico!»

VIII. Mas no por esto dejó de ser juguete de la corte. Si llegaba algo tarde á la cena, se le recibía con disgusto

y después de dejarle dar vueltas alrededor de la mesa buscando puesto. Si se dormía después de la comida, cosa que le ocurría con frecuencia, lanzábanle huesos de aceitunas y de dátiles; ó bien se divertían los bufones en despertarle como á los esclavos, con una palmeta ó un látigo. También solían ponerle en las manos sandalias cuando roncaba, para que despertado bruscamente, se frotase la cara con ellas.

IX. En esta época experimentó también disgustos más graves. Durante su consulado, estuvo á punto de que le destituyesen por su negligencia en hacer colocar en Roma las estatuas de Nerón y de Druso, hermanos del César. Además, constantemente era objeto de delaciones por parte de su servidumbre y hasta de extraños. Enviado á Germania entre los legados encargados de felicitar á Calígula por el descubrimiento de la conspiración de Lépido y de Gentílico, corrió riesgo su vida, porque el Emperador se indignó de que hubiesen elegido á su tío como si se tratase de dar lecciones á un niño. Por esta razón han pretendido algunos autores que á su llegada le precipitaron vestido y todo en el Rhin. Desde esta época fué siempre el último de los consulares para dar su parecer en el Senado, no preguntándosele, para mortificarle, hasta después de todos los demás. Además, esta Asamblea recibió la acusación de falso testamento de uno que él había firmado. En fin, habiéndole costado ocho millones de sextercios su ingreso en un sacerdocio nuevamente establecido (1), encontróse tan apurado de dinero, que no pudiendo satisfacer sus débitos al Tesoro, pusiéronse sus bienes en venta conforme á las leyes de las hipotecas y según tasación de los prefectos del fisco.

X. De esta manera pasó la mayor parte de su vida hasta la edad de cincuenta años, que la casualidad más ad-

(1) Por Calígula para su propia divinidad.

mirable le llevó al mando supremo. Cuando los asesinos de Calígula separaron á todo el mundo, so pretexto de que el Emperador quería estar solo, Claudio, alejado como los demás, se retiró á un comedor pequeño, llamado Hermeum. Sobrecogido de miedo, al primer rumor de la muerte se arrastró hasta una galería inmediata, donde permaneció oculto detrás del tapiz que cubría la puerta. Un soldado, á quien la casualidad llevó hasta allí, le vió los pies, quiso saber quién era, le reconoció y le sacó de aquel sitio. Claudio se arrojó á sus plantas pidiendo la vida; el soldado le saludó como Emperador, le llevó á sus compañeros indecisos todavía y estremecidos de cólera. Estos le colocaron en una litera, y como habían huído los esclavos, le llevaron al campamento sobre sus hombros. Claudio estaba triste y tembloroso, y los transeuntes le compadecían como á inocente que llevaban al suplicio. Recibido en la parte fortificada del campamento, pasó la noche rodeado de centinelas, y más tranquilo en cuanto al presente que para el porvenir. En efecto, los cónsules y el Senado ocupaban el Foro y el Capitolio con las cohortes urbanas, y querían restablecer la libertad pública. El mismo Claudio, citado por los tribunos del pueblo para que fuese al Senado á dar su opinión en las circunstancias presentes, contestó «que estaba retenido por la fuerza.» Mas á la mañana siguiente, el Senado, presa de divisiones y cansado de su papel, habiendo ablandado en la ejecución de sus designios, pidiendo á voces la multitud que le rodeaba un solo jefe, y nombrando á Claudio, éste recibió delante del pueblo reunido los juramentos del ejército; prometió á cada soldado 15.000 sextercios, y fué el primero de los Césares que compró á precio de oro la fidelidad de las legiones.

XI. Establecido en el mando, su primer cuidado fué hacer olvidar lo ocurrido en aquellos dos días en que se trató de cambiar la faz del Estado. En consecuencia de esto otorgó amnistía general y completa, que observó reli-

giosamente, exceptuando con algunos tribunos y centuriones complicados en la muerte de Cayo; á éstos les hizo ejecutar, tanto para escarmiento como porque supo que habían pedido también su muerte. En seguida se ocupó de los honores que quería tributar á su familia. Adoptó como el juramento más sagrado el que invocaba el nombre de Augusto. Hizo decretar á su abuela Livia los honores divinos (1) y en las pompas del Circo un carro arrastrado por elefantes, como el de Augusto. A sus padres les hizo decretar ceremonias fúnebres, y por su padre añadió juegos anuales en el Circo, el día aniversario de su nacimiento, y para su madre un carro, en el que debía pasearse su imagen en el Circo, y el dictado de Augusta, que rehusó en vida. Venerando la memoria de su hermano, hizo representar en Nápoles, en honor suyo y después de un concurso, una comedia griega, premiada por él como la mejor, según dictamen de los jueces. También tributó pruebas de gratitud y respeto á la memoria de Marco Antonio, y un día declaró en un edicto «que deseaba tanto más ver celebrar el nacimiento de su padre Druso, cuanto que en igual día nació su abuelo Antonio.» Terminó el arco de triunfo en mármol que el Senado otorgó en otro tiempo á Tiberio, cerca del teatro de Pompeyo y que estaba abandonado, y si bien es cierto que anuló todos los actos de Cayo, prohibió se contase en el número de los días festivos el de su muerte, aunque fué el primero de su mando.

XII. Parco en la elección de honores y en el ejercicio del poder, se abstuvo de usar el título de *emperador*, y rehusó todas las distinciones excesivas. Celebró en su casa, sin ostentación y como ceremonia doméstica, los esponsales de su hija y el nacimiento de su nieto. No levantó ningún destierro sino por consejo de los senadores. Pidió como favor que le permitiesen llevar consigo al Se-

(1) Tiberio había suprimido todos los honores decretados á Livia.

nado al prefecto del pretorio y los tribunos militares, y que se ratificasen allí las sentencias que sus delegados pronunciaban en los asuntos judiciales. Solicitó de los cónsules el derecho de tener mercados en sus dominios privados. Con frecuencia asistió como simple consejero á los juicios que celebraban los magistrados; y cuando daban éstos espectáculos, se levantaba, como todos, al verles entrar y les saludaba con la voz y con la mano. Habiéndose presentado los tribunos del pueblo ante su tribunal, se excusó con ellos por verse obligado, falta de espacio, á dejarles hablar en pie. Esta conducta le granjeó en poco tiempo el aprecio y cariño de los Romanos, hasta el punto de que, habiendo corrido el rumor de que en uno de sus viajes á Ostia (1) había perecido asesinado, el pueblo, dolorosamente consternado, abrumó de imprecaciones á los soldados como traidores y á los senadores como parricidas, acusaciones que no cesaron hasta que los magistrados presentaron en la tribuna de las arengas á un ciudadano, y después otro, y otro además, que aseguraron que Claudio vivía y que se acercaba á Roma.

XIII. Sin embargo, no estuvo durante su mando exento de asechanzas, amenazando su vida conatos particulares, sediciones y últimamente la guerra civil. Una noche se encontró á un hombre del pueblo con un puñal cerca de su lecho. Sábese de dos caballeros romanos, armados con cuchillos de caza y estiletes, y que le esperaban para matarle, el uno á la salida del teatro, y el otro durante un sacrificio en el templo de Marte. Galo Asinio y Stantilio Corvino, nietos de los oradores Polión y Messala, intentaron una revolución é hicieron entrar en ella á muchos libertos y esclavos de Claudio. Furio Camilo Scriboniano,

(1) Estos viajes, según dicen, se relacionaban con un sacrificio que estableció en 801, después de la construcción del puerto, y cuyo principal objeto era hacer votos por el abastecimiento de Roma.

legado en Dalmacia, consiguió promover una guerra civil, pero fué derrotado en menos de cinco días, habiéndose arrepentido casi en el acto, por escrúpulo religioso, las legiones que habían violado su juramento. En efecto, sea por casualidad, sea por voluntad de los dioses, no pudieron preparar las águilas ni arrancar las insignias cuando recibieron orden de ponerse en marcha para reunirse al nuevo Emperador.

XIV. Además de su antiguo consulado fué investido cuatro veces con esta dignidad; las dos primeras sin interrupción, y las siguientes con cuatro años de intervalo. El último consulado lo conservó seis meses, y los otros solamente dos. En el tercero substituyó á un cónsul muerto, ejemplo nunca visto en un emperador. Pero fuese ó no cónsul, administraba justicia con mucha asiduidad, hasta en los días consagrados, en su casa ó en su familia, á alguna solemnidad, y algunas veces también durante las fiestas establecidas por la religión desde remota antigüedad. Sin atenerse siempre á los términos de la ley, la hacía más suave ó más severa, según la equidad natural ó siguiendo sus impresiones; así es que restablecía en su derecho de demandantes á los que lo habían perdido legalmente ante los jueces ordinarios por haber pedido demasiado, y aumentando el rigor de las leyes, condenó á las fieras á los que quedaron convictos de fraudes muy graves.

XV. En sus informes y sentencias mostraba carácter por extremo variable; circunspecto y sagaz unas veces, inconsiderado en otras, y hasta extravagante. Revistando un día las decurias, en virtud de su autoridad, para el servicio de los tribunales, y habiendo un ciudadano, á quien el número de hijos concedía el privilegio de no actuar (1),

(1) El objeto de la ley Papia Popea, al eximir de los deberes judiciales á los que tenían cierto número de hijos, era alentar á los caballeros al matrimonio.

contestado al llamamiento, sin aducir la exención, le despidió como sospechoso de la manía de juzgar. A otro, interpelado delante de él por sus adversarios en asunto que le era personal y que se excusaba pretendiendo que no incumbía al Emperador, sino á los jueces ordinarios, le intimó que se defendiese en el acto para obligarle á mostrar en su propia causa la equidad que tendría en las otras. Una mujer se negaba á reconocer un hijo suyo; por una y otra parte eran dudosas las pruebas; Claudio le mandó que se casase con el presunto hijo, obligándola de esta manera á confesarse madre suya. Ordinariamente daba razón á las partes presentes contra las ausentes, sin atender á las excusas, legítimas ó no, que podían presentar éstos para justificar su ausencia. Habiendo exclamado uno que debían cortar las manos á un falsificador (1), hizo venir en seguida al verdugo con su cuchilla y el banquillo del suplicio. Disputábase á un litigante la cualidad de ciudadano, y los abogados discutían la cuestión de saber si aquel hombre debía defender su causa con toga romana ó con manto griego, y el Emperador, creyendo dar prueba de completa imparcialidad, le mandó tomar alternativamente los dos trajes, uno durante la acusación y el otro durante la defensa. Créese que en otro asunto dió por escrito esta sentencia: OPINO COMO AQUELLOS QUE TIENEN RAZÓN. Estas decisiones le rebajaron tanto que algunas veces recibió, hasta en público, muestras de desprecio. Un ciudadano, para excusar la ausencia de un testigo citado por el mismo Claudio en una provincia del Imperio, se limitó á decir que le era imposible comparecer, manteniendo oculta por mucho tiempo la razón; y después de dejar que el Emperador le dirigiese muchas preguntas acerca de ella, concluyó por contestar: «Ha muerto, y creo que esto le es

(1) La ley Cornelia, *De falsis*, privaba de fuego y agua á los falsificadores. Los emperadores añadieron nuevas penas.

taba permitido.» Dándole otro gracias porque permitía á un acusado defenderse, añadió: «Y sin embargo, así se acostumbra.» He oído decir á los ancianos que los abogados abusaban de su paciencia hasta el punto de llamarle cuando se retiraba del tribunal, de retenerle por la toga, y algunas veces hasta por un pie; lo cual no debe tenerse por increíble, puesto que un litigante osó decirle en el calor de la discusión: «Y tú también eres viejo é imbécil.» Conocido es además el rasgo del caballero romano que, injustamente acusado por implacables enemigos de cometer con las mujeres monstruosas obscenidades, y viendo que le oponían y confrontaban con prostitutas de profesión, afeó á Claudio su estupidez y crueldad y le lanzó á la cara el punzón y las tablillas que tenía en la mano, causándole en la mejilla una herida bastante profunda.

XVI. Claudio ejerció también la censura que no se había dado desde Planco y Paulo; pero mostró en estas funciones la misma desigualdad de carácter y de conducta. En la revista de los caballeros expulsó, sin tacharle de infamia, á un joven lleno de oprobio, pero á quien su padre declaraba intachable. «Tiene, dijo, su censor.» Á otro muy conocido por sus desórdenes y adulterios, advirtió «que se entregase á los placeres propios de su edad con más moderación, ó al menos con más cautela;» y añadió: «¿Qué necesidad hay de que conozca yo el nombre de tu amante?» Un día, á ruego de sus amigos, borró la nota de infamia unida al nombre de un ciudadano. «Quiero, sin embargo, dijo, que subsista la tacha.» No contento con borrar del cuadro de jueces á uno de los principales habitantes de la provincia de Grecia que no sabía latín, le hizo rebajar además á la clase de extranjeros. Exigió también que todo ciudadano que tuviese que dar cuenta de su conducta lo hiciese por sí mismo como pudiese y sin abogado. Tachó á muchos ciudadanos que estaban muy lejos de esperarlo, y por causas harto insignificantes: á éste por

haber salido de Italia sin saberlo el Emperador y sin permiso; á aquél por haber acompañado á un rey á sus Estados; y con este motivo citó el ejemplo de Rabirio Póstumo, acusado en otro tiempo del crimen de alta traición porque había seguido á Alejandría al rey Ptolomeo, su deudor. Hubiese querido tachar á mayor número aún; pero la negligencia de los comisarios instructores le hizo sufrir la afrenta de no encontrar en gran parte más que inocentes cuando creía hallar culpables: aquellos á quienes censuraba el celibato, la falta de hijos ó de caudal, justificaban en el acto su matrimonio, paternidad ó riquezas. Hasta hubo uno que, acusado de haberse herido con una espada para quitarse la vida, mostró, despojándose de las ropas, que no tenía ninguna herida. Observóse también, entre otras singularidades de su censura, que hizo comprar y romper públicamente un carro de plata de maravilloso trabajo, que habían puesto en venta cerca de las Sigilarias (1), y que en un solo día publicó veinte edictos, entre los que había uno que advertía «embrear bien los toneles atendiendo á que habría mucho vivo aquel año;» y otro que indicaba «el jugo del tejo como remedio eficaz contra la mordedura de víbora.»

XVII. No hizo más que una expedición militar, y ésta sin importancia. El Senado le había decretado los ornamentos triunfales; pero no pareciéndole aquello bastante para la majestad de su rango, y aspirando á los honores de merecido triunfo, eligió para teatro de sus proezas la Bretaña, que no había sido atacada desde Julio César, y en la que reinaba entonces cierta fermentación, por los transfugas que no habían sido devueltos. Marchó, pues, á embarcarse en Ostia, pero estuvo á punto de naufragar dos

(1) Llamábase así un barrio de Roma, donde habitaban los comerciantes de *sigilla*, sellos, figuritas que se regalaban en las fiestas de las Sigilarias. También habitaban muchos librereros en este barrio.

veces á consecuencia de impetuoso viento en la costa de la Liguria y cerca de las islas Stechadas (1). Por esta causa desde Marsella fué por tierra á Gesoriacum, donde pasó el mar. En pocos días, sin combate, sin efusión de sangre, recibió la sumisión de parte de la isla, volvió á Roma seis meses después de su marcha, y desplegó en su triunfo deslumbrador aparato. Permitió á los gobernadores de las provincias, y hasta á algunos desterrados, que fuesen á ver el espectáculo, y colocó sobre la parte superior del palacio de los Césares, entre los despojos del enemigo y al lado de la corona cívica, una corona naval, como monumento de su paso y victoria sobre el Océano. Su esposa Mesalina siguió en un carro al vencedor. Los que habían merecido en esta guerra los ornamentos triunfales, le siguieron á pie, revestidos con la pretexta; únicamente Craso Trugi montaba un caballo enjaezado y llevaba traje con palmas, porque era la segunda vez que obtenía recompensas militares.

XVIII. Ocupóse siempre con extraordinaria solicitud del abastecimiento y seguridad de Roma. Durante el incendio del barrio Emiliano, como no podían contenerse los progresos del fuego, pasó dos noches en el Diribitorio. Encontrándose extenuados de fatiga los soldados y los esclavos, hizo llamar por medio de los magistrados al pueblo de todos los barrios. Mandó llevar entonces canastos llenos de dinero y exhortó á todo el mundo al trabajo, prometiendo á cada cual recompensa según sus servicios. Habiendo encarecido el precio de los víveres á consecuencia de prolongada esterilidad, le detuvo un día en el Foro la multitud, que le abrumó de injurias y le lanzó pedazos de pan. Trabajo le costó escapar, y no entró en su palacio sino por una puerta excusada, no dejando en seguida medio que no imaginase para asegurar la llegada de convoyes hasta en invierno, como garantir á los abastecedores utilidades

(1) Las Hieres.

ciertas, tomando á su cargo las pérdidas que ocasionase el mal tiempo, y concediendo ventajas á los que equipasen naves para el comercio de granos proporcionadas á su posición en el Estado; otorgando á los ciudadanos las dispensas establecidas por la ley Papia Popea, á los latinos los derechos de ciudadanos romanos, á las mujeres las prerrogativas de madres de cuatro hijos. Estos reglamentos subsisten todavía.

XX. Empezó grandes trabajos, pero atendió más al número que á la utilidad: los principales son el acueducto comenzado por Cayo, un canal de espurgo para el lago Fusino y el puerto de Ostia. No ignoraba, sin embargo, que Augusto había negado siempre una de estas obras á las apremiantes solicitudes de los Marsos, y que Julio César había tenido que renunciar al fin á la otra, á causa de las dificultades de la ejecución. Hizo llegar á Roma el agua Claudina, suministrada por manantiales tan frescos como abundantes, llamados el uno fuente Verde y el otro fuente Curtina ó Albudina. Por un hermoso acueducto trajó las del nuevo Anio, que quedaron distribuidas en numerosos y magníficos depósitos. En cuanto á los trabajos del lago Fusino, vió tanto provecho como gloria en emprenderlos, porque muchos particulares habían propuesto encargarse de los gastos, á condición de que les cediesen el terreno que quedase en seco. Este canal quedó terminado á fuerza de grandes trabajos, habiendo tenido que abrirlo en longitud de tres mil pasos á través de una montaña, de la que hubo que cortar una parte y arrasar la otra. La obra duró once años, aunque trabajaron en ella sin descansar treinta mil hombres. Construyó el puerto de Ostia, rodeándole de dos brazos á derecha é izquierda, y elevando un dique á la entrada, sobre suelo levantado ya. Con objeto de asegurar mejor este dique, comenzaron por sumergir la nave que había traído de Egipto el grande obelisco, y sobre fuertes pilares construyeron hasta prodigiosa altura

una torre, parecida al faro de Alejandría, para guiar por la noche la marcha de los buques.

XXI. Distribuyó muchas veces congiarios al pueblo. Dió juegos tan frecuentes como magníficos, y no se atuvo á las representaciones ordinarias, en los sitios acostumbrados: imaginó otros espectáculos y reprodujo los antiguos dedicándoles nuevos parajes. Cuando reconstruyó el teatro incendiado de Pompeyo (1), dió la señal de los juegos de la dedicación desde lo alto de una tribuna colocada en la orquesta, después de haber sacrificado á los dioses en la parte superior del edificio, desde donde bajó á ocupar su puesto, atravesando el recinto en presencia de toda la asamblea sentada y silenciosa. Celebró también los juegos seculares, cuya época había adelantado Augusto, según pretendía entonces, aunque dice él mismo en sus memorias «que este emperador, después de larga interrupción, los ordenó en su debido tiempo, habiendo calculado exactamente los años trascurridos.» Por esta razón, se burlaron mucho del anuncio del pregonero, cuando invitaba al pueblo con la fórmula solemne «á juegos que nadie había visto ni volvería á ver,» porque existían aún muchos ciudadanos que los habían visto ya: y algunos actores, que se presentaron en la escena en los últimos juegos, aparecieron también en éstos. Dió muchas veces juegos de Circo en el Vaticano, y, en ocasiones, después de cinco carreras de carros, celebrábanse cacerías de fieras. Adornó el Circo Máximo con barreras de mármol y metas doradas, cuando las antiguas eran de madera ó de piedra tosca. Designó asientos para los senadores, que, hasta él, no los tuvieron fijos (2). Además

(1) Este teatro, construído en 699 bajo el consulado de Pompeyo, fué varias veces pasto de las llamas, especialmente bajo Tiberio, que comenzó á reedificarlo. Calígula lo terminó, y Claudio lo consagró en 794.

(2) Debe tenerse presente que aquí sólo se trata de los es-

de las luchas de las cuadrigas, dió espectáculos de juegos troyanos y cacerías africanas, ejecutados por un escuadrón (*turma*) de jinetes pretorianos, con sus tribunos á la cabeza y hasta el mismo prefecto con ellos. También presentó á los jinetes tesalios que persiguen en el Circo toros salvajes (1), les saltan sobre el lomo, después de cansarlos á la carrera, y los derriban cogiéndoles por los cuernos. Multiplicó los espectáculos de gladiadores y los dió de muchas clases: uno anual en el campamento de los pretorianos, pero sin aparato ni lucha de fieras; otro en el Campo de Marte, con la forma y duración acostumbradas; otro además, en el mismo sitio, pero completamente nuevo, de poca duración, y al que llamó la *sportula*, porque al anunciarle por primera vez, dijo «que invitaba al pueblo como á una cena improvisada y sin aparato.» No había espectáculo en que se mostrase más afable y alegre: veíasele contar por los dedos de la mano izquierda y en alta voz, como el pueblo, las monedas de oro ofrecidas á los vencedores; invitar él mismo y excitar á todos los espectadores á la alegría, llamándoles de tiempo en tiempo *señores*, y mezclando en ocasiones á sus palabras bromas de pésimo gusto, como el día en que, reclamando el público al gladiador Palumbus (*palomo volador*) contestó: «Lo presentaría si se le pudiese coger.» El rasgo siguiente tenía al menos el mérito de ser acertado consejo dado con oportunidad. Habiendo concedido la barilla de licencia á

pectáculos dados en el Circo, porque en el teatro y en los juegos escénicos tenían los senadores desde muy antiguo sitios especiales, de la misma manera que los caballeros, puestos que estaban designados por las leyes Roscia y Julia. Nerón hizo por los caballeros lo que Claudio por los senadores.

(1) Los Tesalios, dice Plinio, han inventado una manera particular de matar los toros: un jinete se acerca á ellos al galope, los coge por un cuerno y les tuerce el cuello. El dictador César fué el primero que dió este espectáculo en Roma.

un *essedario* (1), á petición de cuatro hijos del mismo, y viendo al público aplaudir, en seguida hizo circular las tablillas en las que mostraba al pueblo «la gran conveniencia de tener hijos, puesto que eran fuente de favor y fuerza hasta para un gladiador.» Hizo representar en el Campo de Marte, como simulacro de la guerra, la toma y saqueo de una ciudad y la sumisión de los reyes de la Bretaña, presidiendo él mismo con traje de general. Antes de desecar el lago Fusino, quiso dar en él una naumaquia; pero habiendo exclamado los combatientes, al pasar delante de él, «salve, Emperador, los que van á morir te saludan,» y habiéndoles contestado Claudio: «Salud á vosotros,» ya no quisieron combatir, alegando que aquella contestación era su indulto. Durante algún tiempo deliberó si les haría perecer á todos por el hierro ó por el fuego, y al fin bajó de su asiento, corrió aquí y allá alrededor del lago, con paso vacilante y actitud ridícula, amenazando á éstos, rogando á aquéllos, concluyendo por decidirles al combate. Vióse en este espectáculo abordarse una flota siciliana y otra rhodiana de doce trirremes cada una, habiendo dado la señal la trompeta de un Tritón de plata, que una máquina hizo surgir del centro del lago.

XXII. Reformó, restableció é instituyó muchos usos relativos á las ceremonias religiosas, á las costumbres civiles ó militares, á los derechos de los diferentes órdenes del Estado, en Roma y fuera de ella. Nunca agregó un miembro nuevo al colegio de los pontífices sin prestar él mismo el juramento acostumbrado. Cuidaba, siempre que ocurría en Roma algún terremoto, de hacer anunciar por el pretor, á la multitud reunida, fiestas expiatorias. Si aparecía en la ciudad ó en el Capitolio un ave de mal agüero, ordenaba preces públicas, y, en su calidad de pontífice máximo, pronunciaba la primera fórmula, desde

(1) Gladiador que combatía sentado en un carro.

lo alto de los Rostros, delante de todo el pueblo convocado, después de hacer alejar á los esclavos y operarios.

XXIII. Hizo continuo el despacho de los negocios (1), dividido hasta él entre los meses de invierno y los de estío. La jurisdicción de los fideicomisos, delegada hasta él á los magistrados de Roma, como comisión anual, les quedó adjudicada á perpetuidad, dándola también á los magistrados de las provincias. Derogó el artículo que añadió á la ley Papia Popea (2) el emperador Tiberio, y que suponía á los sexagenarios incapaces de engendrar. Estableció que los cónsules podrían dar por extraordinario tutores á los pupilos (3), y que á aquellos á quienes los magistrados hubiesen prohibido el acceso á las provincias se les prohibiría también la permanencia en Roma y en Italia. Imaginó una manera nueva de destierro, prohibiendo á muchos ciudadanos alejarse de Roma más allá de tres millas. Cuando tenía que tratar en el Senado algún asunto importante, ocupaba una silla de tribuno, entre los dos cónsules. Incluyó en sus atribuciones los salvoconductos que ordinariamente se pedían al Senado.

XXIV. Concedió las insignias consulares hasta á los de-

(1) Las vacaciones de primavera y otoño interrumpían el curso de los negocios. Claudio no las suprimió, limitándose á dar más continuidad al trabajo, estableciendo una sola vacación en vez de muchas.

(2) Este artículo de la ley Papia prohibía el matrimonio á los sexagenarios. Claudio, de bastante edad, se indignó de verse legalmente proclamado incapaz de tener hijos; derogó esta disposición, y parece que lo hizo antes de su casamiento con Agripina, que por esta disposición no hubiese podido contraer.

(3) Había establecido la ley Atilia, dada en 443, que á los menores y mujeres que no tuviesen tutor, testamentarios ó legítimos, se les daría por el pretor ó por los tribunos del pueblo; la ley Julia, *Titia*, dada en 722, había concedido también este derecho á los gobernadores de provincia. Claudio hizo participar de él á los cónsules, que todavía lo tenían en tiempos de Trajano. M. Antonino instituyó un pretor *tutelarís* ó *pupilarís*.

legados imperiales llamados ducenarios. Quitó la categoría de caballeros á los que rehusaban la de senadores. Aunque al comenzar su mando se comprometió formalmente á no crear ningún senador que no fuese al menos tataranieto de un ciudadano romano, dió la lactiavía al hijo de un liberto, pero á condición de que antes se haría adoptar por un caballero. Para adelantarse á la censura que temía, recordó el ejemplo del censor Appio Ceco, fundador de su raza, que había hecho ingresar en el Senado hijos de libertos; pero ignoraba que en tiempos de Appio, y hasta después de él, llamaban libertos, no á los que habían conseguido la manumisión, sino á los hombres libres nacidos de aquéllos. El colegio de los cuestores quedó encargado, en vez de la reparación de los caminos públicos, de dar juegos de gladiadores. Quitóles también el gobierno de la Galia y de Ostia, y les restituyó la custodia del tesoro de Saturno (1), confiado, desde el tiempo de Augusto, á pretores encargados, ó como ahora se hace, á pretores antiguos. Concedió los ornamentos triunfales á Silano, prometido de su hija, antes de tener la edad de la pubertad; y en general, los concedió con tanta profusión y facilidad tanta, que las legiones le dirigieron en común una solicitud en la que le pedían «que los legados consulares recibiesen los ornamentos del triunfo al mismo tiempo que el mando de un ejército, para que no buscasen sin cesar pretextos de guerra.» A A. Plautino concedió los honores de la ovación, y cuando entró éste en Roma, salió Claudio á recibirle, marchando á su lado cuando subió al Capitolio y

(1) Augusto había quitado la custodia del tesoro de Saturno á los cuestores para confiarla á los que ejercían ó habían ejercido la pretura. De esto resultaron grandes abusos, que obligaron á Claudio á volver á los cuestores. Nerón cambió otra vez esta disposición y eligió constantemente entre los pretores antiguos. En tiempo de Adriano estaban aún en posesión de este cargo, como lo demuestran las palabras *uti nunc*, que emplea aquí Suetonio.

cuando bajó. Habiendo vencido Gabino Segundo á los Chaucos, nación germánica, quedó autorizado por él para tomar el dictado de *Chaucico*.

XXV. Ordenó el ascenso militar de los caballeros, dando después de la cohorte, el escuadrón, y después del escuadrón, el tribunado de legión. Creó también, con sueldo, una especie de servicio ficticio por los ausentes, que solamente tenían título sin cargos, y á los que se dió el nombre de *supernumerarios*. Hizo prohibir á los soldados, por medio de un senatusconsulto, la entrada en las casas de los senadores para saludarles. Confiscó los bienes á los libertos que se hacían pasar por caballeros romanos. Hizo reducir de nuevo á esclavitud á todos los convictos de ingratos, ó que daban á sus patronos motivos de queja, y amenazó á sus abogados de no hacerles justicia á ellos mismos, en iguales circunstancias, contra sus libertos. Algunos amos hacían exponer en la isla de Esculapio (1) á sus esclavos enfermos, para librarse del cargo de cuidarles: el Emperador declaró que todos los expuestos de aquella manera quedarían libres, y en caso de curación no pertenecerían más á aquellos amos; añadiendo que el que matare á su esclavo por no exponerle, sería perseguido como homicida. Por un edicto expreso, prohibió á los viajeros atravesar las ciudades de Italia de otra manera que á pie, en silla de manos ó en litera. Estableció en Puzzola y en Ostia una cohorte para los casos de incendio. Prohibió á los extranjeros que tomasen los nombres de las familias romanas. Hizo decapitar con hacha en el campo Esquilino á los que habían usurpado el título de ciudadano romano. Devolvió al Senado las provincias de Acaya y Macedonia, que

(1) Esta isla estaba consagrada á Esculapio, que tenía en ella un templo célebre, sobre cuyo emplazamiento se eleva hoy la iglesia de San Bartolomé. Esta es la isla formada en la parte del Tíber que se desvía hacia Oriente, entre el campo de Marte y el Janículo.

Tiberio tomó bajo su administración. Quitó la libertad á los Licios en castigo de sus querellas intestinas, y se la devolvió á los de Rhodas en recompensa de su arrepentimiento por sus faltas pasadas. Declaró á los Troyanos exentos á perpetuidad de todo tributo, como autores de la raza romana; y con este motivo, leyó una antigua carta griega del Senado y del pueblo al rey Seleuco, carta por la cual le prometían los Romanos alianzas y amistad á condición de que eximiría de todo impuesto á sus hermanos los Troyanos. Expulsó de Roma á los judíos, que, á excitación de un tal Cresto (1), excitaban turbulencias. Permitió á los diputados de los Germanos sentarse en la orquesta, agradándole mucho la sencillez y confianza con que aquellos extranjeros, que habían colocado en medio del pueblo, fueron espontáneamente á sentarse al lado de los embajadores de los Parthos y Armenios, sentados entre los senadores, diciendo que no les eran inferiores en calidad ni en valor. Abolió completamente en las Galias la cruel y atroz religión de los Druidas, que Augusto no había hecho más que prohibir á los ciudadanos. En cambio, trató de hacer pasar del Ática á Roma los ministros de Eleusis; y propuso reconstruir en Sicilia, por cuenta del Tesoro público, el templo de Venus Erycina, que se había desplomado de viejo. Contrajo alianza con los reyes en el Foro, inmolandose una cerda y haciendo leer por los faciales la antigua fórmula de los juramentos. Mas estos actos, y en general todos los de su gobierno, expresaban más bien la voluntad de sus mujeres y libertos que la suya, no teniendo otra regla que el interés ó el capricho de éstos.

XXVI. Siendo muy joven aún, tuvo dos esposas: Emi-

(1) Antiguamente con facilidad aplicaban al Cristo las palabras *impulsore Chresto*. Pero aquí se trata de un Griego que se había hecho judío y excitaba disturbios en Roma; porque los Romanos ignoraron por mucho tiempo la diferencia que existía entre judíos y cristianos.

lia Lépida, biznieta de Augusto, y Livia Medulina, de la antigua familia del dictador Camilo, y que había conservado el nombre de Camila. Repudió á la primera, virgen aún, porque sus padres habían caído en desgracia de Augusto; la otra murió de enfermedad el mismo día en que iban á celebrar la boda. Más adelante casó con Plaucia Urgulanila, de familia triunfal; y después con Elia Petina, hija de un consular. De estas dos esposas se separó por divorcio; de Petina, por faltas asaz ligeras, y de Urgulanila, por sus innobles desórdenes, á los que se añadían sospechas de homicidio. Casó en seguida con Valeria Mesalina, hija de su primo Barbato Masala. Pero cuando supo que además de sus desbordamientos y crímenes, se había atrevido á casarse con C. Silio y á consignar una dote en manos de los augures, la hizo perecer, y juró á los pretorianos reunidos «observar el celibato, puesto que el matrimonio le resultaba tan mal, y dejarse matar por ellos si violaba el juramento.» A pesar de esta promesa, trató en breve de nueva unión con aquella Petina que había repudiado, y con Solia Paulina, que había estado casada con C. César. Pero las seducciones de su sobrina Agripina, hija de Germánico, le inspiraron un amor al que fácilmente daba lugar el derecho de abrazarla y frecuente trato. Sobornó entonces á los senadores, que en la primera reunión propusieron obligarle á casarse con ella, so pretexto de que la unión importaba esencialmente al Estado, y dar de esta manera facultades á los demás ciudadanos para contraer iguales matrimonios (1), considerados hasta entonces incestuosos. Casóse con ella á la mañana siguiente; pero no encontró á nadie que quisiese seguir su ejemplo, exceptuando un liberto y un centurión primipilario, á cuyas bodas asistió con Agripina.

(1) Estos matrimonios no estaban solamente prohibidos, sino que también considerados como monstruosidades (*prodigia*), y con este título se les execraba como causa de calamidad pública.

XXVII. Tuvo hijos con tres esposas: de Urgulanila, Druso y Claudia; de Petina, Antonia; de Mesalina, Octavia y un hijo, al que primeramente dió el nombre de Germánico y después el de Británico. Druso murió en la infancia, en Pompeya, ahogado por una pera que lanzaba al aire y recibía en la boca. Pocos días antes le habían desposado con una hija de Seyano, razón por la cual me asombra que hayan escrito que fué Seyano autor de su muerte. Claudio hizo arrojar y exponer desnuda á Claudia en la puerta de su madre, como fruto de comercio criminal con su liberto Boter, aunque había nacido cinco meses después del divorcio del Emperador y comenzado éste á cuidar de ella. Casó primeramente á Antonia con Cn. Pompeyo, apellidado el Grande, y después con Fausto Sila, jóvenes nobilísimos. Dió Octavia á su yerno Nerón, aunque la había desposado con Sileno. En cuanto á Británico, que nació el día veintinueve de su reinado, durante su segundo consulado, no cesaba de recomendarle públicamente á los soldados, enseñándole pequeñito en sus manos al pueblo, teniéndole sobre las rodillas ó delante de él en el teatro, y hacía tiernos votos por aquel niño uniéndolos á las aclamaciones de la multitud. Adoptó á Nerón, yerno suyo, y no contento con repudiar á los otros dos, Silano y Pompeyo, les hizo matar.

XXVIII. A los que más quiso entre sus libertos, fueron el eunuco Posides, al que se atrevió á honrar con una lanza sin hierro (1) en presencia de valerosos soldados, en su triunfo sobre la Bretaña; Félix, á quien dió cohortes, escuadrones y el gobierno de la Judea, y que fué esposo de tres reinas; Arpocras, á quien concedió el derecho de hacerse llevar en litera por la ciudad y de dar espectáculos al pueblo; y más todavía que á éstos, á Polibio, su lector, á quien con frecuencia se le veía marchar entre los dos

(1) Esta era recompensa militar.

consules. Pero quiso sobre todo á su secretario Narciso y á Palas, su intendente, á quienes el Senado, con beneplácito del Emperador, otórgó magníficas recompensas, hasta los ornamentos de la cuestura y pretura y cuyas exacciones y rapiñas fueron tales, que quejándose Claudio un día de no tener nada en su tesoro, le contestaron sarcásticamente «que desbordarían sus cajas si sus dos libertos quisiesen admitirle en su sociedad.»

XXIX. Gobernado, como ya he dicho, por sus libertos y esposas, antes vivió como esclavo que como emperador. Dignidades, mandos, impunidad, suplicios, todo lo prodigó según el interés de estos afectos y caprichos, y con frecuencia sin saberlo. No quiero entrar ahora en detalles minuciosos, y no mencionaré sus liberalidades revocadas, sus sentencias anuladas, sus nombramientos para los cargos, ó impudentemente supuestos ó públicamente cambiados. Citaré hechos más graves. Hizo morir á Appio Silano, padre de su yerno, y á las dos Julias, una hija de Druso y otra de Germánico, por vaga acusación, y sin querer escucharlas. De igual manera trató á Cn. Pompeyo, casado con su hija mayor, y á L. Silano, desposado con la menor. Pompeyo fué degollado en los brazos de un joven á quien amaba (1). Silano recibió orden de despojarse de la pretura cuatro días antes de las kalendas de enero, y se suicidó al comenzar el año, el mismo día de las bodas de Claudio y Agripina. Claudio firmó también la sentencia de muerte de treinta y cinco senadores y de más de trescientos caballeros romanos, con tanta ligereza, que un centurión, encargado de matar á un consular, habiéndose presentado á decirle «que estaban cumplidas sus órdenes,» contestó que no había dado ningunas. Sin embargo, no dejó de aprobar aquella muerte, habiéndole asegurado sus libertos que los soldados habían cumplido su deber, to-

(1) El original dice: «...in concubitu dilecti ado'escentuli.»

mando á su cargo el cuidado de vengar al Emperador. Pero lo que excede á toda creencia, es que le hicieran firmar el contrato de matrimonio de Mesalina y Silio, su amante, haciéndole creer que era una farsa, para echar sobre otro un peligro que le amenazaba por algunas prodigalidades.

XXX. En su persona ostentaba cierto aspecto de grandeza y dignidad, ora estuviese de pie, ora sentado, pero principalmente en actitud de reposo. Su estatura era alta y esbelta, bello el semblante, hermosos sus blancos cabellos y el cuello grueso. Pero cuando marchaba, sus piernas inseguras se doblaban con frecuencia; y en sus juegos, así como en los actos graves de su vida, tenía varios defectos naturales: risa completamente estúpida; cólera más innoble aún, que le hacía echar espumas; boca abierta y narices húmedas; insoportable balbuceo y continuo temblor de cabeza que aumentaba en cuanto se ocupaba de cualquier negocio por pequeño que fuese.

XXXI. Tanto como fue débil su salud hasta su advenimiento al Imperio, así fué buena después, exceptuando sin embargo algunos dolores de estómago, tan agudos, que pensó algunas veces, según se dice, en darse la muerte.

XXXII. Con frecuencia dió opulentas comidas en parajes inmensos, y de ordinario tenía hasta seiscientos convidados. Un día hizo servir, junto al canal de desahogo del lago Fusino, las mesas de un festín de estos, y allí estuvo á punto de perecer bajo las aguas, que de pronto hicieron irrupción. Sus hijos asistían á todas sus comidas, y con ellos, los nobles jóvenes de ambos sexos que, según la costumbre antigua, comían sentados al pie de los lechos. Recayendo sospechas en un convidado de que había robado una copa de oro, Claudio le invitó otra vez al día siguiente y le hizo dar un vaso de barro. Asegúrase que meditaba un edicto «para permitir eructar y ventosear en su mesa» (*flatum crepitumque ventris in convivio emittendi*),

porque supo que un convidado estuvo á punto de morir por haberse contenido en su presencia.

XXXIII. Estaba siempre dispuesto á comer y beber á cualquier hora y en cualquier paraje que fuese. Un día que estaba juzgando en el Foro de Augusto, llegó á él el olor de un festín que preparaban cerca de allí para los sacerdotes Salianos en el templo de Marte. En el acto abandonó el tribunal, marchó á casa de aquellos sacerdotes y se sentó á la mesa con ellos. Jamás abandonó la mesa sino henchido de manjares y bebidas; en seguida se acostaba sobre la espalda con la boca abierta, y mientras dormía, le introducían una pluma para desahogarle el estómago. Dormía muy poco tiempo, y casi siempre despertaba antes de media noche: así es que con frecuencia se dormía de día y hasta en el tribunal, costando trabajo á los abogados despertarle aun alzando mucho la voz. Amó apasionadamente á las mujeres; pero no tuvo nunca comercio con los hombres. Fué muy aficionado al juego, é hizo de este arte asunto de un libro. Jugaba hasta en viaje, estando contruídos los carruajes y mesas de manera que el movimiento no interrumpiese el juego.

XXXIV. En las cosas pequeñas, como en las grandes, dió pruebas de carácter feroz y sanguinario. Ante todo hacía aplicar el tormento y ejecutar sin dilación á los parricidas, presenciando siempre las ejecuciones (1). En Tibur quería ver un suplicio á la manera antigua, y ya estaban atados al poste los culpables; pero el verdugo se encontraba ausente, y Claudio tuvo la paciencia de esperar hasta la tarde á que viniese de Roma. En los espectáculos de gladiadores dados por él ó por otros, hacía degollar á todos los que caían, aunque fuese por casualidad.

(1) Séneca, en su tratado *Sobre la clemencia*, dice á Nerón: «Tu padre, en cinco años, hizo coser en el saco más parricidas que se habían cosido en todos los siglos precedentes.»

y especialmente á los reciarios, cuyo semblante moribundo gustaba de contemplar. Habiéndose atravesado simultáneamente dos combatientes, en el acto se hizo construir cuchillitos con sus espadas. Gustábale tanto ver á los gladiadores llamados bestiarios (1) y á los meridianos (2), que iba á sentarse en el anfiteatro desde el amanecer y permanecía allí hasta durante el mediodía cuando el pueblo se retiraba á comer. Además de los gladiadores de profesión, hacía bajar á la arena con el pretexto más ligero é imprevisto á los obreros y gentes de servicio que se encontraban allí, si se descomponía una máquina, un resorte ú otra cosa cualquiera. Un día llegó á obligar á uno de sus nomenclatores á combatir como se encontraba, es decir, con toga.

XXXV. Pero el rasgo más saliente de su carácter era la desconfianza y el miedo. En los primeros días de su reinado, aunque afectaba, como dijimos, mucha afabilidad, no se atrevía á sentarse en ninguna mesa de festín sin tener á su lado una guardia armada con lanzas, y en vez de esclavos, soldados para servirle. No iba á ver ningún enfermo sin hacer reconocer primero la habitación, registrar los colchones y sacudir las colchas. En su palacio tuvo siempre á su lado satélites encargados de registrar á los que iban á saludarle; nadie estaba exento de este registro, que se practicaba con sumo rigor. Solamente al final de su reinado y con mucho disgusto, dispensó de él á las mujeres, los niños y las jóvenes, y cesó de hacer quitar á los esclavos y escribientes las cajas de plumas ó punzones que llevaban detrás de sus amos. Durante una sedición, persuadido Camilo de que podían asustar á Claudio sin emplear actos de hostilidad, le escribió una carta injuriosa y amenazadora, en la que le mandaba renunciar el imperio y

(1) Que combatían con fieras en los espectáculos matutinos.

(2) Los que combatían después de los anteriores.

entregarse á la vida ociosa del particular, y Claudio deliberó en presencia de los principales ciudadanos si obedecería.

XXXVI. Tanto se asustó de algunas conjuraciones que le denunciaron sin fundamento, que resolvió deponer el mando. Habían cogido cerca de él, como dije más arriba, un hombre armado con un puñal; en el acto convocó al Senado por medio de los pregoneros, lloró, lanzó gritos, se lamentó de su mala suerte que le exponía á continuos peligros, y durante mucho tiempo no quiso presentarse en público. Su amor á Mesalina, por ardiente que fuese, no cedió tanto al resentimiento de sus ultrajes como al temor de sus maquinaciones, porque la suponía el designio de hacer pasar el imperio al adúltero Silio. Por este tiempo fué cuando, dominado por vergonzoso temor, huyó al campamento de los pretorianos, preguntando á todo el mundo por el camino si era todavía emperador.

XXXVII. No había sospecha tan ligera, ni denuncia tan falsa, que no le indujese por miedo á precauciones excesivas y á la venganza. Un litigante, que había ido á saludarle, le dijo secretamente que había visto en sueños asesinarle un desconocido. Pocos momentos después, habiéndose presentado su adversario con un escrito, fingió reconocer en él al asesino y lo mostró al Emperador, que en el acto mandó le llevaran al suplicio como á un criminal. Dícese que lo mismo hicieron para perder á Appio Silano. Mesalina y Narciso, que habían urdido la trama, se repartieron los papeles. Narciso entró antes de amanecer, con aspecto agitado, en la cámara del Emperador y le dijo que acababa de ver en sueños á Appio atentar contra su vida; Mesalina, fingiendo sorpresa, añadió que hacía muchas noches soñaba lo mismo. Un momento después anuncian á Appio, que la víspera había recibido orden terminante de presentarse á aquella hora, y Claudio, persuadido de que iba á realizar el ensueño, le hizo prender y darle muerte. A la mañana siguiente refirió al Senado todo

lo ocurrido y dió gracias á su liberto porque velaba, hasta durmiendo, por su vida.

XXXVIII. Viéndose sujeto á ira y rencor, se excusó en un edicto, y distinguiendo entre estos dos defectos, dijo: «que la primera siempre sería corta é inofensiva, y el segundo jamás sería injusto.» Habíase encolerizado contra los habitantes de Ostia, porque no habían acudido en barcas á recibirle un día que remontaba el Tíber; habíales censurado con acritud «porque le trataban como á un hombre vulgar;» pero arrepentido en seguida, se excusó en cierto modo y les perdonó. Viósele rechazar con la mano á muchos ciudadanos que intempestivamente se le acercaron en público. Desterró á pesar de su inocencia y sin querer escucharles al escribiente de un cuestor y á un senador que había sido honrado con la pretura: al uno por haber litigado contra él con demasiada vehemencia, antes de ser emperador; al otro por haber impuesto una multa, siendo edil, á algunos arrendatarios suyos que vendían viandas cocidas, á pesar de los reglamentos, y además por haber hecho azotar á su intendente que intervino en la causa. Por este motivo también quitó á los ediles la vigilancia de las tabernas. En cuanto á su estupidez, tuvo hasta la de querer hablar de ella, y aseguró en algunos pobres discursos, que había sido una astucia que imaginó en tiempos de Calígula, para librarse de él y conseguir sus fines. Mas no convenció á nadie, y poco después apareció un libro en griego, titulado *μωρῶν ἐπαύλασις* (*La curación de los imbeciles*), en el que se demostraba que nadie sabría fingir la imbecilidad.

XXXIX. Asombraba especialmente por sus inconsecuencias y distracciones, ó diciéndolo como los Griegos, por su *μετεωρισμὸν* y *ἀβλεψίαν* (olvidos y equivocaciones). Poco tiempo después de la ejecución de Mesalina, preguntó, al sentarse á la mesa, «por qué no acudía la Emperatriz.» Con frecuencia ordenaba convidar á comer ó á jugar á los da-

dos con él á ciudadanos que había mandado matar el día anterior; y cansado de esperar, enviaba mensajeros á reprimirles su pereza. Iba á contraer con Agripina un matrimonio reprobado por las leyes, y no dejaba de llamarle en todos sus discursos «su hija, su pupila, nacida en sus brazos, criada sobre sus rodillas.» Iba á adoptar á Nerón, y repetía á cada momento «que nadie había entrado jamás por adopción en la familia Claudia;» como si no fuese bastante cometer una falta tan grave como adoptar el hijo de su esposa cuando el suyo era ya adulto.

XL. Con frecuencia era tan inconsiderado en sus palabras y acciones que mostraba no saber quién era, con quién estaba, ni en qué lugar, ni en qué tiempo. Un día exclamó en el Senado, cuando se trataba de carniceros y taberneros: «¿Quién de nosotros, decidme, puede vivir sin sopa?» y comenzó á alabar la abundancia que reinaba en otro tiempo en las tabernas, á las que acudía él mismo en busca de vino. Concedió su voto á un candidato para la cuestura, entre otras razones «porque su padre le había dado muy oportunamente agua fresca en una enfermedad.» Llamada una mujer como testigo ante el Senado: «Esta mujer, dijo, ha sido liberta y peinadora de mi madre, pero siempre me ha considerado como su patrono. Digo esto, porque todavía existen gentes en mi casa que no me consideran como patrono.» Hasta en su tribunal se enfureció contra los habitantes de Ostia, que le dirigían un ruego, y comenzó á gritar con toda su fuerza «que no tenía ningún motivo para favorecerles y que era tan libre como cualquier otro.» Todos los días, á toda hora y en todo momento repetía: «¿Me tomáis acaso por el atlela Theogonio?» y añadía *λάλει, καὶ μὴ θίγγανε.* (hablad, pero no me toquéis). Decía, en fin, otras mil cosas inconvenientes hasta en un particular, y con mucha más razón en un príncipe que no carecía de cultura ni de saber y que mostraba mucha afición al estudio.

XLII. En su juventud trató de escribir la historia, exhortándole Tito Livio y ayudándole Sulpicio Flavo. Comenzó ante numeroso auditorio la lectura de su trabajo, pero él mismo hizo perder el interés, y he aquí cómo. Cuando empezó á recitar, un espectador de los más gruesos rompió el banco en que se sentaba, y toda la asamblea comenzó á reir. En vano se procuró restablecer el silencio; Claudio no podía contener la risa que le asaltaba á cada instante por el recuerdo, y de esta manera se generalizaba la hilaridad. Mucho escribió durante su reinado, y siempre hizo que sus obras las recitasen en público sus lectores. Su historia comienza después de la muerte del dictador César; pero en seguida pasó á época más reciente, es decir, al fin de las guerras civiles, cuando vió que las continuas quejas de su madre y su abuela le impedían escribir libremente y con verdad acerca de los tiempos anteriores. Dejó dos libros de la primera de estas historias, y cuarenta y uno de la segunda. Compuso también ocho libros de memorias sobre su vida, en los que se nota menos ingenio que elegancia. Hizo además una apología bastante erudita de Cicerón para contestar á los libros de Asinio Galo. Inventó tres letras que creía muy necesarias, y que quiso añadir al alfabeto. Sobre este asunto había publicado ya un libro antes de ser emperador; y cuando lo fué, no encontró grandes dificultades para que se adoptase el uso de estas letras, que se encuentran en la mayor parte de los libros, actas públicas é inscripciones de aquella época.

XLIII. No tuvo menos afición á los estudios griegos, y en todas ocasiones mostró la importancia que daba á este hermoso idioma. Un bárbaro hablaba delante de él en griego y en latín. «Veo con gusto, le dijo, que posees nuestras dos lenguas.» Recomendando la Acaya á los senadores, les dijo: «Estoy unido á esta provincia por los lazos de los mismos estudios.» En el Senado contestó casi

siempre en griego á los discursos de los embajadores; y en su tribunal citaba con frecuencia versos de Homero. Cuando se deshacía de un enemigo ó de un conjurado, y el tribuno de guardia le pedía la contraseña, le daba ésta:

Ἄνδρ' ἐπαμύνασθαι, ὅτε τις πρότερος χυλεπήνη.

(Vengarme en el acto del primero que me ofenda.)

En fin, escribió en esta lengua veinte libros de la historia de los Tyrrhenianos, y ocho de la de los Cartagineses. Con ocasión de estas obras el antiguo museo de Alejandría añadió otro con el nombre mismo del Emperador, y se estableció que todos los años, en determinados días, los miembros de estos dos museos darían por turno lectura pública, en el uno de la historia de los Cartagineses, y en el otro de la de los Tyrrhenianos.

XLIII. Al fin de su vida dió evidentes muestras de arrepentimiento por haberse casado con Agripina y adoptado á Nerón. Celebrando un día sus libertos en presencia suya la equidad de una sentencia que había pronunciado la vispera contra una mujer adúltera, contestó «que la suerte le había dado también esposas impúdicas, pero que no habían quedado impunes;» y un momento después, encontrando á Británico, lo abrazó tiernamente y le dijo: «Acaba de crecer y te daré cuenta de todas mis acciones;» añadiendo «ὁ τρώσας καὶ λάσεται» (el que ha hecho la herida la curará), y aunque Británico era muy joven aún, quería, permitiéndolo su estatura, adelantar la edad, hacerle tomar la toga viril, diciendo «que el pueblo romano tendría al fin un verdadero César.»

XLIV. Poco tiempo después hizo su testamento, que firmaron todos los magistrados. Sin duda hubiese realizado todos sus proyectos; pero se le adelantó Agripina, que atormentaba su conciencia y á la que muchos delatores

comenzaban á acusar. Conviénese en que murió envenenado, pero no se sabe con certeza dónde ni por quién. Dicen algunos que fué en el Capitolio, en un festín con los pontífices y por el eunuco Holato, su gustador; otros en una comida de familia, y por la misma Agripina, que con este objeto había envenenado una seta, manjar de que se mostraba muy ávido. Tampoco se está de acuerdo respecto á lo que sucedió después. Según el mayor número, perdió en el acto la voz y murió al amanecer, habiendo sufrido horriblemente toda la noche. Según otros, después de haberse aletargado algunos momentos, vomitó todo lo que había comido, y entonces le hicieron tomar otra dosis de veneno, ó en una sopa como para devolver fuerzas á su estómago extenuado, ó en una lavativa como para aliviarle, por medio de evacuaciones, una digestión difícil.

XLV. Mantuvieron secreta su muerte hasta que todo estuvo dispuesto para asegurar el imperio á su sucesor. Continuóse, pues, haciendo votos por su curación, y hasta se llamaron á palacio algunos cómicos, que había pedido, según decían, para distraerse. Murió el 3 de los idus de octubre (13 de octubre), bajo el consulado de Asinio Marcelo y de Acilio Aviola, á los sesenta y cuatro años de edad y catorce de reinado. Celebráronse sus funerales con toda la pompa conveniente á su rango, y le pusieron en el número de los dioses. Este honor, del que á poco le privó la envidia de Nerón, se lo restituyó Vespasiano.

XLVI. Los principales presagios que anunciaron su muerte fueron: la aparición en el cielo de una de esas estrellas cabelludas que se llaman *cometas*; el haber caído un rayo en la tumba de su padre Druso, y la muerte de casi todos los magistrados de aquel año. Parece que él mismo previó su próximo fin y no lo ocultó. Teniendo que designar cónsules, no nombró ninguno para época más avanzada del mes en que murió; la última vez que fué al Senado, oyósele repetidas veces exhortar á sus hijos á la

concordia, y recomendar con suplicante voz su juventud á los senadores. En fin, en la última audiencia que dió como juez, dijo «que había llegado al fin de su vida,» y lo repitió, aunque los presentes rechazaron con horror aquel presagio.

NERÓN CLAUDIO.

I. Las dos ramas más ilustres de la familia DOMICIA fueron los CALVINO y los ENOBARBO. Los Enobarbo reconocían por tronco de su origen y de su nombre á L. Domicio, quien, al regresar un día del campo, encontró, según cuentan, dos jóvenes de celestial semblante (1) que le mandaron anunciar al Senado y al pueblo una victoria incierta aún; y queriendo probarle su divinidad, le tocaron las mejillas y dieron á su barba, que era negra, color amarillo cobrizo. Este distintivo lo heredaron sus descendientes, teniendo casi todos la barba de este color. Honrados con siete consulados, el triunfo, dos censuras y recibidos en el número de los patricios, conservaron el apelativo y jamás tomaron otros nombres que los de Cneo y Lucio, que se trasmitían en orden bastante notable, llevando estos nombres tres miembros seguidos de esta familia, y alternativamente los miembros siguientes: así, pues, los tres primeros Enobarbo se llamaron Lucios; los tres siguientes Cneos, y los demás alternativamente Lucio y Cneo. Conveniente es conocer algunos de ellos, con objeto de que pueda verse cuán-

(1) Estos son los Dióscuros. Cicerón, Plutarco y Dionisio de Alicarnaso refieren también este prodigio.

to degeneró Nerón de las virtudes de sus mayores, y por otra parte, qué vicios recibió de cada uno como heredados é innatos.

II. Así, pues, remontando algo más arriba, citaré á su bisabuelo Cn. Domicio, quien furioso porque los pontífices habían elegido durante su consulado á otro ciudadano que á él para la plaza de su padre, hizo pasar de su colegio al pueblo el derecho de elegir los sacerdotes (1). Habiendo vencido durante su consulado á los Alobrogios y Avernios, atravesó las provincias de su mando montado en un elefante y seguido de multitud de soldados, como en la solemnidad del triunfo. De él dijo el orador Licinio Crasso «que no era extraño verle barba de bronce, puesto que tenía semblante de hierro y corazón de plomo.» Siendo pretor su hijo citó á Julio César, después de su consulado, para que contestase ante el Senado á la acusación de haber obrado en sus funciones contra los auspicios y las leyes. Cónsul él mismo, trató de retirarle el mando de los ejércitos de la Galia; y nombrado sucesor suyo por el partido de Pompeyo, cayó prisionero en Corfino al principiar la guerra. Puesto en libertad, marchó á sostener con su presencia á los Marselleses sitiados; mas los abandonó de pronto, y al fin pereció en la batalla de Farsalia. Era arrogante, pero carecía de firmeza: cuando la situación fué desesperada, temiendo la muerte, quiso dársela él mismo y tomó veneno; pero tal fué su espanto, que lo vomitó y dió libertad á su médico, que, previendo el arrepentimiento, había cuidado de disminuir la dosis. Cuando Pompeyo consultó á sus legados acerca de cómo había de tratarse á los que permaneciesen neutrales, Domicio fué el único que opinó tratarles como enemigos.

(1) Parece que Suetonio confunde aquí al padre con el hijo: el padre fué quien triunfó de los Alobrogios, y el hijo, tribuno del pueblo en 750, fué quien hizo la ley que menciona.

III. Dejó un hijo, que fué, sin duda, el mejor de esta familia. Envuelto, aunque inocente, en la condenación de la ley Pedia contra los asesinos de César, se retiró con Cassio y Bruto, de quienes era pariente. Después de la muerte de estos dos jefes, supo conservar y hasta aumentar la flota que le habían confiado, y no la entregó á Marco Antonio hasta la completa derrota de su partido y por convenio voluntario, agradeciéndoselo tanto, que fué el único de todos los condenados por aquella ley que volvió á la patria y llegó á las dignidades más elevadas. Cuando comenzó de nuevo la guerra civil fué legado de Antonio, ofreciéndole entonces el mando los que se avergonzaban de obedecer á Cleopatra; pero como se encontraba enfermo, no atreviéndose á aceptar ni á rehusar, concluyó por pasar al partido de Augusto, muriendo pocos días después con reputación algo manchada, porque Antonio pretendía que le abandonó por el deseo de ver á su amante Servilia Naida.

IV. De este Domicio nació el que debía ser ejecutor testamentario de Augusto; tan conocido desde su juventud por su habilidad para guiar carros, como célebre más adelante por los ornamentos triufales que se le concedieron después de la guerra de Germania. Arrogante, pródigo y cruel, obligó no siendo más que edil al censor L. Planco á cederle el paso; durante su pretura y su consulado, hizo presentarse en la escena á caballeros romanos y mujeres distinguidas para representaciones mímicas; dió en el Circo y en todos los barrios de la ciudad cacerías de fieras y combates de gladiadores, y desplegó en ellos tanta barbarie, que Augusto, que inútilmente le había reconvenido en particular, tuvo que reprenderle en un edicto.

V. Tuvo de Antonia la mayor un hijo que fué el padre de Nerón, y cuya vida fué completamente detestable. Habiendo acompañado al Oriente al joven C. César, mató á un liberto que se negaba á beber tanto como le mandase.

Excluido por este asesinato de la sociedad de sus amigos, no se condujo con mayor moderación. En la Vía Apia aplastó á un niño, sacando expresamente á galope sus caballos. En Roma reventó un ojo, en pleno Foro, á un caballero romano que discutía vivamente con él. Tenía tan mala fe, que no pagaba á los vendedores el precio de lo que compraba, y durante su pretura defraudó del premio á los aurigas vencedores, si bien las burlas de su hermana y las quejas de los jefes de los diferentes partidos le obligaron á establecer «que en lo sucesivo los premios se pagarían en el acto.» Acusado á fines del reinado de Tiberio del crimen de lesa majestad, de muchos adulterios y de incesto con su hermana Lépida, no escapó sino merced al cambio de reinado. Murió de hidropesía en Pyrgia, dejando de Agripina, hija de Germánico, un hijo, que fué Nerón.

VI. Nerón nació en Anzio, nueve meses después de la muerte de Tiberio (1), el 18 de las kalendas de enero, al salir el sol (2), cuyos rayos le tocaron antes que él tocase la tierra. Entre muchas conjeturas espantosas que se hicieron en el instante de su nacimiento, se consideró como presagio la contestación de su padre Domicio á las felicitaciones de sus amigos, cuando dijo que de Agripina y él no podía nacer más que algo detestable y fatal para el mundo. Observóse también, el día que recibió su nombre (3), un pronóstico igualmente fatal: estrechado C. César por su hermana para que diese á aquel niño el nombre que quisiera, y viendo pasar á su tío Claudio, que

(1) Tiberio murió en el mes de marzo del año 790; Nerón nació en el mes de diciembre del mismo año.

(2) Xiflino coloca esta particularidad entre los presagios que anunciaron el imperio de Nerón.

(3) Ordinariamente se daba nombre á los niños al noveno día de su nacimiento (á las niñas al octavo), y llamábase este día *lustricus dies*, ó día de la purificación: esto se hacía observando ciertas ceremonias religiosas.

más adelante adoptó á Nerón, contestó que le daba el de aquél, diciendo esto en broma y para contrariar á Agripina que, en efecto, se opuso é ello, porque Claudio era entonces el ludibrio de la corte. A los tres años perdió á su padre, y nombrado heredero de sus bienes por un tercio, ni siquiera obtuvo esta parte, porque Calígula, su coheredero, se poderó de todo. Desterrada en seguida su madre, quedó reducido, por decirlo así, á la indigencia, y fué educado en casa de su tía Lépida, siendo sus maestros un bailarín y un barbero. Pero bajo el reinado de Claudio recobró la fortuna de su padre, y hasta se enriqueció con el caudal de su suegro Crispo Passieno. La influencia de su madre, llamada del destierro, le hizo subir tanto, que corrió el rumor de que Mésalina, esposa de Claudio, había querido hacerle estrangular dormido, como á peligroso rival de Británico. Añadiéndose que huyeron los asesinos espantados al ver una serpiente que salía de su lecho (1). Dió lugar á esta fábula el haber encontrado un día cerca de su almohada fragmentos de una piel de serpiente, que su madre le hizo llevar algún tiempo en un brazaleté de oro puesto en el brazo derecho. Más adelante abandonó este brazaleté, que le traía á la memoria importuno recuerdo, y cuando lo pidió en sus últimos momentos no lo encontraron.

VII. Desde temprana edad fué, en las solemnidades del Circo, uno de los actores más asiduos de los juegos troyanos, y recibió numerosos testimonios del favor público. Tenía once años cuando lo adoptó Claudio, dándole por maestro á Anneo Séneca, que ya era senador. Dícese que Séneca soñó á la noche siguiente que tenía á Calígula por

(1) Xifilino refiere este hecho lo mismo que Suetonio. Tácito, que también lo menciona, dice: «Decíase además que habían aparecido dragones en derredor de su cuna como para guardarle, prodigio calcado sobre las fábulas antiguas; porque el mismo Nerón, que no era inclinado á ocultar sus ventajas, frecuentemente ha referido que no se había visto en su cámara más que una serpiente.»

discípulo, y Nerón no tardó en justificar este ensueño con sus precoces muestras de detestable carácter. Habiéndole llamado ENOBARBO su hermano Británico, por costumbre, después de su adopción, esforzóse en probar á Claudio que Británico no era hijo suyo; abrumó con su testimonio, delante de los tribunales, á su tía Lépida, para congraciarse con su acusadora Agripina. El día en que fué á tomar la toga en el Foro (1) distribuyó el congiario al pueblo y el donativo á los soldados; después, habiendo ordenado á los pretorianos un ejercicio militar, marchó él mismo á su cabeza, con el escudo en la mano; en fin, en el Senado dirigió un discurso de gracias á su padre adoptivo. Defendió en latín ante Claudio, cónsul entonces, á los habitantes de Boloña; y en griego, á los de Rhodas y á los Troyanos. Investido con la prefectura de Roma durante las Ferias latinas, y con la jurisdicción unida á este cargo, el primero que se le confió, vió llevar diariamente á su tribunal, por los abogados más célebres, no los negocios corrientes y fáciles, como se acostumbra durante estas fiestas, sino los más graves y complicados, á pesar de la expresa prohibición de Claudio. Poco tiempo después casó con Octavia, y dió en el Circo juegos y el espectáculo de una cacería.

VIII. Tenía diez y siete años cuando murió Claudio, marchando en busca de los guardias en cuanto se propagó la noticia, entre la sexta y sétima hora (2), único mo-

(1) Decidióse entonces (en 805) que Nerón era capaz de tomar parte en los negocios públicos, y se convino que sería consul á los veinte años. Nombrósele *príncipe de la juventud*, y se le confirió la autoridad proconsular fuera de la ciudad.

(2) «Al fin... abriéronse de pronto las puertas del palacio. Nerón sale con Burrho y se adelanta hacia la cohorte que estaba de guardia. Habiéndole recibido los soldados con aclamación, á una señal del prefecto, montó en litera. Dícese que algunos soldados vacilaron, que frecuentemente miraron á la espalda, y que preguntaron muchas veces dónde estaba Británico; pero como no se vieron apoya-

mento de aquel día nefasto en el que se hubiese podido tomar auspicios. Saludado EMPERADOR en las gradas del Palacio, marchó en litera al campamento, reunió apresuradamente á los soldados y le llevaron al Senado, de donde no salió hasta la tarde, no habiendo rehusado ninguno de los excesivos honores de que le colmaron, exceptuando el título de PADRE DE LA PATRIA, que no podía convenir á su edad.

IX. Comenzó su reinado con demostraciones de piedad filial: hizo magníficos funerales á Claudio, pronunció su oración fúnebre y le puso en el rango de los dioses; tributó grandes honores á su padre Domicio y entregó á su madre autoridad ilimitada. El primer día dió por contraseña al tribuno de guardia: «Optima madre,» y en lo sucesivo se le vió frecuentemente en público con ella en la misma litera. Estableció una colonia en Anzio, compuesta de veteranos pretorianos y de los primipilarios más ricos, á quienes hizo renunciar á su domicilio (1), construyendo también allí un puerto de suntuosísimo trabajo.

X. Para hacer augurar mejor aún de su carácter, anunció «que reinaría según los principios de Augusto,» y no perdió ocasión de mostrar dulzura y clemencia. Abolió ó disminuyó los impuestos demasiado onerosos (2). Redujo á la cuarta parte las recompensas que asignaba la ley Papia á los delatores. Hizo distribuir al pueblo cuatrocientos sextercios por persona. Aseguró á los senadores de elevado nacimiento, pero sin fortuna, renta anual que se ele-

dos, pronto siguieron el impulso general. Llegado Nerón al campamento, es proclamado emperador.»

(1) Los pretorianos que mandaban á estas colonias no tenían domicilio; las palabras *per domicilii translationem* solamente se refieren á los primipilarios, como ciudadanos de Roma.

(2) Nerón se inclinaba á suprimir todos los tributos, considerando que sería hermoso presente para el género humano. Hicieronle observar los senadores que esto sería disolver el Imperio.

vaba para algunos hasta quinientos mil sextercios. Fundó para las cohortes pretorianas distribuciones de trigo mensuales y gratuitas. Un día que le pedían, según costumbre, que firmase la sentencia de muerte de un criminal, dijo: «Quisiera no saber escribir.» Saludaba á todos los ciudadanos por su nombre, en el orden en que se presentaban y de memoria. Al Senado, que le dirigía acciones de gracias, contestó: «Me las daréis cuando las merezca.» Admitía hasta al populacho á los ejercicios del Campo de Marte. Declamó frecuentemente en público, y leyó versos suyos, no solamente en su casa, sino que también en el teatro, cosa que produjo regocijo tan general, que se decretaron acciones de gracias á los dioses, y aquellos versos, grabados en seguida en letras de oro, fueron dedicados á Júpiter.

XI. Dió espectáculos numerosos y variados; tales como los juegos llamados Juveniles, fiestas en el Circo, representaciones teatrales y combates de gladiadores. En los juegos de la juventud, hizo presentarse ancianos consulares y madres de familia muy avanzadas en edad (1). En los juegos del Circo, destinó á los caballeros puestos distinguidos (2) é hizo correr cuadrigas arrastradas por camellos. En los que celebró por la eternidad del Imperio, y á los que llamó *Grandes Juegos*, se vió á la nobleza de ambos sexos desempeñar papeles de bufones. Un caballero romano muy conocido corrió en la liza sobre un elefante; representóse una comedia de Afranio intitulada *El Incendio*, y se abandonó á los actores el pillaje de una casa entregada á

(1) Xifilino cita á Elia Catula, que pertenecía á una de las familias principales de Roma y á la que se vió bailar en los juegos de la juventud cuando tenía más de ochenta años.

(2) Las leyes Roscia y Julia no habían señalado asientos distinguidos á los senadores y caballeros mas que para las representaciones teatrales. Claudio los concedió especiales á los senadores en los espectáculos del Circo, y Nerón hizo lo mismo para los caballeros.

las llamas. Cada día distribuyó al pueblo provisiones y regalos de toda especie: pájaros por millares, manjares con profusión, bonos pagaderos en trigo, trajes, oro, plata, piedras preciosas, perlas, cuadros, esclavos, fieras domesticadas, en fin, hasta naves, islas y tierras.

XII. Contemplaba estos juegos desde lo alto del prosenio. Hizo construir en menos de un año, en el Campo de Marte, un anfiteatro de madera para un espectáculo de gladiadores en el que no permitió matar á ninguno de los combatientes, ni aun de los criminales. Pero hizo combatir en él cuarenta senadores y sesenta caballeros, algunos de los cuales gozaban de considerable fortuna y elevada consideración. Eligió también, en los mismos órdenes, ciudadanos que opuso á las fieras y á los que distribuyó diferentes empleos en la arena. Dió una naumaquia en la que se vieron monstruos marinos nadando en agua del mar. Niños bailaron la pirrhica, y después del baile ofreció á cada uno de ellos diplomas de ciudadanos romanos. El asunto de un baile de estos era Pasiphea, cuyo papel desempeñó una mujer encerrada en una vaca de madera que asaltó un toro, al menos según creyó ver la multitud. Un Ícaro fué á caer, al primer vuelo, cerca del palco de Nerón y lo llenó de sangre. Al principio, rara vez ocupaba en el espectáculo el puesto de honor, acostumbrando verle por pequeñas aberturas; pero más adelante se sentó en la parte del anfiteatro más distinguida y más á la vista. Fué el primero que estableció en Roma juegos quinquenales, compuestos, como entre los Griegos, de tres géneros de diversiones, música, carreras de caballos y juegos gimnásticos, y los llamó Neronianos. En la dedicación de sus baños y de un gimnasio nuevo, hizo presentar el aceite á los senadores y á los caballeros, y quiso que designara la suerte entre los consulares los que habían de presidir, en los asientos mismos de los pretores, durante todo el concurso. En seguida bajó á la orquesta, en medio del Senado, y re-

cibió la corona de la elocuencia y de la poesía latina, por voto unánime hasta de sus mismos competidores, que eran los ciudadanos más ilustres de Roma. La que le otorgaron los jueces como premio del arpa, la dedicó á Augusto y la hizo llevar al pie de la estatua de aquel príncipe. En los juegos gímnicos que dió en el Campo de Marte, y durante los preparativos del sacrificio, se hizo cortar la primera barba, la encerró en un cofrecillo de oro adornado con pedrería, y la consagró al Capitolio. Invitó á las Vestales á asistir á los combates de atletas, porque en Olimpia las sacerdotisas de Ceres tenían también el derecho de asistir á este espectáculo.

XIII. Pondré también en el número de los espectáculos que dió la entrada en Roma del rey Tiridates. Había hecho venir á este rey de Armenia, á fuerza de promesas, y designado por un edicto el día en que quería mostrarlo al pueblo; ceremonia que el mal tiempo hizo aplazar. Mas en la primera ocasión favorable, mandó colocar cohortes armadas alrededor de los templos próximos al Foro, y marchó á sentarse al lado de los Rostros en una silla curul vistiendo traje de triunfador, en medio de las banderas militares y de las águilas romanas. Tiridates subió las gradas del estrado y se arrodilló delante de Nerón, que levantándole y abrazándole, recibió su petición, le quitó la tiara y le colocó la corona en la cabeza, mientras que un pretor antiguo explicaba al pueblo, traduciéndolos, los ruegos del extranjero. Desde allí le llevaron al teatro, (1) donde el Emperador, después de recibir otra vez su homenaje, le colocó á su derecha. La asamblea saludó entonces á Nerón con el título de *Emperador*; y él mismo llevó una corona de laurel al Capitolio, y cerró el templo de Jano, como si no quedase ninguna guerra por terminar.

(1) Plinio dice que Nerón hizo cubrir de oro el teatro de Pompeyo para mostrarlo á Tiridates.

XIV. Fué cónsul cuatro veces: la primera durante dos meses, la segunda y la última durante seis, y la tercera durante cuatro. Su segundo y tercer consulado fueron consecutivos: el primero y el último separados de los otros por intervalos de un año.

XV. Nunca contestó á las demandas de los litigantes sino al día siguiente y por escrito. En sus audiencias prohibió los discursos seguidos, escuchando alternativamente á las partes sobre cada punto del litigio. Cuando se retiraba para deliberar, no opinaba en común ni delante de los demás, sino que, sin decir nada, prescindía de las opiniones escritas de los jueces, y pronunciaba la sentencia que le agradaba como si fuese resultado de la mayoría de votos. Durante mucho tiempo no admitió en el Senado á los hijos de los libertos, y no concedió dignidad alguna á los que habían hecho ingresar los emperadores anteriores. A los candidatos que excedían del número de las magistraturas, les daba para compensarles por la dilación el mando de algunas legiones. Ordinariamente confería el consulado por seis meses. Habiendo muerto un consul cerca de las kalendas de enero, no lo reemplazó, censurando el ejemplo que se dió en otro tiempo en la persona de Canino Rebelio, que fué cónsul un solo día. Concedió los ornamentos triunfales á cuestores antiguos y hasta á algunos caballeros, y no siempre por servicios militares. Cuando dirigía discursos al Senado sobre un asunto cualquiera, ordinariamente hacía que los leyese un cónsul, aunque este oficio pertenecía al cuestor.

XVI. Trazó un plan nuevo para la construcción de edificios en Roma, é hizo levantar á costa suya pórticos delante de todas las casas, aisladas ó contiguas, con objeto de que se pudiese desde lo alto de las plataformas atajar los incendios. Quería también prolongar hasta Ostia las murallas de Roma y hacer llegar el mar á la ciudad por un canal. Bajo su reinado se reprimieron y castigaron

muchos abusos, y se dictaron reglamentos muy severos. Puso límites al lujo: las comidas que se daban al pueblo quedaron convertidas en distribuciones llamadas *sportula*: prohibióse que se vendiese nada cocido en las tabernas, exceptuando legumbres, cuando antes se vendía en ellas toda clase de manjares. Los cristianos, clase de hombres llenos de supersticiones nuevas y peligrosas, fueron entregados al suplicio (1). Púsose freno á la licencia de los aurigas, quienes en su vida vagabunda todo se lo creían permitido, habiendo convertido en juego el engaño y el robo. Desterraron á los que intrigaban en favor ó en contra de los mímicos, y con ellos á los mímicos que daban ocasión á las intrigas.

XVII. Imaginóse, contra los falsificadores, la precaución de no emplear más que tablillas horadadas en muchos puntos, y no se imprimía el sello hasta después de pasar tres veces los cordones por los agujeros. Decretóse que en los testamentos se presentarían en blanco á los testigos las dos primeras páginas, y que solamente se escribiría en ellas el nombre del testador; que el que escribiese el testamento de otro no podría asignarse ningún legado; que los litigantes pagarían salario equitativo y moderado á sus abogados (2), y no darían absolutamente nada por

(1) Acusábase á los cristianos del incendio de Roma. A su suplicio, dice Tácito, se añadía la irrisión; envolvíanlos en pieles de bestias para que los devorasen los perros; atábanles en cruz ó bien los embadurnaban el cuerpo con resina, encendiéndoles por la noche como antorchas para alumbrarse. Nerón había cedido sus propios jardines para este espectáculo. Orosio añade que realizó iguales horrores en las provincias.

(2) La ley *Cincia*, llamada también *Muneratis*, y dada á propuesta del tribuno Cincio en 549, prohibía recibir dinero ó regalos por defender una causa, y Augusto la había confirmado en 737. Habiendo pedido el Senado á Claudio que la renovase, limitóse á poner coto á la avidez de los abogados, fijando por máximo de honorarios diez mil sextercios (4.900 pesetas próximamente), y amenazando

los derechos de presencia de los jueces, debiendo atender el Estado á que fuesen gratuitos los juicios; en fin, que los procesos del Fisco se llevarían al Foro, y ante los jueces ordinarios de esta clase de asuntos, y que todas las apelaciones pasarían al Senado.

XVIII. Nunca cedió á la esperanza ó á la tentación de aumentar y extender el Imperio; pensó hasta en retirar las legiones de la Bretaña, y solamente le detuvo el temor de que pareciera atacaba á la gloria de su padre. Contentóse con reducir á provincia romana el reino del Ponto que le cedió Polemón, y el de los Alpes después de la muerte de Cotcio.

XIX. No emprendió más que dos viajes, uno á Alejandría y otro á Acaia. Pero renunció al primero el mismo día de la partida, asustado por siniestro presagio; porque habiéndose sentado en el templo de Vesta, después de haber visitado todos los otros, enredóse en la toga al levantarse y se le oscureció la vista hasta el punto de no distinguir nada. En Acaia quiso abrir el istmo, y habiendo arengado á los pretorianos para exhortarles á aquel gran trabajo, hizo que una trompeta diese la señal; descargó él mismo el primer golpe de azadón, y se cargó al hombro una espuertecita llena de tierra. Meditaba también una expedición hácia las Puertas Caspianas, y con este objeto había levantado una legión de reclutas italianos compuesta de hombres de seis pies de estatura, á la que llamaba falange de Alejandro Magno. He reunido aquí todas sus acciones, de las que unas son superiores á todo elogio, y las otras á toda censura, con objeto de separarlas de las infamias y crímenes, cuyo relato voy á comenzar.

con las penas de la concusión al que pidiese más. Al principio del reinado de Nerón, dió el Senado todo su vigor á la ley Cincia. Pero más adelante proporcionó Nerón los honorarios con la importancia de las causas.

XX. La música era una de las artes en que le habían instruído en la infancia; y en cuanto fué emperador, hizo venir al palacio á Terpnun al mejor arpista de la época, sentándole á su lado, durante muchos días, después de la comida de la tarde, para oírle cantar hasta muy avanzada la noche. Poco á poco dióse á meditar sobre este arte y á ejercitarse en él, no omitiendo ninguna precaución de las que emplean ordinariamente los cantores para conservar la voz y para fortalecerla, como la de acostarse sobre la espalda, con el pecho cubierto con una hoja de plomo; tomar lavativas y vomitivos, y abstenerse de frutas y de alimentos reputados contrarios. Contento en fin de sus progresos (aunque tenía la voz débil y sorda), quiso presentarse en la escena, y no cesó de repetir á sus cortesanos este proverbio griego: «La música no es nada si se la tiene oculta.» Exhibióse por primera vez en Nápoles, y á pesar de un terremoto que conmovió repentinamente el teatro, no dejó de terminar la canción comenzada. Con frecuencia cantó durante varios días, y después tomó algún descanso para rehacer la voz; pero impaciente por hacerse oír en público, presentóse de pronto en el teatro, al salir del baño; y comiendo en la orquesta en presencia de numeroso público, decía en griego: «que cuando hubiese bebido algo produciría sonidos delicados.» Agradándole en extremo los aplausos que le tributaron en cadencia los habitantes de Alejandría, á quienes el comercio de granos había traído en considerable número á Nápoles, hizo venir á otros muchos. Y no fué esto sólo, sino que eligió jóvenes caballeros y más de cinco mil plebeyos mozos y vigorosos, que, divididos en varios grupos, aprendieran las diferentes maneras de aplaudir (llamadas *bombos*, *tejas* y *castañuelas*), para que le ayudasen siempre que cantara: distingúanse por su abundante cabellera, elegante traje, y su anillo en la mano izquierda: los jefes de éstos ganaban cuarenta mil sextercios.

XXI. Como su principal deseo era cantar en Roma, hizo celebrar en ella los juegos Neronianos antes de la época designada; y habiendo pedido todo el mundo con instancia oír «su voz celestial,» contestó que «accedería á este deseo en sus jardines.» Pero los soldados que estaban entonces de guardia unieron sus ruegos á los de la multitud, y les prometió (este era su deseo más vehemente) cantar aquel mismo día en el teatro; y en seguida mandó inscribir su nombre en la lista de los músicos que debían concurrir, hizo ponerle en la urna para que le sacaran por suerte con los otros y entró en escena á su vez: los prefectos del pretorio le llevaban el arpa; detrás venían los tribunos militares, y en derredor suyo sus amigos más íntimos. Cuando fijó su postura y terminó el prelude, hizo que el consular Cluvio Rufo anunciase que iba á cantar Niobe, y permaneció en escena hasta la hora décima. Con objeto de tener más ocasiones de cantar, aplazó para el año siguiente los premios del canto y demás partes del concurso. Pero este plazo le pareció muy largo y no cesó de presentarse en el teatro. Tampoco vaciló en representar con los actores en los espectáculos que daban los particulares; y un pretor le ofreció un día un millón de sextercios. También hizo personajes de tragedia, poniendo por condición que las máscaras de los héroes y de los dioses se le pareciesen, y las de las heroínas y diosas á la mujer que más amaba. Entre otros papeles, cantó «Canacea en el parto; Orestes asesino de su madre; OEdipo ciego; Hércules furioso.» Cuéntase que en la representación de esta última, un soldado joven, que estaba de guardia á la entrada del teatro, viéndole cargado de cadenas, como exigía el asunto, acudió para ayudarle.

XXII. Desde la edad juvenil le apasionaron los ejercicios de caballos, y su conversación más frecuente era acerca de las carreras en el Circo, á pesar de la prohibición que se le había impuesto. Un día que deploraba con sus

condiscípulos la desgracia de un auriga verde, á quien habían arrastrado sus caballos, habiéndole reprendido su maestro, le dijo que hablaba de Héctor. En los comienzos de su reinado divertíase en hacer rodar sobre una mesa de juego cuadrigas de marfil, y desde el fondo de su retiro acudía hasta á las menores solemnidades del Circo, primero en secreto, después públicamente; de manera que nadie dudaba de verle presentarse el día designado para los juegos. Al fin, anunció que quería aumentar el número de los premios, por lo que, multiplicadas las carreras, el espectáculo duró hasta la noche, y los jefes de los diferentes partidos no quisieron en lo sucesivo llevar sus aurigas sino para día entero. También quiso Nerón guiar carros, y se dió muchas veces en espectáculo. Después de haberse ensayado durante algún tiempo en sus jardines, delante del pueblo y del populacho, presentóse en el Circo máximo, á los ojos de todos los Romanos, siendo un liberto quien agitó el lienzo (1) desde el mismo punto en que lo hacen ordinariamente los magistrados. No contento con haber demostrado en Roma su habilidad, marchó, como ya hemos dicho, á mostrarla en Acaia, movido principalmente por esto. Las ciudades en que hay establecidos concursos de música acostumbraban á mandarle las coronas de todos los vencedores, y tanto le agradaba este homenaje, que los diputados que venían á presentárselas, no solamente eran los primeros que recibía en sus audiencias, sino que les admitía en sus comidas particulares, y habiéndole rogado un día algunos de ellos que cantase en la mesa y prodigado toda clase de elogios, exclamó «que solamente los Griegos sabían escuchar y eran dignos de su voz.» Partió, pues, sin detenerse, y en cuanto desembarcó en Cassiope, cantó delante del altar de Júpiter Cassio.

XXIII. En lo sucesivo se le vió tomar parte en todas

(1) Dió la señal.

las luchas de los artistas. Con este objeto reunió en un mismo año los espectáculos ordinarios que se daban á largos espacios; quiso que se repitiesen algunos, y ordenó, contra la costumbre, abrir en Olimpia un concurso de música. Nada pudo separarle ni distraerle de este género de placer, y habiéndole escrito su liberto Helio que los asuntos de Roma exigían su presencia (1) contestó: «En vano opinas y quieres que regrese prontamente; mejor es que desees que vuelva digno de Nerón.» No estaba permitido cuando cantaba salir del teatro, ni siquiera por los motivos más imperiosos: así es que algunas mujeres dieron á luz en el espectáculo, y muchos espectadores, cansados de oír y aplaudir, saltaron furtivamente por encima de las murallas de la ciudad, cuyas puertas estaban cerradas, ó se fingieron muertos para que les sacasen. Imposible es creer el terror y ansiedad que mostraba en la lucha, su envidia á sus rivales y su temor á los jueces. Á sus competidores los observaba, los espiaba sin cesar y los desacreditaba en secreto, como si fuesen de la misma condición que él. Algunas veces llegaba hasta á injuriarlos cuando los encontraba, y si se presentaba alguno más hábil que él, tomaba el partido de corromperle. En cuanto á los jueces, les dirigía antes de comenzar respetuosa y humilde alocución. «Había hecho, decía, todo lo que podía hacer; pero el éxito dependía de la Fortuna, y á ellos, hombres prudentes é instruídos, pertenecía excluir todo lo fortuito.» Y cuando le exhortaban á tener confianza, se retiraba algo más tranquilo; mas no pudiendo desterrar toda su inquietud, atribuía á malevolencia y envidia el silencio que algunos de ellos guardaban por pudor, y decía que les tenía por sospechosos.

(1) Decíale Helio que se tramaban conjuraciones en contra suya y le instaba á regresar; Nerón le mandó, por el contrario, que fuese á reunirse con él en Grecia.

XXIV. Durante el certamen se sometía á todas las leyes del teatro, hasta el punto de no atreverse á escupir y de secarse con el brazo el sudor de la frente. Habiendo en una tragedia dejado caer el cetro, recogiólo en el acto con mano inquieta y temblorosa: tanto temía que por esta falta se le expulsase del concurso. Necesario fué para tranquilizarle que su mímico le asegurase que no se había visto aquel movimiento en medio del regocijo y aplausos del pueblo. Él mismo se proclamaba vencedor, por cuya razón luchaba en todas las ocasiones con el heraldo. Queriendo borrar para siempre toda traza y todo recuerdo de otras victorias que las suyas, hizo derribar, arrastrar por las calles con ganchos y arrojar á las letrinas las estatuas y los bustos de todos los vencedores. Disputó también el premio de la carrera de carros, y en los juegos Olímpicos guió uno arrastrado por diez caballos, aunque había censurado en sus versos esta misma pretensión del rey Mithridates. Pero arrojado del carro y colocándole dentro otra vez, no pudo resistir y bajó de él antes de terminar la lucha; lo cual no le impidió ser coronado. Antes de partir concedió la libertad á toda la provincia (1) y á los jueces una cantidad considerable con el derecho de ciudadanía romana. Él mismo anunció estos favores desde el centro del estadio el día de los juegos ísthmicos.

XXV. Al regresar de Grecia entró en Nápoles, teatro de sus primeros triunfos artísticos, en un carro arrastrado por caballos blancos, y, según el privilegio de los vencedores en los juegos sagrados, por una brecha abierta en la muralla. De la misma manera entró en Anzio, Albano y Roma. En esta última verificó su entrada en el carro que

(1) Es decir, que concedió, como Flaminio, á la provincia de Grecia la facultad de gobernarse según sus leyes. Pausanias dice que en esta ocasión hizo un cambio con el pueblo romano, dándole la Cerdeña por la Grecia, que era provincia *popular*. Este favor de Nerón no le impidió desolar aquel país con sus crímenes.

sirvió para el triunfo de Augusto, con traje de púrpura, clámide sembrada de estrellas de oro, la corona olímpica en la cabeza y en la mano derecha la de los juegos pythianos, llevando las demás pomposamente delante de él, con inscripciones que decían dónde las había ganado, contra quién, en qué obras y en qué canciones. Detrás del carro se agrupaban los aplaudidores asalariados (1), exclamando como en las ovaciones «que eran los compañeros de su gloria y los soldados de su triunfo.» En seguida demolieron una arcada del Circo máximo, y se dirigió por el Velabro y el Foro hacia el monte Palatino y el templo de Apolo. Por todas partes se inmolaban víctimas á su paso, cubrían las calles de polvo de azafrán y lanzaban pájaros, cintas y pastelillos. Colgó las coronas sagradas en sus alcobas, alrededor de sus lechos; llenó sus cámaras de estatuas que le representaban con traje de músico, é hizo acuñar una medalla que le representaba con el citado traje. Lejos de enfriarse con el tiempo para con su arte y de abandonarlo, cuidó, para conservar la voz, de no dirigir proclamas á los soldados mas que cuando estaba ausente, ó emplear la voz de otro; y en cualquier asunto que emprendiese, grave ó no, tenía constantemente á su lado su maestro de canto, que le advertía cuidase del pecho y tener un lienzo delante de la boca; en fin, muchas veces reguló su amistad ó su odio por las mayores ó menores alabanzas que le tribuaban.

XXVI. Al principio solamente se entregó por grados y en secreto al fuego de sus pasiones, petulancia, lujuria, avaricia y crueldad, que quisieron hacer pasar como errores de juventud, pero sin que al fin pudiese dudar nadie que eran vicios de carácter y no de edad. En cuanto oscuro-

(1) Los Augustiani eran un cuerpo de cinco mil nombres á quienes se enseñaba las diferentes maneras de aplaudir. A muchos ciudadanos distinguidos se les hacía entrar en él de buena ó mala voluntad.

cía (1) cubríase la cabeza con un gorro de liberto ó con un manto, recorría las tabernas de la ciudad y vagaba por todos los barrios causando daños. Lanzábase sobre los transeuntes que regresaban de cenar, les hería cuando resistían y les precipitaba en las cloacas. Rompía y saqueaba las tiendas, y había establecido en su casa un despacho donde vendía por lotes y en subasta, para disipar en seguida el producto, los objetos robados de esta manera. En estas luchas corrió muchas veces riesgo de perder los ojos y la vida. Un senador, á cuya esposa había insultado, estuvo á punto de matarle á golpes (2); así es que, desde aquel lance, no salió ya á aquellas horas sin que le siguiesen á lo lejos y en la sombra los tribunos de su guardia. Durante el día se hacía llevar al teatro en silla gestatoria cerrada, y desde lo alto del proscenio animaba con el gesto y con la voz los tumultos que promovían los mímicos, y cuando llegaban á las manos y se lanzaban piedras y bancos rotos, él también los arrojaba al público, y una vez hirió en la cabeza al pretor.

XXVII. Pero robusteciéndose muy pronto sus vicios, desdeñó los placeres secretos, no se tomó el trabajo de disimular y se atrevió á cosas más importantes. Prolongaba sus comidas desde medio día hasta media noche, y de

(1) «Disfrazado de esclavo recorría Nerón las calles, tabernas y malos parajes de Roma, acompañándole jóvenes que robaban las mercancías expuestas para la venta, y herían á los transeuntes: al principio no le reconocían, así fué que recibió golpes cuyas huellas mostró en la cara... Algunos, aprovechando el desorden autorizado por el nombre del Príncipe, ejercían impunemente con su propia banda las mismas violencias, y las noches de Roma presentaban el horror de una ciudad tomada por asalto.»—Tácito, *Anales*.

(2) «Montano, Romano del orden senatorial..., llegó á las manos con Nerón en medio de la oscuridad. Como al principio rechazó con viveza sus ataques, y cuando le reconoció le pidió perdón, el Emperador creyó que le censuraba, y le obligó á que se diese la muerte.»—Tácito.

tiempo en tiempo tomaba baños calientes, ó, durante el estío, baños refrescados con nieve. Algunas veces cenaba en un sitio público, que cerraban, como la Naumaquia, el Campo de Marte ó el Circo máximo, haciéndose servir allí por todas las prostitutas de la ciudad y bailarinas de Siria. Siempre que iba á Ostia por el Tiber, ó que pasaba navegando cerca del pueblo de Baias, establecían á lo largo de las riberas y las playas hostelerías y parajes de desorden, en los^o que mujeres distinguidas, imitando los incitantes modales de las posaderas y cortesanas, le invitaban aquí y allá á abordar. Algunas veces también se invitaba á cenar en casa de sus familiares, y á uno de ellos costó más de cuatro millones de sextercios un manjar preparado con miel, y á otro mas aún una bebida á la rosa.

XXVIII. Sin hablar de su comercio obsceno con hombres libres y de sus adulterios con mujeres casadas, violó á la vestal Rubria. Poco faltó para que se casase legítimamente con la liberta Actea, habiendo sobornado con este objeto á consulares que afirmaron bajo juramento que tenía origen real. Hizo castrar á un joven llamado Sporo, y hasta intentó cambiarlo en mujer, lo adornó un día con velo nupcial, le constituyó una dote, y haciéndoselo llevar con toda la pompa del matrimonio y numeroso cortejo, le tomó en clase de esposa, lo que ocasionó que dijese alguien satíricamente «que hubiese sido gran fortuna para el género humano que su padre Domicio se hubiera casado con una mujer como aquélla.» Vistió á este Sporo con el traje de las emperatrices; se hizo llevar con él en litera á las reuniones y mercados de Grecia, y durante las fiestas Sigilarias de Roma, dándole besos de tiempo en tiempo. Es cosa averiguada que quiso gozar á su madre (1), disuadiéndole de ello los enemigos de Agripina, por temor de que mujer

(1) Xifilino dice terminantemente que la misma Agripina trató de corromper á su hijo para asegurar su poder.

tan imperiosa y violenta tomase sobre él, por aquel género de favor, absoluto imperio. Pero en seguida recibió entre sus concubinas una cortesana que se parecía mucho á Agripina; y se asegura que antes de este tiempo, siempre que paseaba en litera con su madre satisfacía su pasión inces-tuosa, como lo demostraban las manchas de su ropa.

XXIX. Después de haber prostituído todas las partes de su cuerpo, imaginó como supremo placer cubrirse con piel de fiera y lanzarse desde sitio alto sobre los órganos sexuales de hombres y mujeres atados á postes; y cuando había satisfecho todos sus deseos, se entregaba á su liberto Diriforo, á quien servía de mujer, como Sporo le servía á él mismo; y en estos casos imitaba la voz y gemidos de una doncella que sufre violencia. Sé por muchas personas que estaba convencido de que ningún hombre absolutamente es casto ni está exento de mancha corporal; pero que el mayor número sabe disimular el vicio y ocultarlo con cautela: por esta razón perdonaba todos los demás defectos á aquellos que confesaban francamente delante de él su obscenidad.

XXX. No creía que la posesión de riquezas pudiese servir para otra cosa que la profusión (1). Para ser avaro y sórdido á sus ojos bastaba contar los gastos; para ser espléndido y magnífico era necesario arruinarse. Lo que más celebraba y admiraba en su tío Cayo era que había disipado en poco tiempo los inmensos tesoros que reunió Tiberio. Así es que no ponía coto á sus gastos y generosidades. Trabajo costará creer que gastaba por Tiridates ochocien-

(1) «Nerón, dice Tácito, había agotado en dones veintidos mil millones de sextercios (lo que supone algo más de la enorme cantidad de cuatro mil millones de pesetas). Galba los reclamó á todos, á excepción del décimo, cuyo disfrute dejó á los interesados.» Suetonio dice que Calígula dispó en *menos de un año* el tesoro que acumuló Tiberio, que ascendía á trescientos veintinueve millones, trescientas mil pesetas próximamente.

tos mil sextercios cada día, y á su marcha le dió más de un millón. Al músico Menecrato y al gladiador Spículo les regaló patrimonios y casas de muchos ciudadanos honrados con el triunfo. Hizo funerales casi regios al usurero Cercopitheco Panerote, al que había enriquecido con hermosas propiedades en la ciudad y en el campo. Nunca se puso un traje dos veces. Jugaba á los dados á cuatrocientos sextercios dobles el punto. Pescaba con una red dorada, cuyas mallas eran de púrpura y escarlata. Dícese que nunca viajaba con menos de mil carruajes; sus mulas llevaban herraduras de plata; sus muleros vestían hermosa lana de Canusa; sus conductores y corredores mazacos iban adornados con brazaletes y collares.

XXXI. Nada le costó tanto como sus construcciones. Extendió su casa desde el Palacio hasta las Esquilias, y á este edificio se llamó *Casa de paso*; pero habiéndola consumido el fuego, hizo construir otra que se llamó *Casa de oro*, de cuya extensión y magnificencia bastará decir que en el vestíbulo se veía una estatua colosal de Nerón de ciento veinte pies de alta; que la rodeaban pórticos de tres filas de columnas y de mil pasos de longitud; que había en ella un lago imitando al mar, rodeado de edificios que daban idea de una gran ciudad; que se veían también explanadas, campos de trigo, viñedos y bosques poblados por multitud de rebaños y fieras. El interior era dorado por todas partes y estaba adornado con pedrerías, nácar y perlas. El techo de los comedores estaba formado de tablillas de marfil movibles, escapando por algunas aberturas perfumes y flores. De estas salas la más hermosa era redonda, y giraba día y noche para imitar el movimiento circular del mundo; alimentaban los baños las aguas del mar y las de Albula. Terminado el palacio, el día de la dedicación dijo: «Al fin voy á habitar como hombre.» Había comenzado además baños enteramente cubiertos, desde Misena hasta el lago Averno, que hubiesen estado rodeados de pórticos,

y á los que hubiese hecho llegar todas las aguas termales de Baia. En fin, quería abrir desde el Averno hasta Ostia un canal que hubiese evitado la navegación por mar; canal de ciento sesenta millas de largo, y tan ancho que pudiesen cruzarse dos quinquerremes. Para terminar estas obras hizo traer á Italia los presos de todas las partes del Imperio, y mandó que las sentencias que en adelante se dictasen contra los criminales no impusiesen otra pena que la de estos trabajos. Impulsábale á este furor de gastar, además de la confianza en su poder, la esperanza repentinamente concebida de un tesoro enorme y escondido, que un caballero romano aseguraba deber encontrarse en inmensas cavernas de Africa, á donde en otro tiempo le llevó la reina Dido al huir de Tyro, y que podría sacarse casi sin trabajo.

XXXII. Pero engañado en esta esperanza, empobrecido y exhausto de recursos hasta el punto de demorar la paga de los soldados y las pensiones de los veteranos, recurrió á las rapiñas y falsas acusaciones. En primer lugar estableció que se le adjudicarian los cinco sextos en vez de la mitad de las herencias de los libertos que, sin razón plausible, hubiesen usado el nombre de alguna familia enlazada con él; que los bienes de los que se hubiesen mostrado en el testamento ingratos con el Príncipe pertenecerían al fisco, y que serían castigados los jurisconsultos que lo hubiesen escrito ó dictado; en fin, que se perseguiría por crimen de lesa majestad á todos aquellos á quienes denunciases por sus palabras y acciones. Hizo que le devolviesen los regalos que había hecho á muchas ciudades que le otorgaron coronas en los concursos. Había prohibido el uso de los colores de púrpura y violeta, y un día de mercado mandó bajo mano á un mercader á que vendiese algunas onzas, con objeto de coger en seguida á los demás en falta. Habiendo visto en el espectáculo, mientras cantaba, una matrona adornada con la prohibida

púrpura, mostróla, según dicen, á sus agentes; y habiendo hecho sacarla en el acto, la confiscó el traje y los bienes. No confirió ya ningún cargo sin añadir: «¿Sabes lo que necesitas?» ó bien: «Obremos de manera que nadie tenga nada.» Concluyó por despojar la mayor parte de los templos, y fundió todas las estatuas de oro y plata, entre ellas las de los dioses penates, que en seguida restableció Galba.

XXXIII. Por Claudio comenzó sus asesinatos y parricidios, siendo seguramente cómplice de su muerte, si no autor. Tan poco disimulaba esto, que afectaba repetir un proverbio griego que celebra como manjar divino las setas, vegetal con que envenenaron á Claudio. No hubo ultraje con que no abrumara su memoria en sus actos ó en sus discursos, acusándole unas veces de crueldad y otras de locura. Decía, por ejemplo, jugando con la palabra *morari*, cuya primera sílaba alargaba, que Claudio había cesado de morar entre los hombres (1). Anuló considerable número de decretos y decisiones suyas, como actos de estupidez y de demencia, y, por último, no rodeó más que de mala tapia el sitio donde quemaron su cuerpo. Celoso de Británico, que tenía mejor voz que él, y temiendo, por otra parte, que el recuerdo de su padre le atrajese algún día mucho favor popular, resolvió deshacerse de él por el veneno. Una célebre envenenadora, llamada Locusta, proporcionó á Nerón una bebida, cuyo efecto burló su impaciencia, porque no produjo á Británico más que una diarrea. Hizo traer á aquella mujer, la azotó por su mano, reconviniéndola porque había preparado una medicina en vez de un tósigo; y como ella se excusase con la necesidad de ocultar el crimen: «Sin duda, contestó irónicamente, temo la ley Julia» (2); y la obligó á preparar en su palacio

(1) En otro sentido: «De cometer extravagancias entre los hombres.»

(2) Contra los envenenadores y asesinos.

y delante de él mismo el veneno más activo y rápido que le fuese posible. Ensayólo en un cabrito, que vivió aún cinco horas, y lo hizo fortalecer y concentrar más, después de lo cual se lo dió á un cochinillo, que murió en el acto. Entonces mandó llevar el veneno al comedor y darlo á Británico, que comía en su mesa. El joven cayó en cuanto lo probó; Nerón dijo que era un ataque de epilepsia, enfermedad que padecía, y á la mañana siguiente le hizo sepultar de prisa y sin ninguna ceremonia, en medio de abundante lluvia. Locusta recibió en premio de su servicio la impunidad, considerables bienes y hasta discípulos.

XXXIV. No tardó en pesarle su madre, que, observando sus acciones y palabras, le reprendía á veces amargamente. Al principio, para hacerla odiosa, fingió que iba á abdicar el Imperio y á retirarse á Rhodas. Después la quitó todos sus honores y poder, retiró los soldados de su guardia germánica, la desterró de su presencia y al fin de su palacio. No hubo vejación que no la hiciese sufrir por medio de sus agentes, quienes, cuando estaba en Roma, la suscitaban multitud de litigios, y cuando se retiraba al campo pasaban por delante de su casa, en carruaje ó por mar, abrumándola de injurias y burlas. Pero asustado por sus amenazas y por su violencia, decidió perderla. Tres veces ensayó el veneno y vió que se había provisto de antidotos. Entonces pensó ocultar en su cámara y encima de su lecho maderos, que el resorte de una máquina debía hacer caer sobre ella cuando estuviese dormida, pero la indiscreción de sus cómplices hizo abortar el proyecto. Imaginó, en fin, una nave sumergible, construída de manera que Agripina pereciese ahogada ó aplastada en su cámara. Fingió, pues, reconciliarse con ella, y la invitó, por medio de tiernísima carta, á venir á Baia para celebrar con él las fiestas de Minerva (1); cuidó de prolongar el festín

(1) Estas fiestas, establecidas en honor de Minerva, se celebraban

para que los capitanes de las naves tuviesen tiempo de romper, según órdenes recibidas, y como por choque fortuito, la galera liburnesa que había traído á Agripina, y cuando ésta quiso retirarse á Baulos, le ofreció en vez de su nave averiada la que había construído para su pérdida. Acompañóla alegremente hasta ella, la besó los pechos al separarse y veló una parte de la noche esperando con ansiedad el resultado de aquella maquinación. Cuando se enteró de lo ocurrido y que Agripina se había salvado á nafo, no supo ya qué hacer; pero muy pronto llegó L. Agerino, liberto de su madre, presentándose regocijado á decirle que Agripina estaba en salvo. Nerón arrojó un puñal á su lado sin que el liberto lo observase, y mandó que le prendiesen y agarrotasen como asesino enviado por aquélla; en seguida mandó matar á su madre, y dijo que se había suicidado al ver descubierto su crimen. Añádense circunstancias atroces y se citan testigos: que acudió á ver el cadaver; que lo tocó por todas partes; que alabó algunas formas; que criticó otras, y sintiendo sed durante el examen, hizo que le sirviesen de beber. Pero á pesar de las felicitaciones del ejército, del Senado y del pueblo (1), no pudo librarse de su conciencia; el suplicio que empezó en el acto no terminó jamás, y con frecuencia confesó que le perseguía por todas partes la imagen de su madre y que las Furias agitaban delante de él látigos vengadores y antorchas encendidas, por lo que trató de aplacar sus manes con un sacrificio mágico. En su viaje á Grecia no se atrevió á hacerse iniciar en los misterios de Eleusis, asustado por la voz del heraldo que prohibía el acceso á los criminales y á los impíos. A este parricidio añadió el asesinato

el 19 de marzo; duraban cinco días, y de aquí el nombre de *quinquatrus*.

(1) Por este parricidio se decretaron rogativas á los dioses; estableciéronse juegos anuales en las fiestas de Minerva, y se colocó el día del nacimiento de Agripina en el número de los nefastos.

de su tía. Estaba ésta enferma de una irritación de vientre; fué á verla, y con la familiaridad ordinaria de las personas de edad madura, le acarició la barba con la mano, diciendo: «Cuando haya visto caer esta barba, habré vivido bastante.» Nerón dijo entonces, como en broma, á los que estaban presentes que iba á hacérsela quitar en el acto, y mandó á los médicos que purgasen violentamente á la enferma; apoderándose de sus bienes apenas espiró, y para no perder nada, suprimió su testamento.

XXXV. Tuvo por esposas, después de Octavia, á Popea Sabina, casada antes con un caballero romano, y cuyo padre había sido cuestor, y á Statilia Mesalina, biznieta de Tauro, que había obtenido dos veces el consulado y el triunfo. Para apropiarse ésta hizo matar á su marido, Atico Vestino, cónsul entonces. Disgustado de Octavia, dijo á sus amigos, que le reconvenían por haberse apartado de ella tan pronto, «que debían bastarle los ornamentos matrimoniales.» Varias veces quiso estrangularla, y la repudió como estéril; mas censurando el pueblo este divorcio y prorrumpiendo en denuestos contra el Emperador, la desterró y al fin la hizo matar como culpable de adulterio, acusación tan impudente y tan falsa, que habiendo protestado de su inocencia todos aquellos á quienes sometió á la tortura, sobornó á su pedagogo Aniceto, que declaró haber gozado de ella por astucia. Doce días después de haber repudiado á Octavia, casó con Popea y la amó mucho, lo cual no impidió que la matase de un puntapié, porque, enferma y en cinta, le reconvinó con viveza al verle retirarse algo tarde de una carrera de carros. Tuvo una hija llamada Claudia Augusta, que murió muy joven. No hubo lazos que no rompiera por el crimen. Acusó de conspiración é hizo matar á Antonia, hija de Claudio, que rehusaba casarse con él después de la muerte de Popea. Trató de la misma manera á todos aquellos con quienes le unía parentesco ó relaciones íntimas, entre otros, al joven Aulo

Plaucio, á quien violó antes de mandarle al suplicio, diciendo en seguida: «Que mi madre bese ahora á mi sucesor,» porque pretendía que amaba á este joven y le hacía esperar el Imperio. Popea había tenido antes de casarse con él un hijo, llamado Rufio Crispino, y sabiendo que este niño, en sus juegos, se hacía jefe y emperador de los demás, mandó á sus propios esclavos que lo arrojasen al mar cuando fuese á pescar. Desterró á Tusco, su hermano de leche, por haberse bañado, siendo gobernador de Egipto, en los baños construidos para la llegada del Emperador. Obligó á su preceptor Séneca á darse la muerte. Este le había pedido muchas veces permiso para retirarse, y hasta le había ofrecido todos sus bienes, pero Nerón le juró por todos los dioses «que sus temores eran infundados y que preferiría morir á hacerle daño.» Había ofrecido á Burrho, prefecto del pretorio, un remedio para la garganta, y le mandó un veneno. En cuanto á los libertos que le hicieron adoptar por Claudio y que habían sido sus consejeros y apoyo de su poder, deshízose de ellos cuando fueron viejos y ricos, dándoles veneno en las comidas ó en las bebidas.

XXXVI. No desplegó menos crueldad con los extranjeros. Presentóse durante muchas noches seguidas una estrella cabelluda (1), que, según la opinión vulgar, anuncia á los señores del mundo cercano fin. Asustado por este fenómeno, supo por el astrólogo Babilo que los reyes acostumbraban prevenir los efectos de estos funestos presagios por medio de la muerte expiatoria de algunas víctimas ilustres y declinar sus amenazas sobre las cabezas de los grandes; y en esto desplegó tanta más energía, cuanto que el oportuno descubrimiento de dos conjuraciones le suministraba legítimo pretexto. La primera y más

(1) Dos cometas se presentaron durante el reinado de Nerón, uno en 814 y otro en 818.

importante, la de Pisón, se tramaba en Roma; la segunda, la de Vinicio, se urdió y descubrió en Benevento. Los conjurados se defendieron cargados de triples cadenas; algunos confesaron espontáneamente el proyecto y otros llegaron hasta á alabarse de ello, diciendo que la muerte era el único servicio que podían prestar á un hombre manchado con tantos crímenes. Expulsaron de Roma á los hijos de los sentenciados y murieron de hambre ó envenenados. Es cosa averiguada que algunos perecieron con sus preceptores y esclavos en una misma comida, y á otros se les privó de todo alimento.

XXXVII. Su vida no fué en adelante más que una serie de asesinatos; nadie estaba libre de sus golpes, y todo pretexto le era bueno. Entre considerable número de ejemplos, solamente citaré los siguientes. Imputó como un crimen á Salvidieno Orfito que hubiese alquilado á los diputados de algunas ciudades tres habitaciones bajas de su casa, cerca del Foro, para dar audiencias en ellas; al jurisconsulto Cassio Longino, que era ciego, el haber conservado entre antiguos retratos de familia el de C. Cassio, uno de los asesinos de César; á Peto Thrasea, tener severa frente de pedagogo. Solamente concedía una hora á los condenados para morir. Con objeto de evitar toda causa de dilación, tenía médicos encargados, como él decía, «de cuidar á los retrasados,» es decir, de cortarles las venas. A un Egipcio que comía carne cruda y cuanto le presentaban, quiso, según se dice, dar hombres para que los desgarrase vivos y devorase. Envanecido por haberlo intentado todo impunemente, sostenía «que ningún príncipe había sabido aún cuánto podía hacerse desde el trono.» Sobre este asunto tuvo conversaciones muy significativas, diciendo que no perdonaría al resto de los senadores; que llegaría un día en que suprimiría por completo este orden; que daría á los caballeros romanos y á sus libertos el mando de las provincias y de los ejércitos. Nunca,

ni al entrar en el Senado, ni al salir, se dignó dar el beso de costumbre ó devolver el saludo á ningún senador; y en la ceremonia con que se inauguraron los trabajos del istmo, pidió á los dioses, delante de la multitud y en alta voz, «que la empresa redundase en gloria suya y del pueblo romano,» sin mencionar para nada al Senado.

XXXVIII. Tampoco perdonó al pueblo romano ni los muros de su patria. Habiendo un familiar suyo citado en la conversación este verso

Ἐμοῦ θανόντος γὰρ ἀμυχθήτω πυρί.,

(Que todo se abraze y perezca después de mí.)

«más bien, contestó, ἔμοῦ γώντος» (viviendo yo), y realizó su amenaza. Desagradándole, decía, el mal gusto de los edificios antiguos, la angostura é irregularidad de las calles, hizo prender fuego á la ciudad, y tan descaradamente, que algunos consulares, sorprendiendo en sus casas esclavos de su cámara, con estopas y antorchas, no se atrevieron á detenerles. Los graneros inmediatos á la *Casa de Oro*, y cuyo terreno deseaba, fueron incendiados y batidos con máquinas de guerra, porque estaban contruídos con piedras de sillería. Estos estragos duraron seis días y siete noches, y el pueblo no tuvo otro refugio que los monumentos y las sepulturas. Además de infinito número de casas particulares, consumió el fuego las moradas de los antiguos generales, adornadas aún con los despojos del enemigo; los templos consagrados á los dioses por los reyes de Roma ó contruídos durante las guerras púnicas y las de la Galia; en fin, todo lo que la antigüedad había dejado de curioso y memorable. Nerón contempló el incendio desde lo alto de la torre de Mecenas, «encantado, decía, de la hermosura de la llama,» y cantó, en traje de teatro, «la toma de Troya.» Tampoco dejó escapar esta ocasión de pillaje y robo: habíase comprometido á hacer retirar gratuitamente los cadáveres y escombros, y no per-

mitió á nadie que se acercase á aquellos restos que había hecho suyos. Recibió y hasta exigió contribuciones por las reparaciones de Roma, y estuvo á punto de arruinar por este medio á los particulares y á las provincias.

XXXIX. Á los ultrajes y males que procedían del Príncipe, el hado añadió otros desastres: una peste, que en un solo otoño hizo inscribir treinta mil funerales en los registros de Libitina; una derrota sangrienta en Bretaña, seguida del pillaje de dos importantes fortalezas y de la matanza de gran número de ciudadanos y aliados; en Oriente, vergonzosos fracasos, legiones que pasaron bajo el yugo en Armenia; la Siria apenas mantenida bajo la dominación romana. Lo que puede sorprender y merece notarse, es que nada soportó con tanta paciencia como las sátiras é injurias, y que con nadie se mostró más suave que contra aquellos que le atacaban en sus discursos ó en sus versos. Contra él publicaron muchos epigramas en griego y en latín, como los siguientes:

Sobrepujando los delitos de Alcmeón y Orestes,
Al parricidio añadió Nerón el incesto.

¿Quién puede negar que pertenece Nerón á la gran familia
de Eneas? Éste llevó á su padre, aquél á su madre (1).

El Partho prepara el arco, el nuestro la lira.
Éste será Apolo cantor, aquél Apolo arquero.

Pronto será Roma un solo hombre; *Quirites*, huid á Veios,
si es que él no lo ocupa también.

Y no buscó á los autores, y hasta se opuso á que se castigase severamente á los que fuesen denunciados al Senado. Isidoro el Cínico, apostrofándole en público, le censuró en alta voz «que cantase tan bien los males de *Nauilius* y que tan mal usase de sus bienes.» Dato, actor de *Alella-*

(1) *Sustulit*, que significa llevar y también hacer desaparecer ó matar.

nes, comenzando una canción con estas palabras: «Salud á mi padre, salud á mi madre,» hizo sucesivamente ademán de comer y de beber, aludiendo á la muerte de Claudio y de Agripina; y como decía al final de la pieza

Pronto ireis al Orco,

designó con el dedo al Senado. Nerón se contentó con desterrar de Roma y de Italia al filósofo y al cómico, bien porque no se creyese injuriado, bien porque temiese al mostrarse ofendido atraerse mayores ultrajes.

XL. El mundo, después de haber soportado cerca de catorce años á tal príncipe, al fin le hizo justicia, dando la señal de la sublevación la Galia, donde mandaba como propretor Julio Vindex. Algunos astrólogos habían predicho en otro tiempo á Nerón que algún día le destituirían; lo que le hizo pronunciar esta frase célebre: «El artista vive en todas partes,» para justificar su ardor por el estudio de un arte en el que el príncipe debía encontrar una distracción y el particular un recurso. Sin embargo, algunos adivinos le habían prometido que después de su deposición obtendría el imperio de Oriente; otros el reino de Jerusalén, y otros, en fin, que recobraría todo su poder. Esta esperanza le halagaba más, y creyó, cuando hubo perdido y recobrado la Bretaña y la Armenia, que había realizado la parte mala de su destino. Mas habiendo consultado en Delfos el oráculo de Apolo, recibió el consejo de desconfiar del año 73. Persuadido entonces de que alcanzaría esta vida, y muy lejos de pensar en la edad de Galba, creyóse seguro de larga vejez y de felicidad constante y sin fin, hasta el punto de que, habiendo perdido un día en un naufragio objetos extraordinariamente preciosos, osó decir á su comitiva «que los peces se los devolverían» (1). En Ná-

(1) Aludía Nerón á un rasgo de la vida, siempre feliz, de Policrates, tirano de Samos. «Policrates arrojó voluntariamente al mar,

poles supo la sublevación de las Galias, en día aniversario de aquel en que mató á su madre; y recibió la noticia con tanta indiferencia y tranquilidad, que se sospechó se alegraba de tener ocasión para despojar, por derecho de guerra, las provincias más ricas del Imperio. En el acto marchó al Gimnasio, contempló luchas de atletas y mostró gran interés por sus ejercicios. Durante la cena le trajeron cartas más inquietantes, y entonces prorrumpió en imprecaciones y amenazas contra los sublevados. Durante ocho días no contestó ninguna carta, no dió orden alguna, ninguna instrucción, ni habló de aquel acontecimiento, mostrando haberlo olvidado.

XLI. Turbado al fin por las frecuentes é injuriosas proclamas de Vindex, escribió al Senado para exhortarle á vengar al Emperador y á la república, y se excusó con una enfermedad de garganta para no acudir personalmente. Pero lo que más le ofendió en aquellas proclamas era que le tratasen de mal cantor, y en vez de Nerón le llamasen Enoharbo: por esto declaró que iba á renunciar á su nombre de adopción y á tomar otra vez el de familia, con el que pretendían ofenderle. En cuanto á las demás imputaciones, nada, en su concepto, demostraba mejor su falsedad que la censura de ignorar un arte que había cultivado con tanto afán y tan buen éxito, y salía preguntando á todos «si conocían un artista más grande que él.» Entre tanto llegaban correos tras correos, y asustado al fin, se dirigió á Roma. Durante el camino un presagio frívolo reanimó su valor, presagio que consistió en haber visto en un bajo-relieve un soldado galo, á quien un jinete romano, vencedor suyo, arrastraba por los cabellos, escultura que le regocijó hasta el punto de hacerle dar gracias á los dioses.

para no ignorar siempre el pesar, una sortija que tenía en mucha estima, y la recobró en seguida, cogiendo el pez que la había tragado.»

Sin embargo, no reunió al Senado ni al pueblo; celebró apresuradamente consejo con algunos ciudadanos distinguidos, y pasó el resto del día ensayando delante de ellos nuevos instrumentos hidráulicos de música, haciéndoles observar todas las piezas, el mecanismo y el trabajo, y asegurando que haría llevarlos al teatro si Vindex se lo permitía.

XLII. Pero cuando supo que Galba y las Españas se habían sublevado también, perdió completamente el valor, y dejándose caer, permaneció largo tiempo sin voz y medio muerto. Cuando recobró el sentido, rasgó sus ropas, se golpeó la cabeza y exclamó «que todo había concluído para él.» La nodriza le nombraba, para consolarle, otros príncipes á quienes habían ocurrido iguales desgracias, y contestó «que las suyas eran inauditas, sin ejemplo, puesto que perdía el Imperio antes de perder la vida.» Sin embargo, nada cambió á sus costumbres de lujo y de molicie; antes al contrario, habiendo recibido de provincias algunas nuevas favorables, dió una comida espléndida é hizo contra los jefes de la sublevación versos satíricos, que empezó á cantar gesticulando, y que procuró divulgar en el público. En seguida se hizo llevar secretamente al teatro, y mandó decir á un actor cuya voz era muy aplaudida «que era gran fortuna para él el que el Emperador tuviese otras ocupaciones.»

XLIII. Dícese que al primer rumor de la sublevación concibió muchos proyectos atroces, enteramente conformes con su carácter. Quería llamar y hacer degollar á los gobernadores de las provincias y á los jefes de los ejércitos, como si todos estuviesen complicados en la sublevación de Vindex ó participasen de sus ideas; matar á todos los desterrados, donde quiera que estuviesen, y á todos los Galos que se encontraban en Roma; á los primeros para que no se reuniesen á los conjurados, á los segundos como cómplices ó auxiliares de sus conciudadanos; abandonar

á los ejércitos el pillaje de las Galias; envenenar á todo el Senado en un festín, incendiar Roma y soltar al mismo tiempo las fieras sobre el pueblo, para impedir que se defendiese de las llamas. Pero abandonó estos proyectos, menos por arrepentimiento de haberlos concebido que por la imposibilidad de ejecutarlos. Creyendo al fin necesaria una expedición, destituyó á los cónsules y tomó él solo la autoridad de los dos, so pretexto de que era destino de las Galias el que nadie las sometiese sino él, con tal de que estuviese revestido del consulado. Haciendo, pues, que le trajesen los haces, se levantó de la mesa, apoyado en los hombros de sus amigos, y diciendo «que en cuanto se encontrase en la Galia se presentaría sin armas ante las legiones rebeldes; que se limitaría á llorar delante de ellas; que inmediato arrepentimiento le atraería á los sediciosos, y que á la mañana siguiente, en medio de la alegría general, entonarían un canto de victoria, que iba á componer en el momento.»

XLIV. Su primer cuidado al preparar esta expedición fué elegir carros para el transporte de sus instrumentos de música y de hacer cortar el cabello, como á los hombres, á todas sus concubinas, que se proponía llevar, y á las que armó con hachas y escudos de amazonas. En seguida llamó á banderas á las tribus urbanas; pero no respondiendo al llamamiento ninguno de los que se encontraban en estado de empuñar las armas, exigió de todos los años cierto número de esclavos, tomando de cada casa los mejores, sin exceptuar siquiera á los intendentes y secretarios. Obligó á todos los órdenes á que le entregasen una parte de su fortuna, y á los locatarios de casas contiguas ó aisladas á llevar en el acto al fisco un año de alquiler, exigiendo con gran cuidado que las monedas fuesen nuevas, la plata pura y el oro comprobado; de manera que la mayor parte de los contribuyentes, disgustados con tales exigencias, se negaron resueltamente á dar nada y se pu-

sieron de acuerdo para decir: «que mejor sería recogiese á los delatores las recompensas que habían recibido.»

XLV. La carestía de granos aumentó más aún la odiosidad que le habían atraído sus rapiñas; y ocurrió precisamente que en los días de mayor escasez llegó una nave de Alejandría cargada de arena para las luchas de la corte. La indignación fué general, y no hubo ultraje que no se prodigara al Emperador. Sobre la cabeza de una estatua suya colocaron un moño de mujer con esta inscripción griega: «Llegó al fin la hora del combate;» y esta otra: «Que lo libre, pues.» Al cuello de otra estatua suya ataron un saco, y escribieron en él estas palabras: «Yo nada he hecho, pero tú mereces el saco» (1). En las columnas escribían: «que sus cantos habían despertado á los Galos,» y durante la noche considerable número de ciudadanos, fingiendo disputar con esclavos, pedían á grandes voces un *vengador* (*Vindex*).

XLVI. Presagios manifiestos, antiguos y modernos, sacados de los sueños, aumentaban sus temores. Aunque de ordinario dormía tranquilamente, soñó, después de la muerte de su madre, que le arrancaban de las manos el timón de una nave, y que su esposa Octavia le arrastraba á densas tinieblas. Otra vez creyó, en sueños, que se encontraba cubierto de multitud de hormigas aladas, ó bien veía las estatuas de las diversas naciones de la tierra colocadas á la entrada del teatro de Pompeyo, rodeándole y cerrándole el paso. Parecióle que un caballo de Asturias, que quería mucho, se trocaba en mono, exceptuando la cabeza, de la que salían plañideros relinchos. Del Mausoleo, cuyas puertas se abrieron por sí mismas, salió una voz que llamaba á Nerón. Los dioses lares, solemnemente adornados para las kalendas de enero, cayeron de su pedestal, en medio de los preparativos del sacrificio. Cuando

(1) Suplicio de los parricidas.

iba á tomar los auspicios, ofreciéndole Sporo, por regalo de año nuevo, un anillo, cuya piedra representaba el «rapto de Proserpina.» Cuando quiso pronunciar los votos solemnes delante de todos los órdenes del Estado reunidos, costó mucho trabajo encontrar las llaves del Capitolio, y cuando se leyó en el Senado este pasaje del discurso que había compuesto contra Vindex: «Que los culpables serían castigados y darían ejemplo en suplicio digno de sus crímenes,» todo el mundo exclamó: «Tú lo darás, Augusto.» Observóse también que en *Edipo desterrado*, el último papel que representó en público, salió de la escena pronunciando este verso griego:

Madre, esposa, parientes, todo quiere que yo perezca.

XLVII. Corrió entre tanto el rumor de que los demás ejércitos se habían sublevado también, y furioso rasgó las cartas que le trajeron durante la comida, derribó la mesa, rompió contra el suelo dos vasos que tenía en grande estima y que llamaba homéricos porque estaban esculpidos en ellos asuntos tomados de los poemas de Homero; en seguida hizo que Locusta le diese veneno, lo encerró en una caja de oro y marchó á los jardines de Servilia. Allí, mientras sus libertos más fieles iban á Ostia para preparar naves, quiso comprometer á los tribunos y centuriones del pretorio á que le acompañasen en su fuga. Pero unos se excusaron y otros se negaron abiertamente, llegando uno á decirle:

«¿Tanta desgracia es morir?»

Entonces concibió diferentes proyectos, como el de huir al territorio de los Parthos, ó el de ir á arrojarse á las plantas de Galba, ó bien presentarse públicamente en la tribuna de las arengas con traje de luto y pedir allí, con el acento más lastimero que pudiese emplear, que le perdonasen el pasado, ó al menos, si los corazones permaneciesen

eran insensibles, que le concediesen la prefectura de Egipto (1). Entre sus papeles se encontró después el discurso que había compuesto para este objeto, y se dice que el único motivo que le impidió pronunciarlo fué el temor de que lo despedazasen antes de llegar al Foro. Dejó, pues, para la mañana siguiente tomar una decisión, pero habiendo despertado á media noche supo que le habían abandonado sus guardias. Saltó del lecho y envió aviso á casa de todos sus amigos, y no recibiendo contestación fué con poco séquito á pedir refugio á algunos de ellos. Todas las puertas permanecieron cerradas y nadie le contestó. Entonces volvió á su cámara; los centinelas habían huído, llevándose hasta las ropas de su lecho y la caja de oro en que guardaba el veneno. En seguida pidió que le llevasen al gladiador Spículo ú otro cualquiera para recibir la muerte, y no encontrando á nadie que quisiese matarle, exclamó: «¿Acaso no tengo amigos ni enemigos?» y corrió á precipitarse en el Tíber.

XLVIII. Detúvose, sin embargo, y deseó un refugio para meditar. Su liberto Phaón le ofreció su casa de campo, situada entre la vía Salaria y la Nomentana, á cuatro millas de Roma. Con túnica y los pies desnudos como se encontraba, montó á caballo y se envolvió en un manto viejo y descolorido; llevaba la cabeza cubierta y un pañuelo delante del rostro, acompañándole cuatro personas, entre ellas Sporo. De pronto sintió temblar la tierra, vió brillar un relámpago y le sobrecogió el terror. Al pasar cerca del campamento de los pretorianos, oyó los gritos de los soldados que le dirigían imprecaciones y hacían votos por Galba. Un viajero dijo al ver el pequeño grupo: «Esos persiguen á Nerón.» Otro preguntó: «¿Qué hay de nuevo en Roma, en cuanto á Nerón?» El olor de un cadá-

(1) La prefectura de Egipto era la última en el orden de las distribuciones. La pretensión de Nerón podía, pues, parecer modesta.

ver abandonado en el camino, hizo retroceder á su caballo; y habiendo caído el pañuelo con que se ocultaba el rostro, un veterano pretoriano le reconoció y saludó por su nombre. Llegado á un camino de travesía, despidió los caballos, y penetrando entre abrojos y espinas, en un sendero cubierto de zarzas, en el que no podía avanzar más que haciendo tender ropas bajo sus pies, llegó con gran trabajo á las tapias de la casa de campo. Allí le aconsejó Phaón que entrase durante algún tiempo en una cantera de la que habían sacado arena, pero contestó «que no quería enterrarse vivo,» y habiéndose detenido para esperar que abriesen entrada secreta en la casa, cogió en la mano agua de una charca, y dijo antes de beberla: «He aquí los refrescos de Nerón.» En seguida comenzó á arrancar las zarzas que se habían enredado en su manto, y después de esto, se arrastró sobre las manos, por un agujero abierto debajo de la tapia hasta la habitación más próxima, en la que se acostó sobre un jergón cubierto con vieja manta. Atormentándole de tiempo en tiempo el hambre y la sed, le presentaron pan grosero que rehusó y agua templada de la que bebió una poca.

XLIX. Instábanle todos los que le acompañaban á que se sustrajese cuanto antes á los ultrajes que le amenazaban, y mandó que abriesen una fosa delante de él, á la medida de su cuerpo, que la rodeasen con algunos pedazos de mármol, si se encontraban, y que llevasen agua y leña para tributar los últimos honores á su cadáver, llorando á cada orden que daba, y repitiendo sin cesar: «¡Qué muerte para tan grande artista!» Durante estos preparativos, llegó un correo á entregarle una carta de Phaón; cogióla y leyó: «que el Senado le había declarado enemigo de la patria, y le hacía buscar para castigarle según las leyes antiguas.» Preguntó en qué consistía este suplicio, y le contestaron que en desnudar al criminal, sujetarle el cuello en una horqueta y azotarlo con varas hasta

la muerte. Aterrado, cogió dos puñales que había llevado consigo, probó la punta y volvió á envainarlos, diciendo «que aun no había llegado la hora fatal.» En tanto exhortaba á Sporo á lamentarse y llorar; en tanto pedía que alguno le diese, matándose, valor para morir. Algunas veces también se censuraba su cobardía, diciéndose: «Arrastro una vida vergonzosa y miserable;» y añadía en griego: «Esto no es propio de Nerón; esto no le es propio; en tales momentos es necesario decidirse; vamos, despierta.» Acercábanse ya los jinetes que tenían orden de cogerle vivo, y cuando les oyó, recitó temblando este verso griego:

Oigo el paso rápido de valerosos corceles,

y en seguida se clavó el hierro en la garganta, ayudándole su secretario Epaphrodito. Todavía respiraba cuando entró el centurión, que quiso vendarle la herida fingiendo que llegaba para socorrerle. Nerón le dijo: «Es tarde;» y añadió: «¡cuánta fidelidad!» Al pronunciar estas palabras espiró con los ojos abiertos y fijos, siendo espanto y horror para los que le contemplaban. Había recomendado con vivas instancias á sus compañeros de fuga que no abandonasen su cabeza á nadie y que le quemasen entero de cualquier manera que fuese; permiso que concedió Icelo, liberto de Galba, que acababa de salir del encierro donde le arrojaron al comenzar la insurrección.

L. Los funerales de Nerón costaron doscientos mil sextercios; emplearon en ellos tapices blancos bordados de oro de que se había servido el día de las kalendas de enero. Sus nodrizas Eclogea y Alexandria, con su concubina Actea, depositaron sus restos en la tumba de Domicio, que se ve en el campo de Marte, sobre la colina de los Jardines. Este monumento, que es de pórfido, está coronado por un altar de mármol de Luna y lo rodea una balaustrada de mármol de Pharos.

Ll. Su estatura era mediana. Tenía el cuerpo cubierto

de manchas, y hediondo; los cabellos rubios, el rostro más bello que agradable; los ojos azules, y la vista débil; el cuello grueso, el vientre abultado, las piernas muy delgadas y el temperamento robusto. A pesar de sus desenfrenados desórdenes, solamente se encontró indispuerto tres veces en el espacio de catorce años; y en ellas, ni siquiera tuvo que abstenerse del vino, ni que cambiar nada de sus costumbres. No cuidaba del traje ni apostura, viéndosele, durante su permanencia en Acaya, dejar caer por detras el cabello, que llevaba siempre rizado en bucles simétricos; frecuentemente se presentó en público con traje de festín, un pañuelo alrededor del cuello, sin cinturón y descalzo.

LII. En su infancia ensayó todas las artes liberales; pero su madre le disuadió del estudio de la filosofía, que en su opinión no podía menos de perjudicar á un príncipe destinado á reinar; y su preceptor Séneca le prohibió la lectura de los oradores antiguos, con objeto de fijar en él sólo la admiración de su discípulo. Inclínose á la poesía, y compuso sin dificultad ni trabajo algunas obras en verso. No es cierto, como se ha dicho, que diese por suyos los de otro. He tenido en las manos tablillas con versos suyos, muy conocidos y enteramente de su puño. Véase bien que no eran copiados ni escritos al dictado de otro, sino que eran laborioso fruto de su pensamiento, tantas correcciones y raspaduras tenían. También mostró mucha afición á la pintura, y especialmente á la escultura.

LIII. Ávido de popularidad, inmediatamente era rival de todo el que, por cualquier medio, influía en la multitud. Creíase generalmente que, no contento con sus triunfos en el teatro, descendería en el próximo lustro á la arena olímpica con los atletas. En efecto, ejercitábase asiduamente en la lucha, y en todas las ciudades de la Grecia donde asistió á los juegos gímnicos, lo hizo á la manera de los jueces, sentándose en el suelo en el esta-

dio; y viendo alejarse del centro una pareja de luchadores, corrió á cogerles y á traerles á su puesto. Como le comparaban con Apolo por el canto, y con el Sol por su habilidad en guiar carros, quiso imitar también las hazañas de Hércules; y dicese que le habían domado un león, con el que debía luchar en el Anfiteatro y matarle con la maza ó ahogarle entre los brazos en presencia del pueblo.

LIV. Al fin de su vida hizo voto solemne, si triunfaba de sus enemigos, de tocar el órgano hidráulico, la flauta y la gaita durante los juegos que se celebrarian por la victoria; ser histrión el último día de ellas y bailar el Turnus de Virgilio. Y hay quien dice que hizo perecer al cómico Paris como adversario demasiado temible.

LV. Deplorable manía era en él el deseo de perpetuar su memoria y eternizarse; por lo cual cambió el nombre á muchas cosas y muchas ciudades para sustituirles el suyo. Llamó Neroniano al mes de abril, y quería que Roma se llamase Nerópolis.

LVI. A todos los cultos mostraba profundo desprecio, exceptuando el de la diosa de Siria; pero concluyó por burlarse de él también, hasta el punto de orinar sobre su estatua cuando se entregó á otra superstición, única en que persistió. Esta consistía en la posesión de una muñeca, que le había regalado un hombre del pueblo, á quien no conocía, como preservativo contra las celadas de sus enemigos. Habiendo sido descubierta en seguida una conspiración, hizo de aquella muñeca su divinidad suprema, la honró con tres sacrificios por día, y quiso que se creyese que le revelaba el porvenir. Algunos meses antes de su muerte comenzó á observar las entrañas de las víctimas, sin obtener jamás ningún presagio bueno.

LVII. Murió á los treinta y dos años de edad, en el mismo día en que en otro tiempo hizo perecer á Octavia. El regocijo público fué tal, que la mayor parte de los hombres del pueblo corría por toda Roma cubiertos con el

gorro de los libertos. Sin embargo, hubo ciudadanos que, mucho tiempo después de su muerte, adornaron su tumba con flores de primavera y estío, que llevaron á la tribuna retratos de Nerón, representado con toga pretexta, y que leyeron en ella edictos en los que hablaba como si viviese aún y hubiera de llegar muy pronto para vengarse de sus enemigos. Volegoso, rey de los Parthos, habiendo enviado embajadores al Senado para renovar su alianza, pidió sobre todo que se honrase la memoria de Nerón. En fin, veinte años después, durante mi juventud, un aventurero, jactándose de ser Nerón (1), se formó entre los Parthos, á favor de este nombre que tan querido les era, poderoso partido, y solamente con gran trabajo nos lo entregaron.

(1) Tácito habla de muchas tentativas de este género, que tuvieron bastante éxito: cita, entre otras, la de un esclavo del Ponto, que se formó considerable partido. Todos estos falsos Neronos aparecieron un año después del verdadero; el que menciona Suetonio, mucho después.

SERVIO SULPICIO GALBA.

I. En Nerón se extinguió la raza de los Césares; acontecimiento que habían anunciado varios presagios, y especialmente dos, mucho más evidentes que los otros. Poco después de su matrimonio con Augusto iba Livia á casa de Veyo, cuando un águila, volando por encima de ella, dejó caer sobre sus rodillas una gallina blanca que acababa de coger, y que todavía conservaba en el pico una rama de laurel. La gallina dió tantos pollos, que aquella casa recibió el nombre, que conserva aún, *de las gallinas*, y la planta se desarrolló tan bien, que en lo sucesivo cogieron de ella los Césares los laureles para sus triunfos, pero cuidando siempre, una vez terminada la ceremonia, de replantarlos en el mismo sitio. Observóse que poco antes de la muerte de cada emperador, el arbusto que él había plantado se marchitaba; y durante el último año del reinado de Nerón, secóse la planta hasta las raíces y perecieron todas las gallinas. Poco después hirió el rayo el palacio de los Césares, cayeron á la vez las cabezas de todas sus estatuas y á la de Augusto le fué arrancado el cetro de las manos.

II. Galba, sucesor de Nerón, no estaba unido por ningún lazo á la familia de los Césares; pero pertenecía á muy noble linaje, tan antiguo como ilustre. En las inscripciones

de sus estatuas tomaba el título de BIZNIETO DE Q. CÁTULO CAPITOLINO; y siendo emperador colocó en el vestíbulo de su palacio un cuadro genealógico, en el que hacía remontar á Júpiter su origen paterno, y á Pasifea, esposa de Minos, el materno.

III. Prolijo sería enumerar todos los honores otorgados á sus mayores, y me limitaré á decir algo acerca de su familia. Ignórase quién fué el primero de los Sulpicios que llevó el nombre de Galba y con qué motivo. Según algunos, fué por haber incendiado con antorchas embadurnadas de gálbano una ciudad de España que había resistido prolongado sitio; según otros, porque en una enfermedad crónica empleó con frecuencia el gálbeo, tópico ordinariamente envuelto en lana; según éstos, porque era muy grueso, lo que se expresa en galo con la palabra *galba*; en fin, según aquéllos, porque siendo por el contrario muy delgado, se le comparó á los gusanillos que nacen en la encina, y á los que llaman *galbæ*. La distinción de esta familia comienza en el consular Servio Galba, el varón más elocuente de su tiempo. Enviado á España después de su pretura, dicen que hizo pasar á cuchillo por traición á treinta mil Lusitanos, y fué causa de la guerra de Viriato. Irritado su nieto al ver que le rehusaba el consulado Julio César, cuyo legado había sido en la Galia, entró en la conspiración de Cassio y Bruto, siendo condenado por este hecho en virtud de la ley Pedia. De éste proceden el abuelo y el padre del emperador Galba. El abuelo, más ilustre por sus trabajos que por sus dignidades, no ascendió de la pretura y publicó una obra histórica bastante voluminosa é interesante. El padre, después de haber sido cónsul, fué abogado laborioso, medianamente elocuente, bajito y jorobado. Tuvo por primera esposa á Mummia Achaíaca, nieta de Catulo y biznieta de L. Mummio, que destruyó á Corinto. Casó después con Livia Ocelina, tan rica como bella, que dícese le solicitó ella misma á causa de su no-

bleza, y con más ardor aún desde el día en que, estrechado por sus instancias, separó sus ropas y la mostró su deformidad para evitar la censura de haberla engañado. De Achaíaca tuvo dos hijos, Cayo y Servio. Cayo, mayor de los dos, se vió obligado á abandonar á Roma, donde se había arruinado, y habiéndose opuesto Tiberio á que entrase en sorteo, á su turno, para un gobierno proconsular, se dió la muerte.

IV. El emperador Serv. Galba nació bajo el consulado de M. Valerio Messala y de Cn. Léntulo, el 9 de las kalendas de enero (24 de diciembre), en una quinta situada sobre una colina cerca de Terracina, á la izquierda yendo á Fondi. Adoptado por su suegra, tomó el nombre de Livio y el apellido (1) Ocela. Cambió también el nombre y se hizo llamar Lucio en vez de Servio, hasta su advenimiento al imperio. Dícese que un día que fué á saludar á Augusto con otros niños de su edad, éste príncipe le dijo, acariciándole la mejilla: *καὶ σὺ, τὸ κλον, τῆς ἀρχῆς ἡμῶν παρατρέξῃ* (y tú también, hijo mío, probarás el poder). Cuando dijeron á Tiberio que Galba había de reinar, pero en edad muy avanzada: «Que viva, pues, dijo el Emperador; no es á mí á quien importa eso.» Estando su abuelo sacrificando para conjurar el rayo, un águila le arrebató las entrañas de la víctima y las llevó á una encina cargada de bellotas. La respuesta de los augures fué que aquel presagio prometía el imperio á su familia, mas para tiempo lejano: «Sí, dijo riendo, cuando paran las mulas.» Así es que cuando Galba meditó la conquista del trono, nada le inspiró tanta confianza como ver el parto de una mula; y mientras todos consideraban funesto aquel presagio, él solo lo aceptó como feliz, recordando el sacrificio y la réplica de su abuelo. Acababa de tomar la toga viril cuando soñó que le decía la Fortuna: «Estoy cansada de esperar

(1) *Cognomen.*

á tu puerta, y si no me recibes pronto, seré presa del primero que se presente.» Al despertar abrió el vestíbulo y encontró en el dintel una estatua de bronce de más de un codo: era la de aquella diosa. Llevóla en sus brazos á Tusculum, á donde acostumbraba á pasar el estío; la consagró en el santuario de sus divinidades domésticas, y le dedicó un sacrificio por mes y una velada por año. Joven aún, conservó rigurosamente una costumbre abolida por todas partes en Roma, exceptuando en su familia, costumbre que consistía en ver dos veces diariamente á sus libertos y esclavos, que se presentaban reunidos á la hora de levantarse y de acostarse, para darle uno á uno los buenos días ó las buenas noches.

V. La jurisprudencia fué una de las ciencias que cultivó con mayor asiduidad. Habíase casado; pero habiendo perdido á su esposa Lépidia y dos hijos que tuvo de ella, conservó el celibato y no quiso en lo sucesivo ocuparse de nuevo matrimonio, ni siquiera con Agripina, que estaba libre por muerte de Domicio, y que antes de que enviudase él le había hecho tales indicaciones, que la madre de Lépidia la reconvino agriamente en una reunión de mujeres, irritándose hasta golpearla. Mostró particular estimación por Livia, esposa de Augusto, cuyo favor, mientras vivió ella, le dió mucha influencia, y cuyo testamento, cuando murió, estuvo á punto de enriquecerle. Háiale inscrito entre sus herederos principales por cincuenta millones de sextercios; pero estando escrita la cantidad en cifras y no con todas las letras, Tiberio redujo el legado á quinientos mil sextercios, que ni siquiera cobró Galba.

VI. Alcanzó los honores antes de la edad que fijaban las leyes. Durante los juegos florales que celebró como pretor, dió el espectáculo, nuevo aún, del elefante bailando sobre la cuerda. Gobernó la provincia de Aquitania cerca de un año; después fué seis meses cónsul ordinario. La casualidad quiso que sucediese en esta dignidad á Cn. Domi-

cio, padre de Nerón, y que él mismo tuviese por sucesor á Salvio Othón, padre de Othón el emperador; lo cual era como presagio del porvenir, estando colocado el reinado de Galba entre los de los hijos de aquéllos. Calígula le mandó en seguida á Germania para reemplazar á Getúlico. A la mañana siguiente á su llegada hizo cesar los aplausos que provocaba su presencia en un espectáculo solemne, y en la orden del día á los soldados les mandó «tener las manos debajo de los mantos;» por cuya razón cantaron en el campamento:

Atención, soldados, al oficio;
Galba manda, y no Getúlico.

Prohibióles absolutamente la petición de licencias; ejercitó en continuos trabajos á veteranos y reclutas; rechazó á los bárbaros que habían penetrado hasta la Galia; y Calígula, que presencié esta expedición, quedó tan satisfecho de su ejército y de él, que, entre las innumerables tropas levantadas en todas las provincias, las suyas recibieron más recompensas y muestras de aprobación. Galba se distinguió notablemente dirigiendo, con un escudo en la mano, las evoluciones militares, y siguiendo durante mil pasos el carro del Emperador.

VII. Después de la muerte de Calígula, le instaron muchos para que aprovechase aquella ocasión, pero prefirió el descanso. Claudio se lo agradeció tanto, que le contó en el número de sus mejores amigos; y tanta consideración le tuvo, que se retrasó la expedición de Bretaña á causa de una ligera indisposición que le sobrevino el día mismo de la partida. Fué durante dos años procónsul de África, habiéndole elegido sin consultar las suertes para pacificar aquella provincia, perturbada por los bárbaros y las discordias intestinas; consiguiéndolo por completo, gracias á la severidad y á la justicia que mostró hasta en las cosas más pequeñas. En una expedición en la que escaseaban los ví-

veres, habiendo vendido un soldado por cien dineros un modio de trigo que le quedaba de su provisión, Galba prohibió á los demás que le suministrasen ningún alimento, por necesitado que le viesen, y el soldado murió de hambre. Presentáronse á su tribunal dos litigantes disputándose la propiedad de una bestia de carga; las pruebas eran por una y otra parte equívocas, los testigos sospechosos y la verdad difícil de descubrir. Galba decidió que se llevase al animal con la cabeza cubierta á un lago á donde acostumbraba beber; que allí le descubrieran, y que pertenecería á aquel de los dos hacia el que se dirigiese espontáneamente.

VIII. Por los servicios que prestó entonces en África y por los que antes había prestado en la Galia, recibió los ornamentos triunfales y triple sacerdocio, habiéndolo agregado á sus colegios los quindecinviros, los sacerdotes de Augusto y los Ticios (1). Desde esta época hasta mediados del reinado de Nerón vivió casi completamente retirado, no saliendo jamás de su casa, ni siquiera para pasear, sin que le siguiese un vehículo cargado con un millón de sextercios en oro. Encontrábase en Fondi cuando le ofrecieron el gobierno de la España Tarraconense. Al llegar á esta provincia ocurrió que estando sacrificando en un templo, blanquearon de pronto los cabellos á un niño que tenía el incienso; y este prodigio se interpretó como presagio de un gran cambio, en el que se vería á un anciano suceder á un joven, es decir, Galba á Nerón. Poco después cayó un rayo en un lago en el país de los Cántabros, y en él se encontraron doce hachas, signo manifiesto del poder soberano.

IX. Su conducta en este gobierno, que duró ocho años,

(1) Estos eran los sacerdotes creados por Tito Tacio, encargados de conservar los ritos sagrados de los Sabinos. Por esta institución se llamó *sodales* á los sacerdotes que creó Augusto después de su apoteosis.

fué muy desigual. Al principio mostró mucha energía, vigilancia y hasta severidad excesiva en la reprensión de delitos. Así fué que mandó cortar las manos á un cambiante infiel y clavarlas sobre su mostrador: hizo crucificar á un tutor que había envenenado á su pupilo, cuyos bienes le estaban instituidos; y habiendo el culpable invocado sus derechos y privilegios de ciudadano romano, Galba, como para dulcificar con alguna distinción el horror del suplicio, le hizo clavar en una cruz pintada de blanco y mucho más grande que las ordinarias. Mas poco á poco cayó en la inacción de la molicie, con objeto de no despertar suspicacias en Nerón, «y porque, decía, á nadie se puede obligar á que dé cuentas de su apatía.» Estaba presidiendo en Cartagena la asamblea provincial, cuando supo la sublevación de las Galias, habiéndole pedido socorros el legado de Aquitania. También recibió cartas de Vindex que le instaba «á declararse libertador y jefe del universo.» No vaciló mucho, é impulsado tanto por el temor como por la esperanza, accedió á la petición. En efecto; había sorprendido una orden enviada secretamente por Nerón á sus agentes para que le matasen, y por otra parte favorecíale felices auspicios, presagios ciertos, y especialmente las predicciones de una virgen perteneciente á noble familia; predicciones que le inspiraban tanta más confianza, cuanto que el sacerdote de Júpiter Clunio, advertido por un sueño, acababa de encontrar en el santuario el mismo oráculo, pronunciado también por una joven adivinadora doscientos años antes. El sentido de este oráculo era, «que saldría de España un hombre que sería dueño del mundo.»

X. Subió, pues, á su tribunal, como para proceder á una manumisión, y haciendo colocar delante de él los retratos de la mayor parte de los ciudadanos condenados y muertos por Nerón, y mostrando á la multitud un joven de noble linaje que expresamente había hecho venir de la más cercana de las Baleares donde estaba desterrado, deploró

los males de aquel reinado. Saludado EMPERADOR, declaró no querer ser otra cosa que «legado del Senado y pueblo romano.» En seguida añadió que estaba interrumpido el curso de la justicia, y levantó entre el pueblo de su provincia legiones y tropas auxiliares para reforzar su ejército, que solamente constaba de una legión, dos alas de caballería y tres cohortes. Creó una especie de Senado compuesto de ancianos muy experimentados para deliberar con ellos, en ocasiones, acerca de los negocios importantes; y en el orden de los caballeros eligió jóvenes que, sin perder el derecho á usar el anillo de oro, debían, con el nombre de *evocati* (1), prestar servicio militar en sus localidades. Hizo repartir también edictos por las otras provincias, exhortando á todos á que se reuniesen en el mismo sentimiento, y á servir, cada cual según sus medios, á la causa común. Por el mismo tiempo se encontró, al fortificar una ciudad de la que quería hacer su plaza de armas, un anillo de trabajo antiguo y cuya piedra representaba una Victoria con un trofeo. Vióse también llegar á Dertosa una nave de Alejandría, cargada de armas, sin piloto, marineros ni pasajeros, y nadie dudó entonces que su empresa tenía la justicia por causa y los dioses por apoyo. Pero casi en el acto estuvo á punto de destruirlo todo un acontecimiento imprevisto. Cuando se acercaba al campamento, uno de los dos cuerpos de caballería, arrepintiéndose de haber violado sus juramentos, resolvió abandonarle, y solamente á costa de gran trabajo le pudieron contener. Además, algunos esclavos, que un liberto de Nerón le había regalado después de instruirles en el asesinato, iban á matarle en una callejuela por la que se dirigía al baño, si,

(1) Anteriormente se daba este nombre á los veteranos que, habiendo terminado su tiempo de servicio, consentían en engancharse de nuevo. Galba daba el mismo nombre á otra institución. Este uso de elegir partidarios armados en las familias más distinguidas lo estableció y observó César.

oyéndoles exhortarse á aprovechar la ocasión, y habiéndoles preguntado de qué ocasión hablaban, no les hubiese arrancado por la tortura la confesión de su crimen.

XI. A tantos peligros se añadió la muerte de Vindex, que le consternó al punto de que, creyéndose perdido sin remedio, estuvo cerca de renunciar á la vida. Pero tranquilizado por las noticias de Roma, que le enteraron de la muerte de Nerón y de que por todas partes le juraban fidelidad, cambió el título de LEGADO por el de CÉSAR. Púsose entonces en marcha, vistiendo la armadura de los jefes militares, con un puñal colgado al cuello y que le caía sobre el pecho, y no tomó la toga hasta después de la derrota de los que le disputaban el Imperio, esto es, del prefecto del pretorio Nímfidio Sabino en Roma y de los legados Fonteyo Capito en Germania y Clodio Macer en África.

XII. Precedióle reputación de avaricia y crueldad, motivada por los grandes tributos que había impuesto en las Españas y en las Galias á las ciudades morosas en declararse por él; por haber castigado á algunas que destruyeron sus murallas; por haber hecho ejecutar por mano del verdugo á sus jefes civiles y militares, con sus esposas é hijos; porque, habiéndole ofrecido los Tarraconenses una corona de oro que pesaba quince libras, sacada de un antiguo templo de Júpiter, la hizo fundir, y habiendo resultado tres onzas menos, exigió el pago. Esta reputación se robusteció y aumentó desde los primeros días de su entrada en Roma. En efecto, quiso reducir á su antigua condición de simples remeros á los soldados de marina á quienes había concedido Nerón la categoría de legionarios; y como resistían sus órdenes y reclamaban enérgicamente sus águilas y enseñas, les hizo dispersar por la caballería y en seguida los diezmó. Licenció la cohorte germana que en otro tiempo formaron los Césares para la guarda de su persona y cuya fidelidad había permanecido inquebrantable en medio de tantas pruebas, y hasta envió aquellos

soldados á su patria sin ninguna recompensa, acusándoles de ser afectos á Cn. Dolabela, cuyos jardines estaban próximos á su campamento. Referían de él rasgos de avaricia, verdaderos ó falsos, que le ponían en ridículo: que había lanzado profundo suspiro al ver su mesa abundantemente servida; que habiéndole presentado las cuentas un día su intendente, le regaló un plato de legumbres para recompensar su celo y fidelidad; que queriendo dar al flautista Cano una prueba de su admiración, fué él mismo á sacar de su caja particular cinco dineros, con los que le gratificó.

XIII. Su llegada no fué, por consiguiente, muy agradable á los Romanos, y pudo conocerlo en el primer espectáculo que se dió. Habiendo comenzado los actores en una Atilana á entonar este conocido cántico: «Habiendo vuelto Simo (1) de su campaña,» todos los espectadores cantaron el resto del coro, repitiendo muchas veces el verso.

XIV. En el mando no encontró el favor y la consideración que le llevaron á él; no porque no hiciese muchas cosas que le acreditaban de buen príncipe, sino porque apreciaban menos sus buenas cualidades que odiaban las malas. Dirigíanle tres favoritos que vivían en el palacio, que no se separaban de su lado y á los que llamaban sus pedagogos. Eran éstos T. Vinio, su legado en España, hombre desenfrenadamente codicioso; Cornelio Laco, convertido de asesor (2) en prefecto del pretorio y cuya arrogancia y necedad eran intolerables, y en fin, el liberto Icelo, honrado desde hacía poco con el anillo de oro y con el sobrenombre de Marciano, y que aspiraba ya á la dignidad más alta á que puede llegar un caballero. Estos tres hombres, cuyos vicios eran diferentes, gobernaban despóticamente al viejo Emperador, que se había abandonado á ellos

(1) Créese que este nombre es de algún avaro de comedia.

(2) Los asesores eran los jurisconsultos que formaban el consejo de los magistrados.

sin reserva, y ya no se parecía á sí mismo, en tanto demasiado severo y demasiado económico para un príncipe electivo, en tanto demasiado débil é indulgente para un príncipe de su edad. Condenó sin oírles y por ligeras sospechas á ciudadanos ilustres de los dos órdenes. Concedió rara vez los derechos de ciudadanía romana, y á una ó dos personas solamente, el privilegio de tres hijos, y esto por tiempo limitado. Habiéndole rogado los jueces añadiese una sexta decuria á las cinco existentes, no solamente se negó á ello, sino que les quitó el derecho que les concedió Claudio de no ser convocados durante el invierno ni al principio del año.

XV. Crefáse también que pensaba reducir á dos años la duración de los cargos desempeñados por senadores y caballeros, y darlos á aquellos que no los necesitasen ó los rechazasen. Revocó todas las liberalidades de Nerón hasta un décimo próximamente, y encargó á cincuenta caballeros romanos que persiguiesen la restitución, con el derecho, si los actores ó atletas habían vendido los regalos que se les habían hecho y no podían devolver el valor, de recogerlos á los compradores. Por otra parte dejó á sus libertos y consejeros vender á su gusto todos los oficios, ó dispensar todos los favores: la cobranza de impuestos, las inmunidades, la condenación de los inocentes, la impunidad de los culpables. Hay más: habiéndole pedido el pueblo romano el suplicio de Haloto y de Tigelino, los más crueles de todos los agentes de Nerón, fueron los únicos á quienes dejó impunes, y hasta concedió á Haloto un cargo importantísimo, reprendiendo al pueblo, en un edicto, la crueldad que mostraba con Tigelino.

XVI. Esta conducta le enajenó casi todas las voluntades, y no tardó en atraerse especialmente el odio de los soldados. Sus amigos les habían recibido por él, en su ausencia, el juramento de fidelidad, prometiéndoles donativo más considerable que de costumbre, pero no cumplió la

promesa, y hasta repitió muchas veces «que acostumbraba á levantar soldados, pero no á comprarlos,» palabras que exasperaron á todo el ejército. Sus injuriosos temores indispusieron también contra él á los pretorianos, de los que alejó á la mayor parte como sospechosos ó como cómplices de Ninfidio. En fin, profunda indignación animaba á las legiones de la alta Germania, que se veían privadas de las recompensas que esperaban por sus campañas contra los Galos y contra Vindex. Por esta razón fueron las primeras que se atrevieron á romper todo lazo de obediencia, y en las kalendas de enero solamente prestaron juramento al Senado, y en seguida enviaron una diputación á los pretorianos para declararles «que no querían al Emperador elegido en España, y que ellos mismos debían hacer una elección que pudiese ser ap robada por todos los ejércitos.»

XVII. Enterado de esta trama, creyó Galba que no le despreciaban tanto por la edad, como por no tener hijos; y como hacía largo tiempo amaba mucho al joven Pisón Frugi Liciano, notable por su mérito y linaje, habiéndole inscrito siempre en su testamento como heredero de sus bienes y de su nombre, le cogió de pronto por la mano en medio de multitud de cortesanos, le llamó hijo, le llevó al campamento y le adoptó en presencia de los soldados, sin mencionar para nada el donativo prometido. Este nuevo rasgo de avaricia ayudó á M. Salvio Othon en la ejecución de su empresa, y seis días después todo estaba consumado.

XVIII. Prodigios tan elocuentes como numerosos habían anunciado á Galba desde el principio de su reinado el trágico fin que le esperaba. Como inmolaban víctimas en todas las ciudades por donde pasaba para regresar á Roma, un toro, herido de un hachazo, rompió las cuerdas, se precipitó sobre el carro del Emperador, y levantándose de manos le llenó de sangre. En el momento en que se apeaba Galba, un guardia, impulsado por la muchedumbre,

estuvo á punto de herirle con su lanza. A su entrada en Roma y en el palacio de los Césares, sintió temblar la tierra y oyó un ruido parecido á un mugido. A estas advertencias siguieron muy pronto presagios más claros aún y más siniestros. Había elegido en el tesoro imperial un collar de perlas y piedras preciosas con que quería adorna, su estatuita de la Fortuna, en Tusculum; mas creyéndole digno de una divinidad más augusta lo dedicó á la Venus del Capitolio. A la siguiente noche se le apareció en sueños la Fortuna, se quejó de la ofensa que le había inferido y le amenazó con quitarle en seguida todo lo que le había dado. Asustado por este ensueño, en cuanto amaneció mandó á Tusculum á hacer los preparativos de un sacrificio expiatorio, y en seguida acudió él mismo; pero solamente encontró sobre el altar carbones medio apagados, y cerca de allí vió un anciano vestido de negro, teniendo incienso en una vasija de vidrio y vino en un vaso de arcilla. Observóse también, en las kalendas de enero, que se le cayó la corona de la cabeza mientras sacrificaba, y que las gallinas sagradas volaron mientras interrogaba los auspicios. El día en que adoptó á Pisón, cuando se disponía á arengar á los soldados, no encontró delante de su tribunal la silla militar que se colocaba en estas ocasiones, y en el Senado habían derribado su silla curul.

XIX. En la mañana del día en que le mataron, le había advertido muchas veces el arúspice, mientras sacrificaba, que cuidase de sí mismo, que no estaban lejos los asesinos. Un momento después le informaron de que Othón era dueño del campamento. Aconsejéronle que marchase á él inmediatamente, pudiendo ser decisivas su presencia y autoridad; pero decidió encerrarse en su palacio y fortificarse en él con muchas legiones acampadas muy lejos unas de otras. Revistióse, sin embargo, con una coraza de lino, aunque confesando que era débil defensa contra tantas espadas. Falsos rumores, que esparcían de propósito los

conspiradores y repetían hombres crédulos, bastaron para atraerle fuera del palacio: decían que la sublevación estaba terminada y castigados los culpables; otros acudían en tropel para felicitarle y asegurarle su obediencia. Quiso acudir á recibirles, y salió con tanta confianza, que encontrando á un soldado que se vanagloriaba ante él de haber dado muerte á Othór, le preguntó: «¿Por orden de quién?» En seguida avanzó hacia el Foro, y los jinetes que estaban encargados de matarle lanzaron sus caballos en esta dirección, separando la turba de curiosos, y viéndole desde lejos, se detuvieron un momento; en seguida emprendieron otra vez la carrera, y viéndole abandonado por los suyos, le mataron (1).

XX. Algunos escritores refieren que exclamó en los primeros momentos: «¿Qué hacéis, compañeros? Soy vuestro como vosotros míos,» y hasta que les prometió un donativo. Mas la mayor parte pretendieron que presentó voluntariamente el cuello, diciéndoles «que ejecutasen sus órdenes y le hiriesen, puesto que le odiaban.» Lo más sorprendente es que ninguno de los que presenciaban el hecho trató de socorrer al Emperador, y que todas las tropas á quienes mandó venir despreciaron sus órdenes, exceptuando un escuadrón del ejército de Germania. En efecto, los soldados de este cuerpo le eran muy adictos, á causa del cuidado que recientemente había tenido con ellos cuando se encontraban enfermos y extenuados de fatiga. Volaron, pues, en socorro suyo; pero no conociendo los caminos, tomaron el más largo y llegaron demasiado tarde. Galba fué degollado cerca del lago Curcio y

(1) Mataron á Galba en la calle al marchar desde el Palacio al Capitolio. Tácito describe admirablemente el suceso. Según Plutarco y Dión, un solo soldado defendió al Emperador y dió tiempo á Pisón para huir. El asesino, según algunos autores, fué un guardia de los llamados *evocati*, de que se había rodeado Galba, y según otros, un soldado de la legión décimaquinta.

abandonado en el sitio. Un soldado que volvía de la distribución de granos, habiéndole visto, arrojó la carga al suelo y le cortó la cabeza. No pudiendo cogerla por los cabellos porque estaba calvo, ocultóla debajo de sus vestidos, y metiéndole el pulgar en la boca, se la presentó á Othón. Este la abandonó á los vivanderos y criados del ejército que la clavaron en una lanza y la pasearon alrededor del campamento con grande algazara y diciendo de tiempo en tiempo: «Vamos, hermoso Galba, goza de tu juventud.» Fundábase este chiste feroz en que se había dicho pocos días antes que habiéndole felicitado uno por su buen aspecto y muestras de salud, le contestó: «ἔτι μοι μένος ἔμπεδόν ἐστιν (aun me siento con vigor).» Un liberto de Patrobio Neroniano compró á aquellos hombres la cabeza de Galba por cien dineros de oro, y la colocó en el mismo sitio donde mataron á su amo por orden del Emperador. Más tarde, en fin, el intendente Argio sepultó la cabeza y el tronco en los jardines particulares de Galba, cerca de la vía Aureliana.

XXI. Su estatura era la ordinaria; tenía la cabeza calva por delante, los ojos azules, la nariz aguileña, los pies y las manos tan desfigurados por la gota, que no podía ni soportar calzado ni hojear ni sostener un libro. Tenía además en el costado derecho una excrescencia tan considerable de carne que apenas podía sostenerla un vendaje.

XXII. Dícese que era gran comedor, y en invierno comía antes de amanecer. En la cena le servían tantos manjares que hacía pasar los restos de mano en mano hasta el extremo de la mesa para distribuirlos á los que le servían. Uno de sus vicios era la pederastia; pero prefería á los jóvenes, hombres robustos y hasta viejos. Cuando Iceto, uno de sus antiguos compañeros de desórdenes, fué á España á anunciarle la muerte de Nerón, dícese que no contento con besarle indecentemente delante de todos, le hizo depilar en el acto y se lo llevó á solas consigo.

XXIII. Pereció á los setenta y tres años de edad, después de siete meses de reinado. El Senado le decretó, en cuanto pudo, una estatua (1), que debían colocar sobre una columna rostral, en el paraje del Foro donde le asesinaron. Pero Vespasiano revocó este decreto, persuadido de que Galba había enviado desde España á Judea asesinos encargados de matarle.

(1) Tácito habla de otros honores que tributó el pueblo á Galba después de la muerte de Othón. «El pueblo paseó alrededor de los templos sus imágenes, adornadas con flores y laureles, y le hizo, de un montón de coronas, una especie de tumba cerca del lago Curcio, sitio que Galba, al morir, bañó con su sangre. En el Senado se le decretaron de una sola vez cuantas distinciones se habían imaginado sucesivamente durante el curso de los reinados más largos.»

M. SALVIO OTHON.

I. La familia de Othón, originaria de Ferentino, era antigua, distinguida, y una de las principales de la Etruria. Su abuelo, M. Salvio Othón, hijo de un caballero romano y de una mujer de condición oscura, quizá servil, fué nombrado senador por influencia de Livia, esposa de Augusto, en cuya casa había pasado la infancia, pero no se elevó más allá de la pretura. En cuanto á su padre, L. Othón, cuyo madre tenía ilustre cuna y que estaba ligada por numerosos lazos con las familias más importantes de Roma, fué tan querido del emperador Tiberio, y de tal manera se le parecía, que generalmente pasó por hijo suyo. Desplegó notable severidad en las diversas funciones que se le encargaron en Roma, en un proconsulado de Africa y en muchos gobiernos extraordinarios. Atrevióse hasta hacer decapitar en Iliria, en medio de la plaza de armas (1) y á presencia suya, á soldados que, arrepentidos de haber tomado parte en la sublevación de Camilo contra Claudio, habían dado muerte á sus jefes como autores de la insurrección, á pesar

(1) El espacio despejado que se extendía en todo lo ancho del campamento, y que separaba la parte alta (donde se encontraba la tienda del general, *prætorium*, y la del cuestor, *quæstorium*) de la inferior, donde estaban las tropas. Allí se encontraba colocado el tribunal donde el general administraba justicia y arengaba las tropas.

de que no ignoraban que Claudio les había ascendido por este mismo hecho á los grados superiores. Esta conducta, aumentando su reputación, disminuyó su influencia; pero no tardó en recuperarla, instruyendo al Emperador de una conspiración tramada contra su vida por un caballero romano, cuyos propios esclavos habían ido á denunciarle. El Senado le votó entonces una distinción muy rara, la erección de una estatua sobre el monte Palatino. Claudio, después de agregarle á los patricios, le elogió pomposamente, y hasta añadió: «Tal es su mérito, que ni siquiera puedo desear hijos que le superen.» Tuvo de Albia Terencia, mujer de noble extirpe, dos hijos, L. Ticiano y Marco, que llevó el mismo sobrenombre que él. Tuvo también una hija, que desposó, apenas núbil, con Druso, hijo de Germánico.

II. El emperador Othón nació el 4 de las kalendas de mayo (28 de abril), bajo el consulado de Camilo Arruncio y de Domicio Enoharbo. Desde su infancia fué tan prodigo y procaz que frecuentemente tuvo que castigarle su padre. Dícese que vagaba de noche por las calles, lanzábase sobre los débiles y ébrios que encontraba, les tendía sobre un manto y los lanzaba al aire. Más adelante, después de la muerte de su padre, intimó, para adquirir favor, con una liberta de la corte, que gozaba de mucho prestigio, llegando á fingirse enamorado de ella, á pesar de que era vieja y casi decrepita. Por medio de ésta se introdujo entre los familiares de Nerón, que muy pronto le colocó en el número de sus amigos más íntimos, gracias á la conformidad de sus gustos y, añádese, á la costumbre de prostituirse el uno al otro; llegando á ser tan poderoso que, habiéndose encargado, mediante crecida cantidad, de hacer restablecer á un varón consular condenado por concusión, no temió, antes aún de obtener la reintegración por el Senado, llevarle á él para que diese las gracias.

III. Confidente de todos los designios y secretos de Ne-

rón, cuidó, el mismo día en que éste había de hacer perecer á su madre, de dar á los dos, para evitar sospechas, suntuosa cena. Nerón le había confiado provisionalmente á su amante Popea Sabina, que acababa de arrebatar á su marido, y Othón la recibió en su casa como para casarse con ella. Pero no contento con seducirla, llegó á mostrarse celoso hasta el punto de no consentir ni á Nerón por rival y de negar la entrada en su casa á los que el Emperador enviaba para recogerla, llegando hasta dejarle á él mismo un día en la puerta, mezclando en vano amenazas y súplicas y reclamando su depósito. Por estas causas se disolvió el matrimonio, y fué alejado Othón con la apariencia de una misión en Lusitania. Nerón creyó suficiente este castigo, temiendo que otro más severo revelase el escándalo de aquella comedia; pero estos dos versos que circularon en seguida la dieron á conocer con claridad:

*Cur Otho mentito sit, quæritis, exul honore?
Uxoris mæchus, cæperat esse suæ (1).*

Administró su provincia durante diez años como cuestor, y con tanta moderación como desinterés.

IV. Ofreciéndole al fin la empresa de Galba ocasión para vengarse, fué el primero en declararse por él. Desde aquel momento concibió también la esperanza de reinar, esperanza fundada por una parte en el estado presente de las cosas, pero robustecida principalmente por la promesa terminante del astrólogo Seleuco. Este astrólogo, que en otro tiempo le pronosticó que sobreviviría á Nerón, había ido entonces á buscarle inopinadamente, asegurándole que muy pronto sería emperador. Por esta causa nada omitió para hacerse por todos lados amigos y partidarios. Cuantas veces recibía al general á cenar daba una moneda de oro

(1) ¿Preguntáis por qué se concede mentirosamente á Othon honor en el destierro? Porque dormía con su esposa.

á cada individuo de la cohorte de guardia y variaba hasta lo infinito sus medios de seducción cerca de los soldados. Así fué que, habiéndole elegido uno de ellos por árbitro en una cuestión que tenía con un vecino suyo acerca de los linderos, compró todo el terreno en litigio y se lo dió libre de proceso, de suerte que no había casi nadie que no le creyese y proclamase el único digno de la sucesión imperial.

V. Había creído que Galba le adoptaría, y diariamente esperaba que así lo hiciese. Pero cuando se vió defraudado en su esperanza por la preferencia concedida á Pisón, resolvió apelar á la fuerza, impulsado á la vez por el deseo de venganza y la enormidad de sus deudas (1). En efecto, confesaba «que no tenía otro recurso que el Imperio, y que prefería sucumbir en el combate al hierro de sus enemigos, á caer bajo la persecución de sus acreedores en el Foro.» Pocos días antes había recibido de un esclavo del Emperador un millón de sextercios por hacerle obtener un cargo de intendente. Esta fué la base de su grande empresa. Al principio confió su proyecto á cinco conjurados, después á otros diez, habiendo traído dos cada uno de los primeros. Dióles diez mil sextercios por persona y les prometió cincuenta mil. Éstos le reclutaron además otros partidarios, pero en corto número, no dudando que encontrarían más en el momento mismo de la acción.

VI. Su primera idea fué apoderarse del campamento inmediatamente después de la adopción de Pisón, y atacar á Galba en el palacio mientras estuviese en la mesa. Mas renunció á ello por consideración á la cohorte que estaba entonces de guardia, no queriendo hacerla demasiado odiosa porque era la misma que había dejado matar á Calígula y abandonado á Nerón. Además, presagios contrarios y con-

(1) Plutarco eleva á cincuenta millones de sextercios (más de nueve millones y medio de pesetas) las deudas de Othón.

sejos de Seleuco le contuvieron algún tiempo más. Fijado al fin el día, dijo á sus cómplices que le esperasen en el Foro, enfrente del templo de Saturno, cerca de la Miliaria de oro (1), y por la mañana fué á saludar á Galba, que le recibió dándole el acostumbrado beso. Asistió también al sacrificio celebrado por el Emperador y oyó las predicciones del arúspice. Un liberto llegó entonces á decirle que habían llegado los arquitectos, que era la señal convenida. Othón se retiró como para ver una casa en venta, y salió en el acto de palacio por una puerta de la espalda para acudir al punto de la cita. Otros dicen que fingió sufrir un acceso de fiebre, y que encargó á los que le rodeaban diesen esta excusa al Emperador si preguntaba. Montó en una litera de mujer, que mantuvo cerrada, y tomó el camino del campamento; pero faltando las fuerzas á los portadores, bajó y echó á correr. Habiéndosele roto el calzado, se paró, y casi en el acto, instigados por su impaciencia, los que le acompañaban le subieron sobre sus hombros y le saludaron EMPERADOR. Así llegó hasta la plaza de armas del campamento, en medio de aclamaciones y espadas desnudas, declarándose por él todos aquellos á quienes encontraba como si perteneciesen á la conjuración. Comenzó por mandar matar á Galba y Pisón y por atraerse en el acto con promesas el ánimo de los soldados, insistiendo sobre ésta en su arenga: «que solamente conservaría lo que le dejasen.»

VII. Ya declinaba el día cuando entró en el Senado, donde expuso brevemente su conducta, mostrándose como cogido entre la multitud y obligado á aceptar el Imperio, en el que no tendría otra regla que la voluntad general.

(1) Augusto hizo elevar en el Foro esta columna en 734, á la que afluían todos los caminos militares. Sin embargo, no desde aquel punto, sino desde las puertas de la ciudad se comenzaba á contar las millas, que estaban marcadas con piedras hasta las estremidades del imperio; de aquí que la palabra *lapis* signifique milla.

Desde allí marchó al palacio. Entre las felicitaciones y alabanzas que se le dirigieron, oyóse al populacho llamarle NERÓN, sin que él mostrase disgusto por ello; y hasta se dice que añadió este nombre al suyo en los primeros diplomas y en las primeras cartas á los gobernadores de las provincias. Lo cierto es que permitió restablecer las estatuas de este emperador; que repuso en sus cargos á sus intendentes y libertos, y que el primer uso que hizo de su autoridad fué dedicar cincuenta millones de sextercios á la terminación de la Casa de Oro. Dícese que en la siguiente noche tuvo un sueño espantoso que le arrancó gritos y lamentos, y los que acudieron le encontraron tendido en el suelo al lado del lecho: había creído ver á Galba derribarle del trono y arrojarle del palacio. Por esta razón recurrió á toda suerte de expiaciones para aplacar sus manes. Cuando á la mañana siguiente interrogaba los auspicios, levantóse una tempestad, y habiendo caído pesadamente, murmuró:

Τί γάρ μοι καὶ μακροῦς αὐλοῦς (1).

VIII. Por este mismo tiempo los ejércitos de Germania prestaron juramento á Vitelio, y en cuanto Othón se enteró del caso, propuso al Senado mandar legados á aquellos ejércitos para notificarles que se había elegido un emperador y exhortarles á la paz y concordia. Por su parte, mandó correos á Vitelio y le escribió ofreciéndole compartir con él el Imperio y proponiéndose para yerno. Mas no era dudosa la guerra, y ya se acercaban los generales y las tropas que Vitelio mandaba delante. Los pretorianos dieron entonces á Othón una prueba de su fidelidad y valor, que estuvo á punto de producir el degüello del primer orden del Estado. Habíase mandado llevar armas á las na-

(1) ¿Qué necesidad tenía yo de flautas largas?—Este proverbio significaba sin duda que se había acometido una empresa superior á las propias fuerzas y que no se había triunfado.

ves, se encargó de ello á los marineros, y como introducían estas armas en el campamento al oscurecer, algunos soldados, suponiendo una traición, promovieron violento tumulto, y en el acto corrieron sin jefes al palacio, pidiendo á gritos la muerte de los senadores: rechazan á los tribunos que intentan sujetar el movimiento, matan á algunos, y cubiertos de su sangre, buscan por todas partes al Emperador: penetran hasta el comedor, donde estaba á la mesa, y no se calman hasta después de verle. Othón se preparó á la guerra con increíble ardor y precipitación, sin tener en cuenta los usos religiosos, sin tomar tiempo para colocar en el templo de Marte los escudos sagrados (1), que habían paseado solemnemente, negligencia que se consideró desde remota antigüedad como presagio funesto; más aún, entró en campaña el mismo día en que los sacerdotes de Cibeles comienzan sus cantos fúnebres (2). Arrostró, en fin, hasta los peores auspicios (3), porque la víctima sacrificada á Plutón sólo ofreció signos favorables, cuando en aquel sacrificio, para ser felices los signos, debían ser contrarios. El desbordamiento del Tiber retrasó su marcha desde el primer día, y á veinte millas

(1) Un escudo redondo, llamado *ancile*, caído del cielo bajo el reinado de Numa, era considerado como el escudo de Marte. Los Romanos le tenían por símbolo de la perpétuidad del imperio, y para impedir que lo arrebatasen, hicieron otros doce enteramente iguales. Los sacerdotes de este dios (*Salii*) los llevaban en procesión por la ciudad durante cuatro días en el mes de marzo. Era cometer grave falta emprender algo importante en estos cuatro días. La palabra *movere* era sacramental, lo mismo que la de *condere*. Necesitábanse grandes ceremonias religiosas para mover un objeto sagrado, y otras para restablecerlo en su lugar.

(2) Llamábase este día, día de la sangre, porque en las fiestas de Cibeles los sacerdotes de esta diosa (*Galli*) se hacían cortaduras con piedras afiladas en memoria y ejemplo del joven *Atys*.

(3) Tácito enumera multitud de prodigios ocurridos en aquella época: animales que hablaron, estatuas que se movieron, mulas que parieron, etc.

de Roma encontró interceptado el camino por las ruinas de muchos edificios.

IX. Con igual temeridad, en vez de llevar despacio la guerra, como todos juzgaban necesario, y de destruir por grados á sus enemigos, que luchaban con la escasez y estaban comprometidos en posición desventajosa, resolvió venir inmediatamente á las manos, bien porque no pudiese soportar más larga incertidumbre y que esperase obtener grandes ventajas antes de la llegada de Vitelio, bien que le fuese imposible contener el ardor de sus tropas, que pedían á gritos el combate. No se encontró presente, sin embargo, en ninguna acción, y estaba en Brixellum mientras sus legados batían al enemigo en tres encuentros sin importancia, cerca de los Alpes, en los alrededores de Placencia y en el sitio llamado Cástor. Pero en Betriacum, donde se trabó el último combate y el más decisivo, fué vencido por la astucia. Habíanle propuesto una entrevista, y los ejércitos habían salido de sus campamentos como para presenciar las negociaciones. El enemigo cargó de improviso, y hubo que combatir en el momento mismo en que acababan de cambiar los saludos militares. Vencido Othón, decidió morir, únicamente, como muchos han pensado con razón, para no exponer más tiempo las legiones y el Imperio por interés de su grandeza. En efecto, no tenía motivos para desesperar de su causa ni para sospechar de la fidelidad de sus tropas. Todas las que había mantenido en reserva para el caso de nuevo ataque, estaban entonces á su lado; llegaban otras de Dalmacia, de la Pannonia y de la Misia, y hasta las mismas que habían sido vencidas no estaban tan desalentadas que no se mostrasen dispuestas á arrostrar solas todos los peligros para vengarse de la derrota.

X. Mi padre, Suetonio Lenis, intervino en esta guerra en calidad de tribuno al angusticlavio en la décimatercia legión. Muchas veces le he oído decir que Othón, cuando

no era más que simple particular, tenía ya aversión á la guerra civil; que habiendo un día hablado uno en la mesa del fin de Bruto y Cassio, mostró profundo horror; que jamás se hubiese declarado contra Galba, á no esperar que todo terminaría sin combate: y, en fin, que lo que le inspiró de pronto disgusto de la vida, fué la muerte de un soldado que, habiendo venido á anunciar la derrota del ejército, y no encontrando más que incrédulos que le acusaban, unos de embustero y otros de cobarde, desertor del campo de batalla, se traspasó con su espada cayendo á los pies de Othón. El Príncipe, decía mi padre, exclamó al verle: «que no expondría en adelante la vida de tales defensores.» Exhortó, pues, á su hermano, á su sobrino y á cada uno de sus amigos en particular á atender á su seguridad, les estrechó en sus brazos, y habiéndoles dado el último beso les despidió. En cuanto quedó solo, escribió dos cartas, una á su hermana, para consolarla; otra á Mesalina, la viuda de Nerón, con la que se proponía casarse, para recomendarle su memoria y el cuidado de sus funerales. En seguida quemó todas sus cartas, para que no pudiesen perjudicar á nadie ante el vencedor, y distribuyó á sus criados cuanto dinero tenía.

XI. Preparábase así á la muerte, único objeto de sus cuidados, cuando oyó algún tumulto y observó que detenían como desertores á los que, queriendo abandonarle, se alejaban del campamento. «Añadamos otra noche más á mi vida,» dijo entonces (estas son sus mismas palabras), y prohibió que se hiciese la menor violencia á nadie. Su habitación permaneció abierta hasta la noche y recibió á cuantos quisieron hablarle. Después, teniendo sed, bebió agua fresca, cogió dos puñales, cuyas puntas examinó, ocultó uno debajo de la almohada, mandó cerrar las puertas y durmió profundamente. No despertó hasta el amanecer, y se hirió de un solo golpe debajo de la tetilla izquierda. A sus primeros gemidos acudieron, pero á poco espiró,

ocultando y descubriendo alternativamente la herida. En el acto celebraron sus funerales (1), porque así lo había ordenado. Encontrábase en los treinta y ocho años de edad y en el día noventa y cinco de su reinado.

XII. La estatura y exterior de Othón no respondían á tanto valor. Dícese que era pequeño, que tenía los pies contrahechos y torcidas las piernas. Era cuidadoso de su traje, casi tanto como una mujer; hacíase depilar todo el cuerpo, y llevaba en la cabeza, casi calva, cabellos postizos, fijados y arreglados con tanto arte que nadie lo conocía. Afeitábase diariamente con sumo cuidado y se frotaba con pan mojado; costumbre que había adquirido desde la edad de la pubertad, con objeto de no tener nunca barba. Viósele muchas veces celebrar públicamente, con toga de hilo y ornamentos sacerdotales, las ceremonias del culto de Isis. Sin duda por estas razones sorprendió más su muerte, que tan poco se parecía á su vida. Vióse á muchos de sus soldados que presenciaron sus últimos momentos besarle los pies y las manos, derramando copiosas lágrimas, llamándole «el más grande de los hombres y modelo de emperadores,» y matarse al lado de su pira. Otros de los que no le vieron, agobiados por el dolor de la noticia, se batieron entre sí con sus propias armas hasta morir. En fin, este príncipe, que durante su vida había sido profundamente odiado por casi todos, fué colmado de elogios después de su muerte, llegándose á decir comúnmente «que si había hecho perecer á Galba, menos fué por reinar en su lugar, que por restablecer la república y la libertad.»

(1) Plutarco dice haber visto en Brixellum un monumento modesto con esta inscripción: *A la memoria de Marco Othón.*

A. VITELIO.

I. Muchas y muy diversas tradiciones existen acerca del origen de Vitelio; pretendiendo unas que fué antiguo y noble; otras reciente, oscuro y hasta abyecto. Osaría atribuir esta diversidad de opiniones á la adulación ó á enemistad, si no remontase á época muy anterior al reinado de Vitelio. Existe una obra de Q. Vitelio, cuestor del divino Augusto, en la que se dice que los Vitelios proceden de Fauno, rey de los Aborígenas, y de Vitelia, que en muchos puntos fué adorada como divinidad; que reinaron en todo el Lacio; que su posteridad pasó del país de los Sabinos á Roma, quedando en ésta agregada á los patricios; que por mucho tiempo subsistieron rastros de su existencia, tales como la vía Vitelia, desde el Janículo al mar, y una colonia del mismo nombre, cuya defensa emprendió en otro tiempo esta sola familia (1) contra los Equículos (2); que en fin, en la época de la guerra con los Samnitas, muchos Vitelios, mandados en guarnición á la Apulia, se establecieron en Nuceria, y que sus descendientes, regresando á

(1) Deben comprenderse en esta tropa, formada por los miembros de la familia de los Viteliōs, los libertos y clientes.

(2) Los equículos ó equícolos, llamados también *Equi*, *Equani*, *Equiculani*, eran una raza salvaje de montañeses, establecidos en las dos riberas del Anio, entre los Marsos, Peliños y Sabelios.

Roma mucho después, recobraron su puesto en el orden de los seradores.

II. Por otra parte, indican algunos autores á un liberto como tronco de esta raza. Cassio Severo y otros muchos dicen que este liberto fué zapatero, cuyo hijo, después de haber ganado algún dinero en ventas y tráficos (1), casó con una mujer de mala vida, hija de un panadero llamado Anfoco, con la que tuvo un hijo que llegó á ser caballero romano. No discutiré estas contradicciones. Lo cierto es que P. Vitelio, ya procediese de antigua estirpe ó de familia despreciable, fué caballero romano y administrador de los bienes de Augusto. Dejó cuatro hijos, que llegaron á las dignidades más elevadas, y que llevando el mismo apellido, solamente se distinguieron por el nombre; Aulo, Quinto, Publio y Lucio. AULO murió siendo cónsul con Domicio, padre del emperador Nerón: era muy pródigo y se hizo famoso por la esplendidez de sus comidas. QUINTO, fué eliminado del Senado (2), cuando, por la propuesta de Tiberio, se excluyó á todos los que no debían pertenecer á este orden. PUBLIO, compañero de armas de Germánico, acusó é hizo condenar á Cn. Pisón, enemigo y asesino de aquel joven príncipe. Después de su pretura, le prendieron como cómplice de Seyano, y confiado á la custodia de su hermano, se abrió las venas con un buril; pero cediendo á los ruegos de su familia, mucho más que al temor á la muerte, se dejó vendar y curar las heridas,

(1) (*Sectionibus et cognituris*). *Sectio* significa la adquisición de todo el botín de una ciudad, ó todos los bienes de un proscrito ó condenado; *sector* era el nombre de los que compraban estos bienes, realizando utilidades sobre las ventas parciales. El sentido de la palabra *cognitura* es mucho más vago.

(2) Tácito dice que Vibidio Varrón, Mario Nepos, Appio Appiano, Cornelio Sila y G. Vitelio fueron excluidos del Senado por Tiberio, ú obligados á dimitir, porque sus prodigalidades y desórdenes les habían arruinado.

muriendo de enfermedad en la prisión. Lucio, después de su consulado, gobernó la Siria, y á fuerza de destreza, decidió á Artabano, rey de los Parthos, á venir á verle y hasta rendir homenaje á las águilas romanas. Después fué dos veces cónsul ordinario y más adelante censor con el emperador Claudio, llegando hasta á quedar encargado del Imperio en su ausencia, durante la expedición á Bretaña. Era hombre desinteresado, activo, pero completamente deshonorado por su pasión hacia una liberta, cuya saliva bebía mezclada con miel, como remedio para los achaques de garganta; y no hacía esto en secreto ó rara vez, sino todos los días y delante de todo el mundo. Tenía, por otra parte, maravilloso talento para la adulación; y él fué el primero que imaginó adorar á Calígula como dios. A su regreso de Siria, no se atrevió á acercarse á él sino cubriéndose la cabeza; y después de girar varias veces sobre sí mismo, se arrodilló á sus pies. Viendo gobernado á Claudio por sus mujeres y libertos, y no desdeñando ningún artificio para asegurarse su favor, pidió un día á Mesalina, como gracia insigne, permiso para descalzarla; quitándola la sandalia derecha, que constantemente llevó entre la toga y la túnica, besándola de tiempo en tiempo. Entre sus dioses domésticos estaban colocadas las estatuas de Narciso y de Palas; y cuando Claudio celebró los juegos seculares, le dijo: «Que los celebres muchas veces.»

III. Un ataque de parálisis le mató en dos días. Dejó dos hijos nacidos de Sextilia, mujer severamente virtuosa y de distinguido nacimiento, y á los dos les vió cónsules en el mismo año, habiendo sucedido por seis meses el menor al mayor. El Senado le decretó funerales públicos, y le hizo levantar delante de los Rostros una estatua con esta inscripción: Á LA FIDELIDAD INQUEBRANTABLE HACIA EL PRÍNCIPE. Su hijo, Aulo Vitelio, que fué EMPERADOR, nació el 8 de las kalendas de octubre (24 de setiembre), ó según otros el 7 de los idus de setiembre (7 del mismo mes),

bajo el consulado de Druso César y de Norbano Flaco. El horóscopo que de su nacimiento obtuvieron los astrólogos de tal suerte asustó á su familia, que su padre hizo durante su vida increíbles esfuerzos para sustraerle á los honores; y su madre, al verle al frente de un ejército y al saber que había sido saludado emperador, comenzó á llorar, como si ya estuviese perdido. Pasó la infancia y el principio de la juventud en Capri entre las prostitutas de Tiberio, y fué marcado con el afrentoso nombre de *Spintria*; llegándose á atribuir á sus asquerosas complacencias con el príncipe el favor que gozaba su padre.

IV. En la edad siguiente continuó manchándose con toda clase de infamias, y obtuvo el primer rango en la corte, en la que llegó á ser favorito de Calígula, guiando, como él, carros en el Circo, y de Claudio, jugando con él á los dados. Pero agradó mucho más á Nerón por las mismas complacencias, y especialmente por un mérito singular; porque, estando presidiendo los Juegos Neronianos, y viendo que el Emperador, con grandes deseos de luchar con los tocadores de lira, no se atrevía á hacerlo, á pesar de las instancias de la multitud, y hasta salió del teatro, le llamó como encargado de expresarle el obstinado deseo del pueblo, y le proporcionó de esta manera el placer de rendirse.

V. El favor de estos tres príncipes le elevó á la cumbre de los honores, y hasta á las primeras dignidades del sacerdocio. Obtuvo el proconsulado de África, y después la intendencia de los trabajos públicos. Su conducta, en estos dos cargos, fué muy diferente, como la reputación que se formó en ellos. En su gobierno, que duró dos años consecutivos, dió pruebas de raro desinterés, y sirvió como legado bajo el mando de su hermano, que le sucedió. Pero durante su administración en Roma, sustrajo, según se dice, las ofrendas y ornamentos de los templos, colocando cobre y estaño en el puesto del oro y la plata.

VI. Casó con Petronia, hija de un varón consular, y

tuvo un hijo, Petroniano, á quien faltaba un ojo. Habiéndole instituído heredero su madre, á condición de que no permanecería bajo la autoridad paterna, le emancipó Vitelio; y poco después le hizo perecer acusándole de parricidio, pretendiendo que, agobiado por los remordimientos de su conciencia, había bebido el veneno preparado para el crimen. En seguida casó con Galeria Fundana, cuyo padre había sido pretor. De ésta tuvo un hijo y una hija, pero el varón balbuceaba al punto de ser casi mudo.

VII. Galba le dió el mando de la Germania inferior, contra la opinión general. Créese que debió este empleo á la influencia de T. Vinio, omnipotente entonces, y cuyo favor se había granjeado mucho antes, á causa de su común predilección por el bando de los azules (1). Por lo que entonces dijo Galba, sobre que no hay gentes menos peligrosas que las que solamente piensan en comer, y que Vitelio necesitaba las riquezas de una provincia para satisfacer su inmensa glotonería, vese evidentemente que en la elección de este Príncipe hubo más desprecio que consideración. Cosa conocida es que ni siquiera tenía el dinero necesario para el viaje. Sus negocios estaban tan mal parados, que su esposa é hijos, que quedaron en Roma, se ocultaron en una casucha con objeto de alquilar su casa por el resto del año, y que para los gastos del camino empuñó una perla de los zarcillos de su madre. Por todas partes le seguía un grupo de acreedores que querían detenerle, entre otros, los enviados de Sinuesa y de Formio, cuyos impuestos había guardado en provecho propio, y solamente cesaron de perseguirle ante el temor de verse acusados de calumniadores, como ya hizo con un liberto que reclamaba una deuda con más obstinación que los

(1) Xifilino nos dice que se burlaron mucho de Vitelio, que vestido de azul como los de este bando, limpiaba los caballos en el Circo.

demás. Vitelio le procesó por ultraje, so pretexto de haber recibido un puntapié, y no cedió hasta después de obtener de él cincuenta sextercios de oro. El ejército que iba á mandar, mal dispuesto hacia el Príncipe, y pronto á emprenderlo todo, le recibió con muestras de regocijo y como presente de los dioses, considerándole con gusto hijo de un hombre que había sido cónsul tres veces, jefe joven, complaciente y disipador. Acababa de dar nuevas pruebas de su conocido carácter, besando en el camino á cuantos había encontrado, hasta á los simples soldados; bromeando en todos los descansos y en todas las posadas con los viajeros y muleteros; preguntando á cada uno, desde el amanecer, si había almorzado ya, y eruetando delante de ellos para demostrar que él ya lo había hecho.

VIII. En cuanto entró en el campamento nada negó á nadie, y por autoridad propia perdonó la ignominia á los soldados degradados; á los acusados, la vergüenza del traje, y á los condenados el suplicio. Por esta razón, á penas había trascurrido un mes cuando los soldados, sin tener para nada en cuenta el día y el momento, le sacaron una noche de su cámara de dormir, y en el sencillo traje en que se encontraba le saludaron emperador. En seguida le llevaron por los barrios más populosos, empuñando la espada de Julio César, que habían arrebatado del templo de Marte y que un soldado le presentó durante las primeras aclamaciones. Cuando regresó al pretorio, el comedor estaba ardiendo, habiéndose incendiado la chimenea, presagio que consternó á todos: «Valor, dijo entonces; la luz brilla para nosotros.» Esta fué toda la arenga que dirigió á los soldados. Habiéndose declarado en seguida por Vitelio las legiones de la Germania superior, que ya habían abandonado á Galba por el Senado, tomó en seguida el sobrenombre de *Germánico*, que por unánime aclamación se le confirió; pero no aceptó al mismo tiempo el de *Augusto*, y rehusó para siempre el de *César*.

IX. En cuanto se enteró de la muerte de Galba puso orden en los asuntos de Germania y dividió sus huestes en dos cuerpos, uno que se adelantó marchando contra Othón y otro cuyo mandó se reservó. El primero partió bajo felices auspicios: presentándose de pronto un águila por la derecha, giró en derredor de las enseñas y precedió á la legión por el camino que debía seguir. Pero cuando Vitelio puso en movimiento su ejército, las estatuas ecuestres que le habían levantado en muchos puntos cayeron al mismo tiempo y se les rompieron las piernas; la corona de laurel que se había colocado en la cabeza con todas las ceremonias de la religión cayó en un río; en fin, en Viena, estando administrando justicia sentado en su tribunal, se le posó un gallo en el hombro y en seguida sobre la cabeza. Los sucesos confirmaron estos presagios, porque sus legados le dieron el Imperio y él no pudo conservarlo.

X. Aun se encontraba en la Galia cuando supo la victoria de Betriacum y la muerte de Othón. En seguida licenció, por un edicto, las cohortes pretorianas, como autoras de funesto ejemplo, y se las mandó entregar las armas á los tribunos. Hizo buscar y castigar con la muerte á ciento veinte soldados, de los que había encontrado memoriales pidiendo á Othón recompensas por la parte que tomaron en el asesinato de Galba. Esta acción era hermosa, magnánima y anunciaba un gran príncipe, pero la continuación más respondió á las costumbres de su vida pasada que á la majestad del Imperio. Durante todo el camino atravesó las ciudades en un carro de triunfo y los ríos en las barcas más elegantes, cuidadosamente adornadas con flores y coronas y cargadas con el aparato de espléndidos festines. Ni rastro de disciplina en su servidumbre, ni tampoco entre los soldados; las violencias y robos que cometían eran para él asunto de risa. No contento con los festines que les ofrecían todas las ciudades, ponían en libertad á los que querían, y el que se oponía á sus caprichos recibía en el

acto latigazos, heridas y hasta la muerte. Llegado á la llanura donde se libró la batalla, y viendo á algunos de los suyos retroceder con horror ante los cadáveres en putrefacción, dijo un chiste execrable: «El enemigo muerto siempre huele bien, y mejor aún si es ciudadano.» Sin embargo, para preservarse del hedor comenzó á beber copiosamente vino puro al frente de las tropas, y en seguida hizo distribuir del mismo á todos. Al ver la sencilla piedra en que habían escrito: *A la memoria de Othon*, exclamó, henchido de arrogancia y vanidad: «¡Mausoleo digno de él!» Mandó á la colonia Agripina, para consagrarlo á Marte, el puñal con que se mató Othón, y en memoria de este acontecimiento celebró un sacrificio nocturno sobre las cumbres del Apenino.

XI. Al fin entró en Roma al sonido de las trompetas, con el manto de general, la espada al costado y en medio de las águilas y estandartes. Los de su comitiva llevaban el traje de guerra, y los soldados las armas en la mano. Constantemente mostró profundo desprecio á las leyes divinas y humanas; tomó posesión del pontificado máximo el día del aniversario de la batalla de Alia, dió las magistraturas por diez años y se estableció cónsul perpetuo. Con objeto de que se supiese bien qué modelo había elegido para el gobierno, envió al campo de Marte á todos los pontífices del Estado é hizo ofrendas fúnebres á los manes de Nerón. En medio de una comida solemne dijo en alta voz á un músico, cuya voz le había agradado, que cantase también algunos pasajes de los poemas del maestro, y apenas hubo comenzado el canto llamado Neroniano cuando Vitelio aplaudió con entusiasmo.

XII. Tales fueron los principios de este Emperador, que no tuvo en adelante más regla que los consejos y caprichos de los histriones más viles, aurigas y, sobre todo, del liberto Asiático. Este liberto había estado en su juventud unido á Vitelio por comercio de mutua prostitución, pero

muy pronto huyó disgustado. Habiéndole encontrado su amo en Puzzola, donde vendía vino malo, le mandó prender, le puso en libertad al momento y le hizo servir otra vez á sus placeres. Pero cansado de su carácter áspero y regañón, le vendió á un jefe de gladiadores ambulantes. Arrebatóle de nuevo cuando iba á presentarse en la arena, al final de un espectáculo, y nombrado más adelante para el gobierno de una provincia, le manumitió. El primer día de su reinado le dió el anillo de oro en la mesa, aunque aquella misma mañana había contestado con tono severo á todos los que le pedían este favor para Asiático, que no quería manchar de aquel modo el orden ecuestre.

XIII. Sus principales vicios eran la glotonería (1) y la crueldad. Ordinariamente comía tres veces al día y con frecuencia cuatro, calificándolas de almuerzo, comida, cena y colación. Podía hacer todas estas comidas por su costumbre de vomitar. Invitábase para el mismo día en casa de muchas personas, y ningún festín de éstos costó menos de cuatrocientos mil sextercios. El más famoso fué la cena que le dió su hermano el día de su entrada en Roma. Dícese que sirvieron en ella dos mil peces de los más exquisitos y siete mil aves. Éste puso colmo á sus profusiones con la inauguración de un plato de enormes dimensiones, al que llamaba fastuosamente *escudo de Minerva protectora*. Habían mezclado en él hígados de escaro, sesos de faisanes, lenguas de flamencos y hueva de lampreas. Barcas y triremes habían ido á buscar todo esto desde el país de los Parthos hasta el mar de España. Su voracidad no era solamente inmensa, sino que también sucia y desordenada. No podía contenerse ni durante los sacrificios ni en los viajes.

(1) Todos los autores están contestes en censurar la glotonería de Vitelio. Eutropio dice que comía cuatro ó cinco veces por día copiosamente. Tácito, que en pocos meses gastó en comer novecientos millones de sextercios (más de ciento setenta y cuatro millones de pesetas).

Comía sobre los mismos altares carnes y pastelillos, que hacía cocer en ellos, y por los caminos tomaba en las tabernas platos humeando aún, ó que, servidos el día anterior, estaban medio devorados.

XIV. Dispuesto siempre á ordenar asesinatos y suplicios, sin distinción de personas y por cualquier pretexto, hizo perecer de diferentes maneras á nobles romanos, en otro tiempo condiscípulos suyos y compañeros, atraídos á su lado por toda clase de agasajos, y que estaban como asociados á él en el ejercicio del poder. Llegó hasta á envenenar á uno de ellos por su propia mano, en un vaso de agua fresca que le pidió en un acceso de fiebre. No perdonó á casi ninguno de los usureros, acreedores y receptores que en otro tiempo le habían exigido en Roma las cantidades que les debía, ó que en sus viajes le habían hecho pagar la tasa. Hasta mandó al suplicio á uno de ellos que se presentó á saludarle; pero en el acto le hizo volver, y todos celebraban ya su clemencia cuando mandó matarle á presencia suya, «queriendo, según decía, dar pasto á sus ojos» (1). Mandó ejecutar con otro á dos hijos suyos que habían acudido á pedir el perdón de su padre. Habiéndole gritado un caballero romano que llevaban á la muerte: «Tú eres mi heredero,» quiso ver el testamento, y leyendo que un liberto de aquel caballero debía compartir con él la herencia, mandó degollar al liberto y al caballero. Hizo perecer á algunos hombres del pueblo por el crimen de haber hablado públicamente contra el bando de los azules, audacia que envolvía, en opinión suya, desprecio á su persona y esperanza de cambio de reinado. Odiaba especialmente á los bufones y astrólogos, á quienes con-

(1) Tácito le atribuye las mismas palabras en otras circunstancias. «Temiendo perderse, dice, dilatando la muerte de Bleso, ó hacerse odioso ordenándola públicamente, eligió el veneno... y se vanaglorió de haber dado pasto á sus ojos (son sus mismas palabras) con el espectáculo de un enemigo muerto.»

denaba á muerte sin oírles por denuncia de cualquiera. Su furor contra ellos llegó al colmo cuando, después del edicto en que mandaba á los astrólogos salir de Roma y de Italia antes de las kalendas de octubre, publicaron en seguida esta parodia: «Salud á todos. Por orden de los Caldeos, se prohíbe á Vitelio Germánico estar en ninguna parte del mundo para las kalendas del mismo mes.» Sospechóse de él también que había hecho morir de hambre á su madre enferma, porque una mujer del país de Catta, á la que creía como á un oráculo (1), le había anunciado largo y tranquilo reinado si sobrevivía á su madre. Según otros testimonios, disgustada ésta del presente, y asustada por el porvenir, le pidió veneno, que él la dió sin dificultad.

XV. En el octavo mes de su reinado, se volvieron contra él los ejércitos de Misia y de Pannonia, como también los de Judea y de la Siria, al otro lado de los mares, y prestaron juramento á Vespasiano, presente ó ausente. Para asegurarse Vitelio de la adhesión del resto de las tropas y del favor público, prodigó sin medida dinero y honores en nombre del Estado y en el suyo propio. Hizo levas en Roma, prometiendo á los voluntarios no solamente la licencia después de la victoria, si que también las recompensas de los vèteranos y las ventajas del servicio regular. Estrechándole sus enemigos por mar y tierra, opúsoles, por un lado, su hermano con una flota, milicias nuevas y un ejército de gladiadores; por otro, los generales y legiones que habían vencido en Betriacum. Pero vendido ó derrotado en todas partes, trató con Flavio Sabino, hermano de Vespasiano, no reservándose más que la vida con cien millones de sextercios; y desde las gradas del palacio, declaró en el acto á los soldados reunidos «que renunciaba el Imperio, del que se había en-

(1) Los Germanos reconocían en las mujeres la facultad de predecir.

cargado contra su voluntad.» Alzándose por todos lados reclamaciones contra esta determinación, consintió en aplazarla, dejó pasar una noche, y al amanecer se dirigió, en traje de luto, á la tribuna de las arengas, donde hizo, llorando, la misma declaración, pero esta vez con un escrito en la mano. El pueblo y los soldados le interpelaron de nuevo, y exhortándole á no dejarse dominar por el abatimiento, y prometiéndole unos y otros á porfía ayudarle con todas sus fuerzas, recobró valor, atacó repentinamente á Sabino y á los demás partidarios de Vespasiano, que estaban confiados, les rechazó hasta el Capitolio, donde les hizo perecer incendiando el templo de Júpiter Optimo Máximo (1), y contempló, sentado á la mesa en la casa de Tiberio, el combate y el incendio. No tardó en arrepentirse de esta conducta, cuya odiosidad imputó á otros; y habiendo convocado al pueblo, hizo jurar á todos y juró el primero «no considerar nada tan sagrado como la tranquilidad pública.» Desprendiendo entonces la espada que pendía de su costado, la presentó primero al cónsul, y en seguida, por negativa de éste, á los demás magistrados, y en fin á cada senador; pero no queriendo ninguno aceptarla, iba á depositarla en el templo de la Concordia, cuando le gritaron muchos «que él mismo era la Concordia.» Entonces volvió sobre sus pasos, y declaró que conservaba la espada y aceptaba el sobrenombre de Concordia.

XVI. Invitó á los senadores á que enviasen legados con las Vestales, á pedir la paz, ó al menos el tiempo necesario para deliberar. A la mañana siguiente, cuando esperaba la contestación, un explorador anunció la aproximación del enemigo. En el acto se ocultó en una silla gestatoria,

(1) Ignórase, dice Tácito, si fueron los sitiadores quienes pusieron fuego á las casas, ó si, como generalmente se supone, fueron los mismos sitiados quienes imaginaron este medio para contener los progresos del enemigo... El Capitolio quedó completamente destruído.

y sin más acompañamiento que su panadero y su cocinero, se dirigió secretamente hacia el Aventino, á casa de sus padres, con objeto de huir desde allí á la Campania. Pero habiendo corrido en seguida el rumor, vago é incierto, de que se había obtenido la paz, se dejó llevar de nuevo á Palacio. Viendo allí que todo estaba desierto y que hasta los que le acompañaban desaparecían, ciñóse un cinturón lleno de monedas de oro, se refugió en la garita del portero, ató el perro delante de la puerta, y la atrancó con una cama y un colchón.

XVII. Ya entraban los exploradores del ejército enemigo, y algunos, no encontrando á nadie, según costumbre, lo registraron todo. Sacáronle de su escondrijo, y como no le conocían, le preguntaron: «quién era y dónde estaba Vitelio,» á lo que contestó con una mentira; pero viéndose reconocido, no dejó de suplicar que le dejaran la vida, aunque fuese en una prisión, porque tenía que revelar secretos que importaban á la existencia de Vespasiano. Sin embargo, lleváronle casi desnudo al Foro, con las manos atadas á la espalda, la cuerda al cuello, y las ropas desgarradas, prodigándole con el gesto y la voz crueles ultrajes por toda la vía Sacra, tirándole unos de los cabellos hacia la espalda para levantarle la cabeza, como se hace con los criminales; otros, empujándole la barba con la punta de la espada para obligarle á mostrar la cara; éstos arrojábanle lodo y excrementos; aquéllos le llamaban *borracho é incendiario*; parte del pueblo le criticaba hasta sus defectos corporales, porque era extraordinariamente alto y tenía el rostro encendido y manchado por el abuso del vino, el vientre abultado y una pierna más delgada que la otra, á consecuencia de una herida que se infirió en otro tiempo en una carrera de carros, en la que servía de auriga á Calígula. En fin, cerca de las Gemonias le desgarraron á pinchazos con las espadas y lo arrastraron con un gancho hasta el Tíber.

XVIII. Pereció con su hermano y su hijo (1) á los cincuenta y siete años de edad. El prodigio que hemos dicho le ocurrió en Viena, se interpretó en el sentido de que algún día caería en poder de un Galo, y el suceso justificó la predicción, porque le venció Antonio Primo, uno de los generales del ejército enemigo, que había nacido en Tolosa, y llevado en la infancia el epíteto de *Becco*, palabra que significa pico de gallo.

(1) Muciano ordenó la muerte del hijo de Vitelio, alegando que serían eternas las discusiones si no se extirpaban los gérmenes de la guerra.

TITO FLAVIO VESPASIANO.

1. El poder imperial, que se encontraba como extraviado en manos de tres príncipes cuyas rebeliones y violenta muerte lo habían quebrantado durante largo tiempo, se fijó al fin y robusteció en las de la estirpe Flavia; familia oscura en verdad y sin ninguna distinción, pero no por esto menos querida de los Romanos, aunque produjo á Domiciano, cuya avaricia y crueldad fueron justamente castigadas. Un individuo llamado Tito Flavio Petrón, del municipio de Reata, sirvió bajo Pompeyo como centurión ó soldado distinguido, durante la guerra civil. En la batalla de Farsalia huyó y se retiró á su patria, donde, después de obtener perdón y la licencia, fué inspector de subastas. Su hijo, denominado Sabino, no sirvió en el ejército, á pesar de que algunos autores dicen que fué centurión primipilario, y otros que, estando todavía en posesión de este grado, se le dispensó del servicio militar por su falta de salud. Este fué receptor del cuadragésimo en Asia, y por largo tiempo existieron las estatuas que muchas ciudades de aquella provincia le erigieron con esta inscripción: **ΚΑΑΩΒ ΤΕΛΩΝΗΣΑΝΤΙ** (al receptor íntegro). Después tuvo banca en Helvecia, y murió dejando dos hijos de su mujer Vespasia Pola; el mayor, llamado Sabino, llegó á ser prefecto en

Roma, y el segundo, Vespasiano, emperador. Pola descendía de honrada familia de Nursia; su padre, Vespasiano Polión, había sido tres veces tribuno militar y prefecto de los campamentos, y tenía un hermano senador que había regentado la pretura. Todavía existe hoy en la cumbre de una montaña, en la milla sexta, en el camino de Nursia á Egipto, un paraje que lleva el nombre de Vespasia, y donde se ven muchos monumentos de los Vespasios que atestiguan la distinción y antigüedad de esta familia. Verdad es que se ha pretendido que el padre de Petró, nacido al otro lado del Po, era jefe de esos obreros que pasan todos los años de la Umbría al país de los Sabinos para cultivar las tierras, que se estableció en la ciudad de Reata y allí se casó. Mas á pesar de investigaciones muy minuciosas no he podido encontrar vestigio de este hecho.

II. Vespasiano nació en el país de los Sabinos, al otro lado de Reata, en una aldea llamada Falaerina, el 15 de las kalendas de diciembre (17 de noviembre), á la caída de la tarde, bajo el consulado de Q. Sulpicio Camerino y de C. Popeo Sabino, cinco años antes de la muerte de Augusto. Educóse en casa de su abuela paterna Tertula, en sus posesiones de Cosa, por cuya razón, aun siendo emperador, visitó con frecuencia aquellos parajes donde pasó la infancia, y dejó la casa tal como estaba, no queriendo cambiar nada á los objetos que sus ojos tenían costumbre de ver allí. Tan querida le era la memoria de aquella abuela, que continuó toda su vida, hasta en los días solemnes, bebiendo en una copita de plata que le había pertenecido. Revestido de la toga viril, Vespasiano experimentó por mucho tiempo aversión á la lacticlavia, aunque su hermano la había recibido ya. Su madre únicamente pudo compelerle á solicitar esta distinción; victoria tardía, que no debió tanto á sus ruegos ó á su autoridad como á las burlas y humillantes reconvenciones que no cesaba de dirigirle llamándole batidor de su hermano. Sirvió en Tracia como tribuno mili-

tar. Siendo cuestor recibió por suerte la provincia de Creta y de Cirena. Candidato para la edilidad y después para la pretura, solamente con gran trabajo obtuvo la primera, después de muchos fracasos y en sexto lugar, mientras que llegó desde luego á la segunda, y de los primeros. Durante su pretura procuró por todos los medios agradar á Calígula, que estaba entonces irritado contra el Senado; solicitó juegos extraordinarios para celebrar la victoria de este Emperador sobre los Germanos; propuso añadir al suplicio de los ciudadanos condenados por conjuración la ignominia de que se les privase de sepultura, y le dió gracias en pleno Senado por el honor que le había dispensado convidándole á cenar.

III. Por este tiempo casó con Flavia Domitila, en otro tiempo amante de Stantilio Capela, caballero romano, de la ciudad de Sabrata, en Africa. No tenía ésta los derechos de ciudadanía latina, pero una sentencia de reintegración la devolvió muy pronto, con la libertad completa, el derecho de ciudadanía romana por reclamación de su padre Flavio Liberal, de Ferenta, que no era más que escribiente de un cuestor. Tuvo tres hijos, Tito, Domiciano y Domitila. Sobrevivió á su esposa y á su hija, que perdió antes de llegar al Imperio. Después de la muerte de su esposa recibió otra vez en su casa á su antigua amante Cenis, liberta de Antonia, á la que servía de secretaria; y hasta cuando fué emperador conservó, en cierto modo, á su lado el rango de esposa legítima.

IV. Bajo el reinado de Claudio, por el favor de Narciso le enviaron á Germania, como legado de legión. En seguida pasó á Bretaña, donde combatió treinta veces con el enemigo (1). Redujo á la obediencia dos pueblos muy belico-

(1) Eutropio cuenta en esta expedición, que tuvo lugar en 796, treinta y dos combates á los que asistió Vespasiano. Tácito la considera como el origen de la grandeza de Vespasiano: *monstratus factis Vespasianus*.

sos, se apoderó de más de veinte ciudades y sometió la isla de Vecta, cercana á la Bretaña, estando unas veces bajo el mando de Aulo Plaucio, legado consular, y otras bajo el del mismo Claudio. Por estas hazañas recibió en poco tiempo los ornamentos triunfales, doble sacerdocio y además fué creado cónsul por los dos últimos meses del año. Desde esta época hasta su proconsulado vivió retirado y tranquilo, temiendo á Agripina, que conservaba todavía mucho dominio sobre su hijo, y que, hasta después de la muerte de Narciso, perseguía á los que habían sido amigos suyos. Habiéndole asignado la suerte el gobierno de África, administró esta provincia con mucha integridad (1), granjeándose el respeto de los pueblos, lo cual no impidió que en una sedición en Adrumeta le arrojasen nabos. No regresó más rico que marchó, y hasta se vió obligado, poco tiempo después, agotado ya su crédito, á hipotecar todas sus tierras á su hermano (2), y para mantener su rango descender al oficio de chalán, por lo que le llamaron muletero. Dícese que se le probó además haber estafado á un joven doscientos mil sextercios por hacerle obtener la lacticlavia contra la voluntad de su padre, exacción que le valió severa censura. Acompañó á Nerón en su viaje á Acaya, y como muchas veces ocurrió que salió del teatro ó se durmió mientras cantaba el Emperador, cayó en profunda desgracia, y no solamente le excluyó de su trato íntimo, sino que le condenó á no presentarse jamás ante él. Retiróse, pues, á un pueblecillo casi ignorado, y en aquel retiro, en el momento en que más temía por su vida, fueron á ofre-

(1) Tácito dice todo lo contrario. «La integridad del proconsulado de Vitelio (en Africa) había dejado allí impresiones favorables; el de Vespasiano fué odioso y desacreditado.»

(2) Flavio Sabino era el mayor: en la época en que los dos eran simples particulares, superaba á Vespasiano en crédito y riquezas; y se ha dicho que, arruinado Vespasiano, no pudo obtener recursos de su hermano mas que hipotecándole sus tierras y su casa.

cerle el mando de un ejército. Antigua y arraigada creencia, extendida por todo el Oriente, era que el imperio del mundo pertenecería por aquel tiempo á un hombre salido de la Judea. Este oráculo, que se refería á un general romano, como lo demostraron los sucesos, se lo aplicaron á sí mismos los judíos; subleváronse, y después de matar á su gobernador, ahuyentaron al legado consular de Siria, que acudía á socorrerle, y le arrebataron un águila. Para reprimir este movimiento se necesitaba un ejército considerable y un general animoso y á quien pudiera, sin embargo, encargarse, sin desconfianza, empresa de tanta importancia. Nerón eligió entre todos á Vespasiano, que gozando de cualidades de las que podía esperarse todo, tenía origen y nombre de los que creía nada debía temerse. Reforzóse, pues, el ejército con dos legiones, ocho alas de caballería y diez cohortes, y Vespasiano partió, llevando consigo, entre sus legados, á su hijo mayor. Desde su llegada supo captarse la estimación de su provincia y también la de las provincias vecinas, restableciendo la disciplina militar, combatiendo por todas partes á la cabeza de sus tropas, y con tanto ardor que en el asedio de un fuertecillo fué herido en una rodilla de una pedrada y recibió muchas flechas en el escudo.

V. Después de Nerón y de Galba, disputándose el Imperio Othón y Vitelio, concibió la esperanza de alcanzarlo él mismo, esperanza fundada desde antiguo en los siguientes prodigios: en una finca de campo perteneciente á los Flavios, cerca de Roma, existía una encina vieja, consagrada á Marte, y que cada vez que Vespasia daba á luz allí, producía un retoño, indicio cierto de los destinos del niño que había nacido. El primero fué débil y se secó en seguida: así fué que la niña nacida no pasó del año; el segundo, robusto y largo, prometía grande prosperidad; el tercero era tan fuerte como un árbol. Sabino, padre de Vespasiano, fué, según dicen, bajo la fe de un arúspice, á

anunciar á su madre «que le había nacido un nieto que sería emperador;» de lo que rió mucho, «asombrada, contestó, de que su hijo chochease ya cuando ella conservaba su razón.» Más adelante, cuando Vespasiano fué edil, furioso C. César porque no había hecho barrer las calles, mandó arrojarle lodo, lo que ejecutaron los soldados, y como le cayó por dentro de la toga hasta el pecho, testigos del caso lo interpretaron diciendo que algún día, hollada la república, desgarrada por la guerra civil, se refugiaría bajo su protección y como en su seno. En otra ocasión, estando comiendo, trajo de la calle un perro vagabundo una mano humana, que dejó bajo la mesa. Una noche, cuando cenaba, habiendo roto el yugo un buey de labor, se precipitó en el comedor, ahuyentó á todos los esclavos, y dejándose de pronto caer, como por cansancio, á los pies de Vespasiano, bajó la cabeza delante de él. En el campo de su abuelo, un ciprés desarraigado, arrojado al suelo, sin que ocurriese esto por violencia de tempestad, se alzó á la mañana siguiente más verde y robusto. En Acaya soñó Vespasiano que comenzaría para él y los suyos una era de prosperidad el día en que extrajesen una muela á Nerón; y á la mañana siguiente, cuando entró en la cámara de este príncipe, el médico le mostró una muela que acababa de extraerle. Cuando cerca de la Judea consultaba el oráculo del dios del Carmelo (1), las suertes le contestaron que, por grande empresa que meditase, podía estar seguro del

(1) Entre la Siria y la Judea se encuentra el Carmelo, nombre común á una montaña y á un dios. Este dios no tiene templo ni estatua (así lo estableció antigua tradición): un sencillo altar atrae allí la veneración de los hombres. Vespasiano sacrificaba en él en la época en que acariciaba secretamente en su espíritu sus esperanzas de grandeza. El sacerdote, llamado Basílides, después de examinar varias veces las entrañas, dijo á Vespasiano: «Cualesquiera que sean tus designios, sea que pretendas construir [ó extender tus dominios, ó multiplicar tus esclavos, los dioses te prometen grande habitación, vasto territorio, muchos hombres.»

éxito. Josefo, uno de los prisioneros judfos más distinguidos, no cesó de asegurar, mientras le cargaban de cadenas, que muy pronto le libertaría el mismo Vespasiano, Vespasiano emperador. También le anunciaban de Roma presagios favorables: que Nerón, en sus últimos días, había sido advertido en sueños para que sacase del santuario la estatua de Júpiter Optimo Máximo, que la llevase á casa de Vespasiano y después al Circo; que poco tiempo después, cuando Galba reunía los comicios para su segundo consulado, la estatua de Julio César se había vuelto por sí misma hacia Oriente; en fin, que antes de la batalla de Betriacum, dos águilas habían peleado en presencia de los dos ejércitos, y que habiendo vencido una de ellas, llegó otra de la parte de Oriente que ahuyentó á la vencedora.

VI. Mas á pesar del ardor y de las instancias de sus parciales, necesitóse para decidirle que la casualidad hiciera que se declarasen en su favor tropas lejanas y que ni siquiera le conocían. Dos mil hombres sacados de las legiones del ejército de Misia y enviados en socorro de Othón, supieron en el camino la derrota y muerte de este príncipe. No dejaron por esto de avanzar hasta Aquilea, como si no hubiesen creído la noticia. Entregándose allí por holganza á toda clase de excesos y de rapiñas, y temiendo que al regreso se les obligase á dar cuenta de su conducta y se les castigase, tomaron el partido de elegir y crear un emperador; porque ¿eran ellos menos que las legiones de España que habían elegido á Galba? ¿que los los pretorianos que habían proclamado á Othón? ¿que el ejército de Germania que había coronado á Vitelio? Pasaron, pues, revista á los nombres de todos los legados consulares, á cualquier ejército que perteneciesen entonces, y ya los habían rechazado por una razón ó por otra, cuando soldados de la tercera legión, que había pasado de la Siria á la Misia por el tiempo de la muerte de Nerón, les hicieron grande elogio de Vespasiano. Todos aplaudieron, y el

nombre de Vespasiano quedó escrito en sus enseñas. Sin embargo, esta elección no tuvo consecuencias, porque aquellas cohortes volvieron á poco á la disciplina. Pero habiendo circulado la noticia, Tiberio Alejandro, prefecto de Egipto, fué el primero que hizo á sus legiones prestar juramento á Vespasiano: ocurrió esto en las kalendas de julio, día que en adelante se festejó religiosamente como el de su advenimiento. El ejército de Judea le juró fidelidad el 5 de los idus de julio (17 de julio.) Muchas circunstancias favorecieron á la vez su empresa: la copia, repartida con profusión, de una carta verdadera ó supuesta de Othón á Vespasiano, en la que le encargaba al morir el cuidado de vengarle, y mostraba el deseo de que acudiese en socorro de la república; el rumor que circuló de que Vitelio, vencedor de Othón, proyectaba cambiar los cuarteles de invierno de las legiones (1) y de hacer pasar á Oriente las de Germania para asegurarles servicio más cómodo y reposado; en fin, el apoyo que encontró en un gobernador de provincia, Lucinio Muciano, y en Vologeso, rey de los Parthos; de los que, abjurando el primero la antigua y ruidosa enemistad que la envidia había hecho nacer entre ellos, le prometió entonces el ejército de Siria, y el otro le ofreció cuarenta mil arqueros.

VII. Decidióse, pues, á comenzar la guerra civil, y habiendo enviado sus legados á Italia con tropas, marchó á Alejandría para apoderarse de las fronteras del Egipto.

(1) Dice Tácito que nada inflamó tanto á la provincia y al ejército como la seguridad que dió Muciano acerca del proyecto de Vitelio de trasladar las legiones de Germania á las ricas y tranquilas guarniciones de la Siria; mientras que á los soldados de la Siria les destinaba el servicio y clima rigurosos de la Germania. Los habitantes de la provincia se habían aficionado á los soldados por la costumbre de verlos; la mayor parte estaban unidos por amistad y por matrimonios; por otra parte, los soldados, naturalizados en su campamento por larga permanencia en él, le tenían cariño como á sus penates.

Queriendo allí consultar los oráculos acerca de la duración de su reinado, entró solo en el templo de Sérapis, del que hizo salir á todos. Después de hacerse propicio el dios, volvióse, y creyó ver al liberto Basíldes que le presentaba, como es costumbre en este templo, tallos de verbena, coronas y pastelillos. Nadie, sin embargo, había introducido á Basíldes, á quien una enfermedad nerviosa impedía desde mucho tiempo andar, y que sabían estaba muy lejos de allí. En seguida recibió cartas anunciándole que las tropas de Vitelio habían sido derrotadas en Cremona, y que este príncipe había sido muerto en Roma. Una circunstancia particular vino á imprimir á la persona de Vespasiano el carácter de grandeza y majestad que faltaba á este príncipe, nuevo aún, y en cierta manera improvisado. Dos hombres del pueblo, ciego el uno y cojo el otro, se presentaron juntos ante su tribunal, suplicándole les curase; porque estando dormidos, les había asegurado Sérapis, según decían, al uno que recobraría la vista si el Emperador le escupía en los ojos, y al otro que andaría derecho si se dignaba darle un puntapié. No pudiendo creer en el éxito de aquel remedio, ni siquiera se atrevía á intentarlo Vespasiano, y al fin, por instancias de sus amigos, ensayó la curación delante de la asamblea, y triunfó. Por el mismo tiempo ordenaron los adivinos hacer excavaciones en Tegeo, en Arcadia, y se encontraron, enterrados en paraje sagrado, vasos antiguos sobre los que estaba grabada una figura que se parecía á Vespasiano.

VIII. Tal era Vespasiano, y tan grande su reputación cuando volvió á Roma y celebró su triunfo sobre los Judíos. Añadió ocho consulados al primero que obtuvo, y ejerció también la censura. Durante su reinado, no tuvo mayor empeño que el de afirmar la república quebrantada y vacilante, y asegurar después su prosperidad. Los soldados habían llegado al colmo de la licencia y de la audacia, unos por el ardor de la victoria, otros por el despecho de

la derrota; en provincias reinaba profundo desorden, así como también en las ciudades libres y en algunos reinos. Vespasiano licenció gran parte de los soldados de Vitelio, y reprimió los restantes. En cuanto á los que habían venido bajo su mando, tan lejos estuvo de concederles ninguna gracia extraordinaria, que hasta les hizo esperar largo tiempo las recompensas que se les debían. No perdía ocasión alguna para reformar las costumbres. Habiéndose presentado muy lleno de perfumes un joven á darle gracias por la concesión de una prefectura, volvióse disgustado y le dijo con severo acento: «Preferiría que olieses á ajos,» y revocó el nombramiento. Los marineros que venían por turno, á pie desde Ostia y Puzzola á Roma (1), pedían «que se les concediese en adelante una indemnización para calzado,» no consideró que fuese bastante despedirles sin contestación, y mandó que en lo sucesivo recorrieran el camino descalzos, y así lo hacen todavía. Privó de la libertad á la Acaya, la Lycia, Rhodas, Bizancio y Samos, que redujo á provincias romanas, así como también la Tracia, la Cilicia y la Commegena, gobernadas hasta entonces por reyes. Aumentó el número de las legiones de Capadocia, á causa de las continuas incursiones de los bárbaros, y mandó, en vez de un caballero romano, un gobernador consular. Ruinas é incendios antiguos daban á Roma desagradable aspecto, y prometió á quien quisiera ocuparlos, los terrenos abandonados y edificar en ellos, si los propietarios descuidaban hacerlo. Empezó por sí mismo la reconstrucción del Capitolio; puso la primera mano á la obra de descombrar, y trasladó piedras sobre su espalda. También mandó rehacer tres mil planchas de bronce destruídas en el incendio del Capitolio, en las que estaban graba-

(1) Cohortes establecidas en Puzzola y en Ostia para los casos de incendio, y que iban de tiempo en tiempo á Roma para prestar el mismo servicio.

dos, desde la fundación de Roma, los senatusconsultos y los plebiscitos sobre las alianzas, los tratados y privilegios concedidos á cada pueblo. En fin, hizo buscar por todas partes copias, y reconstruyó así el monumento más hermoso y más antiguo del Imperio.

IX. También emprendió nuevas construcciones, tales como el templo de la Paz, cerca del Foro; el del emperador Claudio, sobre el monte Celio, comenzado, es verdad, por Agripina, pero casi completamente destruído por Nerón; un anfiteatro en medio de Roma, según los planos que había dejado Augusto. Matanzas sin cuento habían agotado los primeros órdenes del Estado, y antiguos abusos habían empañado su esplendor: Vespasiano depuró y completó éstos diferentes órdenes, haciendo el censo de los senadores y de los caballeros; expulsó á los más indignos y admitió á los ciudadanos más recomendables de Italia y de las provincias. En fin, queriendo que se comprendiese que la diferencia entre estos dos órdenes consistía menos en la libertad que en la dignidad, sentenció en una querrela entre un senador y un caballero, «que no estaba permitido decir injurias á los senadores, pero que era justo y legal reprenderles.»

X. Por todas partes había crecido en manera espantosa el número de procesos; los pleitos antiguos estaban suspendidos á consecuencia de la interrupción de la justicia, y la perturbación de los tiempos había producido sin cesar otros nuevos. Estableció, pues, una comisión de jueces, elegidos por sorteo, con encargo de hacer restituir lo que se había arrancado por fuerza durante las guerras civiles, de despachar rápidamente y reducir todo lo posible el número de los pleitos llevados ante los centunviros, que en efecto, eran tan numerosos que parecía podría bastar apenas para ellos la vida de los litigantes.

XI. No encontrando represión en ninguna parte, el lujo y el desorden habían hecho rápidos progresos. Vespasiano

hizo que decretase el Senado que toda mujer que se casase con esclavo de otro sería considerada esclava; y que los usureros que prestasen á hijos de familia, no podrían en ningún caso exigir el pago de sus créditos (1), ni siquiera después de la muerte de los padres.

XII. En todo lo demás mostró moderación y bondad desde el principio de su reinado hasta el fin. Jamás ocultó lo bajo de su origen; frecuentemente hasta se vanaglorió de ello, y ridiculizó á algunos aduladores que querían hacer remontar el origen de la casa Flavia á los fundadores de Reata, y hasta un compañero de Hércules, del que se ve un monumento en la vía Salaria. Tenía tan poca afición á todo lo que se refiere á la pompa exterior, que el día de su triunfo, fatigado por la lentitud de la marcha, y cansado de la ceremonia, no pudo menos de decir «que era justo su castigo por haber deseado neciamente, á su edad, el triunfo, como si aquel honor correspondiese á su nacimiento, ó como si hubiese podido esperarle alguna vez.» Solamente mucho más adelante consintió en aceptar el poder tribunicio y el título de padre de la patria. En cuanto á la costumbre de registrar á los que iban á visitar al Emperador, la había suprimido desde el tiempo mismo de la guerra civil.

XIII. Soportaba con suma paciencia la franqueza de sus amigos, los atrevidos apóstrofes de los abogados, y los denuestos de los filósofos. Licinio Muciano, cuyas infames costumbres eran harto conocidas, pero á quien habían enorgullecido sus servicios, le mostraba muy poco respeto: el Emperador nunca le reprendió más que en particular; y cuando hablaba de Licinio con alguno de sus amigos comunes, se contentaba con decir: «Yo al menos soy hom-

(1) Acerca de esto existía ya una ley (*lex Lætoria*) dada en 490 de Roma, y un *senatusconsulto* dado en 800 bajo el reinado de Claudio.

bre.» Felicitó á Salvio Liberal por haberse atrevido á exclamar en la defensa de un rico cliente: «¿Qué importa á César que Hiparco tenga cien millones de sextercios?» Un día encontró sentado á su paso al cínico Demetrio, al que acababan de condenar los jueces, y éste, en vez de levantarse á su presencia, ó de saludarle, habiendo comenzado á ladrar no sé qué injurias, el Emperador se contentó con llamarle *perro*.

XIV. No tenía memoria ni resentimiento para las ofensas y enemistades. Casó espléndidamente á la hija de Vitelio, su enemigo, la dotó é hizo magníficos regalos. En tiempos de Nerón, en la época en que le estaba prohibida la entrada en la corte, un hujier de palacio, á quien preguntaba temblando qué haría ó á dónde iría en adelante, le contestó, poniéndole en la puerta: «Véte á Morbonia.» Cuando después se presentó este hombre á pedirle perdón, le dió, sobre poco más ó menos, la misma contestación, y se creyó bastante vengado. Incapaz de sacrificar á nadie á sus temores ó sospechas, hizo cónsul á Mecio Pomposiano, de quien sus amigos le habían aconsejado desconfiar, porque, según decía, su horóscopo le llamaba al imperio: recordará los beneficios que le he dispensado, decía el Emperador.

XV. Con dificultad podría citarse un inocente castigado bajo su mando, á no ser en ausencia suya, ó sin saberlo él, y en todo caso, contra su voluntad ó porque le engañaban. Cuando regresó de Siria, Helvidio Prisco fué el único que le saludó con el nombre solo de *Vespasiano*; y durante su pretura afectó no rendirle ningún homenaje ni nombrarle jamás en sus edictos. Vespasiano no se irritó hasta después de puesto en el último extremo y rebajado á la última clase de ciudadanos por la desenfrenada insolencia de sus denuestos; y si al pronto le desterró, si después mandó matarle, hizo cuando pudo por salvarle: despachó en seguida correos encargados de detener á los ejecutores de aquella orden; y seguramente le hubiese salvado, si no le

hubiesen hecho creer que ya no era tiempo. Por lo demás, lejos de recocijarse por la muerte de alguien, deploraba hasta los suplicios más justos.

XVI. Lo único que se le afea, con razón, es su avidez de dinero. En efecto, no satisfecho con restablecer los impuestos abolidos en tiempo de Galba, de crear otros y de los más gravosos, de aumentar los tributos de las provincias y de duplicarlos algunas veces, frecuentemente realizó tráficos deshonorosos hasta para un particular, comprando, por ejemplo, ciertas cosas en junto, con el solo objeto de venderlas más caras en detalle. Vendía las magistraturas á los candidatos y las absoluciones á los acusados, fuesen inocentes ó culpables. Preténdese también que concedía los empleos más importantes á sus agentes más rapaces, con objeto de condenarles cuando se hubiesen enriquecido. Comúnmente se decía que eran para él «como esponjas que sabía llenar y estrujar sucesivamente.» Según algunos, esta avaricia le era natural y se la censuró un día cierto viejo vaquero, que, no pudiendo obtener gratuitamente la libertad, después de su advenimiento al imperio, exclamó: «que el zorro podía cambiar de piel, pero no de costumbres.» Otros opinan, por el contrario, que la extrema penuria del tesoro y del fisco le hicieron una necesidad del pillaje y la rapiña: por esta razón había dicho, al principio de su reinado, «que necesitaba el Estado para sostenerse cuatro mil millones de sextercios.» Esta opinión me parece tanto más verosímil, cuanto que empleó muy bien lo que había adquirido mal.

XVII. Sus liberalidades se extendían á todos sin distinción: completó el censo de algunos senadores (1): fundó una renta anual de quinientos mil sextercios para los con-

(1) Es decir, que por sus liberalidades aumentó hasta un millón doscientos mil sextercios, tasa que fijó Augusto, el caudal de los que no lo poseían.

sulares pobres, y en todo el Imperio hizo reconstruir, más bellas que eran antes, gran número de ciudades destruidas por terremotos ó incendios.

XVIII. Protegió especialmente los ingenios y las artes: fué el primero que constituyó sobre el tesoro público una pensión anual de cien mil sextercios para los retóricos, griegos y latinos, y concedió ricas gratificaciones y magníficos regalos á los poetas célebres y artistas famosos; por ejemplo, al que hizo la Venus de Coæ, y al que reparó el Coloso. Un mecánico se había comprometido á trasportar con poco gasto, al Capitolio, columnas inmensas; Vespasiano le hizo abonar considerable cantidad por su proyecto, pero aplazó la ejecución, diciendo: «Permitid que alimente al pobre pueblo.»

XIX. En los juegos celebrados por la dedicación del teatro Marcelo, que habían restaurado, hizo representar también obras antiguas. Regaló al trágico Apolinar cuatrocientos mil sextercios; los músicos Terpno y Diodoro recibieron doscientos mil; algunos cien mil, y otros cuarenta mil al menos, sin contar considerable número de coronas de oro. Frecuentemente daba comidas, y las encargaba suntuosas y magníficas para hacer ganar á los vendedores de comestibles. Hacía regalos de mesa á los hombres el día de las Saturnales, y á las mujeres el día de las kalendas de marzo. Mas no pudo, á pesar de estas liberalidades, librarse de la censura de avaricia, y los habitantes de Alejandría le llamaron siempre *Cybiosacto*, del nombre de uno de sus reyes dominado por sórdida avaricia. El día de sus funerales el jefe de los mímicos, llamado Favor, que representaba la persona del Emperador, y según costumbre, parodiaba sus modales y lenguaje, preguntó públicamente á los intendentes del difunto «cuánto costaban sus exequias y pompas fúnebres;» y cuando le contestaron: «diez millones de sextercios,» exclamó: «dadme cien mil, y arrojadme, si queréis, al Tiber.»

XX. Tenía estatura cuadrada (*statura fuit quadrata*), miembros robustos y gruesos; rostro como el de que hace violentos esfuerzos. Así fué que un satírico, al que estrechaba para que dijese sobre él un chiste, le contestó alegremente: «Lo diré cuando acabes de descargar el vientre.» Siempre gozó de excelente salud, aunque no hizo más para conservarla que frotarse por sí mismo, en una sala de gimnasia, el cuello y los miembros cierto número de veces, y observar dieta un día al mes.

XXI. Este fué, sobre poco más ó menos, el orden de su vida. Desde su advenimiento al poder levantábase siempre muy temprano, y hasta antes de amanecer, para trabajar. Cuando había leído todas las cartas y partes de los empleados de palacio, hacía entrar á sus amigos, y recibiendo sus saludos calzábase y vestía por sí mismo. En seguida, después de despachar todos los asuntos que habían sobrevenido, paseaba en litera; después regresaba á descansar un poco, teniendo á su lado, en el lecho, alguna de las numerosas concubinas que había elegido después de la muerte de Cenis para reemplazarla. De allí pasaba á la sala de baño y después al comedor: dicese que éste era el momento en que se encontraba de mejor humor y que cuidaban de aprovechar las personas de su servicio para dirigirle sus peticiones.

XXII. Usaba de gran familiaridad en sus conversaciones, principalmente en la mesa, donde decía muchos chistes; era muy cáustico, y á veces descendía á groseras bufonadas, no absteniéndose siquiera de las palabras más sucias. Sin embargo, hánse conservado de él algunas agudezas como éstas, entre otras. El consular Mestrio Floro le había advertido un día que dijese *plaustra* (carretas) y no *plostra*; Vespasiano le saludó á la mañana siguiente con el nombre de *Flaurus* (1). Habiendo fingido una mujer vio-

(1) Vespasiano no jugaba solamente con la pronunciación de la

lenta pasión por él y habiendo triunfado de sus desdenes, se la hizo llevar y la dió por una noche cuatrocientos mil sextercios, y habiéndole preguntado en seguida su intendente cómo apuntaba aquel gasto en sus cuentas: «Por Vespasiano amado,» le contestó.

XXIII. Citaba con mucha oportunidad versos griegos, como el que aplicó á uno muy alto, y á quien, en cierto sentido, había tratado con generosidad la naturaleza:

Μακρὰ βιβίς, κραδάων δολιχόσκιον ἔγχος (1).

Un liberto rico, llamado Cérulo, pretendía ser de condición libre, con objeto de defraudar más adelante los derechos del fisco, y ya comenzaba, abandonando su nombre, á hacerse llamar Laches; Vespasiano exclamó en griego: «¡Oh, Laches, Laches, cuando estés muerto te encontrarás Cérulo como antes!» Buscaba especialmente chistes á propósito de sus vergonzosas exacciones, con objeto de cubrir con rasgos de ingenio lo que tenían de odiosas, y de unir á ellas el recuerdo de una agudeza. Uno de sus criados más queridos le pedía una plaza de intendente para uno que decía ser su hermano; Vespasiano aplazó la contestación, llamó al mismo aspirante, y habiéndose hecho entregar la cantidad que éste había ofrecido á su protector, le concedió el empleo. Cuando el intermediario le recordó el asunto, le contestó: «Busca otro hermano; el que creías tuyo, se ha convertido de pronto en mío.» Habiendo visto en un viaje detenerse de pronto su muletero para hacer herrar las mulas, y sospechando que por este medio había querido dar tiempo á un litigante, que acababa de encontrar, para que le hablase de su asunto, le preguntó «cuánto había recibido por las herraduras,» y se hizo entregar una parte

palabra *Floro*, sino que al mismo tiempo hacía un juego de palabras del griego en latín, porque *φλαῦρος* significa hombre malo.

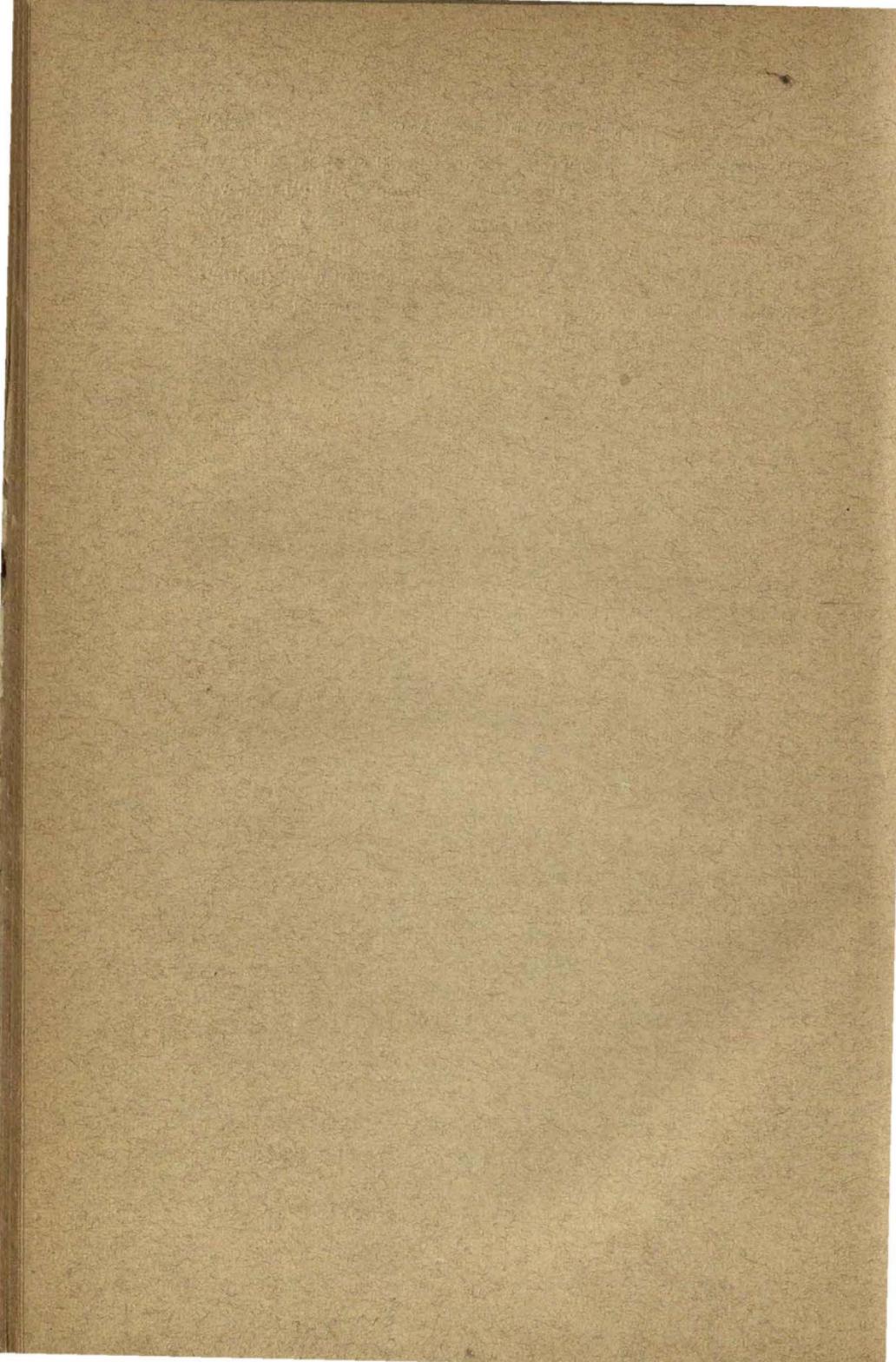
(1) Avanza á grandes pasos blandiendo inmenso dardo.

de la cantidad. Habiéndole censurado su hijo Tito haber olvidado un impuesto hasta sobre la orina, le presentó delante de la nariz el primer dinero cobrado de aquel impuesto, y le preguntó «si olía mal.» Contestándole Tito que no; «sin embargo, es orina,» le dijo Vespasiano. Unos diputados vinieron á anunciarle que sus conciudadanos le habían decretado una estatua colosal de considerable precio, y les contestó, mostrándoles el hueco de la mano: «Que la coloquen aquí; preparado está el pedestal.» Ni el temor de la muerte ni la proximidad siquiera del momento fatal pudieron impedirle bromear. Entre otros prodigios que anunciaron su fin, el Mausoleo se abrió de pronto, y apareció en el cielo una estrella cabelluda; Vespasiano pretendía que el primer presagio de estos se refería á Funcia Calvina, que pertenecía á la raza de Augusto, y el otro al rey de los Parthos, que tenía larga cabellera. Al principio de su última enfermedad dijo: «¡Ay de mí, creo que me hago dios!»

XXIV. Era cónsul por novena vez, cuando experimentó en Campania ligeros movimientos de fiebre; en el acto regresó á Roma, desde donde marchó á Cutilias y á las tierras de Reata, donde acostumbraba pasar el verano. Allí aumentó la enfermedad, gracias al inmoderado uso del agua fría, que le destruía el estómago. No por esto dejó de cumplir los deberes de su dignidad con tanta exactitud como antes, recibiendo hasta en el lecho las diputaciones que le enviaban. Pero sintiéndose de pronto desfallecer á causa de un flujo de vientre, dijo: «Un emperador debe morir de pie,» y en el mismo momento en que se esforzaba por levantarse espiró entre los brazos de los que le ayudaban el 9 de las kalendas de julio (23 de junio), á la edad de sesenta y nueve años, siete meses y siete días.

XXV. Todos están conformes en decir que tenía tal confianza en los destinos prometidos á sus hijos y á él que, á pesar de las frecuentes conspiraciones tramadas contra

su vida, no temió afirmar en pleno Senado «que tendría por sucesores á sus hijos ó á nadie.» Dícese también que vió una vez en sueños una balanza suspendida en perfecto equilibrio en el vestibulo del Palacio, teniendo en un platillo á Claudio y á Nerón y en el otro á sus hijos, igualdad que se encuentra en el cómputo de los años, puesto que reinaron el mismo tiempo unos y otros.



TITO FLAVIO.

I. Tito, que llevaba el mismo nombre que su padre, fué llamado amor y delicias del género humano, gracias á sus cualidades, destreza ó fortuna, que le granjearon el afecto universal. Lo más asombroso es que este príncipe, adorado en el trono, fué antes de subir á él, y durante el reinado de su padre, objeto de la censura pública y hasta de odio. Nació el 3 de las kalendas de enero (30 de diciembre) del año que fué célebre por la muerte de Calígula (794), en una cámara tan estrecha como oscura, que se enseña aún tal como era y que formaba parte de una casa de aspecto bastante triste, cerca del Septizonio (1).

II. Criado en la corte con Británico, recibió la misma educación y de los mismos maestros que él. Un adivino que Narciso, liberto de Claudio, había hecho venir para que le revelase los destinos de Británico, aseguró que aquel príncipe imperial no subiría jamás al trono; pero que Tito, que estaba presente, llegaría con seguridad á él. Tanta intimidad tenían, que se cree probó Tito el veneno

(1) No debe confundirse este monumento con el que hizo construir Septimio Severo. No se sabe á punto fijo cuáles eran sus formas y destino.

de que murió Británico, porque estaba en aquel momento sentado á su lado en la mesa, y padeció larga y peligrosa enfermedad. En memoria de aquella íntima amistad le erigió más adelante una estatua de oro en su palacio, y le dedicó como á un dios una ecuestre de marfil, que pasean todavía hoy en las solemnidades del Circo.

III. Las mejores cualidades de cuerpo y espíritu le adornaron desde la infancia, y se desarrollaron más y más con la edad: hermoso exterior, que revelaba tanta gracia como dignidad, aunque no era muy alto y tenía el vientre algo abultado; fuerza extraordinaria; memoria admirable; singular aptitud para todos los trabajos de la guerra y de la paz; rara destreza en el manejo de las armas y del caballo; facilidad prodigiosa, que llegaba hasta la improvisación, para componer en griego y en latín discursos y poemas, y bastantes conocimientos músicos para cantar con gusto y acompañarse con habilidad. Sé por muchas personas que se había acostumbrado á escribir con rapidez, hasta el punto de luchar algunas veces en velocidad con los secretarios más diestros. Sabía además imitar todas las firmas, por cuya razón decía «que pudiera haber sido excelente falsificador.»

IV. Sirvió como tribuno militar en Germania y Bretaña, con tan grande distinción como modestia, atestiguando suficientemente sus hazañas el inmenso número de estatuas grandes y pequeñas que le erigieron estas provincias y las inscripciones que ostentan. Después de sus campañas se dedicó al foro, en el que brilló más por su rectitud que por su asiduidad. Casó con Arricidia Tertula, hija de un caballero romano que había sido prefecto de las cohortes pretorianas (1); y muerta ésta, se unió á Marcia Furnila, que pertenecía á ilustre familia. Divorcióse de ella,

(1) Esta era la dignidad más alta á que podía llegar un caballero romano.

después de tener una hija. Colocado después de su pretura á la cabeza de una legión, se apoderó de Tariquea y de Gamala, las dos plazas más fuertes de la Judea: en una batalla le mataron el caballo, y en el acto montó el de un soldado que acababa de caer muerto combatiendo á su lado.

V. Cuando subió al imperio Galba, enviado Tito para felicitarle, por todas partes recogió á su paso grandes muestras de afecto, creyéndose que el Emperador le llamaba á Roma para adoptarle. Mas enterado de que de nuevo se complicaban los asuntos, retrocedió y consultó acerca del éxito de su navegación al oráculo de Venus de Pafos, que le prometió un mando, promesa que se realizó muy pronto, puesto que le dejaron en la Judea para acabar de someterla. En el asedio de Jerusalén mató de doce flechazos á doce defensores de la ciudad, de la que se apoderó el día aniversario del nacimiento de su hija, siendo grande el regocijo de los soldados, y tan favorables para él sus disposiciones, que en los vítores le llamaron á una voz *imperator*. Mas adelante, cuando tuvo que dejar aquella provincia, emplearon para retenerle súplicas y hasta amenazas, conjurándole «á permanecer con ellos ó á que les llevase á todos con él.» Estas demostraciones hicieron sospechar que quería abandonar la causa de su padre y crearse un imperio en Oriente; sospechas que robusteció él mismo, presentándose con una diadema en la cabeza durante la consagración del buey Apis, en Memfis, por donde pasaba yendo á Alejandría. Verdad es que aquel uso pertenecía á los ritos de la antigua religión; pero no dejaron de interpretar de otro modo su conducta. Apresuróse, pues, á regresar á Italia, abordó á Regio y á Puzzola en una nave mercante, y en seguida marchó á Roma, adelantándose á su comitiva; y viendo á su padre tan sorprendido de su llegada, exclamó, como para demostrar la falsedad de los rumores que habían corrido acerca de él: «Heme aquí, padre, heme aquí.»

VI. Desde aquel momento compartió el poder supremo y fué como el tutor del Imperio. Celebró el triunfo con su padre y ejerció la censura con él. También fué colega suyo en el poder tribunicio y en siete consulados. Encargado del cuidado de casi todos los negocios, dictaba las cartas á nombre de su padre, redactaba los edictos y leía los discursos del Emperador al Senado en vez de hacerlo el cuestor. También fué prefecto del pretorio, funciones que hasta entonces solamente se habían encargado á caballeros romanos. Mostróse duro y violento: hacía perecer sin vacilar á todos los que le eran sospechosos, apostando en el teatro y en los campos gentes que pedían en alta voz su suplicio, como á nombre de todos. Citaré entre otros al consular A. Cecina, á quien habia invitado á cenar, y que, apenas salido del comedor, fué muerto por orden suya. Verdad es que el peligro era inminente; Tito habia cogido, escrita de su puño, una proclama dirigida á los soldados. Esta conducta, asegurando el porvenir, le hizo odioso en el presente; de manera que pocos príncipes han llegado al trono con tan mala reputación y tan marcado alejamiento por parte del pueblo.

VII. Además de cruel, se le acusaba de intemperante porque prolongaba hasta media noche sus desórdenes de mesa con sus familiares más disolutos. Temíase hasta su inclinación al placer en vista del rebaño de eunucos y de disolutos que le rodeaba y de su conocida pasión por la reina Berenice, á la que, decían, habia prometido hacer su esposa. En fin, acusábasele de rapacidad, porque se sabía que en las causas llevadas ante el tribunal de su padre vendía por dinero la justicia. En una palabra, pensábase, y se decía públicamente, que sería otro Nerón. Pero esta fama tornó al fin en su favor, siendo ocasión de grandes elogios, cuando se le vió renunciar á todos sus vicios y practicar todas las virtudes. Hizo famosas sus comidas, más por el recreo que por la profusión; eligió por amigos

los hombres de quienes se rodearon los príncipes sus sucesores, y emplearon como los mejores sostenes de su poder y del Estado; despidió de Roma en el acto á Berenice, á pesar suyo y á pesar de ella. Dejó de tratar tan liberalmente y hasta de ver en público á aquellos de su comitiva que no se distinguían más que por habilidades frívolas, aunque entre ellos había muchos á quienes quería profundamente y que bailaban con una perfección que aprovechó en seguida el teatro. No hizo daño á nadie; respetó siempre los bienes ajenos, y ni siquiera recibió los regalos de costumbre. Sin embargo, no cedió en magnificencia á ninguno de sus predecesores. Después de la dedicación del Anfiteatro y de la rápida construcción de los baños próximos á este edificio, dió un espectáculo de los más largos y más hermosos. Entre otras cosas, hizo representar una batalla naval en la antigua naumaquia; dió también un combate de gladiadores, y presentó en un solo día cinco mil fieras de toda especie.

VIII. Inclinado naturalmente á extrema benevolencia, fué el primero que prescindió de la costumbre que, desde Tiberio, habían seguido todos los Césares, de considerar nulas las gracias y concesiones otorgadas antes de ellos, si ellos mismos no las ratificaban expresamente: en un solo edicto declaró que todas eran válidas, y no consintió que se solicitase aprobación para ninguna. En cuanto á las demás peticiones que podían hacerle, tuvo por norma no despedir á nadie sin esperanzas. Observábanle sus amigos «que prometía más de lo que podía cumplir,» y contestaba «que nadie debía salir descontento de la audiencia de un príncipe.» Habiendo recordado una vez, estando cenando, que no había hecho ningún favor durante el día, pronunció estas palabras tan memorables y con tanta justicia celebradas: «Amigos míos, he perdido el día.» En todas ocasiones mostró al pueblo mucha deferencia: habiendo anunciado un combate de gladiadores, declaró «que

todo se haría al gusto del público y no al suyo;» y, en efecto, lejos de negar nada de lo que pedían los espectadores, él mismo les exhortó á que pidiesen lo que quisieran. No ocultando su preferencia por los gladiadores tracios, con frecuencia bromeó con el pueblo, excitándoles con la voz y el gesto, pero sin comprometer jamás su dignidad ni quebrantar la justicia. Para hacerse más popular aún, permitió muchas veces al público la entrada en las termas donde se bañaba. Perturbaron su reinado acontecimientos tan tristes como imprevistos: la erupción del Vesubio (1), en la Campania; en Roma, un incendio que duró tres días y tres noches, y una peste cuyos estragos fueron espantosos (2). En estas calamidades mostró la vigilancia de un príncipe y la ternura de un padre, consolando á los pueblos con sus edictos y socorriéndoles con sus beneficios. Varones consulares, designados por la suerte, quedaron encargados de reparar los desastres de la Campania. Empleáronse en la reconstrucción de los pueblos destruidos los bienes de los que habían perecido en la erupción del Vesubio sin dejar herederos. Después del incendio de Roma, declaró tomaba á su cargo todas las pérdidas públicas; y en consecuencia de ello dedicó las riquezas de sus palacios á reconstruir y adornar los templos; y con objeto de acelerar los trabajos, hizo que gran número de caballeros romanos vigilasen la ejecución. Prodigó á los apestados toda suerte de socorros divinos y humanos, recurriendo, para curar los enfermos y aplacar los dioses, á toda clase de remedios y sacrificios. Entre las calamidades de aquella época, contábanse los delatores y sobornadores de testigos, restos de la antigua tiranía. Hízoles azotar con

(1) En esta erupción pereció Plinio y fué la que destruyó á Herculano y Pompeya. Tuvo lugar en 832 de Roma, ó 79 de nuestra era.

(2) Xifilino atribuye esta calamidad á la ceniza arrojada por el Vesubio: Eusebio la menciona en el reinado de Vespasiano, y dice que se contaron hasta diez mil muertos por día.

varas y palos en pleno Foro, y, en los últimos tiempos de su reinado, les hizo llevar á la arena del Anfiteatro, en donde, unos fueron vendidos en subasta, como los esclavos, y otros condenados á la deportación á las islas más áridas. Con objeto de reprimir para siempre la audacia de aquellas gentes, estableció, entre otras reglas sobre el asunto, que nunca podría perseguirse el mismo delito en virtud de muchas leyes, ni turbar la memoria de los muertos pasado cierto número de años (1).

IX. Aceptó el pontificado máximo con el único objeto, según decía, de conservar puras sus manos: y así lo cumplió, porque desde entonces no fué autor ni cómplice de la muerte de nadie; no porque le faltasen motivos de venganza, pero aseguraba «que preferiría morir él mismo á hacer perecer alguno.» Dos patricios quedaron convictos de aspirar al imperio: contentóse con aconsejarles que renunciasen á sus pretensiones, añadiendo, «que el trono lo daba el destino», y les prometió concederles por otra parte lo que desearan. Hasta envió en seguida correos á la madre de uno de ellos, que estaba lejos de Roma, para tranquilizarla acerca de la suerte de su hijo y decirle que vivía. No solamente invitó á aquellos dos conjurados á cenar con él, sino que al día siguiente, en un espectáculo de gladiadores, les hizo colocar expresamente á su lado, y cuando le presentaron las armas de los combatientes, se las dió, sin temor, para que las examinasen. Añádese que habiendo hecho estudiar su horóscopo, les advirtió «que les amenazaba un peligro, aunque lejano aún, y que no procedía de él;» lo que confirmó el tiempo. En cuanto á su hermano, que no cesaba en prepararle asechanzas, que minaba casi abiertamente la fidelidad de los ejércitos, que, en

(1) Fijóse el término en cinco años. El objeto de estas acciones era disputar la condición de herederos, rechazando la de parientes. Parece que Nerva reprodujo esta disposición.

fin, quiso huir, no pudo decidirse ni á hacerle perecer, ni á separarse de él, ni siquiera á tratarle con menos consideraciones que antes. Continuó, como en el primer día de su reinado, proclamándole su colega y sucesor en el imperio; y algunas veces le rogaba en secreto, con lágrimas en los ojos, «que viviese en fin con él como hermano.»

X. En medio de estos cuidados le sorprendió la muerte, para desgracia del mundo más aún que para la suya. Al terminar un espectáculo, en el que había llorado abundantemente en presencia de todo el concurso, partió para el país de los Sabinos, algo entristecido por haber visto escapar la víctima de un sacrificio y oído zumbiar el trueno con cielo despejado. En el primer descanso le invadió la fiebre: continuó el viaje en litera, y dícese que separando las cortinas, miró al cielo y se quejó «de morir sin haberlo merecido, puesto que en toda su vida solamente había realizado una acción de que tuviese que arrepentirse.» No dijo qué acción fuese ésta, y no es fácil adivinarla. Hase creído que era trato íntimo con Domicia, la esposa de su hermano; pero ésta juró por todos los dioses que nada había ocurrido entre ellos, y no era mujer que negase aquel comercio si hubiese existido; hasta se habría vanagloriado de él como de todas sus infamias.

XI. Murió en la misma casa de campo que su padre, en los idus de setiembre (13 de setiembre), á los cuarenta y un años de edad, después de dos años, dos meses y veinte días de reinado. En cuanto se propagó la noticia de su muerte, hubiérase dicho, al ver el dolor público, que cada cual lloraba un miembro de su propia familia. Los senadores acudieron, antes de ser convocados, á la sala de sus sesiones, cuyas puertas estaban cerradas aún: abiertas en seguida, colmaron al Príncipe muerto de tantas alabanzas y honores como jamás le habían prodigado vivo y presente.

TITO FLAVIO DOMICIANO.

I. Domiciano nació el 9 de las kalendas de noviembre (23 de octubre), estando designado cónsul su padre y habiendo de entrar en funciones al mes siguiente. El nacimiento tuvo lugar en la sexta región de Roma, cerca del punto llamado la Granada y en una casa que él convirtió más tarde en templo de la familia Flavia. Dícese que pasó la infancia y la primera juventud en la indigencia y en la infamia; ni siquiera tenía un vaso de plata, y sabido es que el prestamista Clodio Polión, contra el que tenemos un poema de Nerón, intitulado *El Tuerto*, había conservado y mostraba algunas veces una carta de Domiciano, en la que éste le ofrecía una noche. Dícese que tuvo el mismo comercio obsceno con Nerva, su inmediato sucesor. Durante la guerra de Vitelio se había encerrado en el Capitolio con su tío Sabino y una parte de las tropas; pero habiéndose apoderado el enemigo del templo y habiéndole prendido fuego, se refugió en casa de un guarda, donde pasó la noche, y por la mañana, disfrazado con el traje de los sacerdotes de Isis, pudo escapar, mezclándose con los ministros subalternos de esta vana religión. Retiróse al otro lado del Tiber, acompañado de una sola persona, á casa de la madre de un condiscípulo suyo, y tan bien se ocultó allí, que los emisarios que seguían sus huellas no pudieron en-

contrarle. Salió al fin después de la victoria y fué saludado César, honrándole hasta con la dignidad de pretor de Roma con autoridad consular, pero solamente conservó el título y trasmitió la autoridad al primero de sus colegas, mostrando, por el abuso que hizo del poder, lo que sería algún día. Fuera demasiado largo decirlo todo: después de seducir las esposas de gran número de ciudadanos, robó y tomó en matrimonio á Domicia Longina, casada con Elio Lamia; distribuyó en un solo día más de veinte oficios para la ciudad y para las provincias, y Vespasiano decía con este motivo «que se asombraba de que su hijo no le nombrase también sucesor.»

II. Emprendió sin necesidad una expedición á la Galia y la Germania, á pesar de los consejos de los amigos de su padre, y con el único objeto de igualar en hazañas y en consideración á su hermano. Vespasiano le reprendió severamente, y para que recordara en adelante su edad y condición le hizo vivir con él. Siempre que el Emperador se presentaba en público con Tito, Domiciano seguía en litera la silla curul, y el día en que celebró su triunfo sobre la Judea les acompañó montado en un caballo blanco. De sus seis consulados uno solo fué regular, y su hermano fué quien se lo cedió y solicitó para él. Domiciano supo afectar entonces suma moderación, y sobre todo pronunciado gusto por la poesía, de la que no tenía ninguna costumbre y por la que mostró más adelante profundo desprecio. Hasta leyó en público versos compuestos por él. Cuando Vologesio, rey de los Parthos, pidió contra los Alanos un refuerzo mandado por un hijo de Vespasiano, Domiciano hizo cuanto pudo para ser elegido, y habiendo resultado vanos sus esfuerzos trató de mover, con dones y promesas, á los otros reyes de Oriente á que hiciesen igual petición. Después de la muerte de su padre vaciló durante largo tiempo sobre si ofrecería á los soldados, para sublevarles, donativo doble del ordinario, y no dudó

en publicar «que Vespasiano le había dejado una parte del Imperio, pero que habían falsificado su testamento.» Desde aquel tiempo no cesó de conspirar en secreto y hasta abiertamente contra su hermano. Cuando le vió peligrosamente enfermo mandó, sin esperar á que espirase, que le abandonaran como si estuviese muerto (1). No tributó á su memoria otros honores que los de la apoteosis, y hasta con frecuencia le criticó indirectamente en sus discursos y edictos.

III. Al principio de su reinado se encerraba solo todos los días durante horas enteras para cazar moscas, que clavaba con un punzón muy agudo. Esta costumbre dió margen á un chiste de Vibio Crispo, que, preguntado un día si había alguien con el Emperador: «No, contestó, ni siquiera una mosca.» Repudió á su esposa Domicia, que le había dado un hijo durante su segundo consulado, y había recibido de él, al año siguiente, el título de Augusta, pero que amaba perdidamente al histrión Paris. No pudo soportar esta separación, y á poco la recibió, como cediendo á las instancias del pueblo. En cuanto á su conducta en el gobierno del Imperio, al principio fué muy desigual y mezclada de mal y de bien, pero poco á poco hasta sus virtudes degeneraron en vicios; y, por lo que puede conjeturarse, las circunstancias desarrollaron sus inclinaciones, la pobreza le hizo codicioso y el miedo cruel.

IV. Con frecuencia dió en el Anfiteatro y en el Circo espectáculos tan dispendiosos como magníficos. En el Circo, además de las carreras acostumbradas de bigas y cuadrigas (2), doble combate de caballería é infantería; y en

(1) Si ha de creerse á las historias griegas, Tito respiraba aún cuando, llegando de Roma Domiciano, se hizo dueño de todo, tomó el título de emperador y el poder supremo. Dicen algunos que mandó arrojar á su hermano moribundo en un paraje lleno de nieve, so pretexto de que le aliviaría el frío, y, según éstos, allí murió Tito.

(2) Carros de dos y cuatro caballos.

el Anfiteatro una batalla naval. Las cacerías de fieras y los combates de gladiadores se verificaban de noche, á la luz de antorchas; y vióse luchar en la arena, no solamente hombres, sino también mujeres. Los cuestores habian dejado caer en desuso desde mucho tiempo el de dar combates de gladiadores á su entrada en el cargo; Domiciano lo restableció, asistió siempre á estos espectáculos, y permitió cada vez al pueblo pedir dos parejas de sus propios gladiadores, que presentaba los últimos y con trajes dignos del dueño del Imperio. Mientras duraban estos juegos tenia constantemente á sus pies un enano vestido de escarlata, y cuya cabeza era prodigiosamente pequeña: hablaba mucho con él y algunas veces de cosas serias: así, un día se le oyó preguntarle «si sabía por qué había dado en la última promoción el gobierno del Egipto á Mecio Rufo.» Hizo representar en un lago abierto cerca del Tiber, y rodeado de gradas, batallas navales, en las que combatieron flotas, por decirlo así, completas: fuerte lluvia que sobrevino durante un espectáculo de éstos, no le impidió presenciarlo hasta el fin (1). Celebró también los juegos seculares, tomando por fecha los últimos del reinado de Augusto y no los de Claudio. El día en que los dió en el Circo, decidió, para facilitar la terminación de las cien carreras de carros, reducir á cinco las siete vueltas. Fundó en honor de Júpiter Capitolino un certamen quinquenal de música, de carreras de caballos y de ejercicios gimnásticos, en los que se distribuían más coronas que en nuestros días (2). Disputábase también en ellos el precio

(1) Xifilino dice que muchas personas enfermaron por haber permanecido expuestas á aquella lluvia, y no pocas murieron. Domiciano había prohibido abandonar el espectáculo, y guardias, colocados en derredor del edificio, impedían la salida. En cuanto á él, cambió con frecuencia de vestidos.

(2) En estos concursos pronunciaban los poetas y oradores las alabanzas del Príncipe. Casorino dice que estos juegos se estable-

de la prosa griega y latina: había además premio para el canto y el arpa, otro para los coros de arpa y de canto, y otro, en fin, para el arpa sola. Vióse hasta á doncellas disputarse en el estadio el premio de la carrera. Domiciano presidió personalmente estos juegos, con calzado militar, toga de púrpura á la griega y una corona de oro en la que estaban grabadas las imágenes de Júpiter, Juno y Minerva, teniendo á su lado al gran pontífice de Júpiter y el colegio de los sacerdotes Flavianos (1), vestidos todos como él, pero llevando en sus coronas, además de las imágenes citadas, el retrato del Emperador. Todos los años celebraba en el monte Albano las fiestas de Minerva, divinidad para la que había establecido un colegio de sacerdotes. Entre éstos, designaba la suerte al pontífice, y estaban obligados á dar magníficos combates de fieras, juegos escénicos y premios de elocuencia y poesía. Distribuyó tres veces al pueblo congarios de trescientos sextercios por cabeza; y le hizo servir, durante las fiestas de su cuestura, un festín de los más espléndidos. En la fiesta de las Siete Colinas, hizo repartir á los senadores y caballeros raciones de pan, y al pueblo canastillos llenos de viandas, de las que comenzó á comer el primero. Al siguiente día hizo arrojar entre los espectadores regalos de toda clase; y como la mayor parte de aquellos regalos cayeron sobre los bancos del pueblo, asignó otros cincuenta lotes á cada banco de senadores y caballeros.

V. Restauró gran número de hermosos edificios que habían sido presa de las llamas; entre otros, el Capitolio, incendiado otra vez; pero siempre escribió su nombre, sin hacer mención del antiguo fundador. Construyó sobre el

cieron durante el décimo consulado de Domiciano, teniendo por colega á Serv. Cornelio Dolabela, esto es, en 837. Stasio, que recitó en ellos su *Thebaida*, fué vencido.

(1) Domiciano estableció este colegio de sacerdotes después de la construcción del templo elevado á su familia.

Capitolio un templo nuevo, dedicado á Júpiter Custodio. Débesele también el Foro que lleva hoy el nombre de *Nerva*, el templo de la familia Flavia, un estadio, un teatro lírico, y una naumaquia. Las piedras de esta última sirvieron más adelante para la restauración del Circo máximo, del que se habían quemado dos costados.

VI. De sus expediciones militares, unas las emprendió espontáneamente, como la que hizo contra los Catts; otras por necesidad, como la de los Sármatas, que habían degollado una legión con su jefe. Así fueron también sus dos campañas contra los Dacios: la primera para vengar la derrota del consular Opio Sabino; la segunda para vengar la de Cornelio Fusco (4), prefecto de las cohortes pretorianas, á quien había investido del mando en jefe. Después de muchos combates, entre prósperos y adversos, contra los Catts y los Dacios, celebró doble triunfo; pero después de su victoria sobre los Sármatas se contentó con ofrecer á Júpiter Capitolino una corona de laurel. Terminó, sin salir de Roma y con singular fortuna, la guerra civil suscitada por L. Antonio, gobernador de la Alta Germania, pues en el momento mismo del combate, habiendo arrasrado el deshielo los témpanos del Rhin, impidieron á las tropas de los bárbaros que se uniesen á las de Antonio. Los presagios de esta victoria precedieron en Roma á la noticia; porque el mismo día de la batalla un águila inmensa rodeó con sus alas la estatua del Emperador, lanzando alegres gritos; y pocos instantes después tomó tal consistencia el rumor de la muerte de Antonio, que muchos aseguraban haber visto pasear su cabeza.

(4) Fusco Orosio da más detalles acerca de esta guerra contra los Dacios: según su relato, Fusco se vió obligado á librar muchos combates con Diuparneo, rey de los Dacios, siendo vencidos los Romanos en varios encuentros. Mucho tiempo después, en tiempo de Trajano, pudieron recobrase prisioneros y una enseña que había caído en poder del enemigo.

VII. Cambió muchas cosas en las costumbres establecidas. Suprimió la de las *sportulas* públicas y restableció la de las comidas regulares. Añadió dos partidos á los cuatro del Circo, distinguiéndoles con trajes de púrpura y dorados. Prohibió la escena á los histriones, y solamente les permitió representar en casas particulares. Prohibió castigar á los hombres, y disminuyó el precio de los eunucos que aun estaban de venta en casa de los mercaderes. Habiendo observado en el mismo año considerable abundancia de vino y mucha escasez de trigo, y suponiendo que la preferencia otorgada á las viñas hacía olvidar los campos, prohibió plantar nuevas en Italia y dejar subsistir en las provincias más de la mitad de las antiguas (1); pero abandonó la ejecución de este edicto. Hizo comunes á los hijos de los libertos y á los caballeros romanos algunos de los cargos más importantes del Estado. Prohibió reunir en un mismo campamento muchas legiones y recibir en la caja de depósitos militares más de mil sextercios por soldado, porque creía que L. Antonio, que había aprovechado para sublevarse contra él la reunión de dos legiones en los mismos cuarteles de invierno, contó también con la importancia de este depósito. Concedió á los soldados cuarto término de paga de tres áureos (2).

VIII. Administró justicia con notable diligencia y celo; algunas veces hasta dió en su tribunal del Foro audiencias extraordinarias. Anuló las sentencias de los centunviros dictadas por favor. Exhortó con frecuencia á los jueces recuperadores (3) á no prestarse á liberaciones reclamadas

(1) Filostrato le atribuye otro motivo: temió, dice, que la abundancia del vino hiciese más frecuentes las sediciones.

(2) Desde el tiempo de César, los soldados habían recibido por paga anual nueve piezas de oro, recibidas en tres veces. Domiciano elevó el sueldo á doce piezas, cuyo pago se verificaba en cuatro plazos.

(3) Llamábase así á estos jueces, porque reintegraban á cada cual

sin graves motivos. Tachó de infamia á los jueces corrompidos, así como á sus consejeros (1). También supo contener á los magistrados de Roma y á los gobernadores de las provincias, que nunca fueron más desinteresados ni justos; y hasta vemos á la mayor parte de ellos acusados después de él de toda clase de crímenes. Encargado de las funciones de la censura, abolió el uso abusivo de sentarse indistintamente en el teatro en los bancos de los caballeros; destruyó los libelos repartidos al público contra los ciudadanos principales y contra las mujeres distinguidas, y castigó á los autores; expulsó del Senado á un antiguo cuestor, demasiado apasionado por el arte de la pantomima y del baile; prohibió á las mujeres deshonradas el uso de litera y el derecho de recibir legados ó herencias; borró de la lista de jueces á un caballero romano que había recibido á su esposa después de repudiarla y llevarla ante los tribunos como adúltera; condenó, en virtud de la ley Scantinia (2), á muchos ciudadanos de los dos ordenes; estableció penas diferentes, pero siempre severas, contra los incestos de las Vestales, sobre los que su padre y su hermano habían cerrado los ojos. Estas penas fueron primero la capital, y más adelante el suplicio ordenado por las leyes antiguas (3). Permitió, por ejemplo, á las herma-

en su propiedad. Al principio se aplicó este nombre á los comisarios que juzgaban entre el pueblo romano y los Estados vecinos las diferencias relativas á la restitución de ciertas propiedades particulares; en seguida pasó á los jueces establecidos por el pretor para dilucidar asuntos de igual naturaleza; pero más adelante dictaron sentencias sobre otros negocios.

(1) Un juez, sobre todo si actuaba solo, podía invitar á algunos jurisconsultos á que le ayudasen con sus consejos, y á éstos se les llamaba en los tribunales consejeros (*consiliarii*).

(2) Llamábase así esta ley, *Scantinia*, y se cree que se dió en el año 526 de Roma. Concernía al vicio contra la naturaleza (*de nefanda venere*). Al principio consistió el castigo en fuerte multa. Después se impuso á los culpables la pena capital.

(3) Enterrar vivas á las culpables.

nas Ocelata, y después de éstas á Varronila, que eligieran el género de muerte, y se limitó á desterrar á sus seductores. Pero á la gran vestal Cornelia, que había sido absuelta en otra ocasión, acusada de nuevo y convicta, la hizo enterrar viva, y sus cómplices fueron azotados con varas hasta la muerte, en el Comicio, exceptuando un antiguo pretor, contra el que no existía otra prueba que una declaración dudosa arrancada por la tortura, y que fué solamente desterrado. Vigilando con exquisito cuidado para que no se violase impunemente el respeto debido á los dioses, hizo que los soldados destruyesen una tumba que un liberto suyo había elevado á su hijo con piedras destinadas al templo de Júpiter Capitolino, y mandó arrojar al mar las cenizas y osamentas que se encontraban en ella.

IX. En sus primeros años tenía tal horror por la sangre, que habiendo recordado un día en ausencia de su padre este verso de Virgilio

Impia quam cæsis gens est epulata juvencis (1),

quiso prohibir que se inmolaran bueyes. No hizo sospechar en él, antes de llegar al imperio ni en los primeros tiempos de su reinado, ninguna inclinación á la avaricia y avidez, sino que, por el contrario, dió numerosas pruebas de desinterés y hasta de liberalidad. Colmaba de regalos á todas las personas de su comitiva, y nada les recomendaba con tanta insistencia como la aversión á la avaricia. No aceptaba las herencias de los que tenían hijos: hasta anuló un legado del testamento de Rusco Cepión, que consistía en cierta cantidad que el heredero debía dar todos los años á cada senador á su entrada en el Senado. Declaró exen-

(1) ...Los tranquilos rebaños
No eran degollados para festines impíos.

(*Georg.*, II.)

los de toda persecución judicial á los deudores cuyos nombres estaban escritos en el Tesoro desde más de cinco años, y no permitió contra ellos la renovación sino dentro del mismo año, y esto con la condición que impuso al acusador de pena de destierro si perdía la causa. Perdonó, por lo pasado, á los escribientes de los cuestores que traficaban según su costumbre y contra la ley Clodia. Dejó á los antiguos poseedores, como por derecho de prescripción, los trozos de terreno que no habían sido destinados después del reparto hecho á los veteranos. Reprimió el ardor de las persecuciones fiscales, designando severas penas contra los acusadores; y se cita esta frase suya: «El príncipe que no castiga á los delatores, les alienta.»

X. Mas no persistió en su clemencia ni en su desinterés, sino que, por el contrario, se inclinó rápidamente á la crueldad y á la avaricia. Hizo matar á un discípulo del pantomimo Paris, muy joven aún y á la sazón enfermo, por la única razón de que se parecía á su maestro en la figura y el talento. También hizo perocer á Hermógenes Tarsense por algunas alusiones contenidas en su historia; y los copistas que habían escrito aquella obra fueron crucificados. A un padre de familia, porque gritó en el espectáculo «que un Tracio podía luchar contra un mirmilón, pero no contra el odio del que daba los juegos,» ordenó que le arrancasen de su puesto, que le arrastrasen á la arena y luchar contra dos perros, con un cartel que decía: «Defensor de los Tracios, impío en sus palabras.» Muchos senadores, de los que algunos habían sido cónsules, como Cívico Cerialis, procónsul en Asia, Salvidieno Orfito y Acilio Glabrión, desterrado entonces, fueron condenados á muerte como conspiradores. Otros fueron muertos por leves pretextos: Elio Lamia, por antiguas bromas que le habían hecho sospechoso, y que eran muy inocentes; por haber dicho, por ejemplo, después del rapto de su esposa, á algunos que le alababan la belleza de su voz: «Este es

el premio de mi continencia,» y por haber contestado á Tito que le exhortaba á tomar otra esposa: «¿Acaso quieres casarte tú también?» Salvio Cocceyano, por haber celebrado el nacimiento del emperador Othón, tío suyo; Mecio Pomposiano, porque había nacido bajo una constelación que, según decían, le prometía el imperio; porque llevaba á todas partes con él un mapa del mundo, y los discursos de los reyes y grandes capitanes, extractados de Tito Livio; en fin, porque había dado á esclavos los nombres de Magón y Anníbal; Salustio Lúculo, legado en Bretaña por haber permitido que llamasen *luculenas* unas lanzas de forma nueva; Junio Rústico, por haber escrito el elogio de Peto Thraseas y de Elvidio Prisco, y haberles llamado «los más virtuosos de los hombres;» crimen que fué causa de que Domiciano expulsase de Roma y de Italia á todos los filósofos. También hizo perecer á Helvidio el hijo, so pretexto de que en una diversión intitulada *París y CEnone* había censurado el divorcio del Príncipe; y á Flavio, primo suyo, porque el día de los comicios consulares, el pregonero, después de elegido Sabino, le proclamó, en vez de *cónsul, emperador*. Pero fué mucho más cruel aún después de su victoria sobre Antonio. Para descubrir los cómplices ocultos de su adversario, sometió á la mayor parte de los otros á nuevo género de tormento, haciéndoles quemar los órganos sexuales y cortar las manos. Solamente perdonó á dos entre los más conocidos: un tribuno del orden de los senadores y un centurión, que alegaron, por prueba de su inocencia, la infamia de sus costumbres, que había debido quitarles toda influencia sobre el espíritu de su jefe y de los soldados.

XI. No le bastaba la crueldad, sino que gustaba de astucias y golpes repentinos. Un día hizo venir á su cámara de dormir á un receptor, le obligó á sentarse á su lado en el mismo almohadón, le despidió alegremente y lleno de seguridad, después de enviar á su casa platos de su mesa,

y á la mañana siguiente mandó crucificarle. Aunque había decidido la muerte del cónsul Arretino Clemente, familiar y agente suyo, le trató tan bien y aun mejor que de ordinario, cuando un día, paseando con él en litera y viendo á su delator, le dijo: «¿Quieres que oigamos mañana á ese mal esclavo?» Jugando cruelmente con los sufrimientos de los hombres, jamás pronunciaba una sentencia de muerte sin un preámbulo, en el que ensalzaba su clemencia; de manera que no había indicio más seguro de tremendo fin que la indulgencia del Príncipe. Había hecho llevar ante el Senado algunos ciudadanos acusados de lesa majestad, diciendo «que en aquella ocasión experimentaría el celo de la asamblea por su persona,» por lo cual les condenaron al suplicio que determinaban las leyes antiguas. Asustado él mismo por la atrocidad de la pena, quiso prevenir su mal efecto é intercedió por ellos en estos términos (porque no es indiferente repetirlos): «Permitid, padres conscriptos, que reclame de vuestro afecto hacia mí una cosa que bien sé háseme de conceder difícilmente, y es que los condenados puedan elegir su género de muerte. Os liberaréis así de espantoso espectáculo, y todo el mundo comprenderá que yo asistía al Senado.»

XII. Empobrecido por los enormes gastos de sus construcciones y espectáculos y por el aumento de estipendio á los soldados, imaginó, para aliviar el tesoro militar, disminuir el número de éstos; pero viendo que esta medida le exponía á las invasiones de los bárbaros, sin aligerar las demás cargas, no buscó ya más que ocasiones de rapiña. Por todas partes se confiscaban los bienes de los vivos y de los muertos, cualquiera que fuese el delator, cualquiera que fuese la acusación: bastaba ser acusado de la menor acción, de la menor palabra contra la majestad del Príncipe. Confiscaba para él las herencias que más extrañas le eran, si una persona, una sola, aseguraba haber oído decir al difunto, cuando vivía, «que César era su heredero.»

El impuesto que se perseguía con mayor rigor era aquel de que se componía el tesoro judaico; y por todas partes denunciaban al fisco á aquellos que, sin haber hecho profesión, vivían en la religión judía, ó que, disimulando su origen, no pagaban el tributo impuesto á su nación. Recuerdo haber visto en mi juventud reconocer un receptor, ante considerable número de testigos, á un anciano de noventa años para saber si estaba circuncidado. Domiciano mostró en su juventud mucha presunción y orgullo y mucha falta de moderación en su conducta y palabras. Habiéndole ofrecido Cenis, la concubina de su padre, á su regreso de Istria, el beso de costumbre, él la tendió la mano. Pareciéndole muy mal que el yerno de su hermano tuviese también criados vestidos de blanco, exclamó: *Οτι αγαθόν πολυκοιρανία* (No es bueno que haya muchos amos).

XIII. Apenas en el trono, osó alabarse ante el Senado «de haber dado el Imperio á su padre y á su hermano, que no habían hecho otra cosa que devolvérselo.» Cuando recibió á su esposa, después del divorcio, se sirvió, para decir que compartía su lecho, de la expresión consagrada para la unión de los dioses. El día en que dió un festín al pueblo se mostró muy complacido al oír gritar en el Anfiteatro: «Felicidad á nuestro señor y á nuestra señora.» En los juegos Capitolinos, habiéndole pedido todo el concurso la rehabilitación de Palfurio Sura (1), expulsado en otro tiempo del Senado y que acababa de obtener el premio de la elocuencia, ni siquiera se dignó contestar y mandó guardar silencio por medio del heraldo. Llevó también la arrogan-

(1) Este era hijo de un consular. En tiempo de Nerón, luchó en los juegos con una doncella lacedemonia. Habiéndole borrado Vespasiano de la lista de los senadores, se hizo estoico, y en esta escuela adquirió mucha reputación de elocuencia. Mas después del suceso que aquí se menciona, parece que gozó de todo el favor de Domiciano y que se envileció hasta el punto de pasar por uno de los delatores más poderosos de la época.

cia hasta dictar para el servicio de sus intendentes una fórmula epistolar concebida en estos términos: «Nuestro amo y nuestro dios lo quiere y lo ordena.» Y desde aquel tiempo fué regla general no llamarle de otra manera cuando tuviesen que escribirle ó hablarle. No permitió que se le erigiesen en el Capitolio más que estatuas de oro ó plata de determinado peso. Hizo elevar en todos los barrios de Roma tantas puertas monumentales y arcos de triunfo, con carros y trofeos militares, que alguien escribió en un momento de aquellos: ΔΡΚΕΙ (Basta). Fué cónsul diez y siete veces, cosa sin ejemplo, y especialmente siete veces seguidas, pero casi siempre no lo fué más que de nombre. De todos sus consulados no conservó ninguno más allá de las kalendas de mayo, y muchos solamente hasta los idus de enero. Después de sus dos triunfos tomó el dictado de Germánico, y llamó con sus dos nombres, Germánico y Domiciano, los meses de setiembre y octubre, el primero porque era la época de su advenimiento al trono, el segundo porque era el mes en que había nacido.

XIV. Hecho odioso y temible á todos, sucumbió al fin bajo una conspiración de sus amigos, de sus libertos íntimos, y hasta de su esposa. Hacía mucho tiempo que tenía presentimientos acerca del año y del día en que había de morir, y hasta sobre la hora y el género de muerte. Desde su juventud le habían predicho Caldeos todas las circunstancias; y viéndole un día su padre rechazar en la mesa un plato de setas, se burló de él en alta voz, diciéndole que más bien debía temer al hierro, si conocía su destino. Siempre inquieto y temeroso por la menor sospecha experimentaba espantosos terrores; y el principal motivo que le impidió hacer ejecutar el edicto mandando cortar las viñas, dícese que fué la lectura de cierto escrito extendido por Roma, en el que se encontraban estos dos versos:

Κἦν με φάγῃς ἐπὶ ῥίζαν ὁμῶς ἔτι καρποφορήσω,
 Ὅσον ἐπισπεῖσαι Καίσαρι θοομέν (1).

El mismo temor le hizo rehusar un honor extraordinario que imaginó el Senado, que le conocía ávido de este género de distinciones: consistía este honor, según el decreto, en que «cuantas veces fuese cónsul, caballeros romanos designados por suerte le precederían, revestidos con la trabea y la lanza militar en la mano, entre los lictores y batidores.» A medida que se acercaba el momento del peligro, sentía Domiciano redoblar su espanto. Hizo guarnecer la galería en que paseaba de esas piedras transparentes llamadas *phengitas*, cuya superficie pulimentada, reflejando los objetos, le permitía ver todo lo que pasaba á su espalda. Ordinariamente no interrogaba á los prisioneros más que solo y en secreto, y hasta tenía en las manos el extremo de sus cadenas. Con objeto de demostrar á los que le servían que nunca debe atentarse á los días del amo, ni siquiera con buena intención, condenó á pena capital á su secretario Epafrodito, que pasaba por haber ayudado á Nerón, abandonado entonces de todo el mundo, á darse la muerte.

XV. En fin, apenas esperó que Flavio Clemente, su primo hermano, saliese del consulado, para hacerle perecer por frívola sospecha, aunque era hombre de notoria incapacidad, y cuyos hijos, niños aún, habia adoptado para sucesores, obligándoles á dejar sus nombres con este propósito, dando al uno el de *Vespasiano*, y al otro el de *Domiciano*. Esta crueldad contribuyó mucho á acelerar su fin. Durante ocho meses consecutivos, tronó con tanta frecuencia en todos los puntos del Imperio, que al fin exclamó, oyendo el fragor del rayo: «¡Pues bien, que hiera á quien quiera!»

(1) ¡Bah! corta todas las cepas; no impedirás que quede bastante vino para beber en tus funerales.

Cayó sobre el Capitolio y sobre el templo de la familia Flavia, como también sobre el palacio del Emperador, y hasta en su cámara de dormir. La tempestad arrancó también la inscripción de su estatua triunfal, arrojándola sobre una tumba inmediata. Un árbol, que, derribado por el viento, se alzó al acercarse Vespasiano, antes de su advenimiento al trono, volvió á caer de pronto con estrépito. La Fortuna de Prenesto, á la que durante su reinado se recomendó al principio de cada año, y que siempre le había dado respuestas favorables, se las dió espantosas para el último, y hasta habló de sangre. Soñó que Minerva, diosa á la que había tributado culto especial, salía de su santuario, diciéndole que no podía ya protegerle porque Júpiter le había quitado las armas de las manos. Pero nada le causó tanta impresión como la respuesta y la suerte del astrólogo Ascleterián, que había predicho la muerte del Emperador. Llamóle, y no negando éste haber divulgado lo que su arte le había dicho, Domiciano le preguntó cuál sería el fin del mismo astrólogo: á lo que contestó «que muy pronto le desgarrarían los perros.» Domiciano mandó degollarle en el acto; y para demostrar mejor cuán vanas eran sus predicciones, ordenó sepultarle con el mayor cuidado. Estaban ejecutándolo así cuando sobrevino una tempestad que destruyó los preparativos fúnebres, y unos perros desgarraron entonces el cadáver medio quemado, y el mismo Satino, á quien la casualidad hizo testigo del suceso, lo refirió por la noche cenando á Domiciano, entre las demás noticias del día.

XVI. La víspera de su muerte le presentaron trufas, que mandó guardar para el día siguiente, diciendo: «Si existo;» y en seguida, dirigiéndose á los que le rodeaban, añadió «que al día siguiente la luna quedaría ensangrentada en el signo de Acuario, y que ocurriría un acontecimiento del que hablaría toda la tierra.» A media noche le sobrecogió tal espanto, que saltó del lecho. A la mañana

siguiente oyó y condenó á muerte á un arúspice que le habfan enviado de Germania, porque había predicho, por la fe de un relámpago, una revolución en el Imperio. Habiéndose rascado con demasiada fuerza una berruga que tenía en la frente, brotó sangre, y exclamó: «¡Pluguiese al cielo que ésta fuese bastante!» Entonces preguntó la hora, y en vez de la quinta, que temía, cuidaron de decirle la sexta, por lo que mostró suma alegría, como si hubiese pasado el peligro, y ya iba á entrar en el baño, cuando Parthenio, dedicado al servicio de su cámara, se lo impidió, diciéndole que un hombre, que tenía que revelarle cosas importantes, solicitaba hablarle en el acto. El Emperador mandó que se retirasen todos, entró en su cámara y allí fué muerto.

XVII. He aquí lo que se supo acerca de esta conjuración y de la manera como pereció Domiciano. No sabiendo los conjurados dónde ni cómo le atacarían, si en la mesa ó en el baño, Esteban, intendente de Domitila, acusado entonces de malversación, les ofreció sus consejos y su brazo. Para evitar sospechas, fingió tener una herida en el brazo izquierdo, y lo llevó durante muchos días rodeado de lana y de vendajes. Llegado el momento, ocultó en él un puñal, é hizo pedir una audiencia al Emperador para denunciarle una conspiración. Introducido en su cámara, mientras Domiciano leía con espanto el escrito que acababa de entregarle, le hirió en el bajo vientre. Herido el Emperador, trataba de defenderse, cuando Clodiano, legionario distinguido (1), Máximo, liberto de Parthenio, Saturio, decurión de los cubicularios, y algunos gladiadores, cayeron sobre él y le dieron siete puñaladas. El joven

(1) (*Cornicularius*). Había recibido la recompensa militar llamada *cornicula*, y que consistía en un adorno hueco en forma de cuerno, que se adaptaba al casco, y en el que los soldados colocaban plumas ó una cola de caballo. También se llamaban *cornicularios* los tenientes de los tribunos.

esclavo encargado del cuidado del altar de los dioses iares en la cámara imperial, se encontraba allí en el momento del asesinato, y refirió que Domiciano, al recibir la primera herida, le mandó llevar un puñal oculto bajo su almohada y llamar á los guardias, pero que solamente había encontrado en la cabecera del lecho el mango de un puñal, y por todas partes puertas cerradas; que entre tanto Domiciano, que había cogido y derribado á Esteban, sostenía con él encarnizada lucha, esforzándose, aunque tenía los dedos cortados, en tanto por arrancarle el arma, en tanto por sacarle los ojos. Matáronle el 14 de las kalendas de octubre (18 de setiembre), á los cuarenta y cinco años de edad, y décimoquinto de su reinado. Los mercenarios que llevan por la noche los cadáveres de los pobres, llevaron en mal féretro el del Emperador. Pero su nodriza Filis le tributó los últimos honores en su casa de campo de la vía Latina; llevó secretamente sus restos al templo de la familia Flavia, y los unió con las cenizas de Julia, hija de Tito, á la que también había amamantado.

XVIII. Domiciano tenía elevada estatura, modesto el semblante, tez sonrosada y ojos grandes, aunque débiles; era hermoso y apuesto, sobre todo en la juventud, aunque tenía los dedos de los pies muy cortos. Más adelante á este defecto se unieron otros: cabeza calva, vientre enorme y piernas extraordinariamente delgadas, y más debilitadas aún por larga enfermedad. Tan convencido estaba de la ventaja que podía obtener del aspecto de modestia impreso en su rostro, que un día dijo en el Senado: «Mi semblante y mi carácter han debido agradaros seguramente hasta hoy.» Le disgustaba tanto estar calvo, que tomaba por ofensa personal las bromas ó críticas que dirigían en presencia suya á los que lo estaban también. Sin embargo, en un tratadito sobre *El cuidado del cabello*, que publicó con una dedicación á un amigo suyo, en el que procuraba consolarse con él, le dijo después de citar este verso:

Οὐκ ὄρας, ὅτος καὶ ἰὼ καλὸς τε μέγας τε.
 (¿No ves que alta y hermosa es mi estatura?)

«Pero la misma suerte está reservada á mis cabellos, y les veo con resignación envejecer antes que yo. Convéncete de que nada hay tan agradable, pero al mismo tiempo tan pasajero, como la belleza.»

XIX. No pudiendo soportar la menor fatiga, nunca iba á pie en Roma, y casi nunca á caballo durante la guerra ni en las marchas, sino en litera. Sin afición alguna al manejo de las armas, la tenía muy grande por el ejercicio del arco. Muchas veces se le vió, en las inmediaciones de Albano, matar á flechazos centenares de animales, y hasta clavar con mano segura en la cabeza de algunos de ellos flechas que asemejaban cuernos. Algunas veces también, se colocaba un niño á gran distancia, teniendo la mano derecha á guisa de blanco, y con maravillosa destreza hacía pasar todas las flechas entre los dedos sin tocarle.

XX. Descuidó en el trono los estudios liberales, aunque reparó á grandes gastos bibliotecas incendiadas, hizo buscar por todas partes nuevos ejemplares de las obras perdidas, y envió hasta á Alejandría para sacar esmeradas copias. Jamás leyó un libro de historia ó de poesía, ni cuidó su estilo, ni siquiera en ocasiones importantes. Exceptuando las Memorias y las actas del emperador Tiberio (1), no leía nada. Otro escribía sus cartas, discursos y edictos. Sin embargo, su lenguaje no estaba desprovisto de elegancia, ni su conversación de frases notables. «Quisiera, dijo un día, ser tan bello como cree serlo Mecio.» En otra ocasión dijo de uno cuyos rojos cabellos encanecían: «Eso es vino dulce sobre nieve.» Y con frecuencia exclamaba:

(1) Estas son las Memorias abreviadas que Tiberio escribió durante su vida y de las que hace mención Suetonio en la vida de este Emperador.

«¿Qué miserable condición la de los príncipes! No se les cree acerca de las conspiraciones de sus enemigos hasta que son asesinados.»

XXI. En sus momentos de ocio, jugaba á los dados: también los días de fiesta y desde la mañana. Bañábase en cuanto amanecía, y comía muevo en su primera comida; de manera que en la de la tarde, ordinariamente no tomaba más que una manzana macia, y bebía una botellita de vino viejo. Sus festines, y los daba con frecuencia, eran espléndidos pero muy cortos: nunca los prolongaba más allá de la postura del sol, y en vez de hacer en seguida la colación de la noche, paseaba solo, hasta la hora de su segundo sueño, en paraje retirado.

XXII. Era extremadamente apasionado por los placeres lascivos, llamándoles *clinopalen* y contándolos en el número de los ejercicios corporales. Entreteníase, según se dice, en depilar por sí mismo á sus concubinas, y se bañaba con las prostitutas más viles. Casado con Domicia, rehusó obstinadamente desposarse con la hija, virgen aún, de su hermano, y en cuanto fué esposa de otro la sedujo, en vida aún de Tito. Cuando perdió ella á su padre y á su esposo, la mostró violenta pasión, y hasta fué causa de su muerte obligándola á que abortase.

XXIII. La muerte de Domiciano, que el pueblo supo con indiferencia, enfureció á los soldados, que quisieron en el momento mismo hacerle proclamar *divino*, y sólo les faltó para vengarle en el acto jefes que quisieran guiarles (1). Persistieron, sin embargo, en exigir el suplicio de los asesinos, y no tardaron en obtenerlo. Los senadores, por el contrario, se regocijaron en extremo: todos acudie-

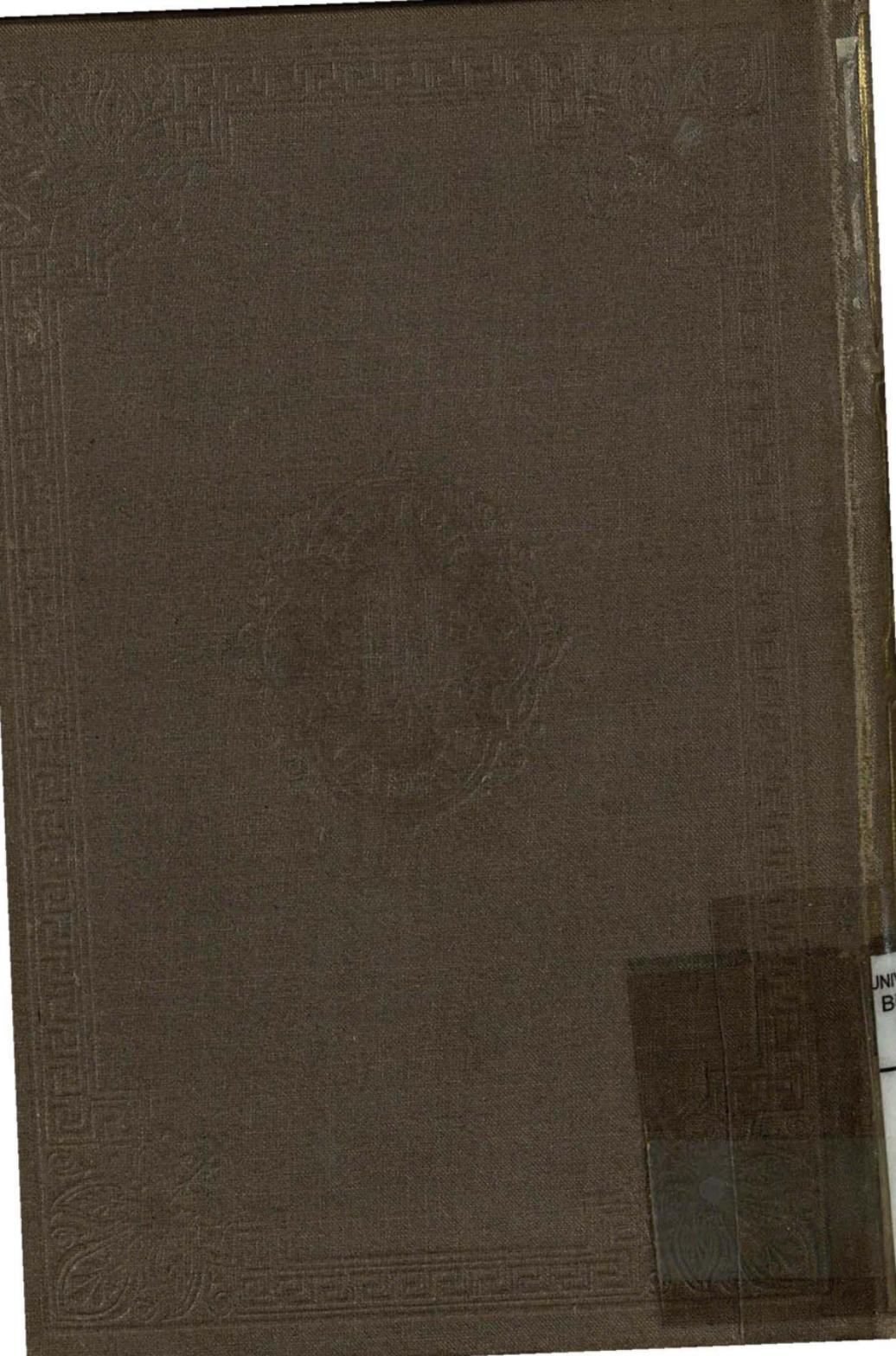
(1) Aurelio Víctor dice que los soldados, en su furor, mataron al prefecto Petronio de un solo golpe; que cortaron los órganos genitales á Parthenio, se los metieron en la boca y le ahogaron. Casperio se rescató por dinero.

ron á la sala de sesiones, y cada cual le prodigó, con aclamaciones de los demás, las injurias más crueles. Haciendo llevar en seguida escalas, arrancaron sus bustos y los escudos de sus triunfos, rompiéndolos contra el suelo; decretándose, en fin, que por todas partes serían borrados sus títulos honoríficos y abolida su memoria. Poco antes de su muerte, una corneja posada sobre el Capitolio había dicho en griego: «Todo irá bien;» prodigio que hizo escribir en seguida los versos siguientes:

Nuper Tarpeio quæ sedit culmine cornix
Est bene non potuit dicere; dixit: Erit (1).

Dícese que el mismo Domiciano soñó que le ponían detrás del cuello una joroba de oro, y dedujo que el Imperio sería después de él un Estado más feliz y floreciente; lo que no tardó en verificarse, gracias á la generosidad y moderación de los príncipes que le sucedieron.

(1) La corneja que posa en la cumbre del Tarpeyo
No pudo decir: *Está bien*; dijo *Estará*.



UNI
B